



EL HIJO DEL PASADO

Mercè Company



Lectulandia

¿Serán el amor, los sueños y los amigos capaces de superar las barreras del espacio y el tiempo? Adalbert y Duna, movidos por una fuerza irresistible, intentarán descifrar el enigma. Lo que no saben es que, en su búsqueda, encontrarán la respuesta a muchas otras preguntas.

Lectulandia

Mercè Company

El hijo del pasado

ePub r1.0

Titivillus 27.04.2019

Título original: *El fill del passat*
Mercè Company, 2006
Diseño de cubierta: Pedro Cuevas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE
1668
(TOSSA DEL MAR)

1.

LAS PREDICCIONES DE LA VIEJA BERNOYA

—¡Arroz de centollo y barbada y langosta con chocolate! —vocea Martín Moré porque la vieja Antica es un poco sorda, y añade—: ¡Que la fiesta de San Pedro bien lo merece!

La vieja Antica asiente con la cabeza, saca una mano de debajo del delantal y la extiende abierta al amo de la casa. Martín, sentado en el banco que hay junto a la chimenea, se ladea, rebusca dentro de la faja y saca una bolsa de cuero, vierte unas cuantas monedas en el banco, las cuenta y se las alarga a la cocinera:

—Aquí tenéis cinco sueldos. No los ahorréis. Mañana vienen a comer mi hermano, su mujer y Uzalard. Lucios.

Entre las incontables arrugas que surcan su rostro la vieja Antica dibuja una sonrisa, asiente de nuevo y se funde en la oscuridad en busca de la puerta de la casa. Fuera la espera la luz de la magnífica luna llena de este mes de junio. La vieja Antica es de pocas palabras y medio sorda, pero nadie en Tossa cocina como ella el arroz de centollo y barbada, la langosta con chocolate, el congrio con guisantes, las arañas con patatas o los salmonetes de roca.

Martín Moré se considera un hombre afortunado por tenerla a jornal en su casa. Su padre siempre decía que para ser feliz en esta vida sólo había que estar sentado en un taburete de tres patas: un buen almuerzo, un buen amigo y una buena esposa. Martín se había asegurado la primera pata contratando a la mejor cocinera del pueblo; la segunda pata era Gerardo, su propio hermano, en quien confiaba a ojos cerrados; sin embargo, le faltaba la tercera: la buena esposa, y no porque no encontrara mujer que lo enamorase, que la encontró. Se enamoró hasta los huesos de Violante, la hija pequeña de los guardas de la masía de los Cobre. No había moza en el pueblo cuyos ojos se almidraran al reírse como los de ella; a ninguna se le iluminaba el rostro cuando sonreía como a Violante, y ninguna le provocaba tal revuelo de mariposas en el estómago cuando la veía. Pero él era el heredero Moré y ella no era primogénita, así que cuando su hermano, que también bebía los vientos por la

bella aldeana, le pidió permiso para desposarla, pese a saber que su amor era correspondido, no pudo hacer nada más que darle su bendición y un abrazo.

Desde entonces, hace más de trece años, no ha habido mujer que alzara un vuelo de mariposas en su interior, por lo tanto, su taburete será siempre de dos patas, pese a que no son pocas las primogénitas que aspiran a ser señoras de Moré, atraídas por su atractivo rostro, resueltamente enmarcado por las amplias patillas y la espesa barba, por su porte y andar decidido, su espalda siempre derecha, y por el aire de distinción que imprime a cada uno de sus gestos. Pero Martín las rehúye, con treinta y seis años se considera demasiado viejo para formar una familia. Aun así se considera favorecido por la suerte, ya que la dinastía de los Moré continuará con Uzalard, el sobrino, al que también se le almendran los ojos cuando se ríe y se le ilumina la cara cuando sonrío.

Hoy, día de la Fiesta Mayor y de San Pedro, patrón de los pescadores, el pueblo de Tossa se ha levantado bañado por el sol y muy revolucionado. Pese a la magnífica luna llena que ha presidido la noche, nadie ha visto a los ladrones que han entrado en el cementerio y han reventado el nicho de Gelpí, el negociante. Del sacrilegio ha dado parte el molinero, que para acortar camino entre casa y el molino no duda en cruzar el campo santo todas las mañanas. La noticia ha corrido tan rápida como cuando se avista a los carabineros.

Sin embargo, a la masía del Moré menor, como es conocido Gerardo en el pueblo, situada en la cala Salions, entre el mas Salions y el mar, no ha llegado la nueva. El futuro heredero Moré, Uzalard, ha madrugado como cada mañana cuando despunta el alba, intentando no hacer ruido para no despertar a sus padres; es día de fiesta y ha ido a recoger los huevos. También como cada mañana las gallinas lo han recibido con el aleteo alocado de sus alas. La jaula de las gallinas es lo bastante grande para que Uzalard, pese a sus casi doce años y a ser un muchacho alto para su edad, no roce aún el techo. Él mismo ayudó a su padre a construirla hace tiempo; era tan pequeño que ni se acuerda. El chico se pasa un buen rato mirando las gallinas. Tiene metida en el entrecejo la idea de enseñarles a volar. Lleva meses entrenando a *Pecosa*, la más joven y hermosa de las gallinas; de plumas blancas como la nata, tiene una única pluma oscura en el centro del pecho. Cada vez que Uzalard acompaña al tío Martín a llevar un cargamento de trigo o de avena se afana en

recoger los granos que quedan en la caja del carro o que se pierden por algún desgarrón de los sacos, y se los guarda para *Pecosa*.

Ahora coge la gallina en brazos y se la lleva consigo. A medio centenar de metros en línea recta está la pequeña playa donde vara *La Chula*, el falucho con el que él y su padre faenan en el mar; a su lado, el bote que le regaló su tío Martín cuando cumplió diez años.

Hoy, por ser día de fiesta, también descansan las barcas. Uzalard se ha acercado al limonero que linda con el extremo de la era, y deja la gallina en la rama más alta. Quizás el ave tiene cierta práctica y no parece apurarse demasiado, más bien se limita a estirar el cuello y mirar el suelo, como si calculara adonde irá a parar. Uzalard retrocede tres pasos.

—¡Salta! —le manda.

La gallina levanta la cabeza, parece que lo busque porque sus ojillos ruedan de aquí para allá y finalmente acierta a mirarlo.

—¡Salta! —repite el chico en tono impaciente.

La gallina se queda mirando fijamente el cielo. El sol empieza a emerger lamiendo la línea de mar. Uzalard resopla:

—¡Mira que eres burra!

No tiene más remedio que hacer lo mismo que todos los días: ir hacia el limonero, sortear la rama y cuando está detrás del animal, apartarse un poco, no fuera a caérsele encima, y pegarle un buen empujón en el trasero. Y la gallina sale de la rama entre disparada y petrificada y aterriza con dificultades, tropezando aquí y allí como si hubiera bebido un cuartillo de aguardiente.

—¡Muy bien, *Pecosa*! —aplaude Uzalard—. Ahora lo probaremos a más altura.

Mientras la coge en brazos y se pone de puntillas para dejarla en la rama de arriba oye voces; vuelve la cabeza y ve a sus amigos, Leoncio y Salvio, que vienen saltando por las rocas de la parte de poniente, allí donde las rocas tienen forma de uña de gato.

—¿Lo has oído, Uzalard? —grita Leoncio, con las mejillas rojas por la carrera.

—¿Qué? —responde el chico sin soltar la rama.

—Han robado el cadáver de Gelpí, el negociante —se apresura a explicar Salvio.

—Seguro que ha sido Bernoya, al menos eso dicen en el pueblo —añade Leoncio.

Uzalard se los queda mirando. ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

—¡Que han abierto el nicho, pasmado! —Salvio le da un empujón—, y se lo han llevado. ¿Qué?, ¿te vienes a verlo?

Uzalard alza la cabeza y mira el cielo. Todavía es temprano.

—¡Esperadme! —grita.

Suelta la rama, deja la gallina en el suelo y en un par de saltos entra en el gallinero, descuelga el cesto de la viga y recoge los huevos con la rapidez y habilidad de quien lo hace a diario desde hace años. Con el capazo lleno corre hacia la casa dejando la puerta del gallinero abierta para que salgan las gallinas. Vuelve en un instante y los tres se dirigen al bote, lo levantan y lo empujan hacia el mar. Cuando la pequeña barca ya flota ligera los tres trepan de un salto. Uzalard y Leoncio fijan el estrobo a los escálamos y cada uno coge un remo. Leoncio es hijo del maestro de aja de Tossa y sabe muy bien qué es navegar. Salvio, hijo y nieto de carboneros, y quien lleva la voz cantante cuando los tres amigos están en el bosque, se sienta a popa, impaciente por recorrer las tres millas que los separan del pueblo e ir a husmear al cementerio.

Bernoya es una mujer menuda, vestida siempre de negro; el pelo muy gris y recogido en un pequeño moño y, ahí viene la sorpresa, con una piel sonrosada y lisa como la de un recién nacido, nada, ni la menor arruga. Nadie entiende cómo puede tener casi cien años y ninguna arruga. Su fama de bruja es tan vieja como ella, dicen que tiene mano de santo para los males del corazón, los dolores de barriga y los de muelas. Tiene mano de diablo, o eso dicen, para los hechizos, para el mal de ojo y para hacer que todas las desgracias caigan donde ella mande. Es una santa para quien tiene la suerte de salvarse gracias a su arte, o es una bruja para quien recibe las consecuencias. La noche del solsticio de verano recoge el tomillo y la ruda montesina que luego, a lo largo del año, prepara con mixturas, aceites y jarabes almibarados, y con ellos hace subir la leche a las parteras, aleja la melancolía de las solteras y rebaja la soledad de los solterones. Lee las estrellas, los posos del café y las piedras, y vaticina si el bebé que tiene que nacer será niño o niña, cómo irá la cosecha, cuándo lloverá y cuándo morirás.

Cada luna llena, casi ningún pescador olvida acercarse a la Torre de Joanás, medio destruida por el tiempo y las tempestades, en cuya planta baja vive la curandera, para llevarle un cesto lleno de huevos, tomates, lechuga y ajos tiernos cuando es la temporada; o las mejores gallinas y conejos del

corral, para que los tenga presentes en sus rituales y aleje de ellos las tempestades y a los piratas, para que no se los lleve y la pesca sea abundante.

Cuando una familia tiene la desgracia de que los sarracenos secuestren a alguno de sus miembros, las visitas a Bernoya se multiplican; no basta con trabajar de sol a sol para juntar las libras suficientes para pagar el rescate, hay que rezar y hacer los rituales que sean necesarios para que los piratas respeten la vida del secuestrado hasta que la familia lo pueda liberar.

Los carboneros y los comerciantes también la visitan de vez en cuando; unos, porque le tienen miedo, otros, porque le están agradecidos, y la mayoría, por si acaso.

Por todas esas razones unos la toman por santa y otros por bruja. Para los amigos de Uzalard es, lo dicen sin tapujos, una auténtica bruja.

Los tres chicos han varado el bote en la playa grande y corren por la arena hasta llegar a las murallas, atraviesan el torrente y llegan al pie del muro del cementerio, adosado a la parroquia de San Vicente. El sol empieza a subir lentamente por el cielo. Hoy hará calor. Salvio asegura que el enterrador ha cerrado la puerta por orden del señor alcalde, el cual ha sentenciado que mientras no se descubra quién se ha llevado el cuerpo del negociante y no lo devuelva, nadie entrará. Leoncio es el primero en llegar y embiste la puerta que resiste sin apenas moverse.

—Está cerrada —reconoce el muchacho, y sin esperar respuesta corre hacia la parte trasera del campo santo. Sus compañeros le siguen. Para ellos no es ninguna dificultad trepar a la morera que está plantada casi colindando con la pared, ganar la rama más alta y desde allí saltar al techo de los nichos. Agachados, no sea que algún vecino los atisbe desde fuera, corren por el tejadillo hasta llegar al centro del cementerio, donde están los panteones de las personas ilustres del pueblo. Saltan al suelo, pasan delante de la tumba del rico que se murió de un ataque de risa, y se detienen delante del grupo de nichos nuevos. El que está a ras de tierra ofrece un aspecto lamentable. Restos de flores frescas se mezclan con trozos del cemento con que había estado tapiado y con pedazos de madera de alguna caja vieja.

—¡Por mis muertos...! —murmura Leoncio, impresionado—. ¡Es verdad!

Salvio y Uzalard miran los destrozos con una mezcla de miedo y de respeto, hasta que Salvio insiste:

—Mi hermano me ha dicho que a él se lo ha dicho Garsenda, cuando llenaba el cántaro de agua en la fuente.

—¿Y qué hará la bruja con el cadáver? —dice más que pregunta Uzalard, entrecerrando un poco los ojos, como si pensara profundamente; y es que si

Jaime, el primogénito de los Lucio, lo dice, es que puede ser cierto.

—Sacarle la sangre y el hígado y hacer puré —afirma muy convencido Leoncio—. Es un remedio para curar el mal del corazón, me lo ha dicho mi hermana.

La hermana de Leoncio es la pequeña, por lo tanto, su opinión no cuenta para Uzalard que, poco a poco, hace una propuesta que casi le sorprende a él mismo:

—¿Vamos a su casa?

Los tres amigos se miran y sin añadir una palabra más echan a correr en dirección a la Torre de Joanás.

Los tres chicos han entrado en la torre por un agujero en el apretado entresijo que forman las hiedras y las buganvillas y, siempre agachados, se adentran en lo que había sido parte de las estancias del caserón. A cada paso dado les llega con una intensidad que empieza a ser sofocante el aroma a tomillo y ruda; más que aroma es una nube de humo espeso que les nubla los ojos y les invade la nariz por mucho que manoteen para alejarla; andar y respirar se convierte pronto en un gran esfuerzo. Uzalard intenta retroceder, pero como si los pies tuvieran vida propia lo obligan a continuar avanzando, lo mismo les sucede a Salvio y a Leoncio; así, sin que lo puedan evitar, se encuentran frente al trozo de tela que hace las veces de puerta y que Bernoya ha apartado mirándolos fijamente. Ya no pueden huir.

—Os esperaba —dice la vieja con voz grave.

Les da la espalda. Los tres amigos la siguen en contra de su voluntad y así llegan a una estancia grande como un corral en cuyo centro hay una mesa de madera oscura, rectangular, en la que caben seis personas bien sentadas. Bernoya se sienta a un extremo, al otro lado de donde está el cajón del pan. El cuchillo está encima de la mesa, grande, macizo. Al lado del cuchillo hay tres platillos de cobre y cada uno contiene un pilón de piedrecillas; arrimados a la mesa, un banco a cada lado. Los pies de los muchachos los dirigen hacia los bancos y ellos toman asiento, temblando; no se han percatado de la presencia de un gato negro que los contempla acurrucado en la mecedora, al fondo de la estancia, como si los vigilara.

Bernoya los mira uno a uno y dice con su voz grave:

—Tú eres Salvio, segundón de los Lucio. Naciste en luna nueva. Te esperaba.

Salvio no se atreve ni a respirar.

—Tú eres Leoncio, primogénito de los María Mayor desde que tu hermano murió ahogado. Naciste en luna creciente. Te esperaba.

Leoncio se aparta las lágrimas con las manos. ¡Maldito humo!

—Y tú eres Uzalard, primogénito de los Moré. Naciste en luna llena. Te esperaba.

Uzalard la mira como si las pupilas de los ojos se le hubiesen pegado a las de la mujer, la cual continúa:

—Vuestra alma os guió hasta aquí porque tenéis once siembras y antes de la que hace doce tenéis que saber.

Bernoja hace una pausa, toma aire profundamente y cierra los ojos. Ninguno de los tres mueve un músculo, están literalmente paralizados. La vieja prosigue, ahora habla con más ímpetu:

—Salvio, coge las piedras de tu plato y remuévelas.

El chico se sobresalta e inmediatamente agacha la cabeza y mira las piedras. Levanta las manos, las coge, las saca del platillo y como si fuera a jugar a las cartas las mezcla hasta que la mujer dice:

—Basta.

Se levanta, anda hacia Salvio, se detiene frente a su espalda y le pone una mano en cada hombro, mirando fijamente las piedras:

—Eres un espíritu joven —empieza a hablar después de un instante que a los chicos les parece inacabable—. Tu alma viene a conocer la responsabilidad. Tienes raíces bajo los pies. De segundón pasarás a ser primogénito y te harás cargo de la familia.

Las palabras de la vieja resuenan en el comedor como si rebotaran contra las paredes y se amplificasen, o quizá sólo resuenan en el corazón de Salvio, que se ha ido encogiendo en la silla. Bernoja separa las manos del chico y ordena a Leoncio:

—Muchacho, revuelve tus piedras.

Ahora se coloca detrás de él, sujetándolo también por la espalda. Un buen rato de silencio mientras estudia las piedras y:

—Tu alma, Leoncio, conoció el poder en otra vida y lo hizo con medida y justicia, pero no tuvo tiempo de completar su formación. Tienes raíces bajo los pies. En esta vida tendrás cargos de honor. Estás preparado. Cuando sea el momento lo sabrás.

Leoncio se mantiene erguido en la silla, mirando fijamente ante sí. Un calor hasta ahora desconocido le recorre el pecho. Bernoja ya está detrás de Uzalard.

—Revuelve tus piedras, chico.

Uzalard se aplica en la tarea aunque todo él tiemble. Siente las manos de la vieja en sus hombros, unas manos que arden, ¿o es él quien arde? El rato de silencio que la vieja dedica a observar las piedras le parece más largo que el destinado a sus compañeros. Le sudan las manos y se las friega en los calzones.

—Tu alma viene a empezar nueva vuelta —empieza a escuchar por fin—. En tiempo pasado obedecía a los otros, en esta vida tiene que aprender a decidir. Lo hará en dos vueltas y a través de los sentimientos. No tienes raíces bajo los pies.

Da media vuelta y se pone a su lado:

—Enséñame las manos.

Uzalard las tiende boca arriba. Bernoya se las coge y escudriña con atención las líneas de las palmas. Murmura algo que los chicos no entienden y lo mira a los ojos:

—Aprender a decidir y los sentimientos, recuérdalo. Todo dará vueltas alrededor de los sentimientos. —Echa un vistazo a los tres—. Ahora, largaos.

Los pies ya les responden, los tres chicos se precipitan hacia la puerta y no paran de correr hasta que llegan a la playa.

Intramuros continúan acercándose a la iglesia labradores, leñadores, herreros, barrileros, arrieros..., todos vestidos de día de fiesta. Los hombres con la faja bien sujeta a la cintura y la gorra bien calada; las mujeres con el mejor vestido que guardan en el baúl, la cabeza cubierta por mantilla, y zapatos, aunque después, cuando la procesión recorra la playa y el párroco vaya bendiciendo las barcas una por una, la arena se les meterá dentro de los mismos y les mortificará los pies; un día es un día, la procesión merece este sacrificio, y mucho más.

El sol está casi en la cima del cielo y el carruaje de Martín Moré, guiado por su mano firme baja por la Tierra Negra camino de la parroquia. Lo acompañan su hermano y su cuñada, también vestidos de ceremonia; Violante se ha recogido la larga melena ondulada en un moño discreto y la mantilla le enmarca la cara «como una joven Virgen», es el primer pensamiento que ha asaltado a Martín al recogerlos en su casa. Violante, turbada por las miradas que a hurtadillas le dirige su cuñado, lo rehúye mirando a su entorno, como si buscara a su hijo. Gerardo, que desconoce los sentimientos que su hermano despierta en su esposa, interpreta de otra manera la inquietud de ella y le dice, satisfecho:

—No te preocupes, mujer, Uzalard ya es un hombre. Andará por ahí detrás de unas faldas, como debe ser.

Extramuros, los tres amigos se han dejado caer sobre la arena, exhaustos. Ninguno de los tres sabe qué decir. Se miran y las palabras les bailan sueltas por la cabeza, sin orden ni concierto, como balas que ruedan por un barrilete de pólvora. Al rato Uzalard se pone en pie y, frotándose las manos en los calzones, balbucea:

—Bueno... yo..., yo me voy a casa.

—¿Y la procesión? ¿No vienes? —pregunta Leoncio.

—No... ¡A la paz de Dios! —Y echa a correr hacia la playa, a embarcarse en su bote antes de que empiece la procesión.

Mientras el cura sale de la parroquia con la solemnidad que el acto requiere, vestido con la casulla y la estola de los días de ceremonia importante, Uzalard, sentado en el extremo de las rocas que tienen forma de uña de gato, toca la flauta de cara al mar. Durante el recorrido a golpes de remo hasta la cala ha estado intentando recordar las palabras de la bruja, pero, nada, se le han evaporado o se le han perdido dentro de la cabeza, sólo consigue recuperar «no tienes raíces»... pero ¿dónde?, ¿dónde no tiene raíces? La culpa de que no recuerde la tiene su estómago, que sólo empezar a oír hablar a la bruja se le ha hundido, como la vez que un zagal forastero le disparó el puño en el ombligo y pensó que le había atravesado la panza; aun así hoy es diferente, es como si se hubiera hecho todo él un nudo. ¿Qué diablos le ha dicho la bruja?

Con los ojos cerrados, los dedos danzan entre los agujeros de la flauta improvisando una melodía que hace días le da vueltas por la cabeza. La música es para él como cuando su madre abre los brazos y él se refugia, como si cuando toca o está entre los brazos de su madre, nada malo pudiera pasarle; poco a poco, el nudo del estómago empieza a aflojarse; el tiempo se le escurre hasta que un calor muy intenso en la cabeza le lleva a abrir los ojos, rastrear con rapidez a su alrededor y darse cuenta de que su gorra está en la arena, a dos palmos de él. ¡Pardiez! ¡Qué imprudencia! ¿Cuánto rato ha estado allí? Se levanta de un brinco, la recoge y entonces recuerda la comida familiar en el caserón del tío.

Se cala la gorra, guarda la flauta entre los pliegues de la faja y corre hacia el establo, ensilla el macho de su padre, lo monta de un salto y se lanza al galope monte arriba, camino del desfiladero del Gitano, donde está el mas Moré.

Los padres y el tío ya están sentados a la mesa cuando llega Uzalard, sudado y jadeando. Su padre muy serio:

—¿Éstas son horas de llegar?

Uzalard se desliza hacia el banco con la cabeza gacha.

—Perdón.

La mesa está dispuesta como en los días de fiesta. Violante ha llevado las cucharas de plata que su marido compró hace poco más de un mes, cuando se subastaron los utensilios de los Nan, y que quedan muy bien al lado de los platos de cobre. En la lumbre de la chimenea humea el arroz de centollo y se mantiene caliente la langosta con chocolate. En cuanto ha entrado en el caserón de su hermano, Gerardo ha dicho en voz muy alta: «Si el sabor es como el aroma, por Dios que será sabroso», y la vieja Antica ha sonreído, halagada.

Sin embargo, Uzalard no presta atención a los requisitos culinarios ni se suma a las alabanzas que corean sus mayores, él se mantiene con la cabeza baja y muy quieto, hasta que su madre lo mira inquieta y lo ve sofocado, demasiado; alarga la mano y le toca la frente.

—¡Estás ardiendo! A ver, mírame.

El chico levanta la cabeza y mira a su madre.

—¡Por los clavos de Cristo! —se asusta ella—. ¡Tienes los ojos como teas! ¿Dónde has estado?

—Ahí, en la playa —murmura Uzalard. Los ojos se le cierran. Todo da vueltas a su alrededor. Su padre lo sujeta antes de que se desplome.

—Tendámoslo en el banco de la entrada —dice el tío levantándose para ayudar a su hermano—. Será una calentura.

Tendido en el banco, entre brumas, le parece oír la voz del tío contando que ya han atrapado a los ladrones del cadáver de Gelpí. En la mano derecha del muerto falta un dedo, el dedo donde llevaba el anillo de oro, que ha desaparecido.

Cuando llega la hora de partir, Uzalard duerme profundamente. Entre el tío y su padre lo llevan a la habitación del piso de arriba.

—Un golpe de calor pide reposo —asegura Martín—. Mañana estará bien. Yo mismo lo bajaré a la cala.

—Pues me llevaré el macho —le responde Gerardo—. Voy a ensillarlo.

Martín acompaña a Violante hasta la puerta; los dos están perturbados. Ambos creían de corazón que el tiempo apaciguaría el sentimiento hasta fundirlo, pero cuando Martín mira a Violante, o la ve reírse, o le inunda su fragancia, se le enciende el pecho como si tuviera leña seca; cuando Violante mira a Martín o le llega su olor, u oye su voz, baja los ojos por temor a que la descubra mirándolo. Los dos se evitan, de la misma manera que rehúyen permanecer solos; en momentos como éstos es tan profundo el silencio, está tan cerca el uno de la otra, que negar la evidencia se convierte en un cometido insuperable.

Violante no aparta los ojos de la puerta esperando ver aparecer a su marido con el macho. Martín permanece a su lado, acariciándola con los ojos, resiguiendo la curva de la nariz, de los labios, de la barbilla, baja por el cuello, se detiene en el escote... Aspirando su perfume, atesorándolo, son tan pocas las ocasiones de estar juntos... De pronto recuerda que:

—Violante, tengo algo que decirte.

Violante ladea ligeramente la cabeza y lo mira, inquieta por el tono grave de su voz.

—He decidido arreglar los papeles ya. Uzalard será el heredero Moré.

Violante baja los ojos, no osa mirarlo. Podría decirle que se tomara un tiempo, que quizás aún pueda llegar a enamorarse..., pero responde:

—Si ésa es vuestra voluntad.

—Lo es. Cuando el muchacho cumpla...

En este momento llega Gerardo, que al verlos tan serios, se detiene en la puerta y pregunta:

—¿Sucede algo, hermano?

Violante le dedica una mirada furtiva y luego la dirige hacia el suelo. Martín pone una mano encima del hombro de Gerardo:

—Le decía a tu esposa que cuando Uzalard cumpla doce años se vendrá a vivir aquí, conmigo. Tiene que prepararse para ser heredero.

Gerardo levanta el brazo y descansa la mano en el antebrazo de su hermano:

—Será un buen heredero. Nuestro padre se hubiera sentido orgulloso de él.

2. EL ATAQUE DE LOS SARRACENOS

La masía de Martín Moré la mandó construir su tatarabuelo, Uzalard Moré Mata, alrededor de 1547. Alejada de la costa y en un paraje de difícil acceso, resulta un refugio seguro frente a las razias y los saqueos a que los someten piratas y sarracenos.

La masía es una construcción cuadrada levantada directamente sobre la roca con piedras desbastadas y matacán, tiene piso y barbacana; en un ángulo del piso hay una garita de vigilancia. En la fachada, el amplio portal es redondo y, encima, dos ventanas con rejas.

En esta masía se refugiaron los dos hermanos cuando huyeron de Barcelona. Martín acababa de cumplir los veinte años y Gerardo aún no rozaba los dieciséis. El padre de ambos, Benito Moré, uno de los pianistas más célebres de la corte del virrey, el conde de Santa Coloma, cayó en desgracia a raíz del escándalo que rodeó con la furia de un tornado la muerte del virrey, asesinado en extrañas circunstancias en su propia casa. Por si no era suficiente la crispación que en 1640 se vivía en Barcelona, se añadía leña al fuego con la muerte del conde, en la cual, decían, estaba implicado el padre de los hermanos Moré. Algo habría cuando quiso alejar a sus hijos del escándalo, no sin antes hacerles jurar por su honor que ninguno de los dos, ni ningún descendiente se dedicaría a la música.

Por esta razón Uzalard ignora que pertenece a una dinastía aristocrática de Barcelona, que en casa de sus abuelos incluso se comía con cubiertos; que la pasión por la música le viene de familia, y que su propio padre ya destacaba como virtuoso del violín; también desconoce que tanto su padre como su tío se juraron mutuamente no revelar nunca, bajo ningún concepto, la historia familiar.

Uzalard sólo sabe que ha nacido en Tossa de Mar y que es en esta tierra donde tiene sus raíces, sus amigos y a Paula; por eso él mismo no se explica por qué sueña tanto con Barcelona, por qué ansia ir, vivir en la capital. Éste es su secreto, el secreto que solamente comparte con sus amigos.

Ahora Uzalard también sueña, pese a que son pesadillas que lo llevan a agitarse febril en el jergón de una de las habitaciones del piso de arriba; los piratas atacan por sorpresa y está rodeado de cuchillos, sangre, gritos...

... y se despierta en el suelo sin saber dónde está. El rayo de sol que se desliza por la tronera del grueso muro de piedra le recuerda que está en el mas Moré. En casa la luz no entra en su habitación. Entre neblinas se abre paso el rostro de su madre besándolo en la frente y susurrándole: «Descansa, hasta mañana». Se levanta y vuelve a sentarse de nuevo. ¡Qué asno! ¡Mira que darle un golpe de calor a él, que va en barca desde los ocho años! ¿A quién se le ocurre quedarse bajo el sol sin taparse la cabeza? Estas cosas le pasan porque se le va el santo al cielo, que ya lo dice siempre su madre. Suspira con fuerza y vuelve a ponerse en pie, ahora las piernas lo aguantan firme; se calza las alpargatas y sale al corredor, oye voces en la planta baja. Despacio, pisando con sigilo los escalones de piedra, baja la escalera y se aproxima al arco que separa la sala pequeña de la sala grande, donde está la chimenea, y asoma la cabeza. Sentados en los bancos de alrededor de la mesa ve a su tío y al primogénito de la masía Darder, padre de Paula. El amo Darder estruja entre las manos su gorra y le da vueltas como si fuera la rueda de un molino. Uzalard presta atención a sus palabras.

—... ¿y cuánto os piden por el rescate? —Por la gravedad de la voz del tío, Uzalard sabe que se está conteniendo.

—Mil quinientas libras —solloza Darder.

El puñetazo encima de la mesa por parte de su tío no tarda en llegar.

—¡Malditos sean!

El corazón de Uzalard bombea con furia. ¿A cuál de los Darder habrán secuestrado? ¿Y si es Paula? Pequeñas gotas de sudor frío empiezan a perlarle la frente.

—No dudéis de que tenéis mi ayuda —oye que añade el tío—. Hablaré con mi hermano; pediremos licencia para pescar en domingo y os daremos las ganancias. Vuestro padre no podrá resistir mucho tiempo en cautiverio, ni tampoco vuestra esposa.

¡El abuelo y la madre de Paula secuestrados por los sarracenos! Uzalard se pasa la mano por la frente porque el sudor se le mete en los ojos. Escucha la voz del amo Darder, ya más entera:

—Gracias, Moré, sabía que podía contar con vos.

—No me las deis, vuestro padre nos ayudó a mi hermano y a mí cuando llegamos a estas tierras, y es de mal nacido ser desagradecido. Os diré más —

el tío baja la voz y Uzalard alarga más el cuello sin darse cuenta—, os puedo ayudar a ganar unas libras exentas de cargas y tributos...

Con el afán de no perderse una palabra Uzalard casi pierde el equilibrio, da un traspié y logra salvar los dos últimos escalones sin caerse; entra en la sala con la mayor naturalidad:

—Buenos días, tío, buenos días, señor.

El tío lo mira suspicaz. ¿Cómo es que no lo ha oído llegar?

—¿Te encuentras bien? —le pregunta.

—Sí, tío, dormir me ha sido saludable. Os pido permiso para marcharme. El sol estará alto en breve y debo recoger los huevos y ayudar a mi padre a arreglar las redes.

—Puedes irte. Tendrás que ir andando. El macho se lo llevó mi hermano.

Uzalard inclina la cabeza dos veces, como saludo dirigido al tío y al visitante, y sale de la sala.

Fuera, en la puerta del mas, se detiene. Si tuviera palabras para expresarlo diría que la vista desde esta cima le produce el mismo cosquilleo en el pecho que cuando arranca una nota a la flauta y la nota se mantiene unos segundos vibrando en el aire hasta que se le mete dentro, no sabe cómo, y nota cómo le recorre todo el cuerpo. De levante a poniente ve la torre de la Pola, la playa de la Mar Grande, la Punta de Tossa, el monte Pollastre, la garganta de la Tierra Negra y, en la parte del viento del norte, el monte Castellet hasta llegar, más a la derecha, a la masía Baldrich. El mundo abierto ante él, el mundo a sus pies. Toma aire con fuerza mientras la chispa que lo excita acaba trepándole hasta la garganta, traga saliva dos veces y la excitación mengua hasta que desaparece; ahora ya es capaz de moverse.

Empieza a bajar por el camino hecho entre rocas. Cuando ha recorrido unos doscientos metros se detiene. Necesita ver a Paula. Los rayos de sol se filtran con dificultad por las ramas de las encinas y de los pinos, tan unidos entre ellos como los piñones de sus pinas. Retrocede hasta llegar al cruce que lleva al mas Darder y monte abajo, esquivando zarzas, saltando por encima de panes de brezo y evitando que las ramillas de la retama le golpeen la cara, empieza a ver la finca. Entonces se detiene a tomar aire, se seca las manos sudadas en los calzones y se asegura de que lleva la flauta bien guardada dentro de la faja. Se pasa las manos por el pelo y, a paso lento, coge el camino que lleva a la casa.

Paula está en la parte de atrás, donde tienen el establo y el corral, tendiendo la ropa, y no percibe la presencia de Uzalard hasta que lo tiene justo detrás de ella.

—Dios te guarde, Paula.

Paula se sobresalta y se da la vuelta, enfadada.

—¡Me has asustado!

Uzalard da un paso atrás.

—Perdona. No era mi intención.

Uzalard se fija en sus ojos hinchados, la ve mayor, no parece su amiga de siempre; sí tiene la misma melena rojiza, la misma nariz pequeña y la misma piel tostada, pero el pelo, que suele llevar siempre suelto, ahora está recogido en un moño hrijo, y como no sonrío no se le frunce la nariz ni se le hacen hoyuelos en las mejillas. De pronto se siente raramente cohibido; pese a que Paula tiene diez años, ya se le empieza a perfilar la curva de los senos bajo el ancho vestido y, ahora, cuando al soplar el viento la tela se le pega al cuerpo y le parece mayor, él no sabe qué decirle. Da una patada a una piedra y la lanza lejos, por un instante tiene el impulso de ayudarla a tender la ropa, pero al instante se retiene; no es cosa de hombres hacer de lavanderas. Paula le ha dado la espalda y continúa colgando sábanas en la cuerda. Al cabo de un rato y después de pensárselo bien, Uzalard farfulla:

—Esto... he pensado que yo también pediré licencia para pescar en domingo. —Y aguanta la respiración. Pero Paula se mantiene en silencio—. Y... te daré lo que gane...

Paula continúa callada y, cuando se inclina sobre el barreño para coger unos calzones que él supone que son del padre de su amiga, ve que unas lágrimas se le deslizan por la mejilla. Entonces se le escapa:

—Lo siento mucho, Paula, de verdad, haré lo que sea necesario para que tu madre vuelva a casa cuanto antes.

Y da media vuelta y se va, porque sabe que pasarán muchos años antes de que la familia y los amigos puedan pagar el rescate; porque hoy es un día raro, y su amiga no tiene ganas de hablar ni de reír; de pronto lo sacude la urgencia de llegar a casa y ayudar a su padre y abrazar a su madre.

El sol se pone despacio detrás del monte de ses Cadiretes; es la hora en la que el viento cae y el mar se detiene, tan quieto que parece un plato de estaño reluciente. El padre trajina la red a la espalda y Uzalard va tras él con la fisga, el arpón y la caja de los anzuelos; a su padre no le gusta dejar los aperos en el falucho. Mañana al amanecer volverán a cargarlo todo en la barca y a encomendarse a Dios para que la pesca sea buena. Cuando el chico ha dejado la carga en el granero, dice a su padre:

—Con vuestro permiso, voy un rato a la playa.

—No esperes a que vengan las sombras.

—No os preocupéis.

El padre volvió la cabeza y ve cómo el muchacho se aleja en dirección a la cala. Sabe que se embarcará en su bote y acompañará la llegada de la noche con el sonido de la flauta. Un día lo siguió, preocupado por su hijo, y lo oyó tocar, y no pudo evitar que, a traición, le subiera de muy adentro el llanto. ¿Cuántas veces se ha preguntado si él y su hermano hicieron mal no volviendo a Barcelona? ¿Cuántas veces se ha preguntado si él y su hermano hicieron bien en negar a Uzalard lo que lleva en la sangre? ¿Qué vida le espera al primogénito de los Moré entre mar, precipicios y rocas? ¿Se habrán equivocado?

Uzalard suelta la amarra, sube al bote y coge los remos. No se aleja demasiado de la costa, lo suficiente para dejar que el leve oleaje lo acune; luego deja los remos y descansa la espalda en la bancada. El cielo y la tierra empiezan a confundirse y las gaviotas a retirarse; ni una nube motea el cielo, ha hecho un auténtico día de verano. Saca la flauta de entre los pliegues de la faja y la acaricia; es una flauta de hueso, la consiguió hace dos años, poco después de la cosecha.

Habían llegado a Tossa unos saltimbanquis que montaron el espectáculo en la plaza del pueblo, intramuros. Él se había quedado boquiabierto con los sones que el titiritero tocaba con lo que él suponía era un trozo de palo; un palo que se ponía en la boca y soplaban. La gente se reía de los saltos y volteretas de los saltimbanquis, mas él no podía reír, la música de la flauta se le metía por los oídos y le bajaba hasta la tripa, corría por sus brazos y le subía hasta el corazón. Cuando el espectáculo terminó toda la tropa fue a la taberna de Ralet y él, detrás. Estuvo mucho rato medio escondido detrás de los barriles espionando al flautista hasta que se decidió a acercarse. Intentando poner la misma voz con la que el tío negociaba le preguntó cuánto quería por la flauta. El flautista, borracho como una cuba, lo había mirado con ojos enrojecidos y le había dicho que por una cantimplora de vino como aquél, y había cogido la jarra y había vuelto a dar un buen trago, era suya. Uzalard le había dicho: «Espérame», y se había marchado corriendo. No se detuvo hasta llegar a las cuevas de debajo del castillo, allí donde el padre y el tío escondían la mercancía que luego revendían. Cogió una garrafa del mejor vino, o al menos eso era lo que aseguraban los hombres del grupo, sobre todo el

enterrador, y volvió a la taberna, pidiendo a la Virgen de los Socorros que nadie lo viese. El flautista abrió la garrafa, lo probó y le dijo: «Muy bien, zagal, la flauta es tuya». Uzalard había cogido la flauta como si se tratara de un polluelo acabado de nacer y la había escondido dentro de la camisa. Unos días después diría a sus padres que la había comprado por dos dineros. Es la única mentira que ha dicho a sus padres, y cuando le duele la tripa si lo recuerda, acaricia la flauta y el dolor se vuelve más liviano.

Cobijado en la sombra que empieza a extenderse por la cala Salions, con los ojos cerrados para adentrarse aún más en sí mismo, los dedos de Uzalard bailan ágiles por el instrumento. Ya consigue enhebrar una melodía que empieza a asemejarse, sólo a asemejarse, a la que tocaba el saltimbanqui.

Se había quedado dormido en el bote y lo despierta el estruendo violento de una explosión y la campana del pueblo llamando a somatén, y gritos, muchos gritos. Uzalard se pone en pie al instante y el bote escora peligrosamente, por instinto, se agacha y se agarra con las dos manos a la borda. Tarda unos momentos en darse cuenta de que está en el bote y el oleaje lo ha llevado mar adentro dejándolo al paio, los remos laxos a lado y lado como brazos desmayados. La cala es una línea borrosa en el horizonte, donde distingue luces que pueden ser antorchas y que parece que anden solas, con una mano se frota los ojos asustados; acaba de ver varado frente a la cala un velero islámico. El terror lo inmoviliza. Él todavía no ha vivido una razia de los sarracenos, ¿qué tiene que hacer?, ¿hacia dónde tiene que ir? De ponente el aire le trae olor a pólvora. ¿Qué hacer? Pero, por Dios, ¿qué tiene que hacer? ¿Tiene que bogar hacia la cala? ¿Tiene que esconderse en las cuevas posteriores de la Mar Grande? ¿Qué, qué tiene que hacer? ¿Qué le ha contado padre que tenía que hacer si los atacaban? No se acuerda. ¡Dios mío! Dentro de la cabeza todo le baila, nota la cabeza tan contusa como debe de estarlo la cala. Como si le llegara de muy lejos se abre paso la voz de su padre: «Si atacan los sarracenos huye y escóndete, huye y escóndete, huye y escóndete...». Con el corazón a punto de salirse por la boca se sienta en el banco, sujeta los remos con decisión, clava las palas dentro del agua, obliga al bote a dar media vuelta y empieza a remar con todas sus fuerzas, toda la rabia y todo el miedo en dirección a las cuevas. Las lágrimas no le permiten ya distinguir la vela del barco pirata, pero no importa, él rema, rema y rema, y le parece que ha pasado una eternidad cuando llega a ver la cueva; está agotado, aun así no se permite flaquear y en un par de brazadas lanza el bote al interior, oscuro como la noche sin luna. El bote golpea contra una roca y ahí se embarranca. Uzalard no tiene tiempo para recuperarse, la luz de una antorcha

aparece al fondo de la cueva y él, presa de los nervios, suelta un aullido de bestia herida, mezcla de susto y de pavor.

—Chist, ¡calla, zagal! —Mal iluminado por el resplandor de la antorcha, Uzalard reconoce el rostro del enterrador—. Te buscaba. Tu tío me ha dejado el encargo de decirte que le esperes en casa de Bernoya y que por nada del mundo vuelvas a la cala ni te muevas de ahí.

Uzalard abre la boca, ¿dónde están sus padres?; ¿y el tío?, pero no le sale la voz, tiene la barbilla completamente paralizada.

—Venga, zagal, lárgate, huye, sal por aquí y fúndete en la noche, ¿me has oído?

Uzalard salta de la barquichuela y se adentra en la cueva donde, por una serie de pasillos llenos de recovecos sale al pueblo dentro de las murallas, y corre por las calles viendo aquí y allí sombras negras que, como él, también buscan escondrijo. No llegará a la Torre de Joanás, no podrá, el corazón le va a estallar, las piernas no lo aguantan, y corre, el olor a pólvora lo invade todo, gritos y aullidos por doquier, ¿y sus padres?, ¿y el tío? Se va apartando como puede las lágrimas y los mocos, el corazón le explotará, no puede más, le falta el aliento, venga, un esfuerzo más, que ya distingue al fondo la silueta de la torre, un esfuerzo más, una sombra pasa tan cercana a él que le parece que va a engullirlo, pero no, unos pasos, sólo unos pasos... Al atravesar los escombros de la pared que da a la planta baja de la torre, Uzalard se desploma en el suelo, sin sentido.

3. CAMBIO DE RUMBO

Uzalard se despierta sobresaltado en casa de Bernoya. ¿Qué le pasa en las manos? En su sueño tenían la medida de un barril y las arrastraba por el suelo donde rebotaban de piedra en piedra, cloc, cloc, cloc. Intenta cerrar los puños y casi no puede; la oscuridad es total, por mucho que se las acerque a los ojos no las ve. Hay algo que le resulta más extraño que la oscuridad que lo envuelve; al cabo de unos momentos se da cuenta de que es el silencio. Hay un silencio espeso; ni el chirrido de un grillo, ni el canto de una abubilla. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? De pronto la imagen del barco pirata anclado frente a la cala lo empuja a incorporarse en el jergón y vuelven a pasarle ante los ojos las antorchas que andaban solas, regresa el olor a pólvora y los gritos y el enterrador diciéndole que fuera a... ¿adónde? ¡A casa de Bernoya! Se lleva las manos hinchadas a los ojos y se deja caer de espaldas. ¡Oh, no!

«Huye y escóndete, huye y escóndete...». Se levanta, anda descalzo, pero viste los calzones y la camisola. ¿Cómo ha entrado ahí? No recuerda cómo llegó, sólo que corría, corría, corría. A tientas recorre unos pasos hasta que las manos tropiezan con una pared, ¡ay, qué dolor!, la tantea y reconoce el tacto de una tela, la aparta, detrás aparece una ventana con rejas, más allá, pinceladas de rosa pintan el cielo, el alba está a punto de nacer y le regala un poco, sólo un poco de luz a la habitación. Ahora le vienen, a retazos, imágenes de Bernoya ayudándole a levantarse, haciéndolo andar, poniéndole un líquido caliente en la boca...

Retrocede y se sienta en el borde del jergón. ¿Qué tiene que hacer? Tiene que recoger los huevos de las gallinas, es su obligación. Sus padres lo regañarán si no la cumple, tiene que sacar los huevos o las gallinas, tan tontas, los picotearán. Pero su tío le mandó que fuera a casa de Bernoya y no se moviera. Se mira las manos, tiene las palmas muy hinchadas, se las frota con cuidado en los calzones. ¿Qué debe hacer? ¿Y si sus padres han vuelto a casa y no lo encuentran? Su madre se preocupará.

Uzalard vuelve a mirar por la ventana, las pinceladas de rosa del alba se van ampliando despacio. Tiene que ir a casa. Con la escasa luz le parece

distinguir el agujero de una puerta al otro lado del jergón, busca la faja y la encuentra en el suelo. ¿Y la flauta? Se arrodilla, busca por todos los rincones: no está. Intenta hacer memoria, ¿se cayó en el bote? Con dificultad porque tiene las manos torpes, se enrolla la faja a la cintura y se dirige hacia la apertura en forma de puerta. Al atravesarla sale a un pasillo estrecho y de techo bajo, lo recorre intentando hacer el mínimo ruido y encuentra una puerta de madera medio podrida, la empuja con suavidad y se encuentra fuera de la casa, entre matorrales y zarzales, al otro lado de la Torre de Joanás. Mira a su alrededor, nada se mueve.

Echa a correr agachado. No encuentra a nadie camino de las cuevas, el aire, venga de donde venga, huele a pólvora. Parece que todo el pueblo esté muerto. En las cuevas tampoco divisa a nadie, sólo el bote le espera, encajado entre las rocas de la entrada. Le cuesta Dios y ayuda empujarlo y ponerlo a flote; afortunadamente, pese a la violencia del encontronazo la madera de la barca resistió. Se embarca de un salto y el primer empeño es buscar la flauta; la encuentra en el rincón de popa. Con gesto nervioso la limpia y la devuelve a su sitio dentro de la faja. Le duele tragar saliva y su corazón anda loco; y ¡qué dolor de cabeza, Dios mío!, parece que el mazo del herrero le repique las horas. Cuando pone las manos en los remos las punzadas son tan fuertes que los suelta al instante. Se mira las palmas. Remó tan impetuosamente la noche anterior que las tiene llagadas y llenas de ampollas. Con un suspiro se saca la camisa y la rasga de arriba abajo; confía en que su madre lo entenderá. Se venda una mano, luego la otra y vuelve a agarrar los remos; el dolor es intenso pero soportable, y él ya es un hombre y los hombres aguantan lo que haga falta.

En un par de brazadas sale al mar y clava los remos. Ni a poniente ni a levante hay rastros de vida. El tiempo acompaña, la escasa luz del día naciente está tamizada por un amplio grupo de nubes. Empieza a bogar, poco a poco, moviendo la cabeza de un lado para otro sin cesar. ¿Qué hacen los piratas después de una razia?, ¿se quedan para rematar o secuestrar a los que quedan vivos? Le parece que tarda una eternidad en llegar a las proximidades de cala Salions. Por precaución decide varar en los islotes que la preceden en el recodo y hacer el recorrido a pie, las rocas lo ocultarán si llega el caso.

Esconde el bote bien amarrado entre el hueco natural que forman los islotes y trepa ágil por las rocas hasta llegar al estrecho sendero que recorre el acantilado en dirección a la cala. Por el momento todo continúa igual, igual de silencioso e igual de desértico. Llega a la masía y abandona toda prudencia pues se lanza a atravesar la playa a pecho descubierto porque no puede

esperar más, porque se muere por abrazar a sus padres, que, seguro, ya habrán regresado.

Se precipita hacia la puerta de la casa y se detiene en seco, la puerta está entreabierta. Con la frente y la espalda húmedas de sudor levanta la mano y la empuja un poco, la puerta cede sin reservas; duda, inmóvil, la mano le tiembla. ¿Y si los sarracenos están dentro? ¿Y si es una trampa? ¿Y si lo están esperando? ¿Y si sus padres están atados de pies y manos? Toma aire y se desliza por la rendija que ha dejado la puerta. La oscuridad de la sala de entrada lo frena. Una casa tan oscura, tan silenciosa, no parece su casa. Vuelve a tomar aire, las palmas de las manos le producen un escozor y un dolor que empieza a ser insoportable. Pegado a la pared y sin hacer el mínimo ruido saca la cabeza por la antesala y lo primero que ve son los cajones del trinchante por los suelos y las puertas bajas del mueble abiertas de par en par. El corazón le da un vuelco. Atraviesa la cocina, ollas, cazuelas, platos... todo por el suelo. La impaciencia gana la partida y Uzalard se lanza escaleras arriba, donde están las habitaciones; tiene la boca completamente seca y se aguanta como puede el vómito. Abre la puerta de la habitación de sus padres con el convencimiento de encontrarse con lo peor, pero no, sólo ve el armario desvalijado y la ropa por el suelo. De sus padres, ni rastro.

Uzalard ha registrado el granero, la bodega y el establo. Los piratas debían de buscar joyas y monedas, porque no se han llevado el macho ni ningún apero de *La Chula*.

Sus padres están a salvo, no tiene la menor duda; estarán escondidos en alguna otra cueva, quizás sufriendo por él. Respira aliviado y de pronto el familiar canto del gallo le hace volver la cabeza y sin saber por qué los ojos se le inundan de lágrimas. ¡Qué tontería! Se las limpia bruscamente y anda hacia el gallinero; sorprendido, comprueba que no queda ni una sola gallina, ni siquiera *Pecosa*. La barbilla le empieza a temblar, se le han llevado las gallinas, ¡mal nacidos, hijos de su madre!, ¡las gallinas, no! Un co-co-co cercano lo lleva a darse la vuelta inmediatamente y ve que picoteando en el suelo, moviendo las alas como si fuera a arrancar el vuelo y con su aire distraído de siempre aparece *Pecosa* de detrás del gallinero, y un poco más allá sale otra, y otra... Uzalard, con los ojos todavía húmedos, suelta una carcajada, se agacha, coge en brazos a *Pecosa*, le planta un beso en medio de la cresta y la lanza por los aires. La gallina protesta con una retahila de co-cos que hacen reír aún más al muchacho.

—¡No han podido con vosotras!, ¿eh? —les dice contento—. Os habéis escondido bien, diablillos. ¡Pues no sois tan tontas como pensaba!

Levanta la cabeza. El cielo resigna lluvia. Ahora no sabe qué hacer. ¿Se queda un ratito? ¿Vuelve a casa de Bernoya?

¿Echa una ojeada por las cuevas que él conoce? Parece que una legión de ratas le estén mordiendo las palmas de las manos; no aguantará mucho rato remando.

Se agacha y las gallinas le rodean.

—Escuchadme bien —les dice—, tengo que irme, pero volveré. Tenéis que prometerme que no picaréis los huevos. ¿Entendido?

Pecosa mira hacia el otro lado y se larga a picotear algo que se mueve por el suelo. Uzalard suelta un suspiro profundo, mira su casa durante unos largos segundos, y con el ánimo en los pies se encamina hacia las rocas donde ha varado el bote.

El sol ya se encarama cielo arriba detrás de las nubes cuando el chico llega a la Torre de Joanás. Por el camino se ha cruzado con alguien tan huidizo y asustado como él mismo.

La vieja curandera está amasando harina para hacer pan cuando el muchacho levanta la cortina que hace las funciones de puerta y se detiene ahí.

—Entra —le dice.

Con la cabeza gacha Uzalard va hacia el banco que hay junto a la chimenea y se deja caer; el gato negro lo mira fijamente y se tiende en el otro extremo.

—No están en casa, ¿verdad? —murmura la mujer.

Uzalard niega con la cabeza.

—Déjame verte las manos —dice la vieja acercándosele.

Uzalard las levanta con las palmas hacia arriba. Bernoya deshace las improvisadas vendas y observa con atención las llagas y ampollas. Después de lavarle concienzudamente las manos, de reventarle las ampollas y de cubrirlas con una pasta hecha de no se sabe qué y que para Uzalard huele a demonios, Bernoya se seca las manos en el delantal, va hacia los fogones, coge un puñado de higos del cesto de las frutas y los pone en un platillo, del frasco de las aceitunas saca un cucharón y las sirve en el mismo plato. Se acerca al chico y se lo tiende:

—Come.

Uzalard coge el plato y maquinalmente empieza a picar algunas aceitunas. Tiene más hambre de saber que hambre de comer:

—¿Sabéis qué ha pasado, Bernoya?

—Al palo dado, ni Dios lo ha quitado —responde la vieja amasando de nuevo la harina.

—¿Y mis padres? ¿Y mi tío? —murmura el chico, y domina la tentación de añadir: «¿Y Paula?».

Bernoja hace como si no lo hubiera oído, o así lo cree el muchacho, que no se ve con ánimos para insistir. El sol está en la cima del cielo ya y Uzalard se adormece, acurrucado en el banco. El gato negro se ha enroscado a su lado, quizá para hacerle compañía.

Así pasa mucho rato, mucho. El pan ya se cuece en el horno de leña. Bernoja ha puesto una perola sobre las brasas y corta cebolla, ajos y tomates. El olor del sofrito empieza a desparramarse por el comedor.

Unos golpes en la puerta lo devuelven a la vigilia. Uzalard conoce a la mujer que espera en la puerta con un cesto colgando del brazo y apretándose nerviosa las manos a que Bernoja vuelva con un ramito de hierbas y se las dé:

—Un solo hervor y le lavas las heridas de vez en cuando. La mujer baja la cabeza, murmura un «gracias» apagado y se marcha.

Después de ésa viene otra y otra..., un buen puñado de mujeres del pueblo viene a buscar remedio. Uzalard ha prestado tanta atención como le ha sido posible, así ha podido enterarse de que esta vez los piratas se han marchado con el rabo entre las piernas; los hombres de Tossa les han plantado cara; heridos sí, muchos, pero los sarracenos también se han llevado lo suyo. Uzalard siente un calorcillo donde tiene el corazón. Sus padres están bien, seguro, y el tío, también. Pronto irán a buscarlo.

El sol ya desaparece por poniente cuando Bernoja cierra la puerta detrás de la madre de Leoncio. Uzalard no se ha atrevido a acercársele a preguntar dónde estaba el amigo. En todo el día no se ha movido del banco de la chimenea, es como si las fuerzas hubieran huido y le hubieran dejado las piernas y los brazos de pura paja. El gato continúa haciendo el vago a su lado.

La vieja empieza a encender las velas de grasa de oveja mientras va musitando palabras que el chico no entiende. Cuando el comedor coge relieve por las sombras que dan las velas, Bernoja acerca la mecedora a la chimenea, suspira, recoge las manos en el regazo y empieza a hablar mirando las brasas de la lumbre, como si recordara:

—Tu madre me vino a ver. Era una moza delgada y delicada, tú te pareces a ella. Quería hijos y no infantaba. Revolvió las piedras y ellas le dijeron que alumbraría un heredero y no más. Le di hierbas y quedó preñada de ti.

Uzalard se ha incorporado en el banco y la escucha inclinado hacia ella, bebiendo ávido cada palabra, con los cinco sentidos puestos en los labios de

la vieja, que añade, mirándole fijamente a los ojos:

—Ahora, pregunta lo que quieras saber.

El chico se sobresalta. Dicho así, a quemarropa... Las palabras de la vieja no han tenido tiempo aún de metérsele dentro y mezclarse hasta convertirse en preguntas. O quizá las palabras hayan tropezado con las que tiene dentro y ahora no puede sacar ninguna. Se mira las manos vendadas; no se le ocurre nada.

—Quieres saber por qué la música te suena dentro —afirma la mujer.

Uzalard asiente con la cabeza, que sí, que sí. Bernova se levanta, va hacia los fogones, coge el cazo de malta y vierte la zurrapa en un plato de piedra. Con él en la mano y un tazón de agua vuelve a la mecedora.

—Te dolerá —le dice mirándole las manos—, tienes las heridas abiertas.

Uzalard nota cómo la frente empieza a salpicársele de pequeñas gotas de sudor. Traga saliva, y con esfuerzo, murmura:

—Aguantaré.

La vieja le saca las vendas, mira un instante el estado de las llagas, y manda:

—Pon las manos abiertas con las palmas pa arriba.

El chico se apresura a obedecer. Bernova esparce la zurrapa por las palmas, desde la punta de los dedos hasta la muñeca, después coge una vela y se queda un buen rato mirando las formas que hace el poso de la malta hasta que inclina la vela y deja que doce gotas caigan encima de él. Uzalard se estremece y por unos instantes teme que el dolor le haga perder el sentido, pero se mantiene inmóvil. Las gotas han tomado diversas formas y no tardan casi nada en endurecerse.

—La música está dentro de ti —murmura la vieja—. Corre por tu cuerpo mezclada con la sangre, pero...

Se calla, inclina la vela y deja caer una gota en cada palma, directamente encima de la piel. Uzalard siente la comezón de la quemadura y se llena los pulmones de aire para no chillar.

—... tendrás que pactar con tu alma. Darás dos vueltas y la música saldrá cuando seas capaz de aguantar el dolor que tus decisiones provoquen en los que amas.

Bernova deja la vela encendida en la repisa de la chimenea, se da la vuelta para coger el tazón de agua y le lava las manos; mientras vuelve a vendarlas, presagia:

—Si aguantas el dolor de dentro como aguantas el dolor de fuera, a fe que serás músico. —Lo mira—. Ahora ve a buscarte un plato, tienes que llenar la

panza.

El chico se levanta, tiene tantas palabras dentro que, juntas, forman una bola inmensa. Andando como un sonámbulo se dirige a los fogones, detrás de él le llegan las últimas palabras de Bernoya:

—Y no sufras por tus padres, ellos siempre estarán contigo.

Pero estas palabras ya no encuentran lugar en su cabeza, y se difuminan en el aire.

Martín Moré llega de improviso a última hora de la mañana del segundo día que el chico lleva en casa de Bernoya; la mujer no lo ha dejado salir de casa para nada. «Es peligroso dejarse ver por el pueblo, tus amigos también están en casa. Por lo tanto, quieto y a callar», le ha dicho y repetido.

Para matar el tiempo y expulsar las ideas que le venían a la cabeza, esta mañana Uzalard se había buscado trabajo. Después de registrar todas las estancias de la torre, prácticamente destruidas, ha encontrado cuatro herramientas en un cajón en el rincón más profundo del que ha supuesto sería el establo de la torre, y ha arreglado el portillo de la ventana de la sala, que colgaba de los goznes, ha afilado todos los cuchillos... Hace un momento se disponía a enderezar el gancho de la sierra de fuego, cuando a través de las aspilleras abiertas en el muro oye el trote de unos cascos y algo dentro de él le dice que es su tío. Deja caer las tenazas y el mazo al suelo y corre hacia la puerta. Efectivamente, su tío ya ata el potro que Uzalard ha reconocido como el caballo del amo Darder cuando el chico le sale al encuentro.

—¡Tío! ¿Qué os ha pasado? ¿Dónde están mis padres?

El tío le responde sin dejar de andar hacia el interior de la torre:

—Espera aquí. Vienes conmigo.

—Pero tío...

—Haz lo que te ordeno. —Y el tío levanta la cortina que da paso a la vivienda de Bernoya y entra.

Uzalard da una patada a una piedra, se agacha, coge otra y la lanza lejos con furia; el gato negro que estaba tomando el sol desaparece debajo de unos arbustos; fastidiado, el chico se acerca a lo que fue el pozo y ahora sólo es un montón de piedras, y se deja caer en una de ellas. El tío no lo hace esperar demasiado; en cuanto ve que vuelve a alzarse la cortina de la entrada, se le acerca mientras se frota las manos en los calzones. Bernoya sale detrás del tío.

—Quedad a la paz del Señor, Bernoya —se despide el tío.

—Que Él os proteja —responde la mujer en voz baja y lanza una mirada a Uzalard que, no sabe por qué, la recibe en la boca del estómago—. Y a ti, joven heredero.

Uzalard baja los ojos turbado y sigue a su tío. Sin abrir la boca, el tío desata las riendas del poste con gesto seguro y monta de un salto, alarga el brazo, el chico se agarra y ágilmente sube a la grupa del caballo. Bernoya los ve alejarse sin moverse de la puerta.

Al trote salen extramuros, atraviesan la Tierra Negra y Uzalard observa que se dirigen hacia la cala Salions, hacia casa. Al llegar al monte el caballo se arranca a galopar, el chico aprieta con fuerza las rodillas y se agarra a la silla de montar; el caballo puede saltar lo que quiera, que a él no lo derribará, ¡seguro que no! Por lo que puede ver el pueblo ha recuperado el pulso diario y el sol luce sin fuerza en un cielo preñado de nubes. La cabeza y la boca le hierven de preguntas, pero sabe que el tío no le responderá hasta que lo considere oportuno.

Cuando han pasado el monte Guardi el tío acorta las riendas bruscamente, el caballo relincha, y se dirige hacia el precipicio que se abre a la derecha. Ahora al paso, el animal empieza a bajar por un sendero entre rocas que lleva al mar. Van hacia las cuevas Hendidias, deduce Uzalard. Él nunca ha estado ahí, y el corazón empieza a martillearle con fuerza. Sabe que son unas cuevas peligrosas, pero también «las más seguras para quienes las conocen», afirma siempre su padre. Seguro que ahí lo esperan sus padres. Pero ¿por qué están escondidos si el peligro ya ha pasado?

Ahora el caballo galopa por la estrecha lengua de arena que bordea la costa que tiene forma de media luna. Al llegar donde termina la arena, el tío detiene el caballo y le dice:

—Salta.

Con el pie en tierra el chico mira a su alrededor, no ve la entrada de las cuevas en ninguna parte. Parpadea confuso. ¿Qué se propone el tío? Lo ve golpear la grupa del caballo, que se aleja al galope con las riendas sueltas, y luego empezar a trepar por las rocas del lado del viento del norte sin mirar atrás. Decide seguirlo sin preguntar nada todavía. Cuando llegan a la cima bajan por el otro lado y allí, varada en la arena, Uzalard ve *luí Chula* con la vela arriada y el corazón se le sube a la garganta. ¿Qué hace ahí el falucho de su padre? Vacila, abre la boca, pero antes de poder decir nada su tío le ordena:

—¡Ven, empuja!

Los dos empujan la barca hasta ponerla a flote y se embarcan. El tío iza la vela y Uzalard instintivamente dirige la mirada al horizonte y a levante; sopla

el viento garbino, no demasiado bueno para navegar, y va hacia popa dispuesto a hacerse cargo del timón, como hace todos los días con su padre. Pero el tío, una vez ha atado los cabos al árbol, le señala el banco de proa y es él quien coge la caña.

La Chula zarpa empujada por un viento que resigna lluvia mientras grandes olas les siguen por detrás como tiburones hambrientos. El falucho se abre paso con la proa levantándose como un caballo encabritado para al instante siguiente capotar y cortar el agua como la espada de un sarraceno, para volver a levantarse y volver a capotar y volver a... El mismo movimiento que hace el corazón de Uzalard, del pecho a la garganta y de la garganta al pecho; no entiende qué hace en el falucho de casa con su tío, ni por qué el tío no le dice nada, ni qué van a hacer mar adentro. Los pocos rayos de sol que consiguen abrirse paso entre las nubes caen al agua y ésta los devuelve desfallecidos. Navegan un buen rato, el tío, mano en la caña y mirada fija en dirección a levante; los acompaña el golpeteo de las olas en la madera de la embarcación y el rumor del viento. De pronto, el tío se levanta, coge el ancla y la tira al agua, el falucho pierde velocidad. El tío arría la vela, de pie, se saca la gorra:

—Uzalard, ven aquí.

Uzalard se levanta, salva los tres bancos que lo separan del tío y, sin esperar la orden, también se quita la gorra. Ve que el tío escudriña el mar. Los ojos se le nublan, la barbilla y las piernas le tiemblan, porque milésimas de segundo antes de oír sus palabras ya sabe que sus padres están muertos.

—El Señor ha querido llevarse a tu padre y a tu madre. Que Dios los bendiga. Descansen en paz.

Un garrotazo en el centro del pecho no hubiera impactado tanto a Uzalard. De pronto el cielo se ha cubierto de una espesa niebla o el sol se ha apagado. Se agarra con las dos manos a la regala de la barca, se agarra fuerte y cierra los ojos, por eso no se da cuenta de que el tío lo está mirando. Cuando abre los ojos tiene el rostro de su tío frente a él y aunque ya tenga casi doce años y sea un hombre le lanza los brazos al cuello y estalla en sollozos.

Las nubes se han ensanchado y han tapado definitivamente todo rastro de sol. No hay que esperar demasiado para que las primeras gotas de lluvia empiecen a humedecerlos. El camino de vuelta lo hacen también en silencio y en el vacío, y tanto el mar como el cielo son del mismo color. También Uzalard tiene la cabeza vacía, las palabras se han fundido, como las preguntas.

—Tu padre murió como un hombre para defender a tu madre, y yo traje aquí sus cuerpos para que durmieran el sueño eterno en el mar que tanto amaban.

Las palabras del tío le llegan como si estuviera muy lejos.

—Vivirás conmigo en la masía Moré —añade el tío—. La vida continúa. Tienes que ser fuerte, como tus padres hubieran querido que fueras. Eres el primogénito y ahora eres mi heredero. Compórtate como tal y haz honor a tu nombre...

Uzalard va asintiendo con la cabeza, dice a todo que sí, sí, sí. Sólo al llegar a la cala Salions y antes de saltar a la arena le viene una idea a la cabeza:

—¿Y las gallinas, tío? ¿Qué haremos con las gallinas?

—¿Las gallinas? —El tío frunce las cejas—. ¡Ah, sí, las gallinas! Las venderemos.

—¿Todas? —farfulla Uzalard.

—Todas.

4. SOÑANDO LA HUIDA

Han pasado cuatro años. Uzalard ya pasa toda la cabeza a su tío, quien observa que con dieciséis años el chico tiene todo el aire de los Moré, los mismos hombros anchos y ligeramente caídos, y la misma mirada penetrante. Sin embargo, físicamente es el vivo retrato de su madre: el mismo óvalo delicado, los mismos ojos que se le almendran cuando se ríe y la misma sonrisa luminosa de la añorada Violante.

Para Martín Moré la pérdida de la mujer que amaba y del querido hermano le supuso una marejada imposible de superar; envejeció diez años de golpe. El cabello se le tornó blanco, las arrugas del rostro se multiplicaron y la espalda se rindió ante la apariencia imbatible que había mostrado siempre. Aun así, lo que más le sacudió fue ver la muerte de cara. Si la muerte le había arrebatado lo que más quería, ¿qué no podía hacer con el sobrino?

Ahora no puede concebir la vida sin Uzalard. Tenerlo a su lado le permite conservar vivo el recuerdo de su hermano; mirarlo es evocar la presencia de Violante. Y el muchacho se hace querer, es el hijo que hubiera podido tener y es, además, el heredero de los Moré. Por ello el miedo lo consume: sólo de pensar que en una nueva razia los piratas podrían secuestrarlo, o que una mala tempestad podría sepultarlo en el mar o una maldita peste llevárselo, siente cómo el ahogo le estrangula la garganta con puño de hierro.

Desde el miedo a perderlo, pues, hace tiempo que Martín cobija la idea de que Tossa no es lugar seguro para el primogénito. ¿Qué será del muchacho si él muere? La vida de los contrabandistas como él cuelga del hilo del sable de los carabineros o del puñal del traidor. ¿Qué será de las joyas familiares y de las monedas acumuladas durante años y que con tanto celo esconde en el granero de la masía? Pese al juramento hecho con su hermano, da vueltas a la idea de explicar al primogénito sus orígenes familiares; incluso ha estudiado la idea de volver a Barcelona, pero ¿adónde? Sus padres murieron y la casa familiar ya no existe. ¿Y si su presencia remueve el pasado y salpica al muchacho? Otra idea se abre paso con insistencia: ingresar a Uzalard en la

escuela monástica del monasterio de Ripoll o del de Sant Feliu; allí estaría seguro. Ésa sería la mejor solución, concluye Martín siempre que lo piensa.

Uzalard no ha querido ni quiere pensar en sus padres ni ha vuelto a la cala Salions desde que el tío vendió la casa. Cuando celebraron el funeral por sus padres él estaba en la primera fila de la iglesia al lado del tío, y se esforzó mucho para que las lágrimas no le traicionaran, después todos dirían que se había comportado como un hombre. Cuando sí que lloró, y con ganas y con mocos y con todos los arrestos que tuvo que echarle, fue cuando convenció a su tío para quedarse con las gallinas. Él no estaba dispuesto de ninguna de las maneras a perderlas, era lo único que le quedaba de su hogar e iba casi todos los días a verlas, a continuar entrenando a *Pecosa* y a darles grano. La vieja Antica le ayudó: dijo al amo que era bueno para la masía tener gallinas porque alejaban los malos espíritus. El tío cedió, Uzalard no sabe si cedió por miedo a los espíritus o para que se callase de una vez. El caso es que Uzalard armó una jaula al lado de los establos de la masía Moré y el día antes de que los nuevos propietarios se instalaran en la casa de la cala, fue con su tío con el carro y unos cuantos capazos y se llevó las gallinas, que estaban ya bastante canijas. Con las aves seguras en la masía, el chico se esforzó para que Antica entendiera bien entendido que ninguna de aquellas gallinas era para hacer caldo, ni para dar ni cambiar por nada. Antica asentía con la cabeza y a viva voz, y lo cierto es que las gallinas se revinieron tanto que daba gusto verlas tan gorditas y airosas; desde hace un par de años, no obstante, han ido muriendo una tras otra, de puro viejas. Sólo *Pecosa* sobrevive y durante mucho tiempo se ha dado sus buenos garbeos por la jaula con aire solemne, como si finalmente barruntara que era alguien especial. Además de las gallinas, Uzalard logró que el tío le permitiera quedarse con la caja de novia de su madre, su medallón de plata, que los sarracenos no habían encontrado en el saqueo, y la pipa del padre, objetos que ahora guarda en su habitación.

Al día siguiente de ir a buscar las gallinas, cuando al lado de su tío presenció cómo los nuevos propietarios cogían la llave y entraban en la casa, decidió no volver a poner los pies allí ni pensar más en ello.

Su presente y, por lo tanto, su futuro está en Tossa y en ser arriero, según le dice el tío, que no quiere ni oír hablar de cualquier otra posibilidad. Uzalard ha alcanzado los dieciséis años y continúa desconociendo que viene de familia de músicos, que el negocio de arriero del tío es una tapadera que oculta la verdadera fuente de ingresos: el contrabando, y que cuando herede la fortuna del tío será un heredero muy rico. Pero si, según Uzalard, su tío es más terco que una mula, él no le va a la zaga: su tío puede decir misa, pero él

no se hará viejo encima de un carro. Él se marchará a Barcelona, con permiso o sin él.

Paula, que con quince años atrae todas las miradas de los chicos del pueblo, sólo tiene ojos para Uzalard, así como Uzalard sólo tiene ojos para Paula. Afortunadamente para ellos el suyo es un amor bendecido por ambas familias. Los dos son primogénitos, por lo tanto herederos del patrimonio familiar, no hay, pues, razón alguna que les impida casarse. Pero Uzalard todavía no piensa en casorios, antes tiene que ir a la capital.

Hace un par de años, cuando cumplió los catorce, su tío le regaló al *Saino*, un macho joven e inquieto como el joven amo, que lo conquistó a la primera cabalgada. El macho le permitió, torrente de Vallpregona arriba, adentrarse en la penumbra selvática que envuelve el Santuario de Sant Grau y descubrir a un viejo clérigo que toca la flauta travesera como los ángeles. Y se hizo discípulo suyo, sin que el clérigo se lo ofreciese ni él lo pidiera.

A aprender a tocar la flauta se escapa cuando el trabajo se lo permite; suele ir acompañado de Leoncio y de Salvio. Uzalard les predica que con la música lograrán huir de este mundo que se les queda pequeño. Los tres amigos han cambiado los juegos por largas charlas en el bote de Uzalard o tendidos en la arena de la Mar Grande. Todas las conversaciones tienen el mismo motivo: lo que harán cuando sean mayores de verdad, cuando ya puedan decidir por sí mismos qué hacer con su vida. Es en estas ocasiones cuando Uzalard les habla de la música. Gracias a haber escuchado a los cómicos y feriantes que actúan en el pueblo en las fiestas de verano, tiene conocimiento de que en la capital, los ricos, la nobleza y la burguesía contratan músicos para que les alegren las fiestas. Leoncio y Salvio se dejan llevar por la arrebatadora pasión con que Uzalard describe la ciudad que nunca ha visto. Barcelona, qué lejana, qué tentadora. Las calles, las casas, los carruajes, los perfumes y vestidos de las señoras, la elegancia de los caballeros..., se les aparecen en la mente y los hacen soñar, así Salvio, con un tambor que ha mercadeado a un feriante, y Leoncio, amo de una tenora, no dudan en seguir a Uzalard monte arriba para aprender del viejo clérigo.

Los rayos dardean a gran velocidad las ramas y los troncos de las encinas, los castaños y los robles, y las hojas son sacudidas por la furia de las gotas de lluvia que no dan tregua, los truenos ensordecían a los muertos y los

campos reciben el agua con agradecimiento. Es una tempestad importante la de este domingo de finales de septiembre. La tierra, ya empapada, empieza a inundarse. Los tres muchachos galopan tan rápido como les permite la cortina de agua, los obstáculos del bosque y los propios machos. Se les pasó el rato ensayando la romanza con el viejo fraile y tienen que estar en el pueblo antes del anochecer, sobre todo Uzalard, que tiene que preparar el carro para salir de madrugada a buscar un cargamento de troncos. Pero no se puede avanzar entre una tormenta de este calibre, así que Salvio, que se conoce la montaña palmo a palmo, toma la decisión de detenerse y buscar refugio en la Cueva de los Ladrones. Tira de las riendas, se apoya en los estribos y entre gritos y señales con la mano indica a sus compañeros que descenderán por la garganta de la Muerte, que se precipita en bajada entre pinos y matojos hasta llegar al estrecho pasillo que termina entre una imponente hilera de rocas en el pequeño claro donde está la cueva.

Los tres muchachos saltan de los caballos y corren al interior de la gruta; los animales se quedan fuera, están acostumbrados a aguantar el agua del cielo y lo que les caiga encima. La cueva tiene un pasillo estrecho y muy bajo de techo que los obliga a andar casi agachados. Cuando Salvio enfila el último tramo del pasillo se detiene y sus compañeros se dan de bruces con él porque está tan oscuro que no distinguen ni los dedos de las manos.

—Pero ¿qué diablos haces? —protesta Uzalard con la nariz clavada en la espalda de Salvio.

—Pssst... —musita éste—. Hay alguien.

Los tres contienen la respiración. ¡Cuidado! Alguien tose muy cerca. Instintivamente se llevan la mano al cuchillo que llevan escondido en el cinto y Salvio, con el mayor sigilo, da unos pasos al frente, los otros lo siguen, llegan al final del pasillo y alargan el cuello con suma precaución hacia la boca de una caverna de techo alto.

Alrededor de un fuego improvisado con cuatro ramas están sentados dos hombres y un chico. Uno de los hombres tiene los ojos muy salidos y parece corpulento, de una edad que a Uzalard le recuerda la de su tío; a su lado, un muchacho muy delgado se entretiene en remover las ascuas con una ramilla y un viejo no cesa de toser y de darse golpes en el pecho. Es el chico quien desvela la presencia de los tres amigos al levantar la voz y preguntarles, con tono de espanto:

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

El hombre se levanta como si le hubiera picado un escorpión y en la mano ya sostiene un cuchillo de hoja ancha y larga que se ha sacado con

movimiento rápido de la parte trasera del cinto.

—¡Gente de paz! —responde al instante Salvio. Y levanta las manos para demostrar que no llevan armas. Sus compañeros hacen el mismo gesto.

El hombre devuelve despacio el cuchillo a su sitio pero permanece en pie, vigilante, hasta que los chicos entran en el círculo de luz que ofrece la hoguera.

—Buscamos refugio por la tormenta —aclara Uzalard.

El viejo extiende la mano hacia el suelo y les dice con voz asmática:

—Sentaos, en nombre de Dios.

El chico, más o menos de su misma edad, se limita a mirarlos.

Son cómicos, les explica el hombre. Vienen de Sant Feliu y van a Tossa, de allí bajarán a Lloret, después a Blanes, e irán bordeando la costa hasta llegar a la capital; él toca la cítara, el chico es capaz de dar tres volteretas en el aire y caer de pie y el viejo recoge las monedas.

Escuchando los romances de los cómicos se les pasa el rato. Cuando Uzalard se da cuenta de que la tormenta ya está mar adentro es de noche.

Al llegar a los establos donde el tío guarda las mulas, los machos, los carros y las guarniciones, Uzalard ve que el carro grande ya está preparado para salir. «Mi tío estará furioso», gruñe en voz baja. Después de la tempestad, la luna, casi llena, empieza a asomar tras las nubes. Uzalard salta del macho, le saca el bocado, las riendas y la silla y lo deja en el bebedero. Luego lo cepillará, ahora tiene que entrar en casa y enfrentarse a la cólera de su tío. Al salir de los establos y pasar junto al gallinero, se detiene un instante mecánicamente para meter la mano en el bolsillo de los calzones y sacar un puñado de cebada; las gallinas dormitan puestas en hilera en los palos, intenta ver dónde está *Pecosa*, mas la luz de la luna no la alcanza, deja caer unos granos en el suelo a través de la alambrada y continúa hacia la masía. El tío lo espera sentado en el sillón con brazos que hay cerca de la chimenea fumando en pipa, con la expresión oscura. Hace rato que Antica ha dejado el caldo hecho en el puchero que cuelga de la sierra de fuego encima de las ascuas.

—¿Dónde estabas, heredero? —Es como lo recibe.

—He ido con mis amigos a Sant Grau y nos ha detenido la tormenta. Lo siento, señor —responde el chico, sincero.

Y permanece de pie frente a su tío, las manos a la espalda, dispuesto a aguantar, hoy por segunda vez, el chaparrón.

—Y cuando no es la tormenta, es que había nubes y cuando no, es que te distraes mirándote la punta de la nariz —trueno la voz del tío.

Uzalard no responde.

—¿Qué crees? ¿Que vives aquí de balde? Tienes obligaciones y las tienes que cumplir.

Silencio por parte de Uzalard.

—¡Tú has nacido con un hueso en la espalda! —sentencia el tío, que se levanta, va hacia la chimenea y golpea la cazoleta de la pipa en la repisa; la ceniza cae como liviana lluvia de polvo gris.

Uzalard lo observa. Cuando el tío vacía la pipa así es que lleva algo en la cabeza. El tío se da la vuelta y apoyando el codo en la repisa de la chimenea, sentencia:

—No estás hecho para esta vida. No serás capaz de ganarte la vida en la pesca ni comerciando con el corcho, y si te dejas los establos te olvidarás de dónde has dejado los carros o perderás las mulas...

Uzalard toma aire. ¿Adónde quiere ir a parar el tío? ¿Y si ya es el momento de confiarle sus planes?

—No sé qué voy a hacer contigo —concluye el tío con un suspiro sonoro, y vuelve la cabeza para mirar fijamente las brasas encendidas.

Uzalard vuelve a tomar aire. Sí, ahora es el momento, y cuando va a abrir la boca el tío lo mira y se le adelanta:

—He tomado una decisión. —Hace una pausa y continúa—: Ingresarás en el monasterio de Sant Feliu. Allí podrás holgazanear y tocarte la nariz y la flauta tanto como quieras. Daré parte de mis bienes a los monjes para tu manutención.

Uzalard se inclina imperceptiblemente como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. La cabeza le da vueltas. Parpadea unos instantes. ¿1 la oído bien? Mira a su tío y se da cuenta de que el tío lo está observando a su vez, esperando. Y no piensa, sólo dice:

—Quiero ir a Barcelona. Quiero ser músico.

El silencio se hace pegajoso en la sala. El tío se ha quedado inmóvil con la pipa en una mano y una ramilla en la otra; los ojos, muy abiertos, expresan sorpresa, cambian a perplejidad y acaban llenándose de lágrimas. A Uzalard le tiembla la barbilla. ¡Por Dios! ¡Que no se eche a llorar! Él nunca ha visto llorar a su tío, ni cuando murieron sus padres, por favor, que no llore, que él no lo podrá resistir. Al cabo de unos segundos que se le antojan eternos, el tío alarga la mano y le ordena:

—¡Dame la flauta!

—¿Por qué? —Uzalard, temblando, lo pregunta casi a gritos.

—¡A mí no me levantes la voz y haz lo que te mando! Uzalard no se mueve, gotitas de sudor empiezan a resbalarle por la frente. ¿Qué diablos pretende su tío?

El tío se le acerca y le habla con el rostro casi pegado a él:

—¡Te ordeno que me des la maldita flauta, heredero!

Uzalard se mete la mano en la faja, empuña la flauta y pese a que la sujeta con fuerza no puede evitar que la mano de hierro del tío le aprisione el brazo, lo obligue a sacar la mano de la faja y le arrebatase el instrumento.

—Cuando ingreses en el monasterio te la devolveré. Y ahora vete a dormir. —Y el tío le da la espalda y en cuatro zancadas ya ha salido de la sala.

Uzalard tiene las mejillas encendidas y tiembla de rabia. Pero ¿qué se ha creído el tío?, ¿que es un chiquillo que puede hacer bailar al son que él toca? Va hacia la chimenea, pone las dos manos bien planas en la repisa y apoya la frente; el calor de las brasas lo sofoca aún más y le va secando las lágrimas a medida que brotan de sus ojos. Si se atreviera, si fuera capaz, ahora mismo ensillaría de nuevo a *Salao* y se largaría. Y que aquí se pudriera el tío, la masía y..., no, no puede hacerlo. Se pasa la mano por los ojos y se agacha para destapar el puchero y servirse un tazón de caldo mientras entre las brasas ve la imagen de los cómicos camino de la capital. ¿Y si se escapara con ellos? Él podría ser uno más del grupo, ya toca la flauta bastante bien.

Las campanas tocan a muerto este domingo de octubre en que Martín Moré cumple años, y los vecinos de Tossa van acercándose a la iglesia. Uzalard llega solo; desde que el tío se apropió de su flauta hace un par de semanas, no le habla, ni hoy, para felicitarlo, ni ayer, cuando el tío con voz grave le comunicó que Jaime, el heredero de los Lucio, había muerto despeñado en Cap sa Creus. Pero por la noche, de vuelta de los astilleros con el carro, se desvió de su camino para ir a casa de su amigo.

Salvio, vestido de negro y con el rostro desencajado, recibía el pésame de amigos y vecinos al lado de sus padres y su hermana. Uzalard no supo qué decirle, sólo le apretó muy fuerte la mano y se aguantó las ganas de darle un abrazo porque ya eran mayores. Y mientras estaba en casa de su amigo, en un rincón cerca de la chimenea, se le ocurrió que con la muerte de su hermano, Salvio había pasado a ser el primogénito de los Lucio, por lo que no podría marcharse con él a Barcelona.

La iglesia se ha ido llenando, a la izquierda las mujeres, a la derecha, los hombres. Todos en silencio, todos con la cabeza baja. Uzalard se ha quedado en el banco de la última fila y ha visto entrar a Paula, que le ha hecho un gesto que decía: «Te espero en la salida». Cuando ha visto entrar al tío ha vuelto la cara hacia el otro lado.

Al acabar la ceremonia, la comitiva, como un reguero de agua, empieza a salir de la iglesia y a entrar en el cementerio, que está al lado. 1:1 sol, indiferente al dolor de la familia, brilla luminoso; hace bastante calor. Uzalard busca a Paula y la ve entre la gente, con esfuerzo se abre paso hasta llegar a su lado. Paula lleva la mantilla negra encima del pelo, hoy recogido en dos trenzas.

Después de dar otra vez el pésame a la familia, Uzalard y Paula salen del cementerio y sin necesidad de hablar acomodan sus pasos hacia la Tierra Negra en dirección a la Mar Grande. Uzalard se ha quitado la capa y la lleva colgada a la espalda sujetándola con un dedo. Paula se ha guardado la mantilla en el bolsillo del vestido y su roja melena brilla al sol. Uzalard la mira de reojo y el deseo de acercarse a sus labios y besarla vuelve de nuevo, insistente, pero una vez más se contiene. Se contiene porque si la besa, si le dice que le gusta, que le gusta tanto que le gustaría besarla desde la punta de los cabellos hasta la punta de los dedos, sería como estar prometidos, y entonces, ¿cómo le dice que se quiere largar con los cómicos?

Paula le mira la boca, la mejor dibujada de todo el pueblo, ¿qué no daría ella por acercarse y rozarla con sus labios? Pero se contiene, se contiene porque es una primogénita, y las primogénitas no pueden hacer esas cosas, ¿qué pensaría él? Pensaría que era una cualquiera y ya no querría ni mirarla a la cara.

Han llegado al roquedal que cierra como una balconada la Mar Grande por el lado del viento del norte y trepan por las rocas hasta alcanzar la parte superior de la más alta; allí, con cuidado de no resbalar, bajan por la otra cara de la roca hasta llegar al pequeño repecho que se abre abajo, a cinco palmos. Allí no llegan las miradas ajenas desde la playa. Se sientan con los pies colgando, balanceándose y rozando el agua, muy cerca el uno del otro, tanto que Uzalard siente el calor del cuerpo de Paula en el brazo derecho, y Paula siente el calor del cuerpo de Uzalard en el brazo izquierdo.

Uzalard suspira profundamente y murmura:

—Esto..., Paula..., si me fuera a la capital, poco tiempo, ¿tú me esperarías? —Y gira la cabeza para ver qué cara pone Paula. Paula tiene los

ojos fijos en el mar, al cabo de unos instantes le pregunta en un tono tan bajito que el chico casi no la oye:

—¿A qué te refieres?

Uzalard columpia los pies, arriba y abajo, arriba y abajo, antes de responder:

—Pues, que me iría un tiempo y cuando encontrara trabajo volvería a buscarte..., si tú quisieras, claro está.

Paula levanta la cabeza y lo mira:

—Yo te esperaré toda la vida y toda la eternidad, si es necesario...

¿Es el tono de seguridad con el que Paula ha hablado o son las palabras dichas lo que provoca que el chico se estremezca de arriba abajo? Todavía está situándose cuando oye que Paula añade:

—... porque te amo y quiero que seas mío.

Uzalard traga saliva y se la queda mirando. Paula está de espaldas al mar y a la roca; el mar brilla como si mil trocitos de sol alfombraran el agua y el viento de gregal que sopla fuerte le levanta el pelo por detrás y casi le tapa la cara. El tiempo se detiene y Uzalard queda preso de esa imagen, fijada en las retinas, absorbido por una fuerza poderosa que lo empuja a buscarle los labios, lo empuja a besarla mientras murmura algo así como:

—Yo también, yo también te amo.

Después de separarse de Paula, Uzalard sube a paso ligero por la Tierra Negra en dirección al mas Moré. El tío se ha quedado en casa de los Lucio, dispone pues de un buen rato para llevar a cabo su propósito: recuperar la flauta. Le ha dado mil vueltas a lo largo de la semana. Si se marcha con los feriantes tiene que llevar su flauta, ¿cómo lo acogerían si se presenta con las manos vacías?

Llega a la masía y asoma la cabeza por la cocina. La vieja Antica trastea entre cazuelas; cruza la sala grande con rapidez y sube la escalera que lleva al piso de arriba. «Porque te amo y quiero que seas mío». Ella nunca le había dicho nada parecido. El rellano es espacioso, al fondo, la ventana se abre a la exuberancia del paisaje que se domina desde la finca. A la derecha está su habitación y justo enfrente, la del tío. Uzalard se detiene frente a esa puerta. El corazón le late con fuerza. Cuando hace cuatro años fue a vivir a la casa, a espaldas de su tío dedicó varios días a husmear y revolver por todos los rincones y por todas las estancias, pero en ésta no se atrevió a entrar; tampoco pasó más allá de la puerta del granero. Ahora, toma aire y abre la puerta con decisión.

Los postigos de la habitación están cerrados. Entreabre uno y la luz que entra le parece suficiente para poder moverse. Lo primero que le llama la atención es la cabecera de la cama y la mesilla de noche con cajón y puerta, de formas redondas y de color marrón tan oscuro que parece negro; pero lo que le sorprende de verdad es la cómoda, que está arrimada a la pared donde está la puerta. Se acerca a mirarla. Ha oído hablar de cómodas, pero nunca había visto una. Las cómodas son cosa de gente rica, ¿qué hace ésta en la habitación del tío? ¿Tanta fortuna tiene? Acerca las manos a la parte inferior del primer cajón, que tiene forma de balcón, como la parte de arriba del mueble, y tira de él con suavidad. El cajón no se mueve. Se fija en que en medio del frontal hay una cerradura y la llave no está puesta, ni en este cajón ni en ninguno de los otros cuatro. Si la flauta está ahí dentro lo tiene mal. Sujeta el cajón con firmeza e intenta sacarlo, pero el cajón se resiste. Suelta un juramento y pega una patada al mueble antes de dirigirse hacia la mesilla de noche. Se agacha, el cajoncillo se abre bien pero no hay nada que le llame la atención. La puertecilla de abajo también está cerrada con llave.

Se pone en pie y ojea toda la habitación. Encima de la cama, en la pared, hay colgado un Santo Cristo. Nada más. Va hacia la ventana y cierra el postigo. Sale de la pieza y baja de prisa la escalera, ahora en dirección a la bodega. Regresa la imagen de las rocas, la ha besado en los labios, eran como fresas tiernas, quizás fuera mejor ir juntos a Barcelona; lo pensará por la noche, ahora tiene que concentrarse en encontrar la flauta. No necesita encender ninguna antorcha en la bodega, la luz que entra por las aspilleras le sobra para comprobar que, en la bodega, el tío sólo guarda el vino de cada cosecha. Al lado de la bodega está el granero. Ahora sí que no tiene más remedio que entrar. Hace cuatro años, cuando desde la puerta entrevio las armaduras de hierro que yacen arrinconadas bajo la bóveda del sur y los oxidados arcabuces y alabardas que se amontonan al lado de la puerta, echó a correr. La única cosa que se atrevió a tomar entonces, y porque estaba ahí mismo, al lado de la puerta, fue una ballesta que todavía conservaba los corchetes puestos y que se llevó a su habitación, para esconderla debajo de la cama.

Ahora sabe que no tiene más remedio que adentrarse a revolver entre los trastos del abuelo Uzalard, y hacerlo rápido, no sea que venga el tío y lo pesque.

Deja de lado la desazón y entra. Empieza por apartar los arcabuces y las alabardas y al momento un enjambre de escarabajos se desperdiga a sus pies, aturullados. No les presta atención, tampoco al ratón que huye en busca de un

nuevo refugio. Nada, ni detrás ni debajo de las viejas armas. Tampoco detrás del gran cajón lleno de pinas secas, las que usa Antica para encender la lumbre. Los escarabajos continúan con sus locas carreras. Uzalard aparta con dificultad el mueble que parece un trinchante, sin puertas; detrás está vacío. Escudriña entre la gran pira de leña sin el menor resultado. Una rata salta de un rincón y pasa rozándole el brazo con la larga cola, Uzalard agarra una piña y se la lanza, la rata desaparece detrás del trinchante sin puertas. Ahora sólo le queda sacar las armaduras de hierro, es lo que le produce más malestar. La que está encima de todo, más o menos a la altura de su pecho, permanece tendida de tal manera que parece que el caballero que la llevaba hubiese recibido allí en el granero, la estocada mortal y hubiese caído desmadejado, un brazo aquí, el otro allí, y la cabeza cubierta por el yelmo, colgando hacia atrás. Uzalard se acerca al tasco, el corazón le late con rapidez, levanta la mano y tantea con la punta de los dedos la visera del yelmo. La tentación de mirar qué hay dentro lo corroe. ¿Estará ahí la calavera del caballero? Los dedos revolotean y puede más la curiosidad que el miedo o el asco. Lo levanta y un ratón sale como proyectado y él se protege el rostro instintivamente, después se acerca al agujero del casco y poco a poco se asoma a su interior. En un primer momento no ve nada, después su corazón hace un redoble de tambor. Toma aire, levanta la mano y la mete por el agujero, los dedos palpan una superficie que reconoce de madera, la agarra con fuerza y la saca. Efectivamente es una caja de madera no mayor de medio palmo, madera negra con un borde que parece de plata. Tiene una pequeña cerradura en un lado. Con el dedo de la otra mano empuja hacia arriba la tapa, que se abre sin ofrecer resistencia. Uzalard no se lo cree, tampoco puede creerse que dentro haya un manojito de llaves. Llaves. ¡Las llaves, claro! ¡Son las llaves de la cómoda, el bribón del tío las guarda allí por seguridad!

Aprisa las llaves de un tirón, deja la caja abierta encima de la armadura y vuela a encontrar la escalera y ¡escalera arriba! Cuando entra en la habitación del tío se da cuenta irritado de que ha perdido mucho tiempo; el tío estará al caer, no quiere ni imaginarse cómo se pondría si lo descubriese allí, fisgando entre sus cosas. Cinco cajones, ¿por cuál empezar? Instintivamente se agacha y empieza a probar llaves, la tercera es la buena. Con la mano temblorosa por la agitación abre el último cajón. Está lleno de ropa de casa, la palpa, la levanta para mirar debajo. Nada. Se alza y abre el primero. También hay ropa, también la aprieta, también la levanta. Cierra y abre el siguiente. Se detiene al ver el contenido. Son cajas de medidas diferentes y pequeños objetos, la mayoría de los cuales desconoce y cuyo uso ignora. Allí sí, allí, entre una caja

forrada en piel y otra con la tapa de nácar, ve la flauta. No cede a la tentación de abrir las cajas, lo hará otro día, ahora coge la flauta y la mete dentro de la faja. Cierra el cajón y da dos vueltas de llave. Cuando está en la puerta oye la voz del tío llamando a Antica:

—¿Ya ha llegado el primogénito?

Uzalard se queda inmóvil. Si baja la escalera el tío lo verá. Si el tío va al granero verá la caja. Qué tonto ha sido dejándola allí encima y abierta. ¿Qué hace? ¿Qué puede hacer? Por el ruido de los pasos calcula que el tío se está acercando a la escalera, así que sale de la estancia de puntillas para que el crujido de las maderas no lo delate y cruza el corredor. El tío ya está subiendo la escalera. El chico llega a la puerta que da a la garita de vigilancia, la abre y la cierra tras él con la misma discreción. Fue su primer refugio cuando llegó a la casa, se la conoce tan bien que incluso descubrió cómo salir de la masía sin tener que pasar por la sala. La garita tiene forma de manzana y cuatro troneras por donde el vigilante acechaba afuera; él está lo bastante delgado como para deslizarse por la aspillerera que da a la encina, saltar a la rama más cercana y de rama en rama llegar a tierra. Ya fuera de la casa corre hacia la sala grande y baja a la planta inferior, llega al granero, deja las llaves dentro de la caja, la caja dentro del yelmo, baja la visera y sale corriendo, tan contento que incluso se permite dar un par de saltos en el aire. ¡Ha recuperado su flauta y ha besado a Paula!

5. LA DESPEDIDA

Por ser el cumpleaños del amo de la casa, Antica ha preparado una cazuela de *cim i tomba* que Martín y Uzalard comen en silencio, sin levantar la cabeza del plato. Martín mira al sobrino a hurtadillas; el primogénito no le dirige la palabra desde aquella maldita noche. Por mucho que le duela separarse de él ha hecho gestiones y el monasterio de Sant Feliu de Guíxols está dispuesto a acogerlo hasta la mayoría de edad. El monasterio de Sant Feliu no es tan seguro como el de Ripoll, pero está más cerca y él podrá visitarlo de vez en cuando. Ha acordado con los frailes que llevará al muchacho el día de Todos los Santos. El guiso de la vieja Antica es un manjar propio de los ángeles, pero hoy Martín lo engulle como si fuera los nabos con bacalao de cada día. ¿Qué es mejor?, ¿comunicarle ya su decisión para que el chico vaya haciéndose a la idea o esperar al último momento?

Hace un par de días Martín fue a visitar a Bernoya. Llegaban las sombras cuando atravesó la puerta cubierta por la cortina. La vieja lo invitó a sentarse en el banco de la mesa y ella lo hizo en la mecedora, con las manos sobre el regazo dispuesta a escucharlo.

Martín permaneció unos instantes en silencio, contemplando fijamente el oscilar trémulo del pabito de la vela que la vieja había dispuesto encima de la mesa, hasta que suspiró, puso los brazos encima de ésta, se inclinó hacia delante y murmuró, devorado por los recuerdos:

—Cuando mi hermano y mi cuñada descansaron en la paz del Señor, vos me dijisteis que los sarracenos no les habían arrebatado el alma, que sólo les habían matado el cuerpo, y que sus almas volverían a encontrar otros cuerpos y volverían a vivir...

Bernoya asiente con la cabeza, Martín continúa, sin apartar los ojos de la luz de la vela:

—¿Lo creéis de verdad? ¿Yo puedo creer que Violante volverá a vivir?

La vieja Bernoya pule con la punta de los dedos las piedrecillas que tiene dispuestas en un plato y tarda en responder:

—En invierno todo muere, en primavera todo renace.

Martín se remueve inquieto en la silla.

—¡Eso ya lo sé, mujer! ¡Hablo de nosotros, los hombres!

La vieja se toma un tiempo para contestar:

—Hombres, mujeres, niños..., todos forman parte de la naturaleza. El tomillo renace, es la misma esencia, pero no es el mismo que fue. —Martín resopla ostensiblemente. Bernoya continúa—. El alma de Violante será la misma, y a la vez será otra persona.

Martín se entretiene en arañar la madera de la mesa con la uña del dedo corazón un largo rato. Finalmente pregunta:

—Yo... y el primogénito... ¿tenemos alma?

Bernoya lo mira, parece sorprendida:

—Tenéis lágrimas en los ojos, tenéis una risa en la boca, tenéis un corazón que se entristece y se alegra, ¡claro que tenéis alma!

Martín se levanta. Va hacia el ventanuco abierto en la roca que permite ver el exterior; con las manos a la espada contempla un buen rato la oscuridad de la noche, se mete las manos en los bolsillos del pantalón, saca la petaca y la pipa y vuelve a la mesa. En silencio coge el tabaco, lo pone en la cazuelita de la pipa, lo aprieta y lo enciende. Cuando la columna de humo empieza a extenderse por la habitación, pregunta:

—¿Hay alguna forma de recordarlo? —Bernoya lo mira interrogante y él se siente obligado a explicarse—. Quiero decir que maldita la gracia de volver a nacer y no acordarse de nada. Si vuelvo a nacer quiero recordar quién era, quiero reencontrarme con los que quiero y quiero saber lo que hice.

Bernoya lo mira fijamente:

—¿Qué quieres hacer?

Martín vuelve a removerse en el banco. ¡Maldita bruja!

—¿Es necesario que os lo diga? —gruñe.

—Lo es.

—¿Todo? —resopla Martín.

—Todo.

Martín se levanta, vuelve a sentarse. Muerde la pipa.

—¿Me dais vuestra palabra de guardarme el secreto? —dice nervioso.

Bernoya calla. Martín toma aire ruidosamente y asiente con la cabeza.

—De acuerdo. —Se inclina hacia ella—. Tengo en la masía un cofre lleno de joyas y monedas. He hecho negocios, buenos negocios, ya me entendéis.

La mitad son para el heredero. Quiero enterrar el cofre en un lugar seguro e ingresar al muchacho en el monasterio de Sant Feliu. Pero si a mí me pasara algo ambos perderíamos la fortuna. ¿Me entendéis?

No espera respuesta por parte de la mujer, hace muchos días que anda elaborando su plan, así que continúa:

—Si muero y vuelvo a nacer buscaré al primogénito y recuperaré el cofre. ¿Podéis hacerme algún conjuro para que lo recuerde?

Bernoya permanece callada mirando la pared con la mirada aparentemente perdida. Martín se impacienta.

—Lo que me pides es difícil —dice al fin la mujer—, pero no imposible. Antes de enterrar el cofre ven a verme. ¡Ah! Y vigila que tu pájaro no emprenda el vuelo.

Martín se sobresalta por las palmaditas que le da Antica. Ve el plato vacío y que tanto la cocinera como el sobrino lo miran interrogantes.

—¡Ah, sí!, puedes llevártelo.

Antica le retira el plato.

—¿Puedo levantarme de la mesa, tío? —le pregunta el muchacho.

Martín vacila unos instantes.

—Tienes mi permiso —murmura. Y le tiende la mano.

De reojo ve cómo el chico se levanta, se acerca, le coge la mano, se inclina, se incorpora, le da la espalda y sale de la sala. Martín lo sigue con la mirada. Hoy no se ve capaz de hablar con él. Mañana, quizás.

Al día siguiente, al alba, Uzalard termina de enganchar la segunda mula al carro grande. Tiene que ir al mas de los Ferro a buscar carga de centeno, cebada, avena y trigo y llevarlo al puerto de Sant Feliu donde será embarcado con destino a Génova.

Hoy, al levantarse, Uzalard no se ha olvidado de guardarse la flauta en la faja. Si se ve capaz, si hoy se atreve, una vez que haya dejado la mercancía buscará un barco que vaya a la capital y se embarcará. O quizá fuera mejor encontrar uno que fuera a Blanes y buscar a los cómicos. Una vez en Barcelona enviará recado a Paula. No tiene tiempo de despedirse, o lo hace hoy, o ya no lo hará.

Escuchando aquí y allí ha oído hablar de chicos que se buscan la vida en la capital haciendo de mozos de cuerda o de aprendices. Él sabe manejar bien

un carro, también pescar e incluso se ve capaz de patronear un falucho o un *gussi*. Decididamente, no tendrá problemas para buscarse el jornal. De un salto se encarama en el tablero que hace de asiento en el carro y ya ha cogido las riendas cuando un grito de su tío lo detiene:

—¡Primogénito! ¡Espera!

Vuelve la cabeza, la luz del día aún es escasa, pero suficiente para distinguir las siluetas del tío y de Nolás, uno de los jornaleros, que se dirigen hacia él.

—Baja del carro —le ordena el tío—. Nolás llevará la carga.

¿Qué ha pasado?, se sorprende Uzalard mientras salta a tierra y da las riendas a Nolás.

—Entra.

Por el tono de voz tan seco y tan áspero que gasta el tío por la mañana temprano, Uzalard sabe que pasa algo, pero ¿qué? Lo sigue hasta el interior de la masía. Antica ya hace rato que ha encendido la lumbre y prepara las judías con tocino para desayunar. El tío atraviesa la sala pequeña y entra en la grande, toma asiento en su sillón. Uzalard permanece de pie frente a él, con las manos a la espalda. Algo ha hecho que merece un castigo, se resigna. El tío lo mira fijamente:

—Quiero que me des tu palabra, palabra de primogénito Moré, de que no huirás de la masía.

A Uzalard se le corta la respiración. ¿Cómo es posible que el tío sepa lo que piensa? ¡No puede hacerle eso, no puede! Dar la palabra de que no se marchará es encerrarse dentro de la casa y dar tres vueltas de llave.

El tío se impacienta:

—¡Espero tu palabra, heredero!

—¿Por qué me lo pedís, señor? —consigue articular Uzalard.

—¿Por qué te has atrevido a abrir mi cómoda y coger la maldita flauta? —trueno la voz del tío y un viento frío recorre a Uzalard de arriba abajo. ¡Es eso! ¡Lo ha descubierto! Permanece quieto entre un silencio espeso, sabe que el tío espera una explicación. Traga saliva, levanta la cabeza y, sacando fuerzas no sabe de dónde, lo suelta todo a la vez:

—Me voy a la capital. No quiero ser carretero ni pescador. Me voy a buscar trabajo, cuando lo tenga os mandaré recado, señor.

El tío parpadea un par de veces y deja pasar unos segundos antes de preguntar con aire pretendidamente sarcástico:

—¿Y qué trabajo buscarás, si puede saberse?

Uzalard responde rápido:

—De mozo de cuerda o de aprendiz, o de pescador, para comer mientras busco para hacer de músico.

El tío se obliga a estallar en una carcajada:

—Ja, ja, ja, no me hagas reír. ¡De músico! ¿Y quién pagará por escuchar cuatro notas desafinadas de un desharrapado como tú?

Uzalard siente cómo se le encienden las mejillas. Se mete la mano en la faja sin dejar de mirar fijamente a su tío, coge con fuerza la flauta y se la lleva a los labios.

La melodía ilumina la sala, Uzalard ha cerrado los ojos dejándose transportar por la música hasta que una soberbia bofetada le hace saltar la flauta de las manos y llevarse, más sorprendido que dolido, la mano a la mejilla. El tío, a un palmo de él, con los ojos chispeando, masculla:

—Ni irás a Barcelona ni tocarás en ningún sitio. Dame tu palabra. ¡Es tu obligación, heredero!

Uzalard le aguanta la mirada y permanece unos instantes retándole con los ojos hasta que no se sabe capaz de decir otra cosa que:

—Os doy mi palabra, señor. —Y, pese la rabia, no puede evitar que la voz se le rompa.

—¡Dilo todo! —le exige el tío.

Uzalard toma todo el aire que es capaz de inspirar y lo exhala. Y con la voz más entera renuncia a su sueño:

—Os doy mi palabra de primogénito y heredero de los Moré de que no huiré de la masía, ni me marcharé de Tossa de Mar sin vuestro consentimiento, señor.

El tío se lo queda mirando a los ojos, también él respira profundamente y dice, en voz baja, como si de pronto estuviera muy cansado:

—Todo lo hago por tu bien, Uzalard, no me guardes rencor. El domingo, Dios mediante, iremos al monasterio de Sant Feliu y allí te quedarás.

La noticia ya no le produce el menor impacto. Tanto le da ir al monasterio como ser arriero. El tío continúa.

—Allí estarás hasta tu mayoría de edad. Entonces hablaremos. Puedes despedirte de Paula y de tus amigos.

Uzalard lo mira, la barbilla le tiembla, pero por nada del mundo dejará que su tío lo vea llorar. Da media vuelta, su tío alarga la mano y le aprieta con fuerza el brazo, pero de un tirón él se suelta, se inclina para coger su flauta y se marcha. Sin moverse, Martín oye el portazo de la puerta de la casa. Todavía tiene en la punta de los dedos el roce de la ropa del heredero.

Al atardecer Uzalard va al encuentro de Paula. El breve espacio de tiempo que tiene la muchacha antes de meterse en la cocina para preparar la cena para la familia es su momento del día, cuando pueden hablar y estar juntos sin ser molestados.

—¿Hasta que tengas veinticinco años? —ha murmurado Paula. V ha desviado la mirada hacia un punto infinito del cielo que empieza a cuajarse de estrellas—. Qué viejos seremos...

Tendido en la paja, al lado de Paula, Uzalard le acaricia la roja melena; tiene los ojos llenos de lágrimas. ¡Qué tonto ha sido! Si en lugar de perder el tiempo soñando tonterías se hubiera prometido con Paula ahora estarían preparando la boda; se aparta las lágrimas con la manga de la camisola y le levanta con suavidad la barbilla:

—Eh, seremos mayores, pero no viejos, aún podremos tener hijos. ¿Sabes qué haremos? Iremos a vivir a Barcelona y tú serás una señora y yo un señor músico. Tendremos hijos, y lo que nos quede de vida la viviremos juntos y felices.

Paula lo abraza, esconde la cabeza en su pecho y estalla en sollozos. Tendido en la paja con Paula entre los brazos, Uzalard se esfuerza por no perder la cabeza para no dejarse llevar por la tibieza del cuerpo de la muchacha, por el olor de su piel, por su deseo de fundirse con ella y detener el tiempo y quedarse para siempre; no puede deshonrarla. Con enorme dificultad deshace el abrazo y se incorpora, rebusca en el bolsillo de los calzones y saca un medallón de plata. Lo mira unos instantes, le pasa el dedo un par de veces, como si lo acariciase, y acercándose a los labios lo besa, después se lo alarga a Paula:

—Era de mi madre. Quiero que lo tengas tú.

Paula, sin dejar de mirarlo a los ojos, coge el medallón y se lo acerca al pecho, apretándolo con fuerza, y le pregunta:

—¿Volverás?

Uzalard toma aire y en tono solemne responde:

—Volveré, te lo juro. Y te tomaré por esposa. ¿Me esperarás?

—Te esperaré, te lo juro.

Se asoman el uno a los ojos de la otra hasta que se funden en un largo beso.

Después de pensar mucho, hoy martes Uzalard ha decidido despedirse del lugar donde vivió con sus padres y despedirse de los recuerdos. ¡Será tan

mayor cuando vuelva! Sale de madrugada y dirige la pequeña barca en dirección a la cala Salions. Al llegar a las cercanías de la cala vara el bote al abrigo que forman las rocas con forma de uña de gato y trepa por el roquedal para entrar por el sur; prefiere ver la casa de lejos. Angulea entre los pinos subiendo por las rocas y llega al corazón de la cala. Se la queda mirando y no puede evitar que el corazón se le suba a la boca. Al primer vistazo la casa está como siempre. Ropa tendida al sol en el tendedero de detrás y gallinas y patos revoloteando por el patio de delante. Unos gritos de niño le llaman la atención y fija la mirada en el granero donde su padre guardaba los aperos de la pesca. Una mujer mayor y vestida de negro sale del granero con un capazo en cada mano. La sigue un niño chico, tan pequeño que aún anda balanceándose. Algo le ha dicho o hecho la mujer mayor, la abuela, supone Uzalard, porque el niño se ríe y palmotea. Él también corría por la playa detrás de su padre y de su madre, siempre queriéndoles ayudar, siempre metiendo la nariz en todas partes. Sin que lo pretenda se interponen otras imágenes entre él y la cala, así ve a un Uzalard chiquillo jugando a piratas entre las rocas con Salvio y Leoncio, y a su padre varando el falucho con la ayuda del macho que arrastraba la barca, y a su madre cosiendo las redes, y de pronto todo se llena de fuego y de humo y de gritos y la bandera de los sarracenos lo invade todo, como el olor a pólvora, y Bernoya le dice que sus padres estarán siempre con él, y a él le duelen las palmas de las manos y quiere preguntar al tío dónde están sus padres pero no se atreve.

Las risas del pequeño lo devuelven a la realidad. Tiene la boca seca y el pecho le duele, como si tuviera una piedra encajada ahí. ¡Por los clavos de Cristo! No quiere ir al monasterio. Quiere quedarse en Tossa, casarse con Paula y tener hijos que lo acompañen a pescar como hacía él con su padre. Se levanta y desciende saltando por las rocas hacia el mar. La piedra que tiene dentro del pecho y que ni sube ni baja lo asfixia. Entra de un salto en el bote y empieza a bogar mar adentro con furia. Esta mañana, cuando se ha embarcado, acariciaba la idea de visitar el lugar donde el tío había dejado caer los cuerpos de sus padres, pero no es una buena idea, la piedra le aprieta demasiado el pecho; lo hará al revés, cuando vuelva irá a rendirles homenaje.

La mañana se desliza con él dentro de la barca, es su manera de decirle adiós, a ratos tocando la flauta, a ratos adormecido; cuando el sol llega a lo alto toma unos bocados de pan, queso y aceitunas que se ha llevado en un zurrón, y cuando el sol cae y también el viento, rema hacia tierra, hacia la playa Chiquita, donde el padre de Leoncio tiene el astillero.

Vara el bote entre las embarcaciones del maestro de aja y salta a la arena. Busca con la mirada al amigo que trajina cuadernas. Cuando Leoncio lo ve deja las maderas en el suelo y se dirige hacia él, con las mejillas encendidas, sorprendido:

—\ le oído que te vas.

Uzalard asiente con la cabeza:

—¿Puedes dejar el trabajo un momento?

Leoncio vuelve la cabeza y grita a un compañero:

—¡Vuelvo! —Y sujetando a su amigo por el cuello se alejan hacia el roquedal que cierra la Mar Chiquita.

Sentados en las rocas de cara al mar que empieza a confundirse con el cielo, Uzalard se lo cuenta al amigo, que lo escucha con la cabeza gacha.

—... y quería decirte que te dejo mi bote —acaba Uzalard—. Te pido que lo cuides, es... es mi bote y...

—Estate tranquilo —se apresura Leoncio—. Lo tendré como si fuera mío. Cuando vuelvas aquí lo encontrarás.

Uzalard esboza una sonrisa de agradecimiento y se queda mirando el mar que va oscureciéndose acompasadamente con el cielo. Los dos permanecen en silencio un largo rato, hasta que Leoncio dice, sonriendo:

—Esto... Paco, el de la cobla, me ha preguntado si quiero tocar la tenora los domingos...

Uzalard sonrío:

—¿Lo ves? ¡Al final también serás músico!

Leoncio amplía la sonrisa, carraspea y añade un poco avergonzado:

—Esto... y también... me he echado novia. Es de una masía de Cap sa Creus, la hija de los guardas. Se llama Margarita. Nos casaremos en San Pedro el año que viene, si Dios quiere.

Uzalard se traga un vómito ácido que le subía rápido desde el estómago y le da un golpe en la espalda:

—Que Él os bendiga. —Y se levanta. Su amigo hace lo mismo.

Se quedan los dos en pie, sin saber qué hacer ni qué decir. Leoncio le alarga la mano y Uzalard alarga la suya y se la aprieta despacio, mirándolo a los ojos. Después da media vuelta y se aleja a pie camino de la masía Moré, mientras Leoncio lo sigue con la mirada hasta que lo pierde de vista.

Uzalard se pasa todo el miércoles arreglando y asegurando la jaula de las gallinas. Dejó de entrenar a *Pecosa* cuando empezó a hacerse vieja. Ahora ya

es vieja-vieja. Le cuesta andar y se pasa todo el día acurrucada al sol, no tiene ni fuerzas para subirse al palo. A su alrededor corretean las gallinas jóvenes. Mucho negarse su tío a tener aves y ahora se pasa el día diciendo que no hay nada como los huevos puestos en casa, bromea con Antica. La alambrada de la parte oeste está rota por algunos puntos y el chico la cambia por una nueva, más gruesa. La tarea se alarga hasta el anochecer, y cuando termina está sudadísimo; entonces entra en casa. Antica trastea entre fogones y Uzalard toma asiento en el banco que hay junto a la chimenea. Y vuelve a la carga, de nuevo:

—Antica, ¿qué harás con *Pecosa*?

Antica le responde sin dejar de pelar habas:

—Que muera de vieja.

—¿Y mientras?

—Darle puñao de grano cada día... ¡Huy, me cago en la leche! ¿Vos pensáis que me olvidaré, señorito?

Uzalard se ríe, le hace mucha gracia la cocinera cuando se enfada. Y repite:

—Va, Antica, otra vez. ¿Qué harás con *Pecosa*?

—Gallina vieja hace buen caldo. Al puchero la meteré si me juriposáis más. —Y sonrío entre las mil arrugas que le surcan el rostro.

—¡Pobre de ti! Si cuando vuelva no está *Pecosa*, te meto a ti de cabeza en el puchero. ¡Tú sí que harías un buen caldo! ¿Cuántos años tienes, Antica?

Antica se detiene un momento, frunce las cejas y responde:

—Pos me paice que cuarenta y dos.

—¡Púa! ¿Lo ves? Aun te sobrevivirá *Pecosa* —ríe Uzalard.

—¡Me cago en tus muertos! —lo amenaza con las tenazas de la lumbre—. ¡Respetau la vejez, señorito!

Uzalard se le acerca y la abraza, Antica se queda con las tenazas bailando en el aire.

—¿Me irás a ver al monasterio, Antica?

Antica se escabulle del abrazo. ¿En qué piensa el señorito?, ¿quién es ella para que todo un primogénito la abrace?

—¡Huy, suelta, suelta! Claro que iré si el señor me lleva en el carro. Va, sentaus a mesa, señorito, que a voltas paresquéis una criatura.

A Salvio lo encuentra el jueves en el bosque de ses Cadiretes preparando el fuego para hacer carbón. Le ve algo diferente, pero no sabría decir qué. Ahora

Salvio hace el trabajo de su hermano más el que le correspondía a él; quizá le parece mayor.

—No puedo entretenerme. —Es lo primero que le dice Salvio sacándose la gorra y pasándosela por la frente para limpiar el sudor—. El fuego no espera.

—Sólo vengo a decirte adiós. —Uzalard se frota las manos en los calzones.

—Sí, me han llegado voces... —Salvio hace una pausa, se rasca el cogote y mira al fuego—. Esto... cuando pase por allí entraré a verte.

—De acuerdo. Y... —Uzalard vuelve la cabeza y mira a *Saino*, que guarda una distancia prudencial del fuego—. Te doy el macho. Mi tío está de acuerdo, dice que ahora no lo podría acostumar a tirar de un carro.

Salvio mira a su amigo y mira al macho. ¡El macho del joven Moré para él! Le brillan los dientes entre la piel sucia por el carbón:

—¡Gracias, amigo! —Y le golpea con fuerza en la espalda.

—¡Adiós y buena suerte! —Uzalard le alarga la mano.

—¡Adiós, y recuerda, iré a verte! —Y Salvio le aprieta la mano con fuerza.

Salvio retorna al fuego y Uzalard va hacia el mulo. Le acaricia el cuello y las ancas.

—Adiós, *Saino*. Salvio será un buen amo, demuéstrole que te he enseñado bien y no hagas burradas.

Se va monte abajo sin darse la vuelta ni una sola vez.

El viernes por la noche Martín vuelve a visitar a Bernoya, que ya lo estaba esperando.

—Lo que me pides es posible. —Es lo primero que le dice—. Pero no te aseguro los resultados, una parte depende de mí, otra de ti.

—Yo haré lo que vos me digáis —asegura Martín.

—Siéntate.

Ambos toman asiento en el banco de la chimenea.

—El hilo que une el camino del alma en cada cuerpo que vive es el sentimiento, eso es lo que la hace recordar. Yo abriré la puerta para que tu alma grabe, pero serás tú quien grabarás el recuerdo con tu sentir. ¿Me has entendido?

Martín querría decir que no, pero asiente con la cabeza. La mujer se inclina y da un par de vueltas al contenido de un cazo que está puesto en la

lumbre, después abre un frasco de vidrio, coge un puñado de hierbas y las echa en el cazo, vuelve a mezclar y al cabo de unos segundos un aroma que a Martín le resulta extraño invade la estancia. Bernoya va murmurando algo en voz baja y Martín cierra los ojos, ese olor se le va metiendo por la nariz y parece que quiera subírsele a la cabeza; intenta levantar una mano y no puede; es el olor, el extraño olor que apenas le deja respirar. De muy, muy lejos le llega la voz de Bernoya:

—El alma sólo conoce la lengua de los sentidos. Cuando vuelvas a nacer te hablará con ellos. Ahora concéntrate en tus ojos... Mira algo que amaste mucho, pero mucho, tu alma tiene que conmoverse cuando lo mires...

«Algo que amaste mucho, pero mucho...» y el rostro de Violante se le aparece, como si estuviera ahí delante de él. *Tus ojos almendrados, Violante, la sonrisa que te ilumina el rostro... Violante, amada mía...*

—Ahora abriremos la puerta a tus oídos, escucha, Martín, escucha algo que despertará a tu alma...

«Escucha, Martín...» y la melodía que le tocó Uzalard le resuena por dentro y le da vueltas y más vueltas y el pecho se le sacude por los sollozos que no puede contener.

—Tu alma reconocerá por tus dedos lo que te ha hecho sentir, deja salir, Martín, una emoción que tocaste...

«Una emoción que tocaste, una emoción que tocaste...». «¿Qué dices, Uzalard? ¿Que quieres irte a Barcelona? Yo quiero detenerte, alargó la mano y te cojo, se me queda entre los dedos la dureza de tus músculos y la aspereza de la tela, te me vas, hijo, te me escapas...».

—Piensa en lo que ocupa ahora tu cabeza, métete cuanto puedas en ella...

«Uzalard, hijo, no me guardes rencor, te quiero, hijo, te quiero tanto...».

Cuando Martín abre los ojos y la sensación de mareo empieza a alejarse se da cuenta de que tiene las mejillas húmedas.

—Son lágrimas —le aclara Bernoya, que parece que lleve rato contemplándolo con las manos plegadas encima del regazo—. Has vertido muchas, señal de que lo necesitabas.

Martín se levanta, incómodo. ¿Qué carajos le ha hecho esa mujer? Carraspea, más para hacer algo que por necesidad.

—Bueno... —empieza a decir y no sabe continuar.

—Hemos hecho sólo una parte, aún faltan dos sentidos. Cuando vayas a enterrar el cofre deja que tu alma reciba la emoción por la nariz y la boca, como ahora has hecho con tus ojos y tus oídos.

Martín asiente con la cabeza. De acuerdo, de acuerdo. Pero...

—¿Y esto bastará? —recela.

—Tu alma lo llevará grabado y no te dejará pensar en nada más. Te mandará señales.

—¿Cómo? ¿De qué tipo? —Se inclina hacia ella.

—Golpearán aquí. —Y Bernoya se pone la mano en la boca del estómago—. Y también aquí. —Se señala el corazón—. Y cuando la confusión te tape los ojos, mira las estrellas.

Martín repiquetea en la mesa con los dedos, vacila:

—Me parece que es humo de pipa. Pensaba que me haríais algo más sólido, más...

—¿Hay algo más sólido que las señales que emite el alma? —pregunta Bernoya con voz profunda—, ella es quien renace, por eso no se confunde nunca.

Martín da un par de vueltas por la habitación. Se detiene e insiste:

—Creía que era más fácil.

Bernoya se da la vuelta para mirarlo bien:

—Si fuera fácil el alma no trajinaría.

—¿Qué queréis decir? —V Martín se acerca a la mesa.

—Lo que he dicho. —Bernoya lo sigue con la mirada—. El alma viene a aprender; si fuera fácil, ¿tú crees que aprendería?

—No lo sé. —Martín baja los ojos, confuso—. No entiendo lo que me decís.

—El alma tiene que abrirse paso entre las tinieblas del miedo, del orgullo, de la vanidad y de la ignorancia. Recorre un largo camino a través de diferentes cuerpos hasta que el hombre empieza a hacer un poco de caso a las señales que recibe dentro de sí...

Martín la mira asustado:

—Pero ¡puede tardar mucho tiempo! Porque yo... porque yo no siento nada ahora aquí dentro. —Y se golpea el pecho—. Yo, yo pensaba que sería morir y volver a nacer.

Bernoya ojea las piedras del platillo, sonrío y le devuelve la mirada:

—¡Vive Dios!, para hacer lo que tú quieres, quizás tengas que esperar doscientas o trescientas cosechas.

Martín se deja caer en el banco como si las piernas se le hubieran doblado.

—Doscientos o trescientos años... —balbucea—, pero si ya no me acordaré de nada...

—Tu alma sí, para ella el tiempo no existe. Tendrás que esperar hasta que esté preparada para albergarse en un cuerpo que la pueda escuchar. El cuerpo

donde esté no serás tú, pero sentirá como tú.

Martín clava los codos en la mesa y se sujeta la cabeza entre las manos.

—¡Qué complicado! ¡No lo entiendo! ¡No entiendo nada!

—No importa. El ritual ya está hecho y tú tienes que terminarlo. Sin embargo..., piénsalo bien, porque entierras al muchacho en vida, cuando salga del monasterio no valdrá para nada...

Martín agacha la cabeza, el corazón le golpea tan fuerte que le duele el pecho. Bernoya no aparta su vista de él. Lejos, el estruendo de los truenos anuncia tormenta. Con dificultad Martín gira levemente la cabeza y balbucea:

—¿Es una predicción o es lo que piensas?

Bernoya calla.

—Lo encerraré en el monasterio, ¡como hay Dios! —Martín respira hondo —, y si me equivoco, que Dios me perdone.

—Mejor pide que te perdone el muchacho —lo aconseja con voz grave Bernoya.

Martín se levanta, contempla las sombras durante mucho tiempo por el agujero del muro y devuelve la mirada a la vieja:

—Si me equivoco, juro por Dios que lo buscaré toda la eternidad para pedirle perdón.

Cuando Martín sale de casa de Bernoya ya es noche cerrada, y anda como si se hubiera bebido una garrafa entera de aguardiente; el dolor de cabeza es tan intenso que teme que acabe explotándole. Afortunadamente, la lluvia lo empapa en un instante, es una mano fría que le calma el dolor.

6. LA IDA

En cuanto el sol ha sobrepasado la línea del horizonte el tío abre la puerta de la habitación de Uzalard y lo despierta con un grito:

—¡En pie, heredero! ¡Vístete y baja!

Uzalard abre los ojos e instintivamente salta de la cama. Mira hacia la ventana. Todavía llueve y la tenue luz del alba le dice que está amaneciendo. ¿Qué día es hoy? ¿Domingo? ¡Ah, no, es sábado! Es mañana cuando parte hacia el monasterio, a no ser que su tío haya cambiado de idea y quiera que se vaya ya. Uzalard se viste en un momento. Un escalofrío le recorre la espalda. Esta noche es la última en Tossa y quedó con Paula en el pajar. Dios quiera que la urgencia de su tío obedezca a otra causa.

Baja los escalones mientras termina de anudarse la faja a la cintura, con la flauta bien segura entre los pliegues, cuando entra en la sala. Su tío lo espera sentado a la mesa frente a un cofre que Uzalard nunca había visto. De un vistazo ve que es de hierro y le calcula unos dos palmos de ancho por uno de alto y otro de fondo.

—Ven, acércate. —Casi parece un ruego.

Uzalard obedece. El tío levanta la tapa del cofre y con la cabeza le indica que mire dentro. El chico alarga el cuello y con estupor lo ve lleno de monedas, la mayoría de oro, entre ellas, varias bolsas de cuero, cerradas. Suelta un silbido casi imperceptible. ¿De dónde habrá sacado su tío ese tesoro?

—Mira —el tío vierte el contenido de una bolsa en la palma de la mano y le muestra un collar, unos pendientes y un anillo—, eran de mi madre, tu abuela. Un día te hablaré de ella. Y ahí... —guarda las joyas y abre otra bolsa — están los brillantes, ¿qué te parece?

Uzalard se calla. Está tan sorprendido que no sabe qué decir. Observa la satisfacción del tío devolviendo las bolsas al interior del cofre, bajando la tapa y atándolo con una cincha de cuero. Y le oye decir:

—Primogénito, aquí tienes nuestro tesoro. Me he jugado la vida para amasar esta fortuna, y también tu padre, que en el cielo esté. Cuando yo

muera todo será para ti, el cofre, la masía, las tierras y el negocio de arriero. Pero mientras, quiero que esté en un lugar seguro, y la masía ya no lo es...

Uzalard se mantiene en silencio, un poco aturdido.

—... ahora me acompañarás a esconder el cofre y mañana ingresarás en el monasterio. Dejaré la orden de que si me pasa algo te dejen salir. Sales y recuperas el cofre, das la décima parte de su contenido al abad y el resto es para ti. Te haces cargo de nuestro patrimonio y lo administras sin olvidar nunca que eres el heredero Moré. Ahora quiero tu palabra de que harás exactamente lo que te he dicho.

—Os doy mi palabra, señor —dice Uzalard con la voz firme.

El tío se levanta y coge el cofre.

—Bien, pues ya podemos partir.

El tío ha preparado el carro pequeño; antes de subir a él Uzalard observa que hay un par de picos y palas, sacos y antorchas, cantimploras y fiambreras. Se sube a la banqueta sin decir nada y aparta los pies para dejar sitio al cofre que su tío deja entre ellos; lo ve ponerse el arcabuz en bandolera, subir al carro, sentarse a su lado, coger las riendas y sacudirlas. Las mulas, obedientes, empiezan a andar. El sol inicia la ascensión por el cielo.

Hacen el camino en silencio. El traqueteo del carro le provoca somnolencia, siempre le pasa lo mismo, pero ahora no quiere dormirse, tiene que estar bien despierto para recordar el camino; el sol hace intentos de abrirse paso entre una lluvia cada vez más escasa. Al cabo de una hora ve que cogen el camino hacia el Santuario de Sant Grau y llegan a la ermita de Nuestra Señora de Gracia, de donde parte el camino para el monte de ses Cadiretes.

Lo despierta la voz de su tío y la sacudida del carro al detenerse.

—Ya hemos llegado. Baja, coge el material y las cantimploras.

Pese a que la lluvia ha cesado, el camino está lleno de charcos y las ramas de los brezos y las encinas se curvan por el peso del agua que soportan. Al chico le cuesta orientarse, conoce poco ese lugar, es tan espeso y salvaje que apenas lo ha frecuentado con sus amigos. El tío se ha echado al hombro el cofre, los sacos y las antorchas y ya está yendo monte arriba; lo sigue con el resto del material. Transitan por un sendero abierto entre rocas que va ascendiendo sin demasiadas estridencias hasta llegar a un llano. ¿Dónde

diablos quiere ir el tío? ¿Al fin del mundo? Cuando llevan recorridos unos trescientos metros, el tío se detiene. Están frente a un conjunto de rocas y piedras más altas que ellos. Uzalard las reconoce, él había jugado allí, con Salvio y Leoncio, se subían a la piedra plana, la que tiene forma de visera, y se dejaban resbalar por la pendiente que da a poniente; en realidad trepaban a todas las piedras que encontraban en el bosque. El tío deja en el suelo el cofre, las antorchas y los sacos. Uzalard lo ve mirar a su alrededor, quizá también está orientándose, y espera. No está equivocado, después de dar varios pasos delante de la piedra en forma de visera, el tío afirma:

—Sí, es aquí.

Lo mira:

—Debajo de estas piedras hay una cueva. —Señala la roca con la cabeza—. Es una cueva natural. Aquí hay sitios donde la tierra es más esponjosa y permite construir refugios, refugios seguros, ya me entiendes.

Uzalard asiente con la cabeza, empieza a intuir que quizá no sea sólo el negocio de arriero lo que ha llenado el cofre. El tío se rasca la nuca, levanta la cabeza para comprobar el estado del cielo, y continúa:

—Tu padre, que en el cielo esté, y yo... Bueno, eso te lo explicaré más adelante, el caso es que buscábamos un lugar seguro donde empezar a guardar cosas..., ya me entiendes... Las cuevas de abajo no nos servían, todos los hombres de Tossa las conocen, así que nosotros... Bueno, el caso es que hicimos un refugio. Tiene otra entrada, está ahí detrás, donde se juntan las tres encinas. —Las señala—. Luego te lo enseño. Fíjate bien, porque cuando vuelvas tendrás que abrirte paso por la entrada de las encinas, pues ésta la cegaré, por seguridad. Y ahora pásame el pico y haz lo mismo que yo.

Tiende ambas manos, escupe en ellas, se las frota, coge el pico y empieza a picar la piedra por sus bordes, como si fuera una puerta sellada. Uzalard extiende ambas manos, escupe, se las frota, coge el otro pico y empieza a picar siguiendo el ritmo que marca su tío a su lado. Chapotean en el barro, al rato están llenos de salpicaduras. Cuando la entrada ya está casi limpia el tío lo detiene con un:

—¡Aparta!

Sujetando con ambas manos el mango lanza el pico con toda su fuerza contra la piedra plana, que cede bajo el impulso dejando franco el paso hacia el interior. El tío sonrío y, guiñándole el ojo, dice:

—Tu padre, que en gloria esté, trabajaba bien. Nadie hubiera dicho que aquí había una puerta, ¿eh? Bueno, vamos a tomar algo antes de meternos ahí. —Se saca la gorra y se limpia el sudor.

Uzalard se sienta en una roca, bebe un trago largo de la cantimplora y se la alarga a su tío. Éste parece estar de buen humor y él decide aprovecharlo:

—Tío, ¿qué pasó con vuestra familia? El otro día me dijisteis...

El tío le echa un vistazo y sin perder el buen humor, responde:

—No debes meter la nariz ahí todavía. Cuando seas mayor de edad te iré a buscar y entonces te lo explicaré todo.

—Pero ¡tío, tengo dieciséis años! Ya es...

—¡Basta! —El tío se ríe y le golpea la espalda—. Te lo explicaré en su momento. ¿Sabes qué he pensado? —Hace una pausa y Uzalard presta toda su atención—. Pues que yo mismo te acompañaré a Barcelona. Si quieres vivir en Barcelona, pues vivirás en Barcelona, incluso hasta es posible que yo mismo también me instale allí. Compraremos una casa en Sarria o San Gervasio. ¡Eh! ¿Qué te parece?

Y se lo queda mirando con una sonrisa tan alegre que deja boquiabierto a Uzalard, que nunca lo había visto así. No sabe qué decir.

—Te he sorprendido, ¿verdad? —Y finge darle un puñetazo en el estómago—. Ahora sólo cabe esperar a que pasen estos malos tiempos —se queda mirando el bosque de encinas que los rodean—, y yo doblaré la fortuna del cofre; cuando seas mayor y tengas hijos, ya me entenderás, ya. Anda, vamos a echar una ojeada, a ver si está como lo recuerdo...

Martín se levanta, coge el cofre y le viene a la cabeza que tiene que terminar el ritual. Mira el cielo, las nubes están ennegreciéndose por momentos. Lo hará a la salida, ahora mejor acabar la tarea. Sin embargo, si tuviera que escoger un sabor, ¡como hay Dios que no escogería otro que no fuera el de arroz de centollo y barbada! Mueve la cabeza como para reírse de sí mismo y se da cuenta de que Uzalard lo está esperando. Deja el cofre al otro lado del agujero, coge los picos y las palas y espera a que el chico entre en la cueva; enciende las antorchas y mientras Uzalard las aguanta él tapa el boquete con fragmentos de roca. Ya lo hará saltar cuando salgan.

A la luz de las antorchas Uzalard ve que se hallan en un pasillo estrecho donde tiene que andar inclinado para no rozar el techo con la cabeza. El tío regonza al ver el techo y las paredes cubiertas de raíces.

—Sospecho que cuando vuelvas tendrás que abrirte paso a golpe de machete; las tierras se mueven, de todas formas, donde vamos a enterrar el cofre hay unas señales que, por muchos movimientos que haya, reconocerás sin la menor duda.

Aún no han recorrido tres metros cuando los detiene un charco importante. El tío se sorprende, ¿por dónde habrá entrado el agua? Levanta la

cabeza y mira el techo, alarga la mano que lleva la antorcha en un intento de divisar más allá, pero sólo atisba a ver raíces por todas partes. Uzalard se fija en una grieta de la pared, la resigue bajo la luz de la antorcha y atónito descubre que la grieta se va ensanchando por momentos. Abre la boca para avisar a su tío, pero no llega a tiempo, con un estruendo ensordecedor el techo se abre por el peso de una encina que irrumpe de pie en el pasillo. Es todo tan rápido que Martín sólo puede gritar:

—¡Huye, Uzalard...! —Antes de morir aplastado.

Uzalard ha muerto en el acto, partido en dos como una ramilla tierna, con la cabeza vuelta hacia la salida y los ojos abiertos.

El cofre ha caído rodando por el suelo. Fuera, empieza a llover de nuevo.

SEGUNDA PARTE
2004
(TERASSA)

1.

ADALBERT, CON ACENTO EN LA A

Adalbert regatea los coches en el semáforo y atraviesa rápido el paseo del Veintidós de Julio a la altura de Salmerón; siempre tiene prisa cuando va al encuentro de Duna. Lleva el cuello de la cazadora levantado y la gorra calada hasta las orejas como Enrique Iglesias, pero la suya es roja, no negra. A Duna le gusta que lleve gorra, y él no se la saca casi ni para dormir. A él le gusta que Duna lleve los tejanos ajustados porque le marcan culo y Duna lo tiene redondo y un poco respingón; si se atreviera le metería mano, pero la perspectiva de recibir un bofetón lo frena, no por temor a la bofetada, sino por miedo al ridículo; y Duna es muy capaz de ello, porque Duna es así: lo que piensa, lo suelta; lo que siente, lo expresa. Ya se lo dejó bien claro sólo conocerse, a principio de curso.

Adalbert, con la espalda inclinada hacia delante, como siempre y un poco ladeado, estaba con sus compañeros en la puerta del Blanxart echando un vistazo a los nuevos. Pegó el estirón casi en una noche, poco después de cumplir los quince años, y ya pasa del metro ochenta y cinco; parece una palmera joven aguantándose de puntillas en el suelo. Y vio entrar a Duna, con la mochila a la espalda, los tejanos ajustados marcando culo, las gafas bailándole en la punta de la nariz y el pelo medio colgando, medio sujeto a ambos lados del rostro. Lo que más llamó su atención fue el color de piel de la chica: era tan, pero tan blanca que parecía que hubiese enterrado la cara en un plato de harina. Dio un codazo al compañero que tenía al lado:

—¡Eh, tío, mira a aquélla!

Duna se había detenido en mitad de la acera con cara de no saber hacia dónde ir y en uno de los barridos circulares que hizo se percató de que entre un grupo de chicos, uno la observaba con atención, se recolocó bien el tirante de la mochila y se acercó decidida.

—¡Hola! ¿Puedes decirme dónde está la clase de cuarto de ESO?

A Adalbert le dieron ganas de reír y de preguntarle si había metido la cara en la mesa de un obrador de pan, pero le respondió:

—Sí, es el aula trece, es mi clase.

Duna sonrió:

—Ah, pues qué bien, voy contigo. Me llamo Duna, Duna Dantí. ¿Y tú?

—Yo, Adalbert Lechuga Fuhrman —respondió él—. Pero es Adalbert con acento en la a, como se pronuncia en alemán.

Entonces Duna estalló en carcajadas:

—¡Hala, tío, no fastidies! ¿Te llamas Lechuga de verdad? ¿Como la ensalada?

Adalbert está muy acostumbrado a que su apellido despierte cierta curiosidad, pero aquel día de mediados de septiembre lo bendijo, porque las risas de Duna se le metieron entre la piel y la camisa hasta llegarle al estómago y allí le hicieron cosquillas; porque al reír, los ojos de la chica nueva despedían estrellas y en las mejillas se le marcaban dos hoyuelos. Un par de compañeros se volvieron para ver el motivo de tanta algarabía. Duna no paraba de reírse y él estuvo tentado de contarle un par de chistes para alargar el rato, pero respondió:

—Sí, como la ensalada, que no es lo mismo que la escarola, claro.

O él tenía una vena humorística que desconocía o Duna tenía un sentido del humor más que considerable, el caso es que su respuesta volvió a encender en la chica una nueva tanda de risas que él se quedó con las ganas de degustar cuando el conserje abrió las puertas y al instante se vieron apartados a empujones por los codazos y las mochilas de los compañeros de ESO que taponaban la puerta. Al entrar en clase la buscó con la mirada, pero posiblemente los tejanos ajustados cumplían su propósito porque Max y Mohamed se le habían adelantado. Resignado, Adalbert fue hasta el último pupitre, el que está al lado de la ventana, dejó caer la mochila en el suelo y se sentó. Sin embargo, sin hacerlo ex profeso no había escogido mal lugar; mirando hacia la derecha en diagonal tenía una magnífica perspectiva de Duna, que se había afincado en la tercera fila; cada vez que se levantara tendría la bella oportunidad de verla de espaldas. ¡Fantástico! Mientras el profesor cumplía con el trámite de cada principio de curso, Adalbert se entretenía en mirar a los compañeros intentando descubrir si, aparte de la guapa Duna, había algún otro nuevo, y sí, detectó dos, uno, que por la apariencia era africano, y una chica también de piel morena que, para su gusto, no valía nada. El profesor les advertía que se tomaran en serio ese curso porque al terminar tendrían que escoger recorrido, si bachillerato o

ciclos formativos y..., y Adalbert se entretenía en recorrer una y otra vez los ojos que despedían estrellas y la risa entre hoyuelos de la nueva, esperando impaciente que el tiempo pasase rápido y llegara la hora del patio.

El tiempo no pasó rápido, pero finalmente pasó, y ahí sí que el chico imprimió velocidad a sus piernas para alcanzarla justo en la puerta y ya no se separó de ella hasta llegar al patio y sentarse juntos en la hierba, al pie de las moreras. Quería volver a verla reír, por lo que le dijo:

—¿Sabes?, los mexicanos no dicen como nosotros «de puta madre», sino «de poca madre», qué guay, ¿no?

- Duna volvió a reír y a mirarlo con la cabeza un poco gacha y los ojos brillantes. Adalbert nunca había sacado tanto provecho a su ascendencia mexicana.

—Y a los abuelos «abue»; y a los papás, cuando son pequeños, «opá» y «omá».

—«Abue, omá, opá» —repitió Duna con estrellas en los ojos.

—¿Y sabes cómo llaman los indios náhuatl del pueblo de mi padre a los niños pequeños? Pues «pilcatitos». Yo era un *pilcatito* cuando era pequeño, y tú eras una *pilcatita*, de niña.

- los dos, venga a reír; cuando volvió a clase, a Adalbert le parecía que nunca se había reído tanto en su vida.

El frío del paseo ya no le parece tan frío a Adalbert, que al llegar a las proximidades de la estación del Norte ya ve de lejos a Duna, que lo espera dando vueltas, ahora hacia este lado, ahora hacia el otro, comiendo el cruasán de la tarde. Duna parece un tiburón blanco, que ni durmiendo están quietos, o eso decían un día en la tele.

Media docena de zancadas y se planta a su lado.

—¡Hola! —la saluda.

—¡Hola! —le responde Duna—. Tienes la nariz roja.

—Y tú también. —Y los dos se echan a reír a la vez.

Siempre les pasa lo mismo. Cuando están juntos les da la risa, por cualquier tontería, se ríen; cualquier comentario, mirada, incluso estornudo, los hace reír.

Se ponen de lado y acompañan el paso calle del Norte abajo. Son las seis y cuarto y el cielo aún está claro, se nota que el día empieza a alargarse y que

las fiestas de Navidad han quedado definitivamente atrás.

—¡Ah! Ya tengo la hora de nacimiento —recuerda de pronto Adalbert—. Fue a las siete menos cuarto de la mañana.

—¿Seguro? —quiere cerciorarse ella.

—Seguro. Lo he mirado en el álbum de fotos —responde él—, y aquí, en Terrassa.

—¡Por lo menos no naciste en Pahuatlan! —comenta Duna acertando en una papelera con el envoltorio del cruasán.

La bola de papel se cae al suelo y un gato chiquito que sale de detrás de unos cartones se lanza como un jugador de fútbol encima de la pelota. Adalbert se agacha, arrebatando la pelota al gato y hace el gesto de lanzarla lejos, el gatito se pone en guardia, las patas de detrás hurtadas, a punto de tomar impulso, las orejas tiesas, y sale disparado detrás de la bola de papel cuando el chico se la tira.

Adalbert se levanta y reemprenden la marcha:

—Pierdo el culo por tener un gato, pero en casa no quieren, dicen que lo estropean todo. ¿Qué me decías? Ah, sí, eso de nacer en México. Pues como que no. A mamá le encanta México, los mexicanos y Chavela Vargas, pero para nacer y vivir, aquí; lo tiene clarísimo.

—Qué suerte que tu madre piense así... —murmura Duna—, si no, no te hubiera conocido.

Adalbert siente como si hubiera tropezado con una campana y el dong le resonara con fuerza dentro de los oídos. ¡Es cierto! Por un instante la posibilidad de no haber llegado a conocer a Duna le provoca un escalofrío.

—¿Y esa tal Anamura me cobrará mucho por hacerme el horóscopo? —pregunta por preguntar.

—No te rayes, tío, que no hablábamos de eso, sino de que si llegas a nacer en México, no te hubiera conocido, y ¿lo ves?, teníamos que conocernos.

Adalbert se muerde la lengua para no soltar una tontería; siempre le pasa lo mismo cuando se pone nervioso o se aturde o se cohibe, dice lo primero que le viene a la cabeza, aunque sea una chorrada, y si con los compañeros y la mayoría de la gente no pasa nada, con Duna es diferente. Ella sigue siempre un hilo, y espera las respuestas en función de ese hilo. ¡Es complicadísima!

—... por eso tengo tantas ganas de que Anamura te haga tu carta y después la nuestra, la compuesta, porque seguro-seguro que hay algo entre tú y yo —va diciendo Duna cuando atraviesan la plaza Zaragoza.

Adalbert continúa callado. ¿Qué es lo que más le gusta de Duna? ¿Que los ojos le brillen cuando se ríe y la cara se le ilumine cuando sonrío? ¿Que sea tan diferente de las otras chicas del insti? ¿Que haga mil actividades aparte de los estudios? Todavía no lo sabe. Han entrado en Amics de les Arts por la puerta de la calle del Teatro y van directos al bar. Un zumo de piña para Duna y un Red Bull para Adalbert, como siempre. Hoy paga él, otro día paga ella. Con el cartón y la lata en las manos trotan hacia la sala donde ensayan; los compañeros que hacen de actores todavía no han llegado.

—Siempre tan puntuales... —rezonga Duna mientras deja la carpeta y la cazadora encima de una silla.

En ese momento entra Alejandra, Jandra para todos, que va a su misma clase y tiene el papel protagonista de la obra que dirige Duna. Y chilla:

—¡Noticia guay, colegas! —Mira a Adalbert y le sonrío insinuada—. ¿Me invitas antes a un sorbo?

Adalbert le alarga la lata, serio, y Duna se sienta dispuesta a concentrarse en los apuntes que lleva de la obra; no soporta a la pretenciosa de Jandra, ni soporta que coquettee con «su» amigo. Jandra da un sorbito y le devuelve la lata, se pasa los dedos por los labios con afectación y palmoteando vuelve a chillar:

—¿Queréis saber una buena? El Beethoven se ha caído de cabeza por la escalera, bueno, dicen en el insti que los *skins* de sexto B lo han empujado, el caso es que nos lo hemos quitado de encima, porque se ha roto la pierna, o el pie o no sé qué. ¡Fantástico!, ¿verdad?

- mira al «público» esperando oír los aplausos, pero entre que Duna no ha tenido tiempo de cogerle manía al profesor de música y que Adalbert se llevaba bien con él, se queda con las ganas. Pero la chica tiene una carta escondida en la manga y la enseña:

—Y ahora tendremos un sustituto —suelta una risita y mira a Duna—, yo ya lo he visto, es guapísimo. Es así, alto, lleva barba, es muy interesante.

—Pues qué bien —suspira Adalbert, se saca la cazadora y la deja sobre el respaldo de la silla de al lado.

—¿Estáis sobados o qué? ¡Es una buena noticia! ¡Nadie soportaba al Beethoven!

—Yo sí —murmura Adalbert.

—Porque a ti te hacía la pelota —le lanza Jandra.

—Bueno, vale, ya has montado el numerito, ¿no? —interviene Duna y, por el tono de voz, Adalbert percibe que está irritada—. Pues ahora coge el

guión, que empezamos por la escena tercera, cuando entras tú.

—Ay, si no me puedo quedar hoy al ensayo —se lamenta a grititos, Jandra—. Sólo he venido a daros la buena noticia. Podríais ser más agradecidos. Me voy. ¡Chao!

- para no recibir la bronca sale disparada. Duna, que se la ha quedado mirando hasta que desaparece por la puerta, resopla:

—¡No puedo, es que no puedo con esa tía! Así no hay quien trabaje. —Mira a Adalbert—: ¿Tú crees que puedo hablar con Segis y pedirle que la cambie?

Adalbert se encoge de hombros:

—No sé... hace bien el papel.

Duna mira el reloj, vuelve a resoplar y clava los ojos en los papeles. Cuando empieza a leer en voz alta se abre la puerta y aparece Segismundo, el coordinador de los talleres de teatro, que se acerca a Adalbert y le pide en voz baja si puede salir un momento. Sorprendido, el chico se levanta y le sigue. Ya en el vestíbulo, Segismundo le pregunta:

—¿Tú eres el amigo de Duna, verdad? El músico.

Adalbert se envara y sin darse cuenta le suben los colores a la cara, de ira.

—No —consigue articular—. Te confundes.

Y hace ademán de volver a la sala, pero el otro lo sujeta del brazo.

—Espera, hombre; bueno, Duna me dijo que tocabas la flauta travesera y...

—Repito que te confundes. Y si me permites, tengo prisa, tengo que irme.

No espera respuesta, abre la puerta sin importarle hacer ruido, va hacia la silla donde ha dejado la cazadora, la coge de un manotazo y sin mirar a Duna sale precipitadamente. Duna lo mira sorprendida. ¿Qué le pasa a Adal?

Adalbert ha vuelto a casa sin haber logrado ventilar la furia que lo muerde por dentro. Sube hasta el tercer piso por la escalera, ganando los escalones de dos en dos, la mano aún le tiembla cuando mete el llavín en la cerradura. Ve luz en la habitación de sus padres y se acerca, pasándose las manos por los rubios cabellos, herencia del abuelo austríaco, sujetándose los detrás de la oreja. Al llegar asoma la cabeza y ve que su madre está escogiendo ropa y suelta un reniego, ¡sólo le faltaba eso! El televisor pequeño está encendido, por lo que levanta la voz:

—¿Volverás?

Velia vuelve la cabeza y mira a Adalbert, que está apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados, y se echa a reír.

—¡Claro que volveré! —Con el mando a distancia, la madre apaga el televisor y se sienta en la cama, que rebosa de ropa—. Ven aquí, Adal. —Y da un golpe suave a su lado.

El chico se acerca sin abandonar el aire de disgusto y toma asiento. La madre le revuelve el pelo largo, Adalbert se aparta:

—No me chinchas, no soy un crío —rezonga.

—Pues te comportas como tal, aunque tengas dieciséis años. A ver, ¿por qué te fastidia tanto que tu padre y yo nos marchemos a Pahuatlan?

Adalbert se restriega las manos en los tejanos antes de responder, mirando al suelo.

—Porque yo no voy.

—Muy bien, ¿y por qué no vas?

—Porque estamos en enero y tengo que ir al insti.

—¡Bingo! —aplaude la madre—. Pues si sabes que tienes que estudiar, si sabes que el abue está muy grave y sabes que tu padre no vivirá hasta que lleguemos a México, ¿quieres decirme por qué narices andas todo el santo día con estos morros? ¡Mecachis!

Adalbert se levanta y da una patada a la puerta del armario que hay al lado de la cama.

—Porque no me gusta que os marchéis solos en avión, porque el avión puede caerse, ¡caray!, y entonces, ¿qué?

Velia se echa a reír:

—Y si tú vienes nos coges en brazos y nos salvas, ¿no?

Adalbert sale furioso de la habitación y su madre lo sigue corriendo.

—Oye, perdona, no me reía de ti, es que me ha hecho gracia imaginármelo, anda, venga...

El chico ha ido hasta la sala y se ha dejado caer en el sofá, no sin antes haber cogido el mando a distancia; la madre se sienta frente a él, en la mesilla baja.

—No me reía —le dice ahora, seria—. Te lo digo de verdad. Mira, Adal, cariño, yo me siento muy orgullosa de ti, lo sabes; sé que has hecho y haces un gran esfuerzo para ir superando tus miedos, incluso el psicólogo lo dice...

Adalbert juguetea con el mando a distancia.

—... y ahora tienes una buena ocasión para superar otro; es importante para ti que aprendas a estar sin nosotros unos días...

—¿Unos días? ¡Un mes o más! —interviene Adalbert sin levantar los ojos del objeto.

—Bueno sí, depende de cómo evolucione el abue, pero no estarás solo, vendrá la tía Ángela y tú te llevas muy bien con ella.

Adalbert levanta la cabeza y la mira fijamente:

—Lo que no entiendo es por qué tienes que ir tú también. Al fin y al cabo, el abue es el padre de papá, no el tuyo.

La madre se muerde un momento los labios, como hace siempre que se contiene, y dice:

—Parece que no conozcas a papá ni a los mexicanos. ¿Cómo quieres que lo deje solo si el abue está grave? —Se levanta para evitar la tentación de abrazarlo y decirle que no sufra, que se quedará con él o que él viajará con ellos, y añade—: Voy a continuar preparándome la ropa, y tú, ¿no tienes trabajos que hacer hoy?

Como respuesta el chico también se levanta y fríamente le responde:

—Continúo pensando que no tendrías que ir.

Y se marcha a su habitación dando un buen portazo.

Adalbert es hijo único. Todos los psicólogos que lo han visitado lo definen como hipocondríaco; los amigos de su madre, como un niño mimado y consentido, y la familia del padre, como un «pilcatito» muy sensible. Su padre, Ernesto, considera que todo lo que le pasa al chico son pendejadas y confía en que cuando se haga mayor, se le pasen, y la madre alberga en secreto la duda de haber sido ella la culpable del cúmulo de miedos del hijo, quizá porque se casó demasiado joven; a los diecinueve años es difícil saber criar a un hijo.

Velia leyó montones de libros durante el embarazo sobre cómo educar a un niño; se sabía de memoria todo lo que hay que hacer y lo que hay que evitar para no entorpecer el desarrollo emocional de la criatura, pero cuando tuvo al niño en los brazos se le esfumaron todas las teorías al darse cuenta de que algo desde muy adentro le decía que el niño era suyo y sólo suyo, y que no dejaría que nadie ni nada se lo robara ni le hiciera daño. Así, cuando Adalbert empezó a andar ella le instaba para que volviera a su lado, y cuando algo lo asustaba, ella se agachaba y abría los brazos para que él se refugiara; y cuando el niño huía asustado de las moscas o de los caracoles, ella corría a cogerlo en brazos; ya más mayor le explicaba que era mejor no ir de convivencias con la escuela porque se podía perder, o ser picado por los

insectos, el niño escondía la cara en su regazo y ella lo acariciaba; Ernesto protestaba: «Estás haciendo flojo al pinche pilcatito». Cuando Adalbert tenía unos ocho años, su padre, al comprobar que no conseguía cambiar el comportamiento de su esposa, cambió de táctica y le propuso ir a vivir un tiempo a Pahuatlan del Valle, con el convencimiento de que la convivencia con los abuelos y el puñado de primos de edades muy parecidas le sacarían todos los miedos y manías de encima: «Lo que tiene que hacer el chamaco es lo que hacen los pilcatitos de su edad, pelearse entre ellos y meter mano a las niñas; eso hará que se deje de pendejadas».

Esta conversación tuvo lugar al día siguiente de la primera crisis de ansiedad que sufrió Adalbert; no llegaron a saber qué la había provocado. Para Ernesto era una clara señal de que había llegado el momento de cambiar de aires. Para Velia fue la confirmación de que su marido continuaba enamorado de Alma, la novia mexicana que había dejado en el pueblo cuando se fue a Terrassa, ya hacía diez años, y se negó en redondo. A partir de ese día las crisis de ansiedad de Adalbert continuaron, así como el rosario de fobias que el chico manifestaba, hasta que tanto el padre como la madre acabaron aceptándolas como una particularidad de su hijo, a la que, cuanto menos importancia se le diese, mejor.

El conflicto para Velia había surgido hacía un par de semanas, cuando les llegó la noticia de que el abue tenía cáncer de pulmón. La primera decisión de Ernesto, en caliente, fue tomar el primer vuelo; Velia lo detuvo, no estaba dispuesta a dejar que se fuera solo a Pahuatlan, ella lo acompañaría, ¿faltaría más!, pero entonces, ¿qué iban a hacer con el chico?, no podían interrumpirle el curso. Sólo de pensar en separarse de su hijo un aliento frío, como el lametón de una serpiente, le recorría la espalda. Y él ¿cómo se lo tomaría? Tenía que hacer de tripas corazón, restarle importancia, reírse, si era necesario, ya tenía dieciséis años, ella tenía que empezar, aunque le costase, a soltar un poco la cuerda, porque, aunque le dolía, el mismo Adalbert empezaba a alejarse de ella, sobre todo desde que había intimado con esa chica del instituto, Duna.

Así pues, Velia se hizo la fuerte e inició los preparativos para el viaje.

Adalbert ha cenado de prisa, concentrado en la pantalla del televisor y sin fijarse en lo que miraba ni en las reflexiones que hacía su padre en voz alta, algo así como aprovechar que estaba en México para saltar a La Habana y ver qué posibilidades había de... Él se ha terminado el plato de lentejas estofadas

y el entrecot y luego, alegando que tenía tareas que finalizar, se ha encerrado en su habitación.

Está furioso, furioso y dolido. ¿Cómo es posible que Duna lo haya traicionado de esa manera? ¿Es que no es posible confiar en nadie? Se echa en la cama y vuelve a levantarse de inmediato. Las manos le tiemblan aún, necesita un chute o en diez segundos entrará en la locura de la crisis de la ansiedad y ya está hasta los pitos de esas malditas crisis. Al lado de la cama está la estantería con los libros, pocos, la mayoría de Astérix, y los cedés, muchos, casi la colapsan de arriba abajo. Mientras hace correr los dedos por las cajas de plástico no cesa de renegar. ¡Joder!, lo que le contó a Duna no se lo había contado a nadie, ¡a nadie! Y se lo contó porque pensaba que ella era diferente, y que al ser diferente podía confiarle su secreto, pero ¿qué ha hecho ella? ¡Vocearlo a los cuatro vientos! Ya no podrá confiar nunca más en ella. Se va limpiando las lágrimas a medida que van rodándole por las mejillas. Encuentra el cede que busca, aprieta la tecla de *open/close*, saca el que hay y pone el nuevo. Pulsa *play* y al cabo de unos segundos las primeras notas del *Adagio* de Albinoni empiezan a filtrársele en la sangre. Se vuelve a tumbar en la cama todavía vestido, y poco a poco va calmándose. Está adormecido cuando la melodía de «El exorcista» lo despierta, se incorpora de un salto y pillá el móvil. En la pantalla aparece el nombre de «Duna». Vacila, ¿y si se hace el dormido? La pantallita se apaga y la melodía también. Deja el celular encima de la mesa y empieza a desnudarse. Vuelve a sonar el móvil. Duna es así, no cejará en el empeño hasta que responda.

—Hola.

—¡No me vuelvas a hacer eso nunca más!

La voz de Duna es tan aguda que casi no la reconoce. Pero ¿qué diablos le dice? ¿Encima, bronca?

—Pero oye...

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Te parece bien marcharte así, con aquel careto?

—Pero...

—A mí no me vuelves a hacer eso, ¿vale? Mañana hablamos. ¡Dios!

Y cuelga. Adalbert se queda mirando el móvil aguantándose las ganas de tirarlo contra la pared porque es el último modelo sinfónico y se lo regalaron sus padres en Navidad, si no, no contra la pared, ¡contra el suelo de la calle desde el ático donde vive lo estrellaría!

2. DUNA DANTÍ

Duna, sentada en la cama, aún jadea presa de la furia. «¡No me vuelvas a hacer eso nunca más!», le ha gritado por teléfono. Y es que no lo puede soportar, y lanza el conejo blanco fuera de la cama; la supera, y la carpeta con los apuntes de clase va a parar al suelo; la desborda, y da una patada a la pata de la mesa del ordenador; la pone fuera de sí, y cierra con violencia la tapa del piano; la revienta, y de un manotazo pone el marcha el metrónomo, tac-tac, tac-tac; la pone furiosa, y de otro manotazo, lo para, tac... Clara, su madre, abre la puerta sólo una rendija y la mira unos segundos, le ve las mejillas encendidas y la punta de la nariz insólitamente blanca y sabe al instante que Duna tiene un ataque de furia de los suyos, así que entra en la habitación, se sienta en el puf pequeño de pelo rojo y se la queda mirando, sin decir nada. Duna pega un salto y aterriza en el centro de la cama, soltando un largo berrido:

—¡Es que me revientaaa...! —Se recoge el pelo con la mano, se lo echa para atrás y le queda colgando delante de la nariz. Las mejillas continúan encendidas, la punta de la nariz sin gota de sangre. Pasan unos segundos, el jadeo empieza a menguar, cuando el sosiego se perfila, la madre le pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Duna clava los ojos en ella como quien clava dos chinchetas de color gris:

—¿Es necesario que el muy imbécil se marche cabreado sin decirme nada? —No espera respuesta para añadir—: ¿Tú crees que es necesario que el muy imbécil me deje tirada sin que yo sepa qué coño le pasa?

La respiración vuelve a acelerársele.

—¿Os habéis enfadado?

Duna se levanta de un salto:

—¡No! ¡Eso es lo que me joroba! Que no ha pasado nada, que yo sepa. Estibamos muy bien, que yo sepa, hemos ido al teatro riéndonos, como siempre, y cuando estábamos allí, de pronto he visto que agarraba la cazadora y se largaba, pero con un careto, mami, con un careto que me ha cogido no sé

qué por aquí dentro —y se señala el pecho— y ¡uf, me he puesto a mil! —Y se deja caer sentada al suelo, arrimada a su madre.

Clara le pasa la mano por la cabeza y le desenreda con suavidad el pelo.

—No es tan grave, mi niña —murmura—. Pensaba que había pasado qué sé yo qué...

Duna levanta la cabeza al instante y se retira el pelo de la cara:

—¿No te parece grave que me haya dejado tirada? ¡Ya lo creo que es grave!

La madre se echa a reír. Duna añade:

—No sé lo que me pasa con este chico. Estoy bien, me resulta familiar, me gusta, pero a la vez, cuando nos separamos siento una cosa aquí —y vuelve a señalarse el pecho— que me hace daño, es como si... —duda, vacila— como si... tuviera que pasar algo y fuera a dejar de verlo, no sé si me explico...

La madre se inclina para cogerle la barbilla con un dedo:

—Cariño, eso suele pasar cuando una está enamorada. —Y sonrío.

Duna permanece callada unos segundos con la mirada fija en la pared del otro lado de su habitación, llena de pósters de diferentes espectáculos teatrales, de fotografías de actores y de programas de mano.

—¿Tú crees que estoy enamorada, mami? —musita.

—Por los síntomas —y Clara vuelve a sonreír— diría que sí, y no me extraña, es un chico muy guapo.

—¿Tú crees que puede ser algo del pasado? Lo digo por esa especie de conexión que siento.

La madre se levanta:

—¡Ay, hija, no lo sé!, de esas cosas era tu padre quien entendía. Venga, vamos a cenar.

Duna también se levanta y sigue a la madre, que ya ha salido de la habitación camino de la cocina.

—¿Tú crees, mami, que Anamura sabe tanto de astrología como papá?

Clara dispone las dos bandejas encima del mármol y empieza a poner los platos y los cubiertos mientras responde:

—Yo diría que sí, papá la elogiaba mucho, siempre decía que formaban un buen equipo, pero eso lo sabrás tú mejor que yo, que eras quien le acompañaba a las reuniones.

Duna llena de agua del grifo la jarra y mueve la cabeza:

—¡Qué rabia, no me acuerdo! Era demasiado pequeña. Oye, Anamura no me cobrará por hacerme la carta, ¿verdad?

Clara se sorprende:

—¡Quita!, no digas tonterías. Anda, saca las *pizzas* del horno que ya estarán listas.

Duna nació en Barcelona. Vivía en el barrio de la Sagrada Familia e iba a la escuela pública del mismo nombre, muy cerca de casa, hasta que un día de otoño, poco antes de cumplir los trece años, su padre murió en un accidente de moto. Hasta aquel momento ella era una niña pegada a un padre como un sello de correos a una carta. Estudiar era la cosa que menos le interesaba de este mundo; tampoco le llamaba la atención saber el valor del dinero, ni descifrar las horas del reloj, ni acumular juguetes; pasaba de un curso a otro como un funámbulo cruza por la cuerda floja y apenas sabía leer y escribir; ignoraba el nombre de la calle donde vivía y el número de teléfono de casa, pero se pasaba horas sentada al lado de su padre observando fijamente los cálculos que él hacía en el ordenador. Su padre era médico y las horas libres las dedicaba a investigar la astrología. Había establecido un complejo sistema de estadísticas y de coordenadas en las que Duna colaboraba con gran entusiasmo, de modo que casi no sabía escribir, pero sí dibujar los signos del zodiaco con gran precisión y sin equivocarse nunca. Su padre se refería a ella como «mi ayudante», y como su ayudante dejaba que lo acompañara a las reuniones del primer sábado de cada mes con Anamura y Luis Fernando, unos amigos a los que unía el interés común por la astrología; el único requisito que le pedía era que, como mínimo, sacara un suficiente por asignatura, aunque fuera un suficiente raspado.

Duna se esforzaba y a veces conseguía rascar los suficientes por los pelos; el esfuerzo la compensaba. La fascinaba ir a casa de Anamura, sentarse en el sillón de piel del despacho donde se reunían y afinar el oído; le gustaba el olor a madera y a cuero que desprendían las paredes y las butacas del despacho; la sorprendía la hilera de libros gruesos como puños que ocupaban toda una pared; papá le había explicado que eran libros sobre leyes, que Anamura los consultaba por su trabajo, ya que era abogada; y le encantaba el barco de madera que estaba encima de la repisa de la chimenea y que nunca se había atrevido a tocar. Anamura era muy cariñosa con ella y siempre acompañaba la merienda con un buen cacho de salchichón ibérico porque sabía cómo le gustaba. Luis Fernando, el tercer amigo, la atemorizaba un poco. Quizá porque era alto como un pararrayos, siempre tan serio y con una calva que brillaba como si se la limpiara con una gamuza. No solía hacerle carantoñas;

papá decía que como no tenía hijos no sabía cómo tratarla. A Duna no le importaba que Luis Fernando la ignorase, lo que ella quería era sentarse en el sillón de piel al lado de papá y oírlos hablar. No entendía casi nada y eso la hacía sentirse importante, porque era señal de que hablaban de cosas de personas mayores, y cuando pescaba palabras, ideas o conclusiones que reconocía por haberlas trabajado o hablado con su papá, se sentía en la gloria. No necesitaba nada más para ser una niña feliz.

La muerte de su padre se le llevó, además de a su padre, estas reuniones y la vida en el barrio, porque su madre decidió cambiar de vida, barrio y ciudad. Ella no lo entendió entonces, y berreó hasta que la garganta se le quedó seca, pero la madre no cedió, le dijo que si querían sobrevivir tenían que empezar de cero en otro lugar, y el otro lugar fue Terrassa, donde Clara había vivido de pequeña. Su madre alquiló un piso en el barrio de Palau y Duna aprendió a leer y a escribir casi en cuatro días, a saber el nombre de las calles y a calcular la hora, fuera analógico o digital el reloj, porque papá ya no estaba para mantenerla en las nubes, o eso es lo que decía mamá.

Todo eso se lo explicó a Adalbert, un mes después de conocerse, la primera vez que quedaron para tomar patatas bravas en el frankfurt del Agustínico.

—Lo viví fatal —le decía Duna—. Acusaba a mamá de arrancarme de mis raíces y protesté tanto como pude para evitarlo, no quería separarme de mis amigos ni de casa, pero mamá me decía que era necesario, que más tarde lo entendería. Pillé un rebote que no veas. Me matriculé en el insti Palau, pero no me adapté. Me pasaba el día escondida detrás de los *walkman*, que no soltaba ni para dormir. Lo único que quería era que me dejaran tranquila. No estudiaba, no pegaba golpe. Odiaba a mamá. Muchas noches me las pasaba llorando e insultándola en voz baja, preguntándome por qué no había muerto ella en lugar de papá.

Adalbert la escuchaba con mucha atención, sin interrumpirla; con la cabeza un poco ladeada, la barbilla apoyada en la mano y mirándola con sus ojos color miel de bosque, derramando una mirada que a Duna se le iba metiendo dentro, dentro, tanto, que empezó a perder el hilo:

—La gente del insti era asquerosa. No se parecían en nada a mis compañeros de antes. Eran..., eran salvajes, maleducados, imbéciles, se metían conmigo por cualquier chorrada. Y..., bueno, eso, que lo suspendí todo, lo único que hacía cuando llegaba a casa era escuchar a Michael Jackson e intentar copiar sus pasos de baile, pensando que algún día sería famosa cantando y bailando, y daría conciertos por todo el mundo...

Le importaba una mierda ser famosa, cantar, bailar y dar conciertos por todo el mundo, ¿qué tonterías le decía si sólo existían los ojos de Adal atentos, una puerta que se abría y la invitaba a entrar? Perdió el hilo del todo cuando entrelazada con la mirada color miel de bosque se filtró la voz de Álex Ubago susurrándole al oído «y ahora morirme no sería más desgracia que perderte para siempre, ay mi vida, no te vayas»... y parpadeó confusa, volvió la cabeza buscando a Ubago y le llegó la voz de Adalbert que le decía:

—Pues me encantaría verte bailar, seguro que bailas de maravilla, con el cuerpo que tienes... ¿Y qué más?

Y entonces las mejillas se le sofocaron. ¡Qué vergüenza, ponerse roja delante de un chico!, y más si ese chico era Adal. Terminó farfullando:

—... pues nada, que finalmente una tía de mamá nos dejaba su piso en la plaza de la Inmaculada, y cambié al Blanxart. Ahora tengo mejor rollo con mami, es un poco pesada, pero legal.

Y se había levantado precipitada, había murmurado un «perdona» y había salido disparada hacia el baño, a pasarse agua por la cara. ¿Qué le estaba pasando?

Al día siguiente se compró el cedé de Ubago.

Duna no era de salir con chicos; primero, porque ni los veía; después, cuando ya se estabilizó en Terrassa, porque todos le parecían infantiles, no le gustaban las bromas que hacían ni le interesaban las cosas que decían. Adalbert es otra cosa, tiene un aire especial que lo hace diferente; y unas manos de dedos largos y delgados que mueve como si dirigiese una orquesta; y la nuez muy marcada; y cuando ríe parece que se enciendan las luces y los ojos se le achinan; y cuando está con él el tiempo vuela, lo único que la fastidia es el malestar que la invade cuando se separan. ¿Por qué será?

3. MAURO CLARÍS

Una de las cosas que más cautivaron a Mauro Claris del pueblo de la Garriga fueron las puestas de sol. No se explica dónde está la diferencia entre las puestas de Tortosa, donde nació, y las de Barcelona, donde vivió un puñado de años, o las de la Garrotxa, donde tiene la masía su amigo Fernando Zolda. El caso es que las de la Garriga son especiales.

Fue con ocasión de un concierto cuando fue a parar a la Garriga hace cinco años. Tenía el recorrido bien anotado en la agenda: «Autovía de la Ametlla, salida por Garriga sur, rodeas la rotonda, cruzas el puente y continúas recto hasta el semáforo...», sin embargo, por alguna razón desconocida, una vez cruzado el puente se desvió a la derecha y se encontró deambulando por un polígono extraño, ya que fábricas y naves industriales compartían el espacio con casas y chalés casi de lujo, y una masía que probablemente daba nombre a la urbanización: «Masía ca n'Illa, siglo...». En una de las vueltas y revueltas que daba para volver a la carretera se encontró delante de una casa que se ofrecía en alquiler. Impulsivamente alargó la mano hacia la libreta que siempre lleva en la guantera de la Jumpy y apuntó el teléfono. Al dejar la libreta de nuevo en su sitio fue cuando alzó los ojos y vio la puesta de sol. Eran casi las ocho de la tarde de un otoño sereno, y en un cielo intensamente azul claro se deshilachaban retazos de nubes de un rosa intenso con pinceladas de malva y ocre. Detuvo el motor de la furgoneta, abrió la puerta y salió. ¡Qué belleza! ¡Qué lujuria! ¡Qué placer insospechado para los ojos! Al día siguiente, desde Barcelona llamó a la inmobiliaria y alquiló la casa. No es muy grande: dos plantas, un pequeño jardín en la parte de delante, calefacción a gasoil y garaje, suficiente para él y sus instrumentos. Se trasladó a vivir en quince días.

Sin embargo, ahora se le acaba la gozada, por lo menos durante la semana. Y se le escapa el comentario después del largo silencio que se ha producido en la conversación con su amigo Fernando.

—Echaré en falta las puestas de sol —murmura.

Mauro y Fernando toman una cerveza sentados en el jardincillo; les apetece aprovechar la tregua en el frío de estos días de primeros de febrero.

—Pero ha sido una buena idea alquilar un piso en Terrassa —dice Fernando, pasándose un dedo por la calva que lo ayuda a parecer, aún más, un monje budista—. Todo apunta a que el chico que buscas es de allí o de aquella zona.

Mauro toma aire y lo suelta pausadamente antes de responder:

—Pero no dejo de preguntarme, ¿y si es una chica, o una mujer? Nunca había contemplado esta posibilidad hasta que te conocí y lo apuntaste. ¡Tantos años a piñón fijo en encontrar un chaval, un adolescente...!

Su amigo alarga la mano para coger la jarra de cerveza:

—El hecho de que en todas las regresiones visualizaras un chico, no significa que se haya encarnado de nuevo como varón. No obstante, desde la perspectiva kármica tiene sentido que si se debe repetir la misma situación las almas busquen una encarnadura que tenga la apariencia lo más parecida a la situación que vivieron. —Y echa un trago.

Se alarga el silencio entre los dos hombres, que rompe Mauro con un suspiro antes de preguntarse:

—Pero ¿cómo lo reconocería si fuera una chica o una mujer? Me rompería todos los esquemas. —Suspira de nuevo y repite—. Si fuera así, quizá por primera vez me plantearía que todo esto es pura invención, una obsesión sin fundamento que me ha alimentado y he alimentado quién sabe por qué...

Fernando se lo queda mirando unos instantes antes de desviar la mirada hacia el monte de la Doma, para admirar las pinceladas de color salmón que parecen surgidas de la paleta de Monet, y murmura, como si se lo dijera a sí mismo:

—Cuando las cosas se sienten tan profundamente en la boca del estómago no son invenciones, sino certezas.

Bien lo sabe él, que dejó el cargo de director general de una multinacional japonesa, que se vendió el dúplex de Barcelona y la torre de Sitges para ir a vivir a una masía de la Garrotxa a hacer vida de budista.

Mauro le sonrío:

—Quisiera tener tu fe, amigo mío.

—Pues mándalo todo al carajo. —Fernando también sonrío y se levanta, ya es hora de marcharse—. En mas Mallol hay sitio para ti y ya sabes cómo cocina Remedios. Por cierto, mi mujer me ha dado recuerdos para ti y me ha

dicho que ha encontrado unas pastillas magníficas contra el mareo, de modo que ya podremos ir a navegar en tu velero.

—¡Hecho! Ya sabes que voy todos los fines de semana, sólo tienes que decirme cuándo.

Mauro Claris tiene cuarenta y seis años y es un músico reconocido en el medio desde que Ricky Martin incorporó una canción suya en el segundo trabajo que preparaba; desde entonces no da abasto a componer y completar los trabajos de un buen número de cantantes nacionales e internacionales. Sin embargo, Mauro vive el éxito con total indiferencia, lo que le mueve desde los veintidós años no es triunfar en la música, sino buscar al que él nombra, por llamarlo de alguna manera, «el hijo del pasado».

«El hijo del pasado...». Ni de eso está seguro. ¿Hijo? ¿Hermano? ¿Sobrino? ¿Primo? Sólo sabe que eran parientes porque en todas las regresiones que ha hecho ha coincidido afirmando que había un parentesco entre los dos. Se le ocurrió darle el tratamiento de hijo cuando escribió las canciones para el nuevo trabajo de Ricky Martin. *Hijo del pasado* era el título de la canción, y de todas, la más inspirada. A Ricky le encantó, pero la primera vez que lo oyó cantar decidió retirársela y aunque el portorriqueño le ofreció un buen puñado de dólares más, no echó atrás la decisión. El *Hijo del pasado* le incumbe, le pertenece a él, es su historia personal.

¿Qué ha hecho con su vida? La pregunta le persigue como de pequeño lo perseguía *Silver*, el perdiguero de casa. ¿Qué coño ha hecho con su vida yendo tras una quimera? ¿Cómo se pudo dejar atrapar por una telaraña tan absurda? Macarena lo embrujó; Macarena y su mundo de estampas y santos, de velas y cruces, de rituales y sortilegios, de tarot y gallinas degolladas.

Macarena, treinta años, ojos de noche, cabellos de leona y piel de terciopelo, soberbia y orgullosa como una princesa árabe. Y él, veintidós años, metro noventa y músculos trabajados en el gimnasio, queriendo saber qué sentido tenía el fuego que le ardía dentro, preguntándole: «¿Qué es lo que me quema, mi niña?, ¿qué dicen las cartas?». Y ella se reía y le pasaba un pañuelo con olor a jazmín por la cara, por el cuello, por la espalda y Mauro se mareaba por el olor y por el ardor que lo encendía de arriba abajo: «¡Huy, mi niño, ven, que yo te apagaré el fuego!».

Pero el fuego que le quemaba el alma no se apagaba entre las sábanas, ni sobre los estores o la arena blanca de las playas de Almería. Era otro fuego, otra urgencia que no encontraba salida. «Es algo que me aprieta aquí dentro», y Mauro se ponía la mano a la altura del esternón, casi siempre después de haber hecho el amor, cuando le parecía que vaciándose en el cuerpo de la gitana lo apagaría; pero la quemazón nunca menguaba. Macarena le tiró las cartas, consultó el poso del café, le hizo la carta astral, pero no sabía darle la respuesta que Mauro le pedía. Al fin decidió llevarlo a donde su tía, que vivía en las cuevas de Almería.

La tía, cuyo nombre de pila ya nadie recordaba, era conocida como «la vieja bruja». La vieja bruja hacía los trabajos especiales, cuando le venía en gana y si le caía bien la persona. Tenía cola frente a la puerta de la cueva, incluso iba a verla gente de otros pueblos y otras ciudades, atraída por su fama de curandera y santera. Pero no todos entraban; la vieja apartaba la cortina que servía de puerta y los escudriñaba uno por uno; más de uno y más de dos, si todavía no la conocían, aguantaban la respiración y el deseo de echar a correr porque el aspecto físico de la mujer asombraba. No porque fuera especialmente alta, ni porque andase un poco encogida, sino por lo que suponía ver su rostro completamente cruzado por las arrugas en contraste con las manos, tersas y finas como las de una adolescente. Las malas lenguas decían que el causante era el diablo, que le había cortado las manos y le había cosido las de una muchacha que apareció muerta y sin manos detrás de la puerta del cementerio, hacía muchos años.

Cuando la vieja aparecía detrás de la cortina los murmullos y las conversaciones se apagaban como si alguien bajase el volumen de una radio; la mujer miraba a los aspirantes a pacientes y los iba señalando con un dedo de uña limpia y bien cuidada: «Tú, lárgate. Tú, pasa. Tú, espérate...», y así completaba un grupo de seis personas que hacía pasar a lo que los visitantes suponían un comedor; por lo menos, en el centro había una mesa de madera muy vieja, sillas a su alrededor y un trinchante casi negro, lleno de platos, vasos y utensilios de cocina, engastado en la pared de roca. Un gato gris con tonalidades azules se paseaba entre los pacientes, quienes no se atrevían ni a moverse ni a hablar; este silencio les permitía escuchar los rumores que se producían en el espacio de al lado, separado del comedor también por una cortina. Quizás el ruido que les provocaba especial inquietud era el de una fuerte ventisca que parecía nacer y morir en el mismo espacio.

Hasta la cueva de la vieja bruja llevó Macarena a Mauro. Por muy sobrina que fuese no se podía saltar el ritual de la elección, le contó ella de camino

hacia las cuevas. Así que Mauro hizo una cola de más de dos horas venciendo el impulso de mandar la espera a tomar viento, bajo un sol de justicia, porque era el mes de julio y el calor era tan fuerte que se hubieran frito los huevos con sólo estrellarlos contra el suelo. Se sentía ridículo, allí plantado esperando que una supuesta bruja le concediera el honor de visitarle. ¿Dónde quedaban sus principios, su rechazo o su indiferencia hacia todo lo que hacía referencia a aquel submundo? Él era licenciado en económicas; no ejercía, de acuerdo, pero su formación era cartesiana; y sabía que todo aquello no era nada más que un *papusdinero*, como decía su madre, un cuento para sacar el dinero a los benditos. ¿Él era un bendito? ¡De ninguna de las maneras! Pero esperó bajo el sol espantando las moscas que no cesaban de asediarlo hasta que la cortina se levantó de nuevo y vio a la vieja, y la vieja lo miró, lo señaló y le dijo: «Tú, pa dentro». Mauro se cogió a la mano de Macarena, pero ella negó con la cabeza y lo empujó suavemente en dirección a la puerta de la cueva. Y Mauro entró.

Se sentó en la primera silla que encontró, la que casi rozaba la cortina de la pieza de al lado. Pero aún no había calentado el asiento cuando sintió la mano de la vieja en su hombro y su voz diciéndole: «Pasa, muchacho».

Se encontró en un agujero hecho en la misma roca, como el resto de las estancias, donde había dos sillas, una estantería de ladrillos y llena de botes y paquetes envueltos en papel de periódico, y una estufa que parecía de leña.

—Siéntate y dime qué te trae por aquí. —Le indicó una de las sillas y ella se sentó en la otra.

Mauro, venciendo resistencias, le explicó que desde que tenía uso de razón albergaba la urgencia de crecer porque tenía algo que hacer.

—... algo que no admite demora, que se antepone a cualquier cosa...

La vieja le había preguntado si era algo que debía hacer o buscar, y Mauro se detuvo a reflexionar la respuesta:

—No sé qué decirle. No sé ver la diferencia.

Le había preguntado a qué jugaba cuando era pequeño, en qué ocupaba el tiempo, y Mauro se distendió, y le contó casi riendo que de pequeño jugaba a buscar tesoros. Que tenía un perro que había entrenado para buscar no sabía bien qué, pero él y el perro se pasaban el día haciendo agujeros en el jardín de casa o revolviendo por la buhardilla. Todo con obsesión desmesurada, porque cuando no estaba agujereando la tierra, leía novelas de aventuras. Que *La isla del tesoro* fue durante muchos años su libro de cabecera y que cuando tuvo que escoger carrera estuvo a punto de optar por paleontología o arqueología...

... pero tenía que irme a Madrid o a Barcelona, mi padre se opuso, en fin... ¿tiene todo eso algo que ver?

La vieja, como respuesta, lo mandó levantarse y situarse en el centro de la habitación; de un estante cogió una botella de cristal llena de algún líquido y derramó parte en el suelo formando un círculo alrededor de Mauro, a unos tres palmos de distancia; encendió una cerilla y la acercó al líquido del círculo. «No te muevas», lo avisó y al instante se levantó una cortina de fuego que lo envolvió por completo con un ruido que parecía que dentro de la habitación se había desencadenado un vendaval. Mauro se tragó el aullido que le ascendía por la garganta y se dio por muerto. Pero las llamas no le alcanzaban, sí sentía su calor y el ruido del viento, de una intensidad tal que si hubiera gritado nadie lo habría oído; el sudor le bajaba a chorros por la espalda, el pecho, las piernas, empapándole la camiseta, los calzoncillos, los tejanos; el corazón le latía con violencia, abría la boca para coger aire, ¡que se acabara aquello, por el amor de Dios o del diablo o quien fuera!

Las llamas y el viento se apagaron como empezaron, de golpe. Mauro jadeaba como si hubiera corrido una maratón.

—Ya estás limpio —fue lo que le dijo la mujer—. Túmbate en el suelo.

Tendido boca arriba le dio a oler el humo de unas hierbas, y al cabo de un momento le pareció que el techo de roca se desvanecía y su lugar lo ocupaban las ramas espesas de una encina y un rostro de mujer de ojos almendrados apareció y le sonrió, la imagen desapareció a la vez que aparecía otra, la de unas manos sujetando un cofre o un pequeño baúl, y dejándolo encima de algo, una mano levantaba la tapa y el perfil de alguien, a contraluz, parecía un chico joven, le decía algo, él intentó gritar, pero el chico ya había desaparecido detrás de un bosque de llamas y gritos, y galopar de caballos, el humo lo invadía todo, él intentaba correr, no, no podía correr, montaba a caballo, pero el caballo se encabritaba y cuando tiraba de las riendas se daba cuenta de que lo que tenía en las manos eran dos remos, bogaba y bogaba mirando hacia atrás y veía dos bultos. Eran muertos, ¿quién había muerto? Música, música de flauta, ¿quién toca la flauta?, corre por estancias vacías, alguien toca la flauta, abre de pronto una puerta y el muchacho de antes está ahí tocando la flauta, lo ve de espaldas, se le acerca, lo coge por el brazo, quiere que se dé la vuelta, quiere verle la cara, pero el chico se suelta y se le evapora de entre los dedos, la tapa del cofre está abierta, mira, hay monedas y bolsas, alarga la mano para coger una y la mujer de los ojos almendrados va del brazo de otro, una vieja le dice algo, ¿qué, qué le dice?, es importante, sabe que es importante, pero la mujer habla y él no la oye, ¿qué dice? La

cueva, está en una cueva, lleva el cofre a..., la cueva, el chico, el chico... ¡Uzalaard...!

Mauro se incorporó como empujado por un muelle y se encontró cara a cara con la vieja bruja; se enjugó las lágrimas y se quedó sentado en el suelo, sollozando. La vieja lo miraba llorar en silencio hasta que al cabo de unos minutos se levantó, cogió un trapo del estante y se lo alargó. Mauro se limpió los ojos y se sonó.

—Has visto imágenes —afirmó la mujer.

Mauro asintió con la cabeza.

—Es lo que llevas dentro y andan empujándote.

—¿Qué significan? —preguntó él doblando el paño.

La vieja apoyó la espalda en la estantería mientras decía:

—Eso es cosa tuya. Yo te he hecho llegar las imágenes, hasta aquí llego yo. Ya puedes marcharte.

Mauro se levantó, se sacudió por costumbre los pantalones, se quedó en pie sin saber qué hacer ni qué decir hasta que se le ocurrió:

—Bueno, gracias... ¿Qué le debo?

—Te lo debes a ti mismo. Busca el significado de esas imágenes o no te dejarán vivir. Y apártate de mi sobrina. Ella tiene otro camino. Tú no tendrás hogar hasta que todo esto —y le golpeó el pecho— salga pa fuera. —Lo empujó hacia la cortina—. Venga, espabila, que aún me quedan muchas almas pa hablar.

Cuando el amigo Fernando se ha marchado, Mauro recoge las cervezas y las jarras y entra en casa; deja las jarras encima del mármol de la cocina y tira los envases en el contenedor de plásticos; sale de la cocina cerrando la puerta tras de sí. Sube la escalera que lleva al piso de arriba despacio, arrastrando los pies; le pesan las piernas, es por falta de descanso, si pudiera dormir ocho horas de un tirón estaría como nuevo, pero vuelve a dormir mal desde hace un par de meses, cuando surgió la pista de Terrassa. Va al estudio que tiene instalado en la habitación grande de esta planta, enciende el ordenador y la pantalla y se sienta ante el teclado. Se le acumula el trabajo, no puede permitir que las preocupaciones personales lo perturben hasta esos límites; tiene que terminar los arreglos para Loquillo, devolver no sabe ya cuántas llamadas. Afortunadamente no tiene necesidad de prepararse para dar la primera clase en el instituto de Terrassa.

Hace más de diez años que se sacó las oposiciones para ejercer de profesor en un instituto de secundaria. ¿No tenía que buscar un adolescente? Pues, ¿dónde mejor que en un instituto? ¡Ojalá esta vez sea la definitiva!

4. «ME MUERO POR ABRAZARTE...»

Adalbert nunca ha sido un chico conflictivo. Todos los profesores que ha tenido a lo largo de los años de escolaridad han coincidido en señalarlo como un chico discreto, amable en el trato y bastante indeciso, que prefiere quedarse en un segundo plano o pasar desapercibido; sólo el profesor de música que ha sufrido el accidente tiene otra opinión de él y así solía expresarla a sus compañeros en las reuniones de seminario: «Está inmerso en su mundo, aprueba porque es inteligente y memoriza, pero tú lo miras a los ojos y te das cuenta de que no está. Sólo hace acto de presencia en mi clase. Entonces sí, está pendiente de todo lo que hago y digo, tendríais que ver cómo coge su flauta, cómo la acaricia, cómo se la lleva a los labios, he conocido pocos chicos que tengan tal simbiosis con su instrumento».

La percepción del profesor accidentado es la que más se acerca a la realidad de Adalbert: no se queda voluntariamente en un segundo plano, es que mentalmente no está en clase, se evade sin darse cuenta, pero si alguien le preguntara dónde está tampoco sabría responder; sin embargo, los años de práctica como estudiante le han hecho desarrollar un mecanismo automático que le permite aterrizar en milésimas de segundo cuando el profesor o la profesora le pregunta algo o tiene que intervenir en clase para, instantes después, volver a desconectar; es un mecanismo parecido al que utiliza con los compañeros y que tantos buenos resultados le ha dado para regatear sin muchas dificultades entre las bandas de *skins* y pendencieros del instituto. Él es de los pocos que no entran al trapo, ni se deja tentar por provocaciones, ni arrastrar por batallas o luchas; en realidad no se siente aludido por nada ni por nadie, y así, pese a formar parte del grupo minoritario de los que estudian y se sacan el curso con cierta holgura, para la mayoría de los compañeros es sólo una parte del mobiliario. No obstante, la actitud aparentemente pasota de Adalbert ha cambiado este curso a raíz de la incorporación de Duna. La primera en darse cuenta del cambio ha sido Jandra, y si antes el interés que le despertaba Adalbert era el mismo que podía tener por los pósters de botánica que cuelgan de la pared del aula, ahora se ha dado cuenta de que el pelo rubio,

largo y ondulado, de su compañero, que se sujeta detrás de la oreja, le queda muy, pero que muy bien, que tiene unas pestañas largas y espesas y que si no se afeita en una semana la sombra de la barba le señala la mandíbula y la barbilla. Vamos, que ha descubierto que Adalbert está más que bueno y que la nueva es estúpida, ¡una engreída insoportable! También se ha dado cuenta Jandra de que ahora Adalbert participa con ímpetu en la clase, como si quisiera fingir, que tiene los ojos abiertos y que mira. Como ahora mismo, en que a las ocho de la mañana ya lo ve sentado en su pupitre sin apartar los ojos de la puerta, y no para mirarla a ella, precisamente.

Es cierto, son las ocho de la mañana y Adalbert no cesa de mirar en dirección a la puerta. A las ocho y cuarto Duna todavía no ha llegado. Se remueve inquieto en la silla, después de lo de ayer ha dormido fatal, es la primera vez que se enfadan y tiene el estómago del revés, ha tenido que ir al baño dos veces antes de salir de casa. Duna suele ser muy puntual, casi siempre es de las primeras en llegar y él también, así arañan unos minutitos para estar juntos antes de empezar la primera clase. Con el libro de matemáticas abierto encima de la mesa, la voz del profesor se le confunde con el rumor apagado del tráfico de la calle. Las nueve menos cuarto y Duna sin aparecer. Seguro que le ha pasado algo. Discretamente se inclina y abre la mochila, mete la mano, tantea en el interior y, sin sacarlo, mira la pantalla del móvil, ningún mensaje. Ya no aguanta más. Se levanta y va hacia la mesa del profesor. En voz baja le dice:

—Tengo que ir al baño.

El profesor consulta el reloj y después lo mira:

—Ya conoces las normas. Espera media hofa. —No puedo esperar media hora. Por favor, estoy mal, tengo el estómago revuelto.

El profesor vacila. La mayoría de los alumnos le hubieran dicho «profe, que me estoy cagando», pero Lechuga siempre es tan discreto, tan educado... Mete la mano en el bolsillo, saca un manojo de llaves, extrae una y se la da:

—Cierra al salir.

—Sí, gracias.

Adalbert corre por el pasillo, se encierra en el váter pese a que le produce ahogo, y se sienta directamente en la taza porque no hay tapa. Dentro del pecho la bola le sube y le baja; si pudiera se abriría el pecho y se la arrancararía, porque sabe que cuando la bola se le mete dentro, cuesta mucho sacarla.

Él lo decía así cuando era pequeño: «Tengo una bola ahí metida» y se señalaba el pecho. La psicóloga le puso otro nombre «Ataque de angustia», y se pasaba muchas horas explicándole que mientras él iba a la escuela sus

papas iban a trabajar y no les pasaría nada, que se tranquilizara. La psicóloga era simpática con él y le enseñó cómo funcionaba el inhalador, para cuando le diera el ataque de asma, y le decía: «Es un batallón de guerreros galácticos que te entran por la boca y luchan contra los malos que están adentro y te cierran la puerta de los pulmones, como los guerreros son los buenos siempre ganan, te abren la puerta y luego van a destruir la bola. Eso les cuesta más porque la bola es muy dura, pero lo conseguirán, ya verás».

Hace años que los guerreros galácticos luchan contra la bola, pero nunca han conseguido destruirla del todo, y ahora la bola le sube y le baja, le sube y le baja; Adalbert respira con dificultad, las manos le sudan y se las va restregando en los tejanos; en el bolsillo derecho lleva el estuche con las pastillas, y a cada pasada que da nota el leve relieve del envase de plástico. Odia las pastillas, las odia profundamente, lo hacen sentir un viejo asmático. De pronto se levanta, se mete la mano en el otro bolsillo y saca el reproductor de mp3 y los auriculares, con la mano temblándole acciona el encendido, selecciona con ansia *Ahora que no estás*, se pone los auriculares y vuelve a sentarse, descansa la espalda en la pared y cierra los ojos. Las primeras notas le van directas a la sangre, Adalbert toma aliento profundamente; el chute empieza a hacer su efecto, la respiración se acompasa y el exceso de sudor empieza a remitir. De pronto abre los ojos, ¿será imbécil? ¿Podría haberla llamado con el móvil en lugar de perder allí el tiempo! Se arranca los auriculares y se los mete en el bolsillo junto a la «llave», y sale del baño sin acordarse ni de cerrar la puerta. Entra en clase con la cabeza gacha directo a su pupitre. El profesor continúa con su letanía. Medio acurrucado en la silla se inclina para coger el celular cuando el profesor lo ve y le recuerda:

—Lechuga, la llave.

Adalbert, irritado pero sin exteriorizarlo, se levanta y se la da; al volver a su sitio dirige la mirada hacia el pupitre donde se sienta Duna y su mirada colisiona con la mirada de Duna que está ahí sentada, como todas las mañanas y, sin saber por qué ni poderlo evitar, el chico estalla en una sonora carcajada que sube de intensidad, se ríe a carcajada limpia, se ríe hasta que le da el hipo, se ríe aunque el profesor se levante, lo coja por el brazo y lo mire con enfado:

—¿Se puede saber qué te pasa, Lechuga?

Adalbert se ríe y se ríe abrazándose la barriga.

—¡Sal al pasillo! —ordena el profesor.

Adalbert obedece sin dejar de reír; es la risa incontrolada, la que cuanto más quieres parar más se excita, riendo va hacia la puerta y antes de salir vuelve la cabeza y ve que Duna, con la mano tapándose la boca, también hace

esfuerzos por controlarse. Una vez en el pasillo se apoya de espaldas en la pared hasta que se deja resbalar y se queda sentado en el suelo. Poco a poco el ataque de risa va menguando, el hipo no; el hipo va emergiendo como las puntas que en el monitor de un hospital señalan las pulsaciones del latido del corazón.

A la hora del patio, Duna y Adalbert bajan juntos, como todos los días. Los compañeros lo miran con curiosidad: es la primera vez que Lechuga organiza un numerito en clase. «¿Será normal el colega?», le pregunta Max a Jandra, y la chica se encoge de hombros displicente.

En el patio, las dos clases de cuarto se han apoderado del extremo más alejado del edificio escolar. Para los alumnos es una ventaja que la zona ajardinada sea compartida con la pista deportiva, toda vallada, porque la pista hace de isla en medio del patio y deja el corredor que da a la calle y el de detrás de la pista a cubierto de la vigilancia de los profesores. El ángulo donde finaliza la valla del recinto escolar por su parte oeste y que coincide con la valla que sube en perpendicular lo definen como «el nicho»; allí los setos son particularmente espesos y dan forma a una capilla natural. Es la parte más oculta del jardín, por lo tanto, el nicho es el territorio del líder de las bandas; este año el liderazgo de cuarto lo ostenta Jesús Martínez, más conocido como *Bizcocho Martín*. A ningún alumno que no sea de la banda se le ocurre acercarse ahí.

Adalbert situó a Duna desde el principio del curso en las costumbres del grupo-clase. Le señaló los puntos donde la policía hace la ronda siempre que tienen recreo para evitar que se pase droga o que se escapen saltando la valla. Puso especial énfasis en los lugares que debía evitar si quería ahorrarse problemas y le indicó que la parte más tranquila para los que no fuman tabaco ni porros es entre las primeras moreras, cerca de los setos. Allí se sientan todas las mañanas a desayunar y charlar. Adalbert se muere por hablar con Duna del incidente del día anterior, pero Jandra se les pega como una lapa y luego se suman Farah y Mohamend, o sea, que se quedan con las ganas.

Velia ha salido antes de la panadería de la que es propietaria, porque ha quedado a la una y media con su tía Ángela. Menuda suerte que la tía estuviera «disponible», como dice ella. ¡Vaya con la tía, qué bien se lo monta!

¡Cuánta energía tiene la mujer!, ¡claro, enterró a su marido hace años y no tiene que lidiar con ningún adolescente!, así, cualquiera.

La tía ya la espera delante de la puerta del edificio de la calle Jockey, donde viven. Tiesa como un poste de teléfonos y arreglada como si acabara de salir de una caja de regalo, nadie le echa los setenta y cinco años largos que tiene. La halaga que se lo digan, a lo que responde coqueta que «la culpa» la tienen los viajes y la cámara de fotografía digital.

Se abrazan y entran en el recibidor. La tía huele bien, no puede evitar decirse Velia, complacida; siempre huele bien y siempre está contenta. No hay nadie mejor con quien dejar a Adalbert tanto tiempo; si al chico le da una neura de las suyas, la tía la barrerá de un soplo.

—¡Ay, qué olor a espiritualidad! —Es lo primero que dice la tía con tono afectado en cuanto entra en el piso—. ¿Qué usáis, querida, incienso, mirra...?

Velia sonrío con una leve mueca:

—Cuando estés sola con el chico puedes abrir las ventanas cuanto quieras, pero a Ernesto le gusta quemar sándalo.

—No sé cómo podéis respirar esta porquería de aire. No me extraña que el niño tenga asma y tantas puñetas. ¡Huy!, con lo que me costó dejar de ir a misa y cuando vengo a vuestra casa pienso que me he dejado el rosario y la mantilla.

Velia se ríe mientras la conduce a la habitación de los invitados, en un extremo del pasillo:

—Tú critica, que te encanta.

—No critico, mi vida, digo las verdades, que es diferente. Ahora bien, si quieres que critique, te diré que...

—Pues no, guapita. Mira, aquí tienes tu habitación, y con la ventana bien abierta, ¿lo ves?

La ventana da a la calle Renacimiento; lo primero que hace la tía es asomarse, echar un vistazo al exterior y darse la vuelta:

—Me parece muy bien, cariño, gracias, pero... —mira a su alrededor— me hará falta una mesa para el ordenador.

—¿Te traerás el portátil? —pregunta con tono resignado Velia.

—Sí, claro, estoy retocando las fotografías que hice en el safari; no querrás que haga ganchillo mientras el niño esté en el colegio —responde con un punto de aspaviento la tía.

—No, no, claro. Bueno, ya te buscaré algo. Y ahora ven, iremos a la sala y te daré las instrucciones, los horarios...

La tía sigue a Velia por el pasillo:

—¿Instrucciones? ¿Es que aún hay que cambiarle los pañales al niño?

—No, sólo controlar si tiene alguna crisis. Y recuerda que tiene fobia al ascensor, a las habitaciones cerradas...

La tía toma asiento en el amplio sofá blanco de la sala mientras Velia rebusca en el segundo cajón de una cómoda de madera envejecida que preside la sala.

—¿Qué hay que darle? —pregunta la tía.

—Ahora te lo enseño y te lo dejo anotado. —Y Velia se acerca al sofá con las manos llenas de cajas de medicamentos; la tía los mira y dice:

—¿Y no servirían unas buenas tostadas y embutido ibérico?

Velia se la queda mirando, grave:

—Por favor, tía, tómatelo en serio. No hagas de las tuyas. Nada de ir de madrugada a ver el mar, que Adalbert se resfría con nada, ni de estar hasta las tantas colgados a la red ni de salir en bici a la hora punta. Por favor, quiero irme tranquila, por favor...

Ha dejado los medicamentos encima de la mesa y la ha cogido de las manos; murmura de nuevo:

—... por favor.

La tía sonrío, se inclina hacia la sobrina y en voz baja, ahora muy cálida, le responde:

—Puedes irte tranquila, cariño, no haré disparates, como tú dices, pero a mí, dime la verdad, ¿por qué vas a México?

Velia se levanta de golpe, apretándose las manos, da un par de vueltas a la sala, la tía no la pierde de vista; responde aún de pie, apoyada en la cómoda:

—No lo sé, tía, no lo sé..., pero tengo una cosa aquí... —se frota levemente el pecho—, que me dice que pasará algo, que vaya, que no lo deje ir solo.

—Ernesto dejó a una chica allí antes de venir, ¿verdad?

Velia asiente con la cabeza y la tía levanta las cejas y dice:

—Los mexicanos tienen la sangre muy caliente. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Treinta y tres —responde.

—¡Treinta y tres! —repite la tía—. Aún eres una niña. Mira, hija, pase lo que pase en México, no dejes que tu marido te estropee la vida.

Velia baja la cabeza, al cabo de un instante mira los medicamentos y regresa al sofá.

—Muy bien, tía, te haré caso, ahora, a por las listas.

Adalbert y Duna han ido a almorzar juntos al bar La Cantonada, que está casi al lado del instituto y donde hacen unas *pizzas* buenísimas, todo el mundo lo dice. Piden dos de queso, mucho queso, recalca Duna, y dos gaseosas, y toman asiento en la mesa del rincón. Duna tiene estrellitas en los ojos y Adalbert tiene el estómago rugiéndole de hambre. Duna no espera a sentarse para preguntarle:

—Ahora, ¿quieres decirme lo que te pasó ayer?

Después del cataclismo de hoy, ayer le queda tan lejos a Adalbert que tiene que hacer un esfuerzo para recordarlo y recolocarse. Al fin le viene a la cabeza y suelta:

—¡Ah, sí! —Se pone serio de pronto—. Yo te conté como algo muy mío que... me gusta la música, que toco la flauta para mí..., pero eso no lo sabe nadie. —Baja los ojos y los fija en el mantelito de papel que el chico del bar acaba de poner en la mesa—... Es algo mío que quise compartir contigo...

Se calla, no se atreve a mirarla. Duna no dice nada, Adalbert continúa:

—Cuando ayer el tío aquel, Segis, me dijo que tú le habías dicho que era músico me... me sentí traicionado.

Silencio. Por encima de la mesa ve la mano de Duna que reptaba hasta llegar a la suya y se le aprieta:

—Lo siento, no sabía que era tan importante para ti, de verdad, lo siento. Perdóname.

La mano cálida de Duna encima de su mano; un escalofrío le recorre el cuerpo y levanta la cabeza, se la queda mirando.

—No quería hacerte daño. —La voz de Duna es una brisa que le acaricia los oídos.

Traga saliva y murmura:

—Ok, ok, no pasa nada.

Llega el chico del bar con las *pizzas* y las gaseosas; lo deja todo encima de la mesa y se marcha. Durante un buen rato los dos comen en silencio; cuando ya se ha despachado casi toda la *pizza*, Adalbert cae en la cuenta de lo que le sorprendió:

—¡Eh, oye! Y tú, ¿por qué te cabreaste tanto?

Duna traga lo que tenía en la boca y responde:

—Me asusto cuando alguien a quien... —vacila durante unas milésimas de segundo, se le iba a escapar «amo»—... que me cae bien, se marcha como tú lo hiciste, con aquella cara y sin saber por qué, y me quedo así, colgada, porque..., porque pienso que si te pasara algo, que, si tuvieras un accidente o

algo así, no sabría nunca por qué te habías enfadado, y cuando me asusto me paso treinta pueblos.

Ahora es Adalbert quien haciendo un esfuerzo para vencer la timidez, alarga la mano y aprisiona la de Duna:

—Lo siento, no lo haré nunca más.

Sin saberlo, a los dos los acompaña Ubago susurrándoles al oído: «*Me muero por abrazarte y que me abrases tan fuerte...*». Los dos se miran. No existen las paredes a su alrededor, ni la gente, ni la televisión, ni las noticias, ni las conversaciones en voz alta, ni la *pizza* enfriándose en el plato, nada que no sean los ojos de uno dentro de los ojos del otro, hasta que a Duna le nace una tristeza desde la parte más honda de sus adentros que acaba emergiendo y empañándole los ojos.

—Lo siento —musita—. ¿Lo ves? Sólo con pensarlo...

Y retirando la mano coge la servilleta de papel y se seca las lágrimas nacientes. Adalbert, turbado, mira la *pizza*, de pronto ha perdido el apetito.

Vuelven andando despacio hacia el instituto; ambos callados, algo ha pasado, pero tanto el uno como el otro quieren quedarse solos para pensarlo, para darle vueltas, o forma, o palabras, o algo. Al llegar a la puerta es el mismo Adalbert quien dice:

—Bueno..., pues eso..., nos separamos aquí.

—Sí... —musita Duna evitando mirarlo.

—Pues, de poca madre, nos vemos —dice Adalbert, pero no se mueve.

—Sí, nos vemos. —Y Duna permanece quieta mirando el semáforo de la esquina.

—¿Qué haces luego? —se le ocurre a Adalbert.

—Tengo baile de salón, es martes, ¿te acuerdas?

—Ah, sí, pues... ¡Ah, yo también podría apuntarme, quizás me guste bailar!

A Duna se le ilumina la cara:

—¡Sería fantástico! Preguntaré cuándo empiezan los grupos nuevos o si aún te puedes apuntar, ¿ok?

—¡Ok! ¿Es mucha pasta?

—Diez euros.

—¡Ok, Duna!

—¡Ok, Adal! ¡Ah! Y yo también podría apuntarme a música. Es un crédito, ¿no?

Ahora es a Adalbert a quien se le ilumina la cara:

—¡Sí, de poca madre!

Siguen sin moverse hasta que Duna dice:

—Me lo pensaré. ¡Dios!

Da media vuelta y se aleja de prisa sin volver la cabeza.

Adalbert sube de dos en dos los peldaños de la escalera que lleva al aula de música. ¡Cómo desea llegar a casa y pensar tranquilamente! Lo primero que hará será poner el cedé de Ubago. ¡Fijo! Al entrar le viene a la cabeza que ahora conocerá al nuevo profe de música. ¡Qué chingada que el Beethoven se haya roto el pie!, los compañeros no lo soportaban porque era estricto y no toleraba bromas en clase ni que hicieran el burro, pero es un buen profe, con él aprendió mucho. Como el nuevo sea un cardo y vaya del palo de la teoría...

Llega al aula, empuja la puerta, la clase ya está casi llena. El profe nuevo está de espaldas y él aprovecha para anguilear entre las sillas y apalancarse en la más alejada de la última fila, desde ahí es más fácil escaquearse; para distraerse observa al nuevo.

Es un tipo bastante alto, corpulento, y tiene un aire que le recuerda a alguien, ¿a quién? ¿Un actor? Intenta hacer memoria, el profe está sacando un violín del estuche, tal vez se parezca a Plácido Domingo, casi se le escapa la risa; como el tenor a veces, el sustituto también lleva barba, una barba de pelo espeso y rizado; el cabello y la barba son oscuros, como las cejas, muy espesas. Por un momento se lo imagina con la batuta en la mano dirigiendo la orquesta y debe de dar miedo. El profe está pulsando las cuerdas del instrumento, afinándolas, y él se da cuenta de que de reojo los va mirando uno por uno hasta que sus miradas se cruzan. Él le aguanta la mirada, después se sorprende, generalmente cuando los profes lo miran se suele poner nervioso y agachar la cabeza. La clase ya está al completo. Todos esperan que el nuevo les suelte el rollo de que es el sustituto y van a trabajar esto y lo otro, pero el profe no dice nada, sólo los mira hasta que el silencio es total, entonces se pone el violín en el hombro y empieza a tocar hasta que termina tan de golpe como ha empezado y sin darles tiempo para reaccionar les dice:

—Es *Le trilledu diable* de Tartini. Hay pocos violinistas que puedan interpretarla entera por su dificultad técnica. Fijaos en lo que se puede hacer con cuatro cuerdas y siete notas.

Adalbert se ha quedado con la boca abierta, no llega a cerrarla porque a continuación el profe coge la guitarra que reposa en el pie y se arranca por bulerías, y no puede evitar seguir el ritmo con las palmas, como la mayoría de los compañeros, pero dura poco porque el profe se levanta haciéndoles señal

de que no paren, se sienta al piano y ataca con el pasodoble *Islas Canarias*. Acaba la pieza entre aplausos, gritos y risas. El profe se levanta y ceremoniosamente saluda como si estuviera en el escenario del Auditorio, hasta que con las manos pide silencio, entonces señalando la guitarra y luego el piano, dice:

—Aquí seis cuerdas y siete notas, aquí ochenta y ocho teclas y siete notas, como podéis ver, con sólo siete notas podemos hacer muchas cosas. Yo os propongo que lo que queda de curso intentemos hacer algunas.

Adalbert se mete en el bolsillo las ganas de aplaudir y gritar ¡bravo! Si antes las clases de música eran buenas, ahora pueden ser fantásticas. El profesor continúa hablando:

—¿A quién le gusta tocar algún instrumento? ¿Piano, guitarra, percusión...?

Sin saber muy bien por qué Adalbert levanta la mano:

—Flauta travesera.

El profesor le clava los ojos:

—Flauta travesera, muy bien. ¿Alguien toca el clarinete, el acordeón, los bongos?

Adalbert respira hondo. El profesor ya ha reclutado unos cuantos aspirantes a formar un grupo y acerca una silla para sentarse, pero antes dice, como si se hubiese olvidado:

—¡Ah!, mi nombre es Claris, Mauro Claris.

5. EL MAPA DEL ALMA

Los padres de Adalbert se fueron a México el día anterior. Adalbert se hizo el fuerte, su madre también. Aun así, en el rellano, con el padre aguantando la puerta del ascensor abierta, la retenía abrazada y le repetía, como una letanía: «Volverás, mamá, volverás, ¿verdad?». Pese a ello, cuando la puerta se cerró detrás de las maletas y los padres y, diez minutos después él salía para el instituto, el mismo Adalbert estaba sorprendido; hasta aquel momento había estado seguro de que no se podría saltar de ninguna de las maneras una nueva crisis de ansiedad, pero no, sólo le molestaba un peso en el estómago y nada más. Quizá mamá sí que tenía razón y se estaba haciendo mayor y con la edad esas molestias desaparecerían. Había también otro motivo, y es que al día siguiente, es decir, hoy, iba con Duna a casa de Anamura a hacerse lo que su amiga llama «la carta compuesta». Y está intrigado, no puede evitarlo. Duna le ha asegurado que salen cosas muy, muy interesantes. ¿Qué le dirá a él?

Y mañana ya es hoy, sábado por la mañana, y el día está oscuro, el sol se muestra indeciso entre salir de detrás de las nubes o quedarse un rato más; ha estado lloviendo toda la noche y las aceras están llenas de charcos. Duna y Adalbert han quedado a las diez delante del instituto. El chico no ve nada claro ir solos a Barcelona, él, por lo menos, nunca ha hecho el trayecto por su cuenta, pero Duna se cansó anoche de asegurarle y reasegurarle que conoce perfectamente el camino, que el tren es como un metro y que ella va y viene de Terrassa a Barcelona como antes iba de su barrio a la plaza de Catalunya. Anamura vive en la calle Rosellón, bajarán en la parada de Provenza y no tendrán el menor problema. Esa misma mañana antes de salir de casa, Duna le ha mandado un mensaje diciéndole que llevara dinero, que cuando acabaran con la astróloga pasarían a ver las ofertas de cedés en Discos Balada, en la calle Pelayo.

Adalbert sale de casa con la mochila colgada de la espalda y aprieta el paso cuando llega a la calle Renacimiento. Iba con tiempo de sobra, pero la tía lo ha entretenido con no sé qué de Internet y ha tenido que dejarla con la palabra en la boca; cuando vuelva se disculpará.

Mauro ha aparcado la Jumpy tan discretamente como le ha sido posible en la esquina de Renacimiento con Jockey. Vuelve de nuevo a esconderse por las esquinas espionando a un adolescente, como hizo en Zafra y en Játiva. En tierras extremeñas le pareció encontrar a Uzalard en la persona de un adolescente espigado de larga cabellera, y en tierras valencianas, Uzalard, lo hubiera jurado por su vida, se había encarnado en el hijo del alcalde, un chaval esbelto de mirada triste. En ambas ocasiones se estrelló contra el mismo muro: las madres de los adolescentes, centinelas implacables, lobas dispuestas a clavar los colmillos a la mínima sospecha de un interés que excediera el que se espera de un profesor de música. En realidad le hubiera sido más fácil llevarse a los adolescentes a la cama que explicar a sus madres las razones del alma, así que presentó la dimisión en ambos centros donde ejercía de profesor antes que encontrarse con una acusación de pederastía.

Y ahora, vuelta a empezar con este muchacho alto de pelo también largo y aspecto distinguido que toca la flauta travesera. ¿Qué le llamó la atención? Por la noche, pensando en ello, reconoció que cuando cruzó su mirada con él el corazón bombeó más de prisa, y que cuando el chaval le habló de la flauta travesera, ya se le disparó del todo. Eso fue lo que le llevó a pedir su dirección en secretaría, para hacerse el encontradizo, una pura casualidad. Tiene que hablar con él fuera del recinto escolar.

Ahora lo ve salir del edificio y dirigirse hacia Renacimiento; el chico anda rápido, en un momento llegará a la carretera. Pone en marcha el motor de la furgoneta; o lo pesca ahora o lo perderá.

Adalbert está a punto de doblar la esquina cuando oye a alguien que le llama:

—¡Eh! ¡Lechuga!

Adalbert se fija sorprendido en el conductor de la furgoneta detenida en el semáforo de Renacimiento. Reconoce al profesor de música al instante. ¿Qué hace allí el profe de música?

—¡Hola! —Sólo atina a decir.

—¡Ven! —le pide Mauro, forzando una sonrisa que desea parezca amistosa.

Adalbert duda. Duna lo espera en el insti, no puede entretenerse, pero el profe ya ha conectado el *warning*. Se le acerca.

—¿Adónde vas? —le pregunta Mauro.

—A buscar el tren, me voy a Barcelona —responde Adalbert, que se nota las mejillas encendidas y no sabe por qué.

—¡Qué casualidad! Yo también tengo que ir. ¿Quieres que te acompañe? Adalbert se lo queda mirando y después mira en dirección al instituto.

—Es que... no voy solo —dice.

Mauro gira la cabeza en la misma dirección y se encoge de hombros:

—No importa, aquí caben unos cuantos. —Señala los asientos del vehículo.

—Sólo somos dos. —No sabe por qué, pero desea aceptar la invitación—. Espera. Voy a buscarla.

- echa a correr. Aún no ha llegado a la puerta del instituto, cuando Duna ya se acerca por la acera con cara de ir a buscarlo.

—Pero ¿dónde te habías metido? —le espeta—. ¡Venga, tío, que vamos a perder el tren!

—¡Que le den al tren!, ¡podemos ir en coche! ¡Ven!

- agarrándola de la mano echa a correr hacia donde lo espera Mauro mientras intenta explicárselo.

El músico les señala la puerta contraria a la suya. Los chicos lanzan las mochilas en los asientos traseros y suben delante. Duna en el asiento del medio, entre Mauro y Adalbert.

—¡Qué guay! —exclama ella—. Nunca había ido en una furgoneta, y menos con tres asientos delante. ¡Hala! Qué altos vamos.

A Duna parece que le den cuerda; en cuanto han tomado la autopista se ha lanzado a hablar de astrología como si le fuera la vida, quizá porque ha encontrado a un interlocutor receptivo que la escucha con atención y le hace preguntas que le permiten explayarse tanto como quiera.

—... y es que ¡me parece tan emocionante que comparando dos cartas se pueda saber tanto de dos personas! Porque según dice Anamura, dos personas son tres, o sea, ellas dos más su relación, ¿me entiendes?

Mauro está atento a la maniobra que hace un Audi que pretende adelantarlo por la derecha y que lo obliga a frenar con brusquedad; ya en el carril de la derecha echa un vistazo a Duna y dice:

—Perdón, ¿qué decías?

—Pues que tú coges una pareja de lo que sea, amigos, pareja, madre e hija o una cosa así, y son ellos dos más su relación. Mamá y yo, por ejemplo, y nuestra relación, por lo tanto somos tres, porque yo no tengo con Adal la misma relación que tengo con mamá, ¿me entiendes?

Mauro sonríe. Adalbert tiene la mirada fija en la carretera.

—Me parece que sí —responde el músico—. Es interesante. Nunca se me hubiera ocurrido.

— Nunca te has hecho la carta astrológica? —se sorprende Duna.

—Una vez, hace muchos años, en Almería, pero ya no recuerdo nada.

— De qué signo eres? Yo soy cáncer, ascendente acuario y con la luna en capricornio.

— Caramba! —se ríe Mauro—.  Se puede ser tantas cosas a la vez?

—Huy, ya lo creo. Hay muchos más signos.  Qu  día naciste?

—El 10 de octubre del 58.

Duna reflexiona:

—El 10 de octubre... Mmm, diría que eres libra, pero no lo sé seguro. Se lo preguntar  a Anamura.  Quieres que también le pida que te haga la carta?

Mauro ríe abiertamente:

—No es necesario, déjalo correr.

—No te cobrará,  eh?, no cobra a nadie, ella investiga, estudia casos y hace pruebas y cosas así —aclara Duna.

—Aun así. Por ahora, no me urge.

Duna suspira:

—Pues yo s  tengo prisa, tengo prisa para todo, siempre tengo la sensación de que se me acaba el tiempo...

A Mauro le recorre un escalofrío que hace que le tiemblen las manos. Sujeta con firmeza el volante y, sin girar la cabeza para mirarla, le pregunta:

— Siempre...?

—S , siempre. —Duna lo dice como con resignación; ha abierto un paquete de chokolatinas y se las ofrece a Adalbert, que coge un par, y ofrece otra al profesor, que la coge y se la mete entera en la boca.

— Y qué piensas... —Mauro hace una pausa, como si saboreara el chocolate— de estas historias del pasado, de quizás haber vivido otras vidas...?

Duna lo corta:

— Oh! Te refieres a la reencarnación,  no?  Me encantan!  Me entusiasman! Mi padre lo estudiaba a través de la astrología. Yo estoy segura de que es verdad y, mira, te dir  una cosa. —Coge a Adalbert por la manga y lo sacude ligeramente—.  Estoy segura de que conozco a Adal de otra vida!

Mauro pega un frenazo acompañado de una maniobra que los bandea durante unos segundos, y murmura:

—¡Perdonad! Pensaba que el de la moto se me ponía... ¿Qué decías, guapa? —Las manos empiezan a humedecerse. Adalbert sonríe con timidez y se encoge un poco en el asiento.

—Eso, que lo conozco, seguro, porque me resulta muy familiar. Es como si lo conociera de siempre.

Se instala un silencio espeso en la furgoneta. Las últimas palabras de Duna han sido dichas en un tono diferente, como si la voz le saliera directamente de la parte más honda de su ser. Recorren un par de kilómetros inmersos cada uno en sus pensamientos hasta que Mauro dice de pronto:

—¿Es la familiaridad lo que te lleva a pensar que lo conoces de antes?

Duna se lo piensa antes de responder:

—Sí, no s , es algo como... Es... mmm, mira, cuando cambiamos de barrio, aquí en Terrassa, me di cuenta de que el lugar donde vivimos me encanta; tiene muchas tiendas y a mí me gusta detenerme a mirar los escaparates o entrar a preguntar porque sí. Los primeros días me los pasaba en la calle, curioseando. Y mamá me explicó que cuando vivíamos en la Sagrada Familia, que todo son comercios, yo conocía a todo el mundo y entraba a pedir caramelos, o pipas, o agua, o a hacer pis, como si estuviera en casa, vamos. Yo no me acordaba, pero quizás por eso, las tiendas de mi nuevo barrio me resultaron familiares. ¿Me entiendes?

—Creo que s .

—¡Vaya, qué guay! Yo soy como una tienda para ti —suelta de pronto Adalbert.

Los tres se echan a reír y Mauro dice:

—Me parece que te entiendo. Me pasó el otro día en clase, cuando t , Lechuga, dijiste que tocabas la flauta travesera. Cuando alguien toca un instrumento lo siento muy cercano, como a un colega. —Le guiña el ojo y añade—: Mirad, ¿sabéis qué pienso? Voy al puerto, tengo un pequeño velero y pensaba salir al mediodía a navegar un rato. ¿Os gustaría acompañarme?

Duna ha vuelto instantáneamente la cabeza para mirar a Adalbert. ¿Dijo que tocaba la puñetera flauta en clase? ¿Delante de todos?

Mauro los ha dejado en la esquina de Balmes con Rosellón. Han quedado a la una delante de la puerta principal del Hospital del Mar, en la Vila Olímpica; en Barcelona 11oviznea y en una carrera se apresuran a cobijarse bajo los balcones. Andan a paso ligero hacia el edificio donde vive Anamura. Pegado al mármol que hay junto a la puerta de entrada un rótulo metálico anuncia: «Anamura & Vidal & Jordán. Abogados. 3.  1. ».

—Es aquí —anuncia Duna, seca, pulsando el botón del tercero.

Es una escalera ancha, con mármol en el suelo y en las paredes, y alfombra roja bien conservada, desde la puerta hasta el ascensor modernista. Adalbert lo mira de cerca y dice con interés:

—Es bonito, pero muy estrecho.

El ascensor conserva la banqueta tradicional y los tiradores de la época. Cuando Adalbert va a entrar se detiene y se echa atrás.

—Mejor subo a pie.

Duna está detrás de él y lo empuja hacia dentro.

—Sí, hombre, cuatro pisos contando el principal. Anda, tira.

Adalbert vacila y con gesto rápido se escabulle y corre hacia la escalera:

—¡A ver quién llega antes!

No le da opción. Cuando Duna llega al tercero y abre la puerta Adalbert ya la espera apoyado en la pared con los brazos cruzados exhibiendo una amplia sonrisa:

—¿Lo ves? ¡Soy un deportista! Aprovecho cualquier ocasión para entrenar.

Duna no está para bromas y lo ignora mientras pulsa el timbre.

Les abre la puerta un niño de unos once años, pelirrojo y con la cara llena de pecas.

—¡Hola, Óscar! —saluda Duna—. ¿Está mamá?

—¡Hola, Duna! —Sonríe Óscar abriendo la puerta de par en par—. ¿Te quedarás a jugar?

Adalbert y Duna entran en el espacioso recibidor.

—No, hoy no puedo. Otro día. ¿Qué tal con la nueva canguro? ¿Te llevas bien?

Óscar pone cara de compromiso, Anamura ya llega por el pasillo. Adalbert ve a una mujer que le parece más o menos de la edad de su madre, pero más alta y más rellena, viste un chándal de color azul eléctrico y lleva el pelo largo recogido en una coleta. Los saluda cariñosamente:

—Hola, Duna, tenía ganas de verte. ¡Huy, cómo has crecido! —Le da un par de besos, luego mira a Adalbert—: Tú eres su amigo, ¿verdad? Encantada. —Otro par de besos—. Venid, vamos a mi despacho, y tú, Óscar, tenías tareas pendientes, ¿no?

Y lo mira de forma tan significativa que todos entienden que le está diciendo: «Y no nos interrumpas».

El despacho tiene dos balcones, uno da a Balmes y el otro a Rosellón. Adalbert se acerca ahora a uno, ahora al otro, y mira la calle a través de los cristales. Conoce muy poco Barcelona. Se da la vuelta, el despacho tiene dos

paredes revestidas de madera, y las otras dos tienen librerías de arriba abajo. Todo le parece muy viejo, muy antiguo. Duna habla en voz baja con Anamura mientras prepara la grabadora digital, y él continúa curioseando la estancia. Le llama la atención un barquito de más de medio metro de ancho instalado en la repisa de la chimenea bajo la luz encendida de un foco. Se acerca y resigue con atención el detalle de las velas, los aperos, hasta que oye la voz de Anamura a su lado:

—Es bonito, ¿verdad?

—Mucho. —Es sincero—. ¿Qué es?

—Es un falucho; la reproducción exacta de un velero que tenía mi abuelo y con el que aprendí a navegar. Le pedí a un amigo que hace maquetas que me hiciera una copia.

—Es guay. Nunca lo había visto.

—Es una barca típica de los pescadores de la Selva.

Duna carraspea. Anamura sonrío:

—Bien, ¿empezamos?

Encima de la mesa de madera que hace conjunto con el resto del despacho, contrasta un ordenador portátil de última generación. Anamura le indica que se acerque. Un poco turbado Adalbert toma asiento en un sillón con brazos. Duna se pone detrás de los dos, dispuesta a no perderse detalle. Anamura teclea una serie de datos y un gráfico en colores aparece en la pantalla, lo mira durante unos instantes en silencio hasta que dice:

—Bueno..., tú captas más que la antena del Tibidado...

Adalbert enrojece sin poderlo evitar.

—... con el Sol y el ascendente en piscis eres una esponja; serías un buen médium, no tendrías que esforzarte para nada, todos los astrales correrían hacia ti —la mujer se ríe—, suerte que la Luna está en aries y los barrería a todos, es una buena combinación, porque la Luna equilibra la tendencia de piscis de ir hacia delante y hacia atrás y el eterno vaivén; tú eres de estos que vas diciendo no, no, no, y de pronto dices «donde dije digo, digo Diego» y haces justo lo contrario. También tienes a mercurio en piscis y eso refuerza tu capacidad de captar el estado de ánimo de los otros y de los ambientes; que esté en la casa doce te dota de un campo más amplio de «radioescucha»; aquí te dará trabajo el saber discernir entre las intuiciones que sean buenas y lo que tú te imaginas...

Anamura vuelve la cabeza y mira a Adalbert que, muy serio y tieso, no aparta los ojos de la pantalla, y sonrío:

—No te preocupes, se termina sabiendo discernir, es cuestión de practicar. Bueno, continuemos, cuando estás más bajo o triste te evades leyendo, escuchando música, viendo la tele, o sea, que te refugias en ti mismo. Ésa es una característica tuya y es importante que sepas decirlo a las personas con las que convives, porque cuando seas mayor y vivas en pareja puede ser fuente de malentendidos, la otra persona puede pensar que pasas de ella y esas cosas. ¿Me explico?

Adalbert asiente con la cabeza sin mover ni un músculo.

—Por tu profesión lucharás y harás lo que haga falta; tu trabajo tendrá siempre un toque muy inspirado, muy artístico y muy renovador. —Vuelve a mirarlo—. ¿Has pensado en lo que te gustaría ser?

Sin vacilar Adalbert responde:

—Sí, abogado.

Duna suelta un sorprendido:

—¡Hala! Pero ¿qué dices?

Adalbert sin mirarla, apostilla:

—Seré abogado de empresas.

—Pero ¿no te gusta tanto la música?

Ahora sí que Adalbert se vuelve y la mira furioso:

—La música es un *hobby*, un pasatiempo, ¿lo entiendes? Para trabajar, para ganar pasta, seré abogado, te guste o no te guste.

Se quedan los dos retándose con los ojos. Duna calla, Adalbert también y vuelve a sentarse hierático de cara a la pantalla del portátil; Anamura mira a uno, mira al otro, esconde una sonrisa y continúa:

—Mira, desde la perspectiva kármica, seas abogado, músico, pintor de brocha gorda o chamarilero, hay un punto de dolor en el área del trabajo ligado con tu parte interna.

Duna se remueve inquieta en la silla y murmura:

—Ahora, ahora entramos en la mejor parte.

—... la configuración de Quirón, que para algunos autores simboliza el destino, nos señala que hay algo pendiente con relación al trabajo y que quedó interrumpido, a medio camino, en un pasado...

Adalbert parpadea, Anamura lo mira:

—¿Te ha explicado Duna desde dónde interpreto las cartas?

—No —se adelanta Duna—. Para mí es muy complicado, sólo le he dicho que podemos tener puntos en común para la compuesta, y nos lo dirás ahora también, ¿no?

—Sí, sólo déjame situar un poco a tu amigo. Mira, te haré una síntesis. Por una parte tenemos la astrología, que es un lenguaje de símbolos y, por la otra, una teoría que desde los tiempos de Platón va recorriendo nuestra historia y que conocemos en nuestro mundo occidental como la trasmigración del alma. Según ella, te lo diré a grandes rasgos, el alma se va encarnando una y otra vez con el propósito de abrir la conciencia, ampliarla y aprender. Aquí es donde entra la astrología, ya que mediante la lectura de los símbolos podemos acercarnos al alma y «leerla». —Anamura entrecierra un poco los ojos—. No sé si me he explicado.

—¿Es como mirar *on-line* el manual del *software*? —vacila Adalbert.

Anamura ríe:

—Sí, señor, es como consultar el manual de instrucciones, así, si sabemos qué ha venido a aprender el alma podemos colaborar o entender situaciones que, de ignorarlas, nos pueden desbordar o confundir...

—¿Y mi alma qué ha venido a hacer? —pregunta de inmediato Adalbert.

Anamura vuelve a mirar la pantalla del ordenador.

—Pues conocer el dolor y las crisis y entender que forman parte de la vida —dice al cabo de unos instantes, y lo mira—. A veces, para ahorrarnos sufrir o hacer sufrir a los demás a causa de nuestras decisiones, hacemos cosas que no deseamos. Supon que tú quieres ser arquitecto, pero tu madre quiere que seas médico, y tú, para complacerla y para que no sufra, estudias medicina, pues bien, esta decisión va en tu contra y siempre quedará ahí colgada, no serás realmente feliz, y si a ésta le sumas otra del mismo tipo «para que tal no sufra...» o «yo no quiero preocupaciones...», acabarás haciendo una bola de nieve que tarde o temprano, cuando seas mayor, entre los cuarenta y los cincuenta, te explotará en la cara y ya no te podrás escapar, tendrás que enfrentarte por fuerza y vivir intensamente el dolor, el tuyo y el de las personas que estén implicadas.

Anamura hace una pausa y esboza una leve sonrisa:

—Te resulta difícil de entender porque es nuevo para ti y porque eres muy joven, pero... —echa una ojeada a la grabadora digital que Duna ha dejado sobre la mesa, al lado del portátil—, como lo tendrás grabado lo podrás escuchar siempre que quieras. Ahora imagínate que estás hablando por teléfono y desde el otro lado del hilo alguien te dice algo que te duele, o eres tú quien debe decirlo, y, en lugar de hacerlo, dejas el auricular encima de la mesa y te vas sin colgar. La línea quedará abierta, conectada, y en un momento u otro tendrás que colgar si quieres tener línea, pero para colgar tienes que decir o escuchar aquello que no quieres. Pues lo que tu alma ha

venido a aprender es eso: a fortalecerse para no colgar el teléfono antes de tiempo.

Adalbert vuelve a parpadear durante unos segundos y se muerde los labios:

—Me parece que lo entiendo, es verdad, me cuesta mucho decir que no, me hace sentir mal..., ¿y lo que decías antes del trabajo?

—Que, en tu caso, las asignaturas por las que tendrá que pasar el alma para ser fuerte frente al dolor están relacionadas con el trabajo, los demás y tú.

—¿Y eso qué quiere decir? —Adalbert se inclina hacia la pantalla, como si acercándose pudiera entenderlo mejor.

—Pues tal como están puestos los símbolos, parece que en una vida anterior lo que era el trabajo o la profesión se quedó a medio camino, interrumpido a causa de un conflicto entre tú y los otros. Los demás pueden ser desde compañeros de trabajo a miembros del gobierno, la familia o cualquiera que tuviera poder para decidir sobre tu trabajo y tú. Imagínate que eras un médico en la época de la colonización, que fuiste a un poblado donde las enfermedades las curaba el brujo de la tribu, que intentaste convencerlo de que la enfermedad del hijo del jefe era una infección y que con antibiótico podías curarlo. Tu medicina se oponía a la medicina tradicional de la tribu, pero supón que el brujo aceptó que le inyectases y se sentó a esperar los resultados. El problema del antibiótico es que tarda como mínimo un par de días en hacer su efecto, ¿y qué hizo al día siguiente el brujo? Pues que al no ver resultados se sintió engañado y te mató.

—¡Ostras! ¡Qué fuerte! —murmura Duna. Adalbert asiente con la cabeza, un poco impresionado.

—Y eso pasaba. —Anamura se vuelve para abarcar a la vez a los dos chicos—. La mayoría de los médicos pioneros del siglo pasado morían en manos de los brujos de las tribus. Éste sería un caso de un trabajo o una profesión interrumpida, que se quedó a medio camino, y «el otro», como te decía antes, sería el brujo.

—¿Y yo podría saber qué fui antes y qué me pasó? —pregunta él.

—Con la astrología llego hasta aquí, pero no sé ver la época y los hechos. Tendríamos que hacer una regresión, entonces sí obtendríamos mucha información.

—No te la hará —salta Duna antes de que Anamura abra la boca—, te dirá que eres demasiado joven.

Anamura ríe:

—Llevas toda la razón. No hago regresiones a menores de edad, excepto cuando me vienen a través de médicos o psicólogos. Bueno, continuemos. Te decía que en una vida pasada lo que era el trabajo o la profesión quedó interrumpido, por lo tanto, en esta vida llegarás al punto donde se detuvo y revivirás la misma situación para que puedas afrontar los hechos que interrumpieron la anterior y enlazar con el camino natural, es decir, continuar con el trabajo que querías hacer.

—Y ¿cómo sabré yo que es la misma situación? —murmura Adalbert, perplejo.

—No lo sabrás, la única pista será lo que sientas aquí. —Y Anamura se pone la mano en la boca del estómago—. Si tú sigues lo que sientes aquí atravesarás la situación, llegarás al otro lado, enlazarás con el camino natural y continuarás con lo que hacías o querías hacer.

Se hace un silencio entre los tres. Adalbert se frota las manos en los tejanos mientras se muerde los labios. De pronto dice:

—¿Es como una segunda oportunidad?

Anamura se toma unos instantes de reflexión antes de contestar:

—Sí, llamémosle así, o cómo hacer el camino en dos vueltas.

—¿Y eso cuándo pasará? —interviene Duna.

—Déjame ver los tránsitos. —Anamura pone la mano encima del ratón, clicha diversos enlaces y se abre otra pantalla, la estudia con atención y dice:

—Pues mira, Plutón, que representa el alma, ya ha entrado en la órbita del Medio Cielo, que simboliza la profesión, y estará ahí hasta 2008, entonces tendrás...

—¡Veinte años! —salta de inmediato Adalbert.

—... pues hasta tus veinte años; eso significa que desde ahora y a lo largo de los próximos cuatro o cinco años todo lo que es el bloque de estudios y profesión sufrirá cambios importantes que transformarán la idea que puedes tener sobre lo que quieres hacer. De una manera...

Adalbert se encoge de hombros displicente; Anamura no lo advierte porque está concentrada en la pantalla, pero Duna sí y le da un pequeño empujón.

—... más inmediata, a principios de junio tienes un tránsito muy importante, que es la Luna Negra sobre Quirón, el que simboliza el destino. Por su parte la Luna Negra representa nuestros deseos más profundos, lo que de verdad queremos, desde aquí —por segunda vez Anamura vuelve a ponerse la mano en la boca del estómago—, de manera que este contacto

actuará como la bola de billar, movilizará a Quirón y de rebote repicará en el Medio Cielo, en Plutón y en estos de ahí, ¿lo ves?

Se aparta un poco para que Duna también vea la pantalla. En la carta astrológica todos los gráficos han quedado en gris excepto los que Anamura va mostrando, y que configuran una gran cruz.

—Los efectos de este tránsito —continúa la mujer— alcanzarán el cenit en julio y se extenderán hasta septiembre.

—¡Hala! —se le escapa a Duna—. A finales de curso tienes que decidir, como yo, qué bachillerato eliges.

Adalbert se vuelve en seco:

—Yo ya lo tengo decidido, eso será otra cosa.

Anamura ha cambiado de pantalla, estudia la posición de los planetas y añade:

—Sea lo que sea producirá una gran obsesión en ti; mira, por la misma época la Luna progresada irá pasando por Plutón. —Se apoya en el respaldo de la silla y se vuelve para mirarlos—. Así es como trabaja el alma, ¡resulta fascinante!; ella viene a aprender una serie de cosas y los planetas están situados para ayudarla a conseguirlo. Cuando llega el momento de decidir, descubrir o enfrentarse a tal cosa, todos, como soldados en la batalla, se colocan en una posición que obliga a la persona a vivir la situación de una determinada manera y, aunque no quieras, la vives.

Anamura vuelve a coger el ratón y hace otro cambio de pantalla, la mira con atención y añade:

—Te diré más, el Nodulo sur, que simboliza el pasado, está en contacto desde hace tres meses con Plutón, por lo tanto, me arriesgaría a decirte que este tránsito de la Luna Negra sobre Quirón será muy importante porque está relacionado con la interrupción de la otra vida. —Sonríe y se lo queda mirando—: Tendrás un verano movido.

Adalbert fuerza una sonrisa y Duna irrumpe:

—¿Y puedes mirar ahora nuestra carta conjunta? Anamura echa una ojeada al reloj antiguo que cuelga en la pared y asiente con la cabeza:

—Si Óscar nos deja tenemos todavía un ratito.

—¿Hay contactos del pasado? —salta de inmediato Duna.

—El signo más determinante —responde Anamura—, que es la cuadratura de Plutón en los Nodulos, no, y eso es una ventaja porque representa, por lo menos a primera vista, que no hay deudas kármicas entre vosotros. Lo que sí hay es una diferencia muy notable entre la sinestría y la compuesta.

Adalbert vuelve la cabeza y mira a Duna, ¿qué diablos quiere decir todo eso?

—Te lo explico luego —le susurra Duna, y en voz alta—: Continúa, Anamura.

—Pues que en la sinestría hay como obstáculos entre vosotros dos que luego, en la relación, no se reflejan, es como si para llegar a tener una buena relación, ambos os la tuvierais que trabajar un poco.

—¿En qué campo? —pregunta Duna.

Se abre la puerta y Óscar asoma la cabeza:

—Mamá, no entiendo una cosa, ¿me ayudas?

—Un momento, cariño, termino en seguida.

—Es que me tienes que ayudar, mamá, no entiendo dos cosas.

Anamura suspira mirándolos:

—Lo siento, es sábado y los sábados son su día. Os tengo que dejar, continuamos otro día, si queréis —se levanta—, ¿de acuerdo?

Duna abre la boca y va a disparar una batería de protestas, pero se detiene al ver que con un gesto casi imperceptible Anamura le dice que la llame más tarde, así que se levanta, coge la grabadora y pulsa el *stop*. Adalbert, ya en pie, parece confuso. Anamura le da un golpecito en la espalda.

—Tienes un montón de información importante para procesar; no te agobies. Escúchalo con atención, toma nota y, si quieres, me llamas y me preguntas las dudas. ¿Entendido?

Los acompaña hasta la puerta y les da un beso a cada uno.

—Hasta luego, estás muy guapa, Duna, dale un beso a mamá de mi parte. Adiós, Adalbert, nos vemos.

6.

A BORDO DEL OBSESIÓN

Ya no llueve cuando salen a la calle. Adalbert está muy callado y Duna, pese a la indicación de Anamura, furiosa.

—También es mala suerte que el crío nos haya interrumpido. Y tú, Adal, ¿cómo puedes ser tan cabezota? ¡Abogado, abogado! Pero ¿a quién se le ocurre?

—¿Y tú qué? —se rebela él—. Todo el rato diciéndome que ya me lo explicarás, ya me lo explicarás... Pues no he tocado pelota por tu culpa. ¡Vaya mierda de interpretación!

—¡Desagradecido! ¿Sabes lo que te digo? ¡Que te pudras! —Y Duna echa a andar muy de prisa, con la barbilla disparada hacia delante, desafiante, Balmes abajo. Estaba segura, segurísima de que tenían la cuadratura en los Nodulos. ¡Huy, qué rabia!

Adalbert se queda inmóvil viéndola alejarse. ¿Y si la deja plantada y se vuelve para Terrassa? Cuando Duna se pone así no hay quien la aguante, ¡que no la aguanta, vamos! Pero ¿cómo se va a Terrassa? Coge carrerilla y la alcanza.

—Va, tía, no te rayes. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Vamos a buscar el metro —le responde seca Duna—. La línea amarilla nos deja a un paso de donde hemos quedado con tu admirado profe de música.

Adalbert se planta:

—No, en metro no, mejor en bus.

Duna también se detiene. No sabe lo que le pasa, pero le pegaría. Le arrearía un bofetón que lo dejaría patas arriba allí mismo.

—¿Por qué no podemos ir en metro, que es mucho más rápido? —pregunta levantando la voz.

—Porque no me gusta el metro. Vamos en bus —responde Adalbert casi a gritos.

Se retan con la mirada. Duna toma aire; cuando Adalbert se pone imbécil no lo aguanta, ¡vamos, que no lo aguanta! Tiene en la punta de la lengua un: «Vete a tomar por el culo y vuelve a Terrassa en patinete», pero en el último

momento se impone el sentido del compañerismo; si lo deja solo se quedará más perdido que un abuelo en Internet, por lo tanto se lo traga y en su lugar, gruñe:

—Ok, bajamos en bus.

Andan un rato callados, enfurruñados; de pronto Duna, al llegar a un semáforo, le suelta:

—A ti no hay quien te entienda. Me montas un drama patatero porque nadie tenía que saber que te gusta la música y corres a vocearlo cuando el nuevo profe chasquea los dedos. ¿Qué querías? ¿Hacerte el importante?

—¡No es cierto! —protesta él—. Son cosas diferentes. En clase de música se hace música, ¿no? Pues yo llevaré la flauta igual que otros llevarán guitarras, bongos o panderetas.

El semáforo cambia a verde pero ninguno de los dos se mueve. Duna termina por reconocer:

—Ok, igual tienes razón... Pero con una condición...

Adalbert dice sorprendido:

—¿Una condición? ¿Por qué? ¿De qué?

—Pues que llevarás la flauta a clase después de que hayas tocado para mí, a solas.

Las mejillas se le enrojecen:

—Ah, no... eso es diferente —farfulla.

—¿Cómo que no? —salta Duna—. No quiero oírte tocar al mismo tiempo que los otros. Y ahora, vamos, que se va a hacer tarde.

Sin esperarlo empieza a cruzar Balmes. Adalbert la sigue enfurruñado, ¡qué vergüenza tocar delante de Duna!... Reúne fuerzas y murmura:

—Esto... Duna, es que yo toco de oído, ¿sabes? No sé qué te has pensado, pero no sé mucho, de verdad.

Duna se para en seco y se le pone delante:

—Si tocar es importante para ti también es importante para mí. Y toques bien o mal, te quiero oír sola.

Adalbert entrecierra los ojos:

—Ok, pero cuando se te pase la neura, ¿podremos hablar de lo que me ha dicho la señora esa?

Duna vacila:

—Sí, después de haberte oído tocar para mí sola.

Y da media vuelta y continúa andando con la barbilla disparada hacia delante. Adalbert da una patada a una bolsa vacía de patatas fritas, suelta una maldición en voz baja y reemprende la marcha.

Detrás de las nubes parece que el sol intente asomarse. A los cinco minutos de llegar Duna y Adalbert al Hospital del Mar, la Jumpy de Mauro se detiene frente a ellos. Suben y ocupan los asientos en el mismo orden de antes.

—Tendremos buen tiempo para navegar. —Es el saludo que les dedica el músico.

En la tercera palanca de la marina del Puerto Viejo se balancea un esbelto velero que a los chicos les parece muy grande.

—Es un Furia, y sólo tiene treinta y dos pies —dice Mauro—, o sea, que no llega a los diez metros. Si lo comparamos con un coche no es una berlina ni un utilitario, pongamos que es un coche medio.

—¿Como un Golf? —pregunta Duna—. Era el coche de mi padre.

—Sí, más o menos.

El velero tiene un nombre rotulado en popa, *Obsesión*. Mauro se ha detenido frente a la proa y dice:

—Ahora haced exactamente lo mismo que yo si no queréis caer al agua. Éste... —les señala un cable grueso que va del extremo del palo mayor a la cubierta— es el estay de proa, ¿veis?, os cogéis a él con la mano izquierda —lo hace—, el pie izquierdo a la regala, el otro encima del balcón y ¡dentro!

Ha hecho la maniobra a cámara lenta para que los chicos lo observaran bien. Mauro no quiere sustos y los dos jóvenes están bajo su responsabilidad, por lo tanto, hay que extremar las precauciones. Se da la vuelta:

—Vamos, Dunia, atenta, mano al estay, pie a la regala...

Duna obedece y salta dentro con facilidad.

—¡Muy bien, guapa!

La ha cogido de la mano para ayudarla y ella aprovecha para recordarle:

—Me llamo Duna, no Dunia.

Mauro dibuja una sonrisa:

—¡Ah!, de acuerdo, de acuerdo. —Se da la vuelta—. Ahora tú, Le...

Adalbert ya está adentro. Ha ido tan rápido que Mauro ni se ha dado cuenta, y se lo dice:

—Caramba, chaval, debes de haber subido a muchos veleros.

Adalbert se encoge de hombros.

—¡Qué guay...! —exclama Duna mirando a su alrededor—. Me encanta, qué ilu estar en un barco. Es la primera vez, ¿sabes?

Mario medio sonrío y se dirige a la entrada de la cabina, libera el candado, saca la madera de la puerta y retira el tambucho. Se coge a las barandillas y baja la escalera. Los chicos lo siguen.

—Dejad las mochilas en la *dinnette*. —Y les señala el sofá en forma de u que hay en el centro del velero.

Adalbert y Duna contemplan en silencio el interior de la cabina. Para Adalbert la sensación es claustrofóbica. Pero ¿cómo puede quedarse alguien en esa cueva? Unas gotitas de sudor empiezan a perlarle la frente. Ve que Mauro está distraído enseñando algo a Duna y aprovecha para escabullirse hacia cubierta. Mauro ha levantado la tapa de la mesa de las cartas y la chica ve las cartas y los instrumentos perfectamente colocados.

—¡Qué ordenado! —se admira Duna, que no se ha dado cuenta de que su amigo ha desaparecido.

—A bordo de un barco el orden es seguridad —responde Mauro—. Te va la vida. ¿Sabías que los vendedores de barcos de ocasión cuando tienen que tasar uno lo primero que hacen es mirar el interior de una mesa de éstas?

Duna lo mira, toda oídos. Mauro continúa:

—Porque según tengas la mesa, tendrás el resto. En realidad es un delator de la personalidad del patrón. Y eso —señala los aparatos que cuelgan en las mamparas enfrente y a la izquierda de la mesa— es el GPS, la radio, el piloto automático, el radar...

—¿Y estos interruptores? —se interesa de verdad Duna.

—Son todas las luces, las de posición, los conectores, las de cabina, de las baterías... —Mauro vuelve la cabeza—. Y tu amigo, ¿dónde está?

—Estará arriba. ¡Uf, cómo me gusta todo esto! —suspira Duna—. Debe de ser muy emocionante hacer un viaje largo, ¿no?

—Lo es —afirma Mauro—. ¿Qué, nos ponemos en marcha? —Y coge el piloto automático y la llave del motor.

Suben la escalera y Mauro busca con la mirada a Adalbert, lo ve en popa, cogido al estay de cara al mar. Le grita:

—¡Eh, chaval, ven acá, a la bañera, que voy a desamarrar! —Y a Duna—: Tú también.

Duna no se mueve de su lado.

—¿No puedo ayudar? Quiero hacer algo también. —Sin esperar respuesta vocea—: ¡Adal, va, que haremos de grumetes!

Mientras Adalbert salva la distancia que los separa, Mauro se los queda mirando, como evaluando sus capacidades marineras, hasta que acepta:

—De acuerdo, tú, Dunia, a proa, ¿ves aquellos cabos amarrados a las cornamusas?, pues a mi orden los sueltas y con toda la fuerza de que seas capaz los tiras encima de la palanca.

Duna se acerca a las amarras y se prepara.

—Tú, Lechuga, a popa, liberarás el muerto. Cuando te lo diga sueltas el cabo de la cornamusa y lo tiras al agua, tan lejos como puedas. Es importante que sea lejos para que no se enrede con la hélice, ¿entendido?

Los chicos asienten con la cabeza; entusiasmada Duna, indiferente Adalbert. Mauro va a popa. Introduce la llave en el motor, pulsa el botón de contacto y deja la palanca en punto muerto, con la mano izquierda coge la caña.

—Chicos, ¡atención! Lechuga, ¡libera el muerto! —V pone la marcha atrás.

Con pericia, Adalbert suelta la amarra de popa y la tira al agua. Grita:

—¡Hecho!

—Duna, ¡libera amarras de proa!

Rápida, Duna suelta la amarra de babor y la lanza a la palanca, luego hace lo mismo con la de estribor y grita:

—¡Ok!

El velero empieza a salir marcha atrás, muy despacio. Duna se ha cogido al estay y se contiene para no echarse a llorar, o de ilusión, o no sabe de qué, pero la desborda la emoción de estar a bordo y que el barco empiece a navegar.

Mauro se dirige a la bocana nueva del puerto. Cuando conecta el piloto automático va hacia el palo mayor a izar la vela. Adalbert sigue los movimientos de la vela alzándose, y de pronto entiende a qué se refiere Duna cuando hablaba de las tiendas de su barrio, ¡jo!, qué tontería, pero a él todo eso del velero y de navegar le está resultando muy natural, como familiar, nada le resulta extraño ni le sorprende; lo único que le molesta es que el profe le dé órdenes, quizá sea por el tono, o por..., bueno, tanto da.

La mayor ya se hincha por el viento y Mauro regresa a popa. Sujetándose a los obenques de babor y a los candeleros el chico se acerca a Duna, que está a proa mirando fijamente el mar y se pone a su lado; observa que tiene los ojos brillantes y le ataca un deseo feroz de besarla, así, por las buenas. Duna, ajena, le dice de pronto:

—Mira, allí vivía yo. —Le señala las torres de la Sagrada Familia—. Un día iremos. Aquéllas son las torres de la Vila Olímpica... ¿No te parece raro verlas desde aquí?

Adalbert no se ve capaz ni de abrazarla. Contesta, desganado:

—No sé, como tampoco las he visto desde allá... ¿Qué es aquello que brilla tanto?

Duna mira en la dirección señalada:

—Es el pirulí de la plaza de las Glorias, y allí a la izquierda, la montaña de Montjuïc, un día te llevaré, arriba hay un castillo con cañones y cosas de ésas, muy guay.

—¿Le decimos al profe que nos lleve a Sitges? —propone de pronto Adalbert.

—¡Ok!

Los dos, cogiéndose con precaución a los candeleras, van hacia popa, donde Mauro, en la caña, mantiene el rumbo.

—Profe —dice Duna—, ¿nos llevas a Sitges?

—Dirás a Aiguadolq, porque en Sitges no hay puerto. Mirad, llegar ahí nos llevaría casi cuatro horas de travesía, sólo ir, y a las siete ya se hace de noche. Llegaríais a las tantas a vuestra casa, ¿os conviene?

Adalbert piensa en la tía Ángela y decide que no; Duna piensa en su madre, y no cree que le hiciera mucha gracia. Mauro propone:

—Si os parece, navegaremos cuatro o cinco millas y podréis disfrutar de ir mar adentro, allí almorzaremos y luego volveremos. ¿Qué tal?

Ambos asienten, pero los ve tan decepcionados que Mauro añade:

—Un día, en verano, salimos a la ocho y vamos a Aiguadolq, o hacia arriba, a Tossa de Mar, por ejemplo. ¿Vale?

Vuelven a asentir en silencio; Mauro conecta de nuevo el piloto automático y pide:

—Necesito un voluntario para desenrollar la génova. —Y empieza ya a liberar las escotas de los *winches*.

—¡Yo! —salta Duna.

Adalbert toma asiento en la bañera, observando cómo brilla el agua, mientras oye la voz de Mauro dando órdenes: «Mete esta manilla en el *winche* y caza la escota, cuidado con...». ¿Qué habrá querido decir la astróloga con lo de aprender el dolor o...?, ah, sí, aprender a conocer el dolor y las crisis para hacer lo que uno quiere. ¿Qué diablos querrá decir eso? ¿Qué dolor puede haber en querer ser abogado? Papá le dice siempre: «Te vas a forrar, mijo, un abogado gana la pasta que quiere, y eso es lo que cuenta. Te aventas un buen despacho, que a la gente le impresiona lo guapo, y a cobrar. ¿Y la música? Pues la música para la raza, que los amigos lo agradecen. Te lo montas los fines de semana, ya sabes, unos tequilas, unas chamacas que estén buenas, y de poca madre, mijo, que te lo montas. Me voy a sentir orgulloso de ti, mijo, ¡de poca madre que me voy a sentir orgulloso de ti!». Papá quiere sentirse orgulloso de él, ¡y eso sí que es de poca madre! Ahora ya se siente un poco, lo dice cuando lleva las notas a casa o cada vez que ha superado un ataque de

angustia. Pero, orgulloso, lo que se dice orgulloso, se sentirá el día en que le lleve el título de licenciado. «Este día, mijo, nos vamos tú y yo a pendejar hasta que salga el sol, ya lo verás, mijo, ya lo verás».

De nuevo en la caña Mauro mantiene el rumbo sin perder de vista a Adalbert. ¿Qué debe de pensar?, ¿qué debe de sentir? Daría el alma para introducirse en su mente y aprehender sus pensamientos y sentimientos. ¿Será él «el hijo del pasado»? Desvía la mirada hacia Duna, que de pie en el balcón de proa y cogida al estay parece una amazona llevando la yegua por las bridas. ¿Será ella? ¿Volverá a equivocarse? ¿Será un nuevo fracaso más que sumar a la lista de fracasos? ¿Y si todo es una gilipollez? Se pasa la mano por la cara y la barba. Está preocupado: desde que se instaló en Terrassa la idea de que esta búsqueda irracional no es nada más que un espejismo, producto de una época en la que la obsesión guiaba todos y cada uno de sus pasos, no deja de martillarle día y noche. Una nueva y creciente obsesión empieza a ganar terreno a la obsesión de siempre: acabar con la búsqueda. Esta mañana, mientras hacía guardia frente al edificio donde vive Adalbert, se lo ha dicho a sí mismo por primera vez: «Ésta es la última. Si no es él, se terminó».

Lo distrae Duna, que se le acerca; tiene la cara húmeda por el agua que como fina lluvia le envía el viento y el oleaje; luce una sonrisa de oreja a oreja y le suelta entusiasmada:

—Es guay ir así, como de lado.

—Navegamos de ceñida. Ahora sopla un garbino fuerza cuatro...

—Me encanta —suspira Duna—. Y... esto..., ¿tardaremos mucho en comer?

Mauro echa un vistazo al reloj, son las tres y diez.

—¡Ya! Ven, cogerás la caña, pero antes hay que reducir velocidad... —Aproa el velero al viento y las velas empiezan a flamear—. Coge la caña y mantén el rumbo. Observa el compás, la aguja no debe moverse de aquí, ¿lo ves? Tú, Lechuga, ayúdame, vamos a arriar la mayor y enrollar la génova.

Mauro les prepara un almuerzo de lo más marinero: mejillones al vapor y doradas fritas. Lo cocina sin que Duna se mueva de su lado, admirada de que una Corberó de tres fuegos se mantenga siempre horizontal pese al balanceo del barco...

—Pivota entre estos dos puntos, ¿ves?, se llama suspensión cardan, que hace que esté siempre en paralelo con el mar. No veas si no fuera así, todo se desparramaría al primer balanceo.

También está sorprendida del ingenio con que cada utensilio está colocado, como piezas en un complejo rompecabezas.

—Si no estuvieran trincados, a cada escorada rodarían por el suelo — continúa explicándole Mauro.

Pese a que todavía hace frío Adalbert ha insistido en almorzar arriba, en cubierta, y Mauro ha preparado una mesa de *camping* en la bañera y se han sentado, con las cazadoras puestas y los cuellos subidos. El mar está rizado y el velero se columpia como un niño. Duna ha puesto la directa y dispara preguntas como una metralleta; a Mauro se le está acabando la paciencia, o quizá es que la impaciencia lo va apresando, por lo que decide cortarla y llevar la conversación al terreno que le interesa.

—Caramba, chica, ¿qué quieres?, ¿sacarte el título de patrón de yate? —le dice mientras pone los mejillones en los platos de plástico.

—¡Oh, ya me gustaría! ¿Cuesta mucho?

—Menos que ser compositor de canciones para cantantes de moda —le responde. Por la cara que pone Duna comprueba que ha conseguido su propósito.

—Compositor... —murmura Duna, sorprendida—. ¿Tú eres compositor de canciones para cantantes famosos?

Los deja atónitos que el profe de música, el sustituto, sea compositor y conozca en persona a tantos famosos como les cuenta.

—¿Y conoces también a Álex Ubago? —pregunta Duna con el tenedor bailando en el aire.

—Sí, conozco a Ubago, a Alejandro Sanz a Loquillo, a los de Café Quijano, a Rickv Martin, a Enrique Iglesias, a David Bisbal y a un largo etcétera.

Sin poderlo evitar, Adalbert la mira turbado, ¿a ella también le gusta Ubago?, casi se siente descubierto; de pronto se le ocurre:

—¿Y se gana pasta con eso?

Mauro esconde una sonrisa, ya ha atrapado la atención del chico, responde:

—Sí, se puede ganar mucha —corta un par de limones por la mitad— cuando ya estás introducido. Hacerse un hueco es lo más difícil, pero cuando pillas el primer éxito ya sólo hay que ir tirando del hilo como aquí tiramos de las escotas, y cruzar los dedos para que la inspiración no se agote, ¿quieres limón, Lechuga?

—Sí, gracias. Entonces, se puede vivir de la música... —El chico parece muy interesado.

—¿Es una pregunta o una afirmación? —pregunta Mauro. Adalbert parpadea y el profesor continúa:

—Se puede vivir de la música de la misma manera que puedes vivir de cualquier trabajo creativo si tienes la constancia para pasar por todos los estadios anteriores, que acostumbran a ser, como dicen los argentinos, de «pan y agua». Nadie viene a casa a pedirte «por favor, te lo suplico, hazme una canción para el mejor cantante del momento», eso te lo tienes que currar tú. Tienes que hacer muchas canciones, moverte mucho, pillarte los dedos muchas veces, combinártelo con otros trabajos hasta que un día, ¡bingo!, aciertas y abres una puerta y ésta te puede abrir otra, y otra, y casi sin darte cuenta ya estás dentro. En todos esos mundos la cosa funciona así. —Echa un vistazo a su alrededor para comprobar que los barcos que supone que están pescando están lo suficientemente lejos y, de paso, coge puntos de referencia de la costa.

Adalbert no le responde, sólo lo mira. Duna se da cuenta:

—Eh, tío, ¿qué te pasa? ¿Te has quedado colgado?

Adalbert mueve la cabeza como si espantara moscas.

—No, pensaba... Pensaba que no recuerdo haber visto tu nombre en ningún cedé.

Mauro se sirve una copa de vino blanco:

—Firmo con seudónimo —sonríe—. La composición de canciones es el trabajo que me da dinero; como músico tengo otras inquietudes. Me interesa la música y los instrumentos medievales, soy concertista de clavecín y de viola de gamba.

—¿Como el músico de *Todas las mañanas del mundo*? —se sorprende Adalbert.

—Sí —Mauro le clava los ojos—. ¿La has visto?

—¡Más de veinte veces! La tengo en vídeo y estoy esperando que salga en DVD para comprármela.

Duna mira ahora a uno, ahora al otro. Toma mentalmente nota de ir al vídeo de su calle a buscar esa cinta. ¿Cómo es que ella no la ha visto?

—También me interesa la flauta travesera, como a ti —añade Mauro sin despegar los ojos de los ojos del chico—. ¿Por alguna razón en particular?

Adalbert parpadea confuso, no se lo había cuestionado nunca.

—No sé... Me la regaló mi abuelo mexicano, y empecé a soplar... y. —Y se encoge de hombros.

—No es un instrumento fácil. En la Edad Media era uno de los más valorados, como el laúd, que era el *number one*, mientras que la guitarra no

tenía la menor relevancia. Se la consideraba el instrumento del pueblo, de los de poca cultura.

—¡Hala!, ¡qué morro! —exclama Duna.

Adalbert está ocupado sacando las espinas de la dorada. El profe le está haciendo la pelota, no es tan difícil tocar la flauta.

—Aquí tengo una —añade Mauro—. Cuando terminemos la subo. Y tú, guapa, ¿tocas algún instrumento?

—El piano —responde Duna—. Porque a papá le gustaba. Pero ahora ni me lo miro. Escucha, eso que decías de los arneses..., si viene un temporal y no lo llevas puesto, ¿qué pasa? ¿Te puedes ir al agua?

Mauro termina de comer. Mira a su alrededor, los barcos del entorno mantienen las distancias y los puntos de referencia le demuestran que no han derivado demasiado; baja a la cabina a buscar la flauta. Duna aprovecha la ausencia del profesor de música para preguntar a su amigo:

—¿Por qué no me habías dicho que te gustaba tanto esa película? Yo voy de vez en cuando a la Fnac, te la puedo buscar.

Adalbert se frota las manos en los tejanos:

—No sé... Son cosas mías.

—Me gusta saber todas tus cosas, ¿todavía no te has dado cuenta?

Mauro vuelve con la flauta en las manos, toma asiento, se acerca la boquilla del instrumento a los labios y después de soplar un par de veces interpreta un fragmento del concierto para flauta de Quantz.

Duna observa a Adalbert; lo ve cerrar los ojos e inspirar con fuerza. El estómago le da un vuelco. Adal es agua o arena entre los dedos para ella. Se le escapa, es aire, es viento. Querría atarse a él con cadenas para que nada ni nadie los separase, pero él se escaparía, seguro, haría como ahora, pasaría una mosca que le gustase, la miraría y se iría con ella, le seguiría el vuelo, lejos. ¿Por qué le gusta tanto Adal? ¿Por qué la atrae con tanta intensidad?

Las últimas notas de Quantz ya se han volatilizado en el aire y Adalbert permanece con la cabeza un poco inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. Los abre cuando le llega la voz del profesor:

—Toma, ahora toca tú, lo que quieras.

Y Adalbert se encuentra con la flauta entre las manos. La acaricia suavemente hasta que se la lleva a los labios, tanteándola, y se sumerge en la melodía.

Como está abstraído, sólo él y la melodía, no se da cuenta de la expresión de sorpresa que va cubriendo el rostro del profesor, ni la de dolor que tiñe la

mirada de Duna. Sólo cuando abre los ojos y los fija en el músico, percibe que algo pasa. Sale de dudas en seguida.

—¿De dónde has sacado esa música? —El tono severo del profesor no tiene nada que ver con la cordialidad expresada hasta ahora.

Adalbert levanta las cejas, perplejo, se encoge de hombros, y finalmente farfulla:

—Yo..., no sé... Cuando me la regalaron empecé a mover los dedos y a soplar, y... no sé..., me salió eso. —Mira a Duna como pidiéndole ayuda, pero Duna está mirando el mar, ve que la barbilla le tiembla y devuelve la mirada al profesor—. ¿Qué pasa? ¿Qué he hecho mal?

Antes de que Mauro pueda responder, Duna vuelve la cabeza y, muy seria, sentencia:

—Es música gregoriana, del mil quinientos o mil seiscientos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntan casi a la vez Mauro y Adalbert.

Duna da un par de vueltas al anillo de pasta que lleva en el pulgar:

—Mi padre adoraba la música clásica, en casa no oíamos otra música. De pequeña me sentaba en su regazo y me enseñaba a escucharla. Una muy parecida a ésta era una de sus preferidas. —Se levanta—. ¿Y por qué no nos marchamos? Se nos hará tarde. —Y entra en la cabina.

Duna no sabría explicar qué han hecho los otros después de abandonar ella la cubierta y sentarse en la *dinnette*. Se le ha metido en los oídos un rumor como de aire y silbidos que no le deja oír nada; de igual manera, delante de sus ojos ha caído un telón de color rojo que le ciega la visión. Ha pasado de recoger la mesa, de ayudar a cazar escotas, izar o enrollar velas, ha pasado de todo, incluso de Adalbert, que, preocupado, se le ha acercado a preguntarle qué le pasaba. Se encierra en un mutismo total hasta que el velero amarra en el puerto, entonces se cuelga la mochila a la espalda y les dice:

—¡Dios! Quiero aprovechar que estoy en Barna para hacer un par de cosas. Nos vemos allí, ¿ok?

Y antes de que puedan detenerla, salta ágil a la palanca y se aleja a paso rápido. Huye, se lo dice a sí misma y lo mastica entre lágrimas. Huye porque no puede más. ¿Cómo le ha podido hacer eso Adal? ¿Cómo ha podido tocar delante del profe si ella esta misma mañana se lo ha pedido? No quiere pensar en ello. Cuando llega delante del Maremagnum se detiene, se descuelga la mochila de la espalda, la revuelve y saca el cedé portátil, se lo pone en el bolsillo de la cazadora, se fija los auriculares en los oídos y pulsa el *play*. Irá

andando hasta la plaza de Catalunya y allí cogerá el «ferrocata» hasta casa, desde donde llamará a Anamura; le queda poco saldo en la tarjeta. La impaciencia puede más. Cuando apenas llega al final del paseo Marítimo, se sienta en un banco, coge el móvil y marca el teléfono de la astróloga. Sale el buzón de voz. Suspira, cuelga y reemprende el camino.

Mauro y Adalbert hacen una buena parte del camino de vuelta en silencio. El músico tiene prisa por llegar a casa y llamar a Fernando, le urge hablar con él. A la altura de la salida de Bellaterra el chico, sin apartar los ojos de la autopista, le pregunta vacilante:

—¿Por qué te ha sorprendido lo que he tocado?

Mauro duda unos segundos y al fin se decide a decirle:

—Te seré sincero. Hace unos años compuse una canción que creo que está particularmente inspirada, y la tonadilla se parece mucho, es casi igual.

Adalbert permanece en silencio. Mauro lo mira de reajo y fuerza una sonrisa:

—Bueno, hombre, esas cosas pasan. Se llama coincidencia de no sé qué...

Vuelven a quedar en silencio hasta que Mauro añade:

—¡Ya ves! Si tu amiga lleva razón, hasta a mí me ha pasado. ¡A ver si he plagiado la obra de un colega del medioevo!

Intenta reír abiertamente pero se queda a medio camino. Ahora es Adalbert quien lo mira de reajo y quien dice:

—Me gustaría escucharla.

Rápido, Mauro:

—Mira, justamente iba a proponértelo. ¿Quieres venir a mi casa? La escucharías en vivo y en directo.

Adalbert sonrío:

—¿Clavecín o viola de gamba?

Y ahora Mauro sí que ríe abiertamente:

—¿Te sirve piano?

—¡Ok!

—Esta semana no puedo, pero para la próxima, quedamos. —Y Mauro toma aire, satisfecho.

El resto del trayecto se lo lleva la conversación sobre las diferencias de componer música con ordenador o con piano. Y, lo más destacable para Mauro, ya sabe que los padres del chico están de viaje, eso facilitará las cosas. Cuando la furgoneta se detiene en la esquina de Renacimiento con Jockey vuelve a lloviznar en Terrassa.

Adalbert sale del ascensor con las llaves en la mano y en cuanto las mete en la cerradura huele a algo que conoce y que le extraña. Sorprendido, abre la puerta despacio y saca la cabeza; el pasillo está tenuemente iluminado por la lámpara de pie que tiene la bombilla fría y ve el comedor a oscuras. Cierra la puerta detrás de él con suavidad y avanza por el pasillo, a medida que se acerca a la habitación de invitados el olor va haciéndose más penetrante. Al llegar se detiene, vacila y da un par de golpes leves a la puerta. Nadie responde. Su corazón empieza a acelerar el ritmo. ¿Le habrá pasado algo a tía Ángela? Golpea con mayor firmeza y recibe el silencio de nuevo. Pone la mano en el pomo de la puerta y accionándolo empuja. Una humareda se le mete en los ojos y en la boca y lo lleva a toser, por la rendija abierta entrevé a la tía Ángela absorta en la pantalla del portátil, con los auriculares puestos y un cigarrillo humeando en el cenicero de agua. Abre la puerta del todo y va directo a la ventana, mientras exclama:

—¡Tía Ángela, aquí no se puede fumar!

La tía pega un salto, se quita los auriculares y lo mira:

—¡Ay, niño, qué susto me has dado! ¿Es que no sabes avisar cuando vuelves a casa?

Adalbert se la queda mirando como si estuviera enojado:

—¡Y menos porroos! —Se le escapa la risa.

—¿No puedes gritar más, guapo? —Y la tía da la última calada al cigarrillo antes de sumergirlo en el agua del cenicero.

Duna no ha conseguido contactar con Anamura hasta pasadas las nueve y media. La amiga ha sido muy clara:

—No he querido hablar delante de tu amigo sin antes hacerlo contigo. ¿Qué sientes por él?

No sabe qué responderle.

—Te despierta una gran atracción, ¿verdad? Mira, ahora sólo te diré tres cosas. Una, que tenéis una de las conjunciones más poderosas a nivel de enamoramiento, y hablo de los dos. Lo que tú sientes, también lo siente él. La segunda es que este muchacho te viene por destino, por lo tanto, hay o habrá una parte de dolor importante que no podréis evitar; hay que saberlo y saberlo manejar, y la tercera es que una experiencia importante aguarda al chico. Será una sacudida fuerte porque están implicados los dos grandes, Plutón y Quirón. Se encontrará de cara con el pasado y a la vez enfrentado a su destino. Te lo digo para que lo apoyes.

Duna se queda muda, cuando puede recuperar la voz, tartamudea:

—Pe... pero... ¿pasará algo?

—Sí, pasarán cosas. Cuando hay un tránsito como éste las cosas nunca vuelven a ser como antes. No se lo cuentes a él, no lo entendería y podría sugestionarse. Pero tú conoces la astrología y sabes que es como navegar, no se trata de evitar la tempestad, sino de ir de cabeza al ojo del huracán, donde está la calma, coger fuerzas y atravesarlo. Te lo repito, quédate a su lado, acompáñalo y llámame de vez en cuando.

Cuelga el teléfono con el corazón en la boca. Maquinalmente conecta el ordenador para hacer el volcado del disco del minidisc y grabarlo en un cedé. Le duele horrores la cabeza, y el día ha resultado también, uf, más que asqueroso. ¡Qué desastre!

7.

FERNANDO ZOLDA

Camino del valle de Bianya, donde está la masía del amigo Fernando, Mauro decide parar a tomar un café una vez que ha dejado atrás el llano de Vic. En cuanto entra en el pueblo de la Gleva ve un bar, a mano izquierda, El Rincón de Ángel. El sol de finales de marzo empieza a calentar, lo comprueba cuando baja de la furgoneta e instintivamente levanta los ojos al cielo. Es tan azul, tan rabiosamente azul que le recuerda el de Almería, aunque la luz de Almería es única, y el cielo también.

Entra en el bar, pide un café y un par de donuts y toma asiento al lado de la ventana que da a la carretera, desde donde puede ver los cuidados parterres llenos de ciclámenes. Si no fuera por su maldita obsesión ahora viviría en Almería, se hubiera casado con Macarena y tendría dos o tres churumbeles con los que hubiera formado una banda de música. ¡Se lo pasarían de muerte recorriendo pueblos y tocando en las fiestas mayores!

La melodía del móvil lo distrae a la vez que el chico del bar le trae el café y los donuts. Mira la pantallita: «Rosana». Deja que la llamada se extinga. Luego la llamará. Hoy setoma el jueves de fiesta. Lo necesita, necesita urgentemente hablar con Fernando.

Conoció a Fernando Zolda en un encuentro con simpatizantes pro Tíbet libre, en el parque de María Luisa, en Sevilla. Tenía treinta y nueve años, ya se ganaba bien la vida como compositor de letras de canciones y el desasosiego que lo consumía le había llevado a un callejón sin salida. Con el tiempo describió al amigo la desazón como «vivir al lado de un campo de aviación y escuchar noche y día el rugido de los aviones que se te meten en el cerebro y, vayas donde vayas, continúas oyéndolos».

Harto de recurrir a supuestos médiums, tarotistas, santeros y aparentes especialistas en regresiones, no le dolía el dinero que se gastaba en ello, ni la pérdida de tiempo que le suponía tener que viajar a diferentes ciudades de España para ir a visitar a este médium o a aquella santera, lo que lo socavaba

era el desgaste personal y la tensión a que lo sometía la obsesión que no cedía. Lo único que lo mantenía de pie y lo sostenía era la certeza de que en su entorno profesional la obsesión era moneda corriente. Su mundo, dicho por él mismo, era un mundo de locos. Locos —cantantes, productores, músicos, compositores— obsesionados por el éxito, la fama, la acumulación de dinero y de premios, los Grammy, sobre todo. A veces, durante un concierto o en una de las múltiples fiestas a las que acudía, observaba a sus colegas entre la algarabía, el humo y los focos de luz y los veía reventar de alcohol y droga y se daba cuenta de que no había ninguna diferencia entre los demás y él; él estaba igual de pillado, igual de loco y obsesionado, no se pinchaba las venas ni se reseca el interior de la nariz esnifando cocaína, pero se pinchaba el alma cada vez que se sometía a una regresión y esnifaba como un loco el rastro de cualquier pista nueva en la búsqueda del «hijo del pasado».

Cuando conoció a Fernando Zolda ya no sabía hacia dónde mirar; cada nueva experiencia era una repetición idéntica de la prueba anterior; era dar vueltas a la misma noria, repetir el mismo surco, la misma huella. No le costó abrirse a Fernando. Habían coincidido codo a codo en la misma fila de sillas de madera donde se había sentado para escuchar las intervenciones de los asistentes al acto, y al cabo de un rato se dio cuenta, muy sorprendido, de que en su interior había silencio, silencio y paz. Se lo explicaría al mismo Fernando cuando le tuvo confianza «como si alguien hubiera parado los motores y oí el silencio. Fue una sensación inefable».

Al terminar el acto todos se levantaron, él también, sin perder de vista al desconocido. Era un hombre de complexión delgada, más o menos de su altura y que sobrepasaba la cuarentena. Pese a ser domingo llevaba traje y corbata a conjunto, probablemente todo de Armani. Se movía con distinción y con autoridad; era completamente calvo e iba impecablemente afeitado. Mauro se dejó ganar por la curiosidad; el ruido interno empezaba de nuevo. ¿Qué hacía un tipo como aquél en un encuentro como éste? ¿Qué relación podía tener con los amigos del Tíbet? No se asemejaba en nada al tipo de personajes que había conocido en su peregrinación por el mundo del esoterismo y la magia oculta. El escenario natural de aquel hombre era el despacho de una multinacional, o de la banca. No lo perdió de vista mientras veía cómo se despedía de las personas con quienes había estado hablando y dando media vuelta se dirigía por el paseo con la intención, dedujo él, de salir del parque por la puerta central. Lo siguió y, antes de que alcanzara la salida, se puso a su lado y lo abordó:

—Disculpe, ¿podemos hablar un momento?

El hombre volvió la cabeza y lo miró directamente a los ojos. Mauro tomó aire y por unas milésimas de segundo dejó de respirar; el desconocido esbozó una leve sonrisa y repuso:

—Claro. ¿Tomamos un café?

Fernando Zolda resultó ser para él un personaje insólito. De familia acomodada de Girona, se había adscrito muy joven a la doctrina del espiritualismo atraído por la defensa que de las libertades y la igualdad social propugna dicha doctrina. «Me atrajo la visión democrática que tiene el espiritualismo de la religión», le diría a lo largo de las primeras conversaciones. «En la mayoría de las religiones siempre hay un intermediario entre la persona y los dioses o santos, sin embargo, en el espiritualismo el intermediario desaparece y puedes conectar directamente con el espíritu con quien quieras hablar». «Yo llevaba una doble vida, era un empresario eficiente, se me disputaban las multinacionales y tenía fama de frío y cerebral, y así era, los negocios son los negocios, pero cuando colgaba el traje de Armani en el armario me introducía en el mundo del espíritu y de la espiritualidad». El interés por el espiritualismo occidental lo llevó al espiritualismo oriental, y en el primer viaje que hizo al Tíbet, «percibí que, en realidad, las perspectivas sobre el espíritu son diferentes, pero enfocan el mismo objetivo y lo reinterpretan».

Así, Fernando Zolda le habló del Dalai Lama y del conocimiento oculto, de la rueda kármica y del reencuentro de las almas a través de los siglos, de las deudas y ganancias kármicas, de la ampliación de la conciencia y del aprendizaje del alma. Mauro lo había escuchado sintiendo cómo le entraba en las venas un fluido que recorría su sistema nervioso hasta llegar al centro del rugido, calmándolo. Sin embargo, al clavo ardiente al cual se agarró fue la afirmación hecha por el nuevo amigo, sobre todo por la seguridad con que la transmitió:

—Mira, si es karma lo que vives, y, por lo que me has contado, parece bastante evidente que tu alma anda empujándote a la búsqueda de ese chico, no dudes de que lo encontrarás. Lo que has vivido y vives tiene un sentido, y el sentido, por lo que yo sé, es que resuelvas lo que quedó pendiente. Si lo sientes como lo sientes ya estás haciendo lo que tienes que hacer, pero debes relajarte con el fin de poder captar y leer las señales que emite el alma. Yo puedo ayudarte, puedo aportarte una serie de conocimientos que he adquirido, pero tú tienes que ayudarte a ti mismo. ¿Cómo? Pues, calma, Mauro, calma, porque lo más difícil no será encontrarlo, sino saber cómo actuar con él cuando lo encuentres.

Así lo sacó del agujero donde estaba: asiéndolo de la mano y tirando de él hacia fuera.

Mauro paga la consumición y sale de la cafetería, antes de entrar en la furgoneta vuelve a mirar el cielo, le gusta tan azul. Hace el viaje acompañado por el *soul* de Joss Stone, siguiendo el ritmo con el volante y con el pie izquierdo, qué maravilla de voz, qué instrumento, ¡eso es talento y lo demás pura artesanía!, si él no estuviera tan loco con su historia, quizá pudiera comprobar si realmente tiene talento para la música o sólo es un artesano discreto. Cuando cruza Ripoll no puede evitar echar un vistazo al monasterio y hacerse de nuevo el propósito, nunca cumplido, de encontrar un rato para visitarlo. Al llegar al cruce de Sant Joan de les Abadesses gira a la derecha; da ese rodeo con el único propósito de entrar en el valle por los túneles, es casi un ritual desde que sube a Bianya.

El ceremonial se inicia cuando entra en el último túnel, entonces selecciona la canción número catorce y cuando sale del túnel y se asoma al valle, inspira hondo, da un manotazo al volante hacia la derecha, se detiene al margen con el volumen al máximo y apaga el motor. Contemplar el valle a sus pies con la voz de Stone desparramándose hacia él es un placer que no comparte con nadie; ¿para qué?, ¿para que lo ensucien con comentarios obvios o vacíos?

Ya ha cargado pilas; vuelve a darle a la llave de contacto y regresa a la carretera que baja anguleando hasta el llano. ¡El amigo Fernando no tiene mal gusto! También él buscaría una masía por allí si no fuera porque le pillaría demasiado lejos. Al llegar a la gasolinera ya entrevé la masía a la derecha, en perfecta simbiosis entre el bosque y la tierra. Da la vuelta a la rotonda y por inercia lee el indicador: «Can Mallol». «Es una masía del siglo XIV, estaba hecha polvo. Los arquitectos me aconsejaban que la derribara, era más caro reconstruirla que hacerla nueva», le contó Fernando cuando le habló con orgullo de la masía.

Deja atrás la rotonda para tomar el camino de tierra monte arriba hasta el cruce, tuerce a la derecha y coge el sendero que lleva a la masía; la portalada está abierta, la atraviesa, dirige el coche hacia donde antiguamente estaba la era y ahora hay un patio grande y abierto a los cuatro vientos, y aparca al lado del Land Cruise del amigo. Echa en falta el Audi de la esposa y deduce que Remedios está ausente.

Baja del coche y se dirige al caserón cuando Fernando ya baja la escalera con *Chucho* pisándole los talones. *Chucho* es un perro de raza indefinida, de largas orejas y mirada tierna, que un día apareció por la masía pidiendo cobijo.

Los dos amigos se saludan con un buen apretón de manos. Mauro no puede evitar que se le escape una sonrisa burlona al ver la imagen de señor feudal que ofrece ahora su amigo, con sus pantalones de pana marrones, el pañuelo en el cuello y la pipa en la mano. Fernando lo ha cogido afectuoso por el hombro y juntos entran en el amplio vestíbulo del caserón.

—Remedios está en Girona, hoy su padre se encuentra mal —excusa Fernando la ausencia de su mujer—, pero nos ha dejado una carne guisada para chuparnos los dedos. Pasa.

Fernando aguanta la puerta y Mauro entra en la sala que está justo al entrar a mano derecha, habilitada como despacho, y va directo al sillón que hay junto a la ventana, donde se deja caer con un resoplido.

—Estoy desconcertado, amigo mío —le dice en cuanto entra—. Tenías razón, la vida me ha puesto delante lo que tanto he buscado, de ello estoy seguro, pero me lo ha puesto por duplicado, porque —se lo queda mirando, hace una pausa y añade—: ¿cuál de los dos es Uzalard? ¿El chico o la chica?

El amigo, sentado en el otro sillón, coge la pipa con parsimonia, la pone boca abajo encima del cenicero que está en la mesa baja, la sacude, alarga la mano y coge un limpiapipas, vacía la cazoleta, coge la petaca del tabaco desmigado, carga la cazoleta, la enciende con un mechero largo, exhala el humo y finalmente pregunta:

—¿Qué te dice la boca del estómago?

Mauro se levanta y empieza a dar vueltas por la sala:

—La boca del estómago me engaña, no le puedo hacer caso, porque desde un punto de vista teórico quien tiene todos los puntos para ser Uzalard es la chica; te lo dije por teléfono. Tiene los sentidos despiertos, una conciencia abierta y concedora de este mundo, una mirada muy especial, ¡y si la hubieras visto el otro día en el barco...!, menudo interés y ganas le ponía. Pero desde el estómago quien me llama la atención es el chico, también él tiene una mirada, ¿cómo te lo diría?, muy profunda, muy de dentro. Y cuando quiero escuchar el estómago se me vela de inmediato por la empatía que me provoca su interés por la música, no lo puedo evitar. Este fin de semana me han matado, uno, tocando con la flauta una melodía del siglo XVI, y la otra diciéndome casi su nombre. ¿Qué te parece? ¿Qué podemos hacer?

Fernando golpea levemente la pipa contra la palma de la mano antes de responder:

—Pues lo que te he ido diciendo todo este tiempo, que lo más difícil viene ahora. El problema se agrava porque son adolescentes; por ser menores de edad tenemos que contar con el permiso de sus padres para hacer la regresión; aquí es donde podemos estrellarnos. Ése es el camino más rápido, les hago una regresión o las que sean necesarias y si uno de los dos lo es, lo sabremos con certeza. ¿Qué has averiguado de los padres?

Mauro se detiene frente a la ventana y mira a través de los cristales. El bosque de encinas, robles y abetos que hay detrás de la casa es una invitación al paseo y el sosiego. Aparta los ojos para no distraerse.

—Según la hoja de inscripción del instituto, el padre de la chica está muerto, tendríamos que hablar con la madre. Los padres del chaval están de viaje, parece que tienen para unos cuantos días.

Fernando suspira.

—¿Qué tienen?, dieciséis años, ¿no? Bueno, pues tendríamos que esperar un par de años, a la mayoría de edad, y mientras, trabajar con la hipótesis de Tossa de Mar, porque ésa es otra...

Mauro, de espaldas a la ventana, dice con firmeza:

—Y ¿para qué esperar a la mayoría de edad? ¡Son jóvenes! Son jóvenes decididos; sospecho que si jugáramos enseñando las cartas aceptarían al instante. Te diré más —lo señala con un dedo mientras toma asiento de nuevo—, me jugaría el cuello a que los dos pierden el culo por hacerlo.

Son jóvenes, curiosos, tienen ganas de saber y ésta es una experiencia que no suele estar habitualmente a su alcance.

Fernando va negando con la cabeza y cuando su amigo acaba, sentencia:

—Bajo ningún concepto lo haría a espaldas de sus padres.

—Pero ¿por qué? —Y Mauro golpea los brazos del sillón—. No existe el menor riesgo. No se quedarán colgados de ningún plano y no lo harás con hipnosis. ¡Yo lo he hecho mil veces y nunca me ha pasado nada!

Fernando se inclina hacia él:

—Pero las imágenes que has visto en las regresiones se te han quedado bien grabadas, ¿no es cierto? Grabadas a fuego, ¿no?

Mauro respira hondo. Es cierto. ¡Son imágenes tan reales...! ¡Es increíble! La mujer de los ojos almendrados continúa apareciéndosele en sueños, y cualquier silueta de un adolescente le remite al chico de la flauta. Ahora ya sabe que las imágenes que se ven en las regresiones se mantienen

indelebles con el paso de los años. Le llega la voz de Fernando como si viniera de muy lejos:

—No sabemos con qué episodios de su pasado pueden contactar estos chicos, por lo tanto, tienen que saber a lo que se someten, y que nuestra responsabilidad sea compartida con la de sus padres.

Mauro se pasa la mano por la cara:

—De acuerdo, de acuerdo —acepta—. Los tantearé. Y, ¿qué me decías de Tossa? ¿Has descubierto algo?

Fernando vuelve a negar con la cabeza:

—Todas las especias que salieron en la última sesión que hicimos están presentes en la montaña de Tossa. El botín o tesoro, como tú lo llamas, si existe, puede estar enterrado en cualquier lugar. Y, además, ¿quién puede asegurar que no se ha edificado encima, que es lo más probable? Me temo que la búsqueda del tesoro tendrá que quedar en el paquete de los sueños inalcanzables.

Mauro se levanta y se acerca a la pared que está frente a la ventana y se queda mirando el mapa de Tossa de Mar, enmarcado con un cristal y un listón metálico negro:

—Bien, ya abordaremos esta cuestión más adelante, ahora lo que más me interesa es el chico o la chica. De todas maneras —vuelve la cabeza para mirarlo—, si hemos logrado llegar a saber que los hechos ocurrieron en Tossa, ¿quién nos niega la posibilidad de descubrir el emplazamiento del tesoro?

El amigo se levanta y se acerca hasta situarse a su lado y mira también el mapa. Con los ojos recorre los cuarenta kilómetros de la población y murmura:

—Porque en casi cuatrocientos años Tossa ha cambiado mucho y no nos sirven de nada los referentes que obtenemos de las regresiones. Pinos, encinas, retama, fíjate. —Pasa la mano por la amplia extensión de bosque que cubre el norte de Tossa como una mantilla oscura—. ¿Cuál de estos pinos, cuál de estas encinas es la que ves en las imágenes?

Mauro fuerza una sonrisa:

—El granuja de aquel momento tendría que haber llevado un GPS en el bolsillo cuando enterró el botín.

Los dos amigos se echan a reír. Y Mauro, pasándose la mano por el estómago, dice:

—¿Sabes qué me dice ahora la vocecita? Pues que el guisado de carne debe de estar de muerte. Te ayudo a poner la mesa.

Cuatro días ha estado Duna esquivando a Adalbert hasta que hoy, al salir del instituto por la tarde, el chico ha conseguido llevarla al *frankfurt* y allí sacarle lo que la tenía tan, tan dolida.

—Te había pedido que no tocases para nadie antes de hacerlo para mí. Y ¿qué hiciste el sábado? ¡Tiempo te faltó para lucirte delante del profe!

Y mientras Duna habla tiene los ojos brillantes, pero no de estrellas, sino de lágrimas, y Adalbert se ha dicho a sí mismo que es un bruto e imbécil no sabe cuántas veces. Y cuando Duna se ha callado él ya tenía bien decidido lo que harían:

—Vamos a mi casa, Duna, tocaré para ti, ¡sólo para ti!

Se han levantado precipitadamente y han salido del bar nerviosísimos. Por el camino Adalbert le ha hablado de la tía Ángela y Duna se ha partido de risa con lo del porro; tiene ganas de conocerla, menuda abuela enrollada, ¡qué suerte tiene Adal!

Adalbert ha abierto la puerta y ha mirado a ambos lados del pasillo. ¡Fantástico! Tía Ángela estará por ahí haciendo fotos.

Todavía riendo Adalbert abre la puerta de su habitación y la invita a entrar. Cuando la chica cruza ante él aspira su aroma y lo invade una turbación que le enrojece las mejillas y le endurece el miembro. Las bromas han quedado en el pasillo, en la habitación los abraza el silencio. Adalbert no se mueve de la puerta, los ojos se le van a la cama y la quemazón de las mejillas lo violenta, por un instante le pasa la idea de tumbarse ahí con Duna y besarla, y acariciarle los pechos y las piernas...

—¡Cuántos cedés! ¡Qué pasada...! —Le llega de lejos la voz de Duna, que está a contraluz y ve cómo el sol de la tarde le ilumina el cabello y le arranca destellos. Una imagen cruza ante sus ojos, es como si la hubiera visto antes, pero es tan rápida que el pensamiento se disuelve con ella. Ve que mira las fotos que colgó en el corcho de la pared donde tiene el ordenador y haciendo un esfuerzo se obliga a acercarse y a hablar con tanta naturalidad como le es posible.

—Este es el abue, el que ahora está enfermo, y éste es mi primo, Liborio, somos muy colegas, tenemos la misma edad —lo señala con el dedo— y éste soy yo. Es de hace un par de años. Liborio es increíble, un día te contaré cosas de él. Éste es mi padre Duna ve un hombre alto, moreno, con un bigote espeso, que pasa el brazo por la espalda de un anciano alto como él y cuadrado como un armario, y al lado Adalbert y un chico también muy moreno, y hace esfuerzos para que no se le note el temblor que le ha entrado en cuanto ha

pisado la habitación, para que la emoción de estar solos, completamente solos, no la delate, porque se muere por abrazarlo, olerlo y besarlo, pero la vergüenza casi no la deja moverse ni hablar con naturalidad. Con dificultad murmura:

—Tiene gracia, todos tan morenos y tú tan rubio...

Adalbert mueve la boca y los labios, la tiene tan cerca que es imposible que no oiga cómo el corazón le golpea el pecho, que no vea lo empalmado que está, y a duras penas es capaz de murmurar:

—Sí... por el abuelo austríaco, todo el mundo lo dice.

Y los dos se quedan callados, tiesos, simulando que miran las fotos para empaparse de sus olores, y ya levanta la mano Adalbert y la lleva hacia la espalda de Duna cuando se abre la puerta y aparece el rostro de la tía Ángela:

—Hola, cariño, ya estoy aquí. ¡Ay, perdona!, has venido acompañado.

Sin el menor pudor la tía abre la puerta del todo y entra en la habitación, directa a Duna:

—Hola, guapa. ¡Huy, qué mona eres!

Le da un par de besos mientras Adalbert se pone de espaldas para que la tía no perciba el bulto en los tejanos, pero no es necesario...

—Bueno, no quiero molestar. Si queréis algo ya sabéis dónde estoy. Hasta luego.

Les dice adiós con la mano y desaparece como ha venido.

Duna se queda mirando la puerta, ahora cerrada, y murmura:

—¡Qué simpática, la tía de las narices! —Vuelve la cabeza, mira a Adalbert y de pronto se echa a reír.

La nube de magia se ha disipado como si alguien hubiera encendido una luz potente en la habitación. Adalbert suspira profundamente antes de coger la flauta del estuche y llevársela a los labios. Duna se sienta en la cama, con las piernas cruzadas y bien dispuesta a disfrutar del concierto en exclusiva, sólo para ella.

8.

ARROZ DE CENTOLLO Y BARBADA

No ha sido fácil para Mauro encontrar el día que a Adalbert le fuera bien acudir a su casa a escuchar la melodía prometida. Casi parecía que el chico fuera a escurrírsele con tanta excusa, hasta que al fin han quedado para hoy a las seis de la tarde.

Y ya son casi las seis cuando Adalbert llega a la plaza del Vapor Ventalló y se encamina hacia los edificios nuevos. Continúa dudando, ¿y si llama al profe y le dice que le ha salido algo y que irá otro día? No le apetece en absoluto subir, lo que realmente desea es ir al ensayo de la obra de teatro de Duna y pasarse todo el rato mirándola, como hace todos los días. Respira hondo y se mete la mano en el bolsillo, coge el móvil, vacila durante unos segundos, suelta el móvil, saca la mano y la alarga a los timbres del portero automático. Si ha quedado, ha quedado, se repite a sí mismo, y espera con la cabeza gacha el zumbido que le indique que la puerta está abierta.

Ignora el ascensor y sube a pie hasta el tercer piso; dos puertas porrellano. Tercero primera, le dijo el profe, va a pulsar el timbre, pero la puerta se abre antes y la silueta del profesor se recorta a contraluz por el balcón que ve al otro extremo, por cuyo ventanal se cuele la luz de media tarde.

—Hola, Adalbert, pasa, todo recto. —El profesor se aparta para que el chico pase.

—Hola —dice él, un poco cohibido.

Y avanza por el pasillo de desnudas paredes, donde hay una puerta a la derecha antes de abrirse a la pieza que sospecha que es el comedor pero que está habilitado como estudio. Ve una mesa grande con una CPU que le parece muy aerodinámica, pantalla de TFT, que así, a ojo, diría que pasa de las veinte pulgadas y un teclado negro. A la derecha de la mesa hay otra llena de aparatos planos, como reproductores de DVD, pero en grande y llenos de palanquitas y *jaks* de colores. Percibe que el profesor lo está observando y dice, señalándolos:

—Qué pasada, ¿no?

Mauro hace un gesto que abarca todo el conjunto:

—Es la orquesta enlatada. Más el amplificador, sintetizados mesa de mezclas...

—Y buenos bafles... —Adalbert se acerca a las cajas de más de un metro de altura—, ¡deben de sonar de poca madre!

Como respuesta el profesor roza con un dedo la tecla del *play* de la platina y las primeras notas de *Sleep Like a Child* inundan la habitación. Adalbert cierra los ojos y la música lo cubre como si extendiera un nórdico sobre él.

Mauro lo observa con atención; el chico se ha cogido con ambas manos al respaldo de la silla negra con brazos giratoria y tiene la cabeza levemente inclinada hacia atrás, los ojos cerrados, la barbilla temblando de forma casi imperceptible. Procurando no hacer ruido Mauro da la vuelta a la mesa hasta tenerlo recortado a contraluz por el balcón; entrecierra los ojos para difuminar la imagen y la compara mentalmente con la que ha visto tantas veces en las regresiones. ¿Se parece? En realidad, ¿no querría que se pareciese? Si quiere ser realista tendrá que aceptar que cualquier joven con el pelo largo y de constitución normal se parecería a la silueta de la imagen que tiene en la cabeza. Se pasa la mano por la barba y vuelve al lado del equipo de música; las últimas notas, perfectamente desgranadas por los respectivos altavoces, se diluyen en el aire.

—Impresionante —murmura Adalbert abriendo los ojos—. ¡Qué voz! Es un instrumento, no una voz, ¿quién es?

—Joss Stone, aunque no te lo creas es blanca, pero canta como una negra, ¿no es cierto? Para mí es excepcional —responde Mauro satisfecho por el comentario del chico, y le alarga el estuche del cedé.

Adalbert lo coge y lo mira:

—¿Me lo puedes copiar?

Mauro niega con la cabeza:

—No, te rascas el bolsillo y sueltas la pasta. Yo soy de los que viven de esto. Entenderás que... —Y hace un gesto significativo con la cabeza mientras le alarga una hoja de papel y un lápiz.

Adalbert se apunta los datos y mirando el equipo dice:

—Todo esto debe de costar una morterada.

—Son mis herramientas de trabajo —responde Mauro—. Te aseguro que las amortizo.

Adalbert está contemplando con franca curiosidad el resto de los objetos que hay en la habitación. Ve un piano eléctrico arrimado a la pared, enfrente del balcón, se acerca y desliza un dedo por las teclas sin obtener el menor sonido.

—Enciéndelo si quieres —lo invita el profesor.

Pero son las fotografías clavadas con chinchetas en la pared lo que llama la atención del chico. Son seis fotografías en blanco y negro y representan diversas vistas de un pueblo que parece de mar; a su izquierda hay un plano colgado con el mismo sistema; en el recuadro de abajo está el nombre: Tossa de Mar.

—Son chulas, ¿no?

Adalbert no se mueve, pero siente la presencia del profesor detrás de él.

—Sí —responde. Le llama la atención la de una fuente en medio de la calle y dos niñas con pinta de antiguas, que parece que jueguen con el agua.

—¿Conoces Tossa? —Y Adalbert parece notar algo diferente en el tono de voz del profesor.

—No —contesta—. A mis padres les gusta Sitges y a mí también.

—A mí me interesa Tossa por una historia que conozco. ¿Te la cuento?

Adalbert asiente con la cabeza pese a que se encoge levemente de hombros, como si le dijera, «si insistes»...

Mauro toma asiento en una de las sillas de director con brazos y loneta negra que hay al lado del piano y le señala la otra, la de lona verde que está de espaldas a la mesa; cruza las piernas y mirando el mapa, empieza:

—Es una historia fascinante. Imagínate, siglo xvii, un bandolero o contrabandista de la época ha reunido un botín importante, joyas, monedas de oro, vamos, lo normal en aquel tiempo; para asegurarse de que no se lo van a robar, decide enterrarlo en un lugar seguro de la montaña...

Adalbert lo escucha con atención, no le cuesta nada imaginarse un jinete a caballo zigzagueando entre pinos, llevando atada a la silla una bolsa llena de monedas de oro; las películas de la Edad Media le encantan, sobre todo *El nombre de la rosa*.

—Ahora, época actual —continúa Mauro—. Imagínate un tipo de cuarenta y tantos años, vamos, como yo...

—Pero ¿qué pasa con el bandolero? —le interrumpe el chico—, ¿se muere, lo matan...?

—Lo matan —afirma con seguridad Mauro—. Los mismos compañeros, precisamente para robarle, pero no encuentran nada. Y ahora saltamos al presente. El tipo que te decía, desde muy joven empieza a tener sueños, sueños del estilo de ver un bosque, pinos, arbustos y —baja el tono de voz— un botín importante enterrado bajo tierra.

Adalbert abre los ojos, se lo imagina, lo ve, los pinos, los arbustos, tierra removida, unas manos que rascan la tierra y sacan la bolsa, aguanta la

respiración.

—¿Y qué hace? —pregunta en voz baja sin darse cuenta.

Mauro se echa un poco para atrás, apoyándose en el respaldo de la silla:

—Primero cree que sólo son sueños, pero cuando se van repitiendo y repitiendo, se siente presa de la curiosidad y decide averiguar qué le quieren decir. Así que empieza a preguntar aquí y allí hasta que alguien le habla de una mujer que los sabe interpretar, va a donde le dicen y ¿sabes lo que le hace la mujer? —Se inclina tanto hacia Adalbert y éste también se acerca tanto a él que las dos cabezas casi se tocan—. Pues una regresión.

—¿Una regresión? —se sorprende Adalbert—. Y ¿eso qué es?

—Pues con relajación o hipnosis, alguien que entiende hace que tu cerebro entre en la onda alfa u omega, no lo sé muy bien, el caso es que sintonizas con un plano en el cual puedes conectar con momentos de otras vidas.

Adalbert lanza un silbido largo, y murmura:

—¡De poca madre! ¿Y eso es posible?

—¡Ya lo creo! ¿Te interesa la historia?

—Sí, sí, continúa.

—Bien, el caso es que mi amigo conecta y así es como empieza a tener imágenes que en un principio no son nada más que piezas de un rompecabezas, pero el tipo sigue probando por aquí y por allá y el rompecabezas va tomando forma...

—Y ¿cómo sabe que ocurre en Tossa de Mar? —salta Adalbert—. También podría ser en Sitges, el Vinyet está todo lleno de pinos.

—¡Buena deducción! —lo felicita Mauro—. Ésta era una de las claves de la historia y lo que llevaba más de cabeza a mi amigo. ¿Sabes cómo llegó a descubrirlo?

—¿Cómo?

—Pues tuvo la suerte de ir a parar a un parapsicólogo que también hacía regresiones y tenía una particularidad: en todas las regresiones que hacía preguntaba al consultante por la cocina de la época. Mi amigo le explicó lo que pretendía y el parapsicólogo le aseguró que él había conseguido localizar los parajes de los cuales hablaban sus clientes por los platos que citaban en la regresión. A lo largo de dos o tres sesiones ya tenía una lista de platos que había nombrado, como langosta con chocolate, congrio con guisantes, arroz de sardinas, arroz de centollo y barbada... —Mauro detiene la narración y le pregunta—: perdona ¿quieres tomar algo? Tengo coca-cola, cerveza, limonada...

—No, no, gracias, continúa, por favor —dice el chico, impaciente.

—De acuerdo. Pues con estos platos el parapsicólogo tuvo suficiente para, al cabo de unos días, situar el lugar en un pueblo marinero, entre la Selva y el Empordá, aún afinó más, ya que él se inclinaba por Sant Feliu de Guíxols, donde todavía hoy algunos restaurantes ofrecen arroz de sardinas como plato local. Y ya ves a mi amigo aprovechar los fines de semana para ir a husmear por aquellas tierras, pero pronto descubrió que otros pueblos vecinos hacían el mismo arroz, así que tuvo que continuar la búsqueda. Fue a los archivos municipales de todos los pueblos de alrededor buscando recetas de cocina, y fue Tossa la única que, según estaba documentado, tenía una variante del arroz de centollo que era añadir barbada, que es un pescado muy sabroso.

Mauro se calla y lo observa. Adalbert ha levantado la cabeza y está mirando fijamente el mapa, al cabo de unos instantes, el chico murmura:

—¡Qué fuerte...! —Se frota las manos en los tejanos, y añade—: Y ¿qué hizo? ¿Encontró el botín?

—No, ésa es la segunda parte, y no está resuelta. Ahora ya sabe el lugar pero, como puedes ver, el botín puede estar enterrado en cualquier sitio.

Adalbert se muerde los labios y se pone el pelo detrás de las orejas sin apartar los ojos del mapa.

—Puede estar enterrado en una cueva —dice.

—Sí, o debajo de un edificio... Dime, ¿qué te ha parecido la historia?

—¡De poca madre! Parece una película. Y ¿puede tener mucho valor ese botín?

Mauro se levanta y da la luz de la lámpara de pie del otro lado del piano y la de la mesa donde tiene el ordenador.

—Si son monedas de oro, podríamos hablar de más de un millón...

—¿De euros?

—De euros. Pero ¿qué?, ¿te ha impactado, te ha provocado algo? —insiste Mauro.

Adalbert se lo queda mirando, sonrío:

—Sí, claro. Qué pasada, parece irreal pensar que allí puede haber un tesoro enterrado, como en las películas...

—¿Qué harías tú si pillaras un botín de, pongamos, un millón de euros? —le suelta de golpe.

Adalbert sonrío confuso, se restriega de nuevo las manos en los tejanos, se la pasa por el pelo y acaba encogiéndose de hombros:

—Pues, la verdad, no sé, es tanta pasta... Supongo que..., supongo que me compraría un aparato como éste —señala el equipo de música—, y unos

bailes como éstos —repite el gesto— y me compraría un «ordenata» nuevo con un giga de memoria ram y una pantalla grande como la tuya..., y un gato, y no sé qué más...

—Quizás pudieras conseguirlo... —dice despacio Mauro—, mi amigo me ha dicho que hay muchos tesoros enterrados por las guerras y por robos...

—Sí, lo he visto en la tele, hay gente que se dedica a buscar barcos hundidos, pero ¿qué puedo hacer yo?

—¿No te gustaría hacer una regresión? Tengo un amigo que te la haría gratis.

Adalbert vuelve a sonreír, inseguro.

—Pues..., sí, supongo que sí, no sé qué saldría, pero no creo que me tropezara con un tesoro así, por las buenas. —Y se encoge de hombros.

—Nunca se sabe —sentencia Mauro, de pronto muy serio.

Detrás de la ventana del balcón la oscuridad demuestra que el tiempo ha ido pasando. Adalbert se percata y se levanta rápido.

—Vaya, lo siento, tengo que marcharme.

Mauro también se levanta.

—¡Eh! ¡Que yo recuerde has venido a escuchar una canción!

Adalbert va hacia la puerta:

—Sí, pero tengo que volver a casa, mi tía quiere que le enseñe no sé qué y le he prometido volver pronto.

—De acuerdo, de acuerdo, quedamos otro día.

—Sí. Nos vemos.

Y sale tan de prisa que casi tropieza con la puerta. Baja la escalera precipitadamente y no respira hondo hasta que llega a la calle. ¿Qué coño le ha pasado?

Mauro cierra la puerta tras de sí preocupado; se dirige hacia la silla de lona negra y se sienta, se frota la barba, se levanta y va al balcón. Nada ha salido como él tenía previsto, se ha dejado llevar por los nervios y lo ha acorralado; no tenía que haberle propuesto lo de la regresión, o quizá haya sido lo del botín lo que lo ha crispado, ha perdido de vista que es un chaval de dieciséis años y quizá se haya sentido ofendido, quizá haya creído que lo trataba como a un niño contándole una de piratas. Golpe con la mano plana en el batiente de la ventana. ¡Hostia puta! ¡Nada más empezar ya la ha cagado! ¡Al final tendrá razón el puñetero Fernando y los problemas de verdad empezarán ahora!

Adalbert anda a paso rápido hacia casa. No recuerda que tenía la intención de pasar por Amics de les Arts y arañar aunque fueran diez minutos para estar con Duna. A cada zancada el desasosiego va ganando terreno. Pero ¿qué le pasa? Algo se le ha metido dentro o ha tocado algún resorte, pero no sabe cuál ni qué, sólo sabe que se siente raro. Al pasar por delante de la farola de la esquina de la calle Córdoba se le ocurre mirar al suelo y, qué burrada, busca su sombra, la propia sombra, y se trata de imbécil para arriba cuando el solo hecho de verla en el suelo, pegada a la suela de las zapatillas, lo tranquiliza.

Sube la escalera de dos en dos con las llaves ya en las manos mientras prepara una disculpa para la tía Ángela; ahora no le apetece en absoluto hablar con nadie, irá directo a su habitación, se clavará un chute de los suyos y desconectará, ya lo creo que desconectará. Al abrir la puerta de casa lo primero que ve es luz en la sala, la tía estará viendo la tele, deduce. Cierra con mucha suavidad la puerta tras de sí para pasar desapercibido y hace ademán de deslizarse hacia el pasillo pero oye voces y se detiene, con un pie medio suspendido en el aire. Reconoce una de las voces y el corazón le da un salto. ¡Mamá! Se inclina para lanzarse a abrir la puerta pero como si alguien hubiera apretado la tecla de *pausa* vuelve a quedarse quieto, algo le dice que espere y escuche.

—Quizás sea una decisión demasiado precipitada —oye que dice la tía Ángela.

—He tenido trece horas de avión para pensármelo —la voz de mamá suena agitada, él aprieta con fuerza el pomo de la puerta de la sala sin atreverse a abrirla—, y no pienso echarme atrás. ¡Y a Ernesto le haré un favor!

—Repito que te precipitas. —Le suena raro oír hablar a la tía tan seria—. Piensa en el niño, hazlo por él, tienes que madurarlo y, sobre todo, asegurarte. Los celos son malos consejeros.

Le tiembla la mano. Algo grave pasa entre papá y mamá, traga saliva. Oye que mamá exclama:

—¡Los celos, los celos...! Los vi con mis propios ojos, ¿es que no lo entiendes, tía? Hay cosas que no tienen que explicarse cuando son tan evidentes. Estaban allí, besuqueándose, ¡si llego a entrar en la habitación cinco minutos más tarde me los encuentro ya la una encima del otro!

Adalbert no se da cuenta de que ha abierto la puerta y que se ha plantado en medio de la habitación; él también grita:

—¿Qué chingos pasa?

La madre, que estaba de espaldas sentada en el sofá, se da la vuelta sobresaltada:

—¡Ay, Adal, cariño, estás aquí!

—¡Sí, y ya me estás contando qué pasa!

Su madre se levanta, apretándose las manos, y va a abrazarlo, pero Adalbert la rechaza y Velia sabe que está furioso o asustado, porque cuando Adal está furioso o asustado es como una botella de gaseosa que se ha sacudido demasiado rato y acumula presión.

—Anda, venga, habla, ¿qué? —Y da vueltas por la sala sin dejar de pasarse las manos por los tejanos—, venga, va, estoy esperando.

—Ya basta, Adal. —En el tono de voz de Velia sólo hay cansancio.

—Sí —dice Adalbert, y él también se siente, de pronto, agotado. Se pasa las manos por la cara y el pelo—. Dime, ¿qué pasa entre tú y papá?

La madre espera unos segundos antes de responder, tan serena como es capaz de hablar:

—Me separo.

Hay unos instantes de silencio mientras Adalbert mira el televisor y el mueble de madera de color teñido, también pasa la mirada por la tía Ángela sin verla hasta llegar a su madre. Se la queda mirando y de pronto se le ocurre pensar que es más bajita de lo que él la recordaba estos días. «Me separo», ha dicho. Qué burrada, ¡mamá no puede vivir sin papá! Se levanta, se acerca y la abraza fuerte, percibe su olor y la aprieta más fuerte, y cuando la tiene así, abrazada, le murmura al oído:

—No te creo.

Deshace el abrazo y sin añadir más sale de la sala arrastrando los pies hacia su habitación.

9.

«ME VOY PERDIENDO EN TUS LABIOS»

—¿Más de un millón de euros? —Duna ha abierto los ojos, tanto, que por un instante Adalbert teme que se le caigan al suelo; asiente con la cabeza—. Pero ¡eso es mucha pasta! ¡Yo quiero hacer la regresión!, ¡ya lo creo que quiero hacerla! La haremos juntos, Adal, tú y yo, y ya verás como algo saldrá del pasado. Estoy tan segura como que hoy es sábado por la mañana y..., y... — mira hacia la ventana— y llueve.

Adalbert, sentado en el taburete de la cocina de casa de Duna se mira la punta de las zapatillas de deporte con atención. También él lo ha pensado esta madrugada, h§ estado dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño ni chutándose Albinoni y Purcell juntos.

—Y ¿qué harías tú con un kilo de euros? —le pregunta.

Duna llena de café la cazuelita de la cafetera y encaja el mango en la máquina, frunce los labios de una manera que Adalbert ya conoce, por lo que sabe que está pensando. Efectivamente, al cabo de unos instantes, con un dedo encima del pulsador que activa la salida del café y sin mirarlo, le responde:

—Me iría a vivir a Barcelona. Cogería un piso en Diagonal Mar y me llevaría a mamá. En el mismo edificio cogería un entresuelo o una tienda y montaría una productora de vídeo, después, cuando tuviera a mamá colocada, montaría una compañía de teatro y produciría obras, y si todo fuera bien, me compraría un teatro. ¿Y tú? —Aprieta el botón y el café empieza a salir.

Adalbert mueve la cabeza indeciso mientras roza con un dedo el borde del plato de la taza de café.

—No lo sé, pero te aseguro que de todo lo que me contó el otro día el profe eso fue lo que más me impactó. Me hizo un «bum» aquí dentro. —Y se señala el pecho—. No veas, tener esa morterada en las manos...

—Pero ¿para qué? —La amiga le pone la taza con el café en el plato y añade la leche.

—¡Que no lo sé! —exclama Adalbert—, pero fue como si...

Se calla, no encuentra las palabras para explicarse, coge la cucharilla y empieza a darle vueltas pese a que aún no tiene azúcar. Duna se da cuenta y se lo añade. Adalbert, abstraído, continúa removiendo.

—¿Dirías que fue como si alguien te pegara un empujón por detrás y te pusiera frente a un precipicio? —le dice ella. Ahora es Adalbert quien la mira con los ojos abiertos.

—Pues algo así —le contesta.

Duna se sienta a su lado, en la pequeña mesa de la cocina, y también remueve su café con leche:

—A mí también me pasó cuando murió papá. Me lo contó Anamura. No recuerdo las palabras exactas pero me dijo algo así como que me sentía proyectada o de cara al futuro. Quizás sea eso lo que te pasó.

Adalbert se concentra en dar vueltas a la leche con la cucharilla. El futuro. ¿El futuro? Levanta la cabeza y la mira:

—Nunca he pensado en el futuro.

—¿No? —se sorprende Duna—. Pues yo no he hecho otra cosa todos esos años. Tengo una prisa por hacerme mayor que no puedo con ella.

—Pues yo no. —Y Adalbert se encoge de hombros.

—Pero ¿a ti te gusta estar así...? ¿Tener que ir al insti a tragarte rollos sólo para aprobar y porque lo marca la edad? ¡Yo tengo ganas de decidir qué estudio y qué hago!, pero ¡decidirlo yo! Hay muchas cosas guapas por saber y por aprender y ardo por volcarme en ellas.

—Pero es lo que hay —responde Adalbert—. Y después del insti está la carrera, y después...

—Y después, ¿qué? —casi le grita Duna.

Adalbert toma un sorbo del café con leche, deja la taza, se pasa la servilleta de papel por los labios y responde:

—No sé, el despacho, supongo, los clientes, la pasta, un piso guapo...

—¡Estás como una cabra, tío! ¿Has visto la cara que pones? —Duna lo mira irritada—. Parece que te hayas enchufado un cedé y hala, a repetir el rollo. ¡Eso no te lo crees ni tú! —Y espera con las uñas fuera la defensa de su amigo, pero Adalbert se ha quedado mirando la taza y Duna esconde las uñas y arrastrada por una oleada de ternura le pasa el brazo por el cuello y le cuchichea—: Eh, colega, lo siento, no quería decirte eso...

Adalbert no se mueve, Duna se acerca más, vacila, casi roza con los labios la mejilla de Adalbert, sombreada por la barba que apunta rojiza y vigorosa, el deseo de besarlo es tan intenso que sin darse cuenta, enrojece. Él vuelve la cabeza y la mira, están tan próximos que con sólo un breve gesto los labios se

tocarían. Adalbert los mira, una corriente eléctrica le recorre la espalda hasta la cintura, Duna tiene la boca entreabierta, todo él es calor, se acerca y le roza los labios, cierra los ojos. Duna se acerca, le roza los labios, cierra los ojos. El tiempo se ha parado, no existe nada más en el mundo que el beso de Duna a Adalbert, que el beso de Adalbert a Duna. Luego, cuando ya estén cada uno en su casa no sabrán decir cuánto tiempo ha pasado. Ahora se separan aturcidos, avergonzados, sin saber qué hacer de las manos ni de los ojos, así que se escamotean las miradas. Duna va hacia el fregadero y se pone a lavar con energía los cuatro platos de la cena del día anterior, Adalbert se ha bebido de un trago el resto del café con leche, ya frío. Están así un largo rato hasta que Duna se seca las manos pasándoselas por los tejanos, y le dice:

—Tengo que hacer un volcado. ¿Me acompañas?

Adalbert se levanta y la sigue hasta el otro lado del piso, donde Clara tiene instalado el ordenador y los aparatos de grabar. El silencio es tan escandaloso que los violenta; sin embargo, fingen no oírlo. Duna se siente observada por Adalbert y hace lo posible para mantener la calma, se sabe con las mejillas rojas e intuye que tiene la punta de la nariz blanca, y eso le da rabia, porque la delata; suerte que tiene práctica para coger la cámara de vídeo y las cintas de VHS que mamá le ha dejado preparadas, poner en marcha el ordenador y el convertidor y preparar el volcado de las imágenes al disco duro. Adalbert ya sabe ahora que Duna ayuda a su madre en el montaje de vídeos domésticos: bodas, bautizos y comuniones; ella hace la parte que ocupa más tiempo: el volcado del material y después las copias en DVD, así la madre sólo se ocupa de la edición, el trabajo avanza y Duna se saca un sueldo, suficiente para sus gastos. Adalbert no le quita los ojos de encima; le gusta ver trabajar a Duna, le gusta ver la seguridad con que teclea las órdenes, cómo se mueve por el *Premiere*, un programa de edición que a él le parece complicado, y espera que le diga lo de siempre cuando se inclina hacia atrás, apoyándose en la silla sin brazos, negra: «Bueno, tenemos para media hora, eso de que la peli vuelque en tiempo real es un rollo», pero ahora Duna se inclina hacia atrás, alarga la mano y coge de la estantería de al lado un estuche de cedé y se lo da.

—Toma.

Adalbert lo recibe sorprendido. ¿Qué es? En el frontal del disco está escrito con rotulador negro: «*Todas las mañanas del mundo*».

—Es en inglés, subtitulada en castellano —dice con tono de excusa Duna—. Hasta que salga el DVD, puedes verla así...

—¡Ah, de poca madre, gracias! No, no pasa nada, chapurreo el inglés... —Y se queda con el estuche en las manos sin saber qué hacer, turbado, e

insiste—: ¡De verdad, gracias!

Y carraspea. Duna se ha apoyado en el respaldo de la silla y no dice nada. Resulta extraño estar con Duna y no hablar de nada, así que se decide:

—Hartas veces me pregunto si extrañas a tu opá.

Duna vuelve la cabeza y se lo queda mirando como si viera a un marciano.

—¿Qué dices? Pero ¿cómo hablas?

Adalbert se echa a reír y Duna se contagia, y la turbación que ambos sentían desaparece.

—Ay, perdona, se me ha ido la olla y me ha entrado la esquizofrenia —se ríe él.

—Eres un pilcatito esquizofrénico —se ríe ella.

Y a los dos les da el ataque de risa, incluso quizá demasiado ataque y demasiada risa, pero les va bien, porque cuando se apaciguan las carcajadas los dos se reconocen en el Adal y la Duna de siempre. Entonces él se pone serio.

—Decía si echabas de menos a tu papá.

Duna tarda unos segundos en responder:

—Sí, pienso en él. Cuando murió me monté la película de que se había marchado de viaje y un día volvería; después, con el tiempo, no sé, mamá y yo hablamos de él como si estuviera aquí, «papá haría esto», «papá haría aquello» o «papá no soportaría esa música», pero no lo vivo mal, creo que he tenido suerte porque tengo muy buen recuerdo de él.

—Ayer..., ayer, mamá me dijo que se quería separar —suelta de pronto Adalbert mirando la pantalla del ordenador.

—¡Ah! —dice Duna, y espera.

—... Eso.

—¿Y tú...? —le pregunta ella.

—No sé... Mamá ha estado siempre muy colgada de papá... —Y fija la mirada en la punta de las zapatillas.

—¿Y...?

—Es que no sé, se me hace muy raro —levanta los ojos y la mira—, no sé qué va a pasar.

Duna también lo mira, le parece tan desvalido que se acerca a él y lo abraza, abrazo de amiga.

—Igual no pasa nada, los papas hacen esas cosas, se enfadan como nos enfadamos nosotros, pero luego buen rollo, como nosotros. Ya lo verás.

Adalbert toma aire con fuerza y asiente con la cabeza:

—Ok, llevas razón; mamá es muy visceral, pero luego se le pasa. Papá le prometerá un viaje de los suyos, le hará cuatro arrumacos y un par de achuchones y todo volverá a ser como siempre.

—Seguro.

—Hoy le escribiré. Él lleva siempre encima su portátil.

—Pero le hablarás de buen rollo, ¿no?

—Sí, claro..., le diré que..., que..., bueno, ya me lo pensaré, quizás le escriba mañana.

—Puedes comprarte una *webcam*, así lo verás. Yo sé de un lugar donde las venden baratas —le propone ella.

—¡Oye!, es una buena idea, pero tal vez no sea necesario...

—Tal vez no...

Duna vuelve al ordenador; el volcado del primer vídeo ya ha finalizado y tiene que preparar el siguiente. Mientras saca la cinta del compartimento y pone la otra, se le ocurre:

—¿Por qué no vamos a ver al profe esta tarde? Yo habré terminado esto y puedo librar.

Adalbert se sobresalta:

—¿Esta tarde? Es muy precipitado. Además, igual está navegando, es sábado, ¿no te acuerdas?

Duna señala la ventana:

—Pero llueve. Vamos, llámalo, ahora mismo, las cosas en caliente son mejores.

Adalbert hace una mueca, se mete la mano en el bolsillo y saca el celular.
Duda:

—Pero... ¿qué pensaré?

—Me importa un pimiento lo que piense, me interesa más lo que pienso yo, y lo que pienso yo es que quiero hacer una regresión. ¡Hace años que lo intento! ¡Venga, llama ya!

Adalbert mira el diminuto teclado, suspira y marca con el deseo oculto de que, por favor, no esté, de que, por favor, tenga el teléfono desconectado, de que, por f...

—¿Diga?

Han quedado a las cinco y media en casa del profesor; Duna saltaba de alegría. Ahora Adalbert sube despacio la escalera de su casa. No le apetece volver a casa del profe. ¿O sí? Tampoco le apetece ver ahora a mamá. ¿O sí?

Mueve la cabeza como si tuviera el pelo mojado y se lo pone detrás de las orejas. Está hecho un lío. ¡Qué asco!

Velia trajina en la cocina mientras termina de preparar la comida; tiene la expresión grave que sólo se suaviza cuando ve entrar a Adalbert y le sopla un beso. El chico se le acerca por detrás y la abraza descansando un momento la cabeza en su espalda. La madre se detiene a saborear el abrazo y luego lo empuja con suavidad:

—Anda, vete, se me van a quemar los canelones.

Pero el chico no la suelta, al oído le pregunta:

—Lo de ayer, fue un berrinche de genio, ¿verdad?

Velia se aparta con brusquedad, da media vuelta y se le planta delante:

—¡No! Te lo dije y lo repito. Y me alegra que hayas sacado el tema porque quería hablarte.

Adalbert mira la puerta y se traga el impulso de echar a correr. ¡Por favor, que no le toquen los huevos ahora! Hablar, hablar, ¿hablar de qué? Cruza los brazos y se apoya en la encimera, al lado de la nevera.

—Ok, dime.

Su madre lo mira de reojo mientras saca la bandeja del horno:

—No pongas esa cara, que no es el fin del mundo. Tienes dieciséis años y muchos padres se separan, ¿no? Eres lo suficientemente mayor para entenderlo, y...

Y la madre le suelta un discurso del que Adalbert sólo pesca el principio porque ya ha desconectado. Mamá es así, cuando tiene que decir algo que le duele o que no sabe cómo decir, empieza en Terrassa y acaba en el Himalaya, se lo sabe de memoria; de manera que tan hábilmente como puede, empieza a deslizarse hacia la puerta y se escabulle hacia su habitación. Del bolsillo de la cazadora saca el cedé que le ha dado Duna y con cuidado lo pone en la estantería junto a sus cedés preferidos. ¿Cuánto debe de costar una *webcam*? Luego se saca la chaqueta, la deja encima de la cama y vuelve a la cocina, entra sigilosamente y se pone al lado de la nevera, con los brazos cruzados, como antes, y escucha cómo mamá termina diciendo:

—... por lo tanto, no hay que montar ningún drama. ¿De acuerdo?

Y vuelve la cabeza para mirarlo. Adalbert, obediente, responde:

—Ok, mamá, no montaremos ningún drama. ¿Y el abue cómo está?

—Muy mal, los médicos le dan dos meses de vida, como mucho.

—Papá se quedará allí, supongo.

Velia se paraliza con la mirada fija en los guisantes salteados:

—Supongo. —Parpadea y lo mira—. Anda, pon la mesa y avisa a la tía Ángela. Luego, por la tarde, la ayudaremos a hacer la maleta y más tarde la acompañaremos a casa.

Adalbert abre el cajón de los cubiertos y mientras los escoge responde:

—No cuentes conmigo, he quedado.

—¿Con esa Duna? —salta Velia al instante.

—Sí. —Adalbert capta la subida del tono de la voz de su madre—. Vamos a casa del profe de música. Es el sustituto, ya te contaré.

—¿Y qué vais a hacer un sábado por la tarde? —Velia está abiertamente belicosa.

—Tiene un clavicémbalo, yo le dije que me gustaría verlo y quedamos para hoy. Lo siento, si quieres que lo anule... —Sabe que mamá le dirá que no; odia quedar mal.

—Pues si puedes hacerlo, te lo agradecería, porque la tía Ángela, entre la bolsa, el portátil y no sé qué más lleva, me haría ir demasiado cargada.

Adalbert se queda con los cubiertos en la mano, en suspenso. Y ahora ¿qué?

—O... ok..., avisaré a Duna.

Se lleva los cubiertos al comedor, los deja encima de la mesa y va a buscar el teléfono fijo. ¡Menudo cabreo pillaré Duna! Efectivamente:

—¡Sí, hombre! ¿Y ahora me dejas colgada? Pero ¿qué te has creído? Ni se te ocurra...

—...

—¡Pues que cojan un taxi! Me niego a dejar pasar esta oportunidad. ¿Quién te dice que luego el profe no se lo pensará mejor y ya no tendrá ganas de vernos más? ¡Haz lo que quieras, pero soluciónalo!

Sí, Duna se ha cabreado. Con el teléfono aún en la mano y en el centro del comedor, Adalbert piensa tan rápido como puede y sabe. Al fin se le ocurre una idea y corre hacia la cocina.

—Mamá, no he podido desquedar porque no encuentro al profe, pero ¿qué te parece si ayudo a la tía a hacer la bolsa y nos vamos después de comer? —Velia abre la boca para protestar, pero Adalbert juega la última carta, la que él considera infalible—, es que si no me presento quedaré muy mal, y luego igual el tío se mosquea y me baja nota. ¿No crees?

La llamada de Adalbert ha pillado de improviso a Mauro, que se ha quedado francamente descolocado. «Duna te quiere pedir una cosa, ¿podemos vernos

esta tarde?», le ha dicho. No ha sido más explícito y él ha contenido con firmeza su impaciencia para que se impusiera la naturalidad con la que ha respondido: «Sí, sí, ningún problema, no tenía intención de salir». Tenía ya el macuto en la mano para ir a pasar el fin de semana en su casa de la Garriga, pero lo ha soltado y ha agarrado el teléfono. Fernando también se ha sorprendido, «es una oportunidad de oro», le decía Mauro, «los dos juntos aquí, en casa, tienes que venir, Fernando, y hoy mismo ponemos las cartas sobre la mesa».

Han discutido un buen rato. Fernando es partidario de ir paso a paso, el objetivo principal, lo ha repetido varias veces, es no asustar a los chicos, si se los ponen en contra lo perderán todo. Lo más importante es que cojan confianza, que no puedan intuir o tener la impresión de que ellos son una amenaza. Mauro ha perdido los estribos en un par de ocasiones; lleva más de veinte años esperando esa oportunidad, casi ha gritado, y ¿ahora tiene que echar el freno? Los chicos son jóvenes, sólo hay que despertarles el espíritu de la aventura, del riesgo, y se lanzarán de cabeza, está seguro, lo ha visto en sus ojos. Al final Fernando le ha dicho que hiciera lo que creyese más conveniente, que ya conocía su opinión y que decidiera él mismo, y ha colgado. Mauro se ha tomado diez minutos para serenarse y lo ha vuelto a llamar, le ha pedido, por favor, que bajara, que no quería estar solo con los chicos por miedo a perder el control. Fernando, frío y distante, le ha informado de que esa misma tarde tenía la intención de ir a Girona con su esposa a hacer unos encargos y lamentaba no poder asistir a la reunión. Antes de cortar la comunicación, no obstante, le ha pedido que por la noche lo llamara y le informase de los pormenores sucedidos. Mauro ha tirado el teléfono sobre la mesa, el teléfono ha rebotado y se ha caído al suelo.

10.

YA NO HAY MARCHA ATRÁS

Casi a las seis menos cuarto, entre la lluvia y el viento un taxi deja a Adalbert, sudado y nervioso, frente al edificio donde vive el profesor. Mientras paga la carrera ve a Duna en la puerta, haciéndole señas con la mano. Sale corriendo del taxi y en cuatro zancadas llega y se parapeta:

—¡No me eches la bronca, que he asaltado al taxi! ¿Vamos?

Sin discusión, pues, llegan al tercer piso, él por la escalera, ella en ascensor. Como la otra vez Mauro los está esperando con la puerta abierta con una sonrisa forzada:

—¡Qué sorpresa me habéis dado! ¡Pasad!

Duna entra con los ojos llenos de curiosidad; reconoce la mesa, el ordenador y todo lo que le ha descrito su amigo y se detiene frente al mapa de Tossa. Adalbert se ve obligado a justificarse:

—Le he contado la historia de tu amigo, espero que no te moleste...

—Sí, ¡qué pasada! —añade Duna—. Qué suerte vivir algo así.

—¿Algo cómo? —pregunta Mauro acercándoles las sillas de director.

—Pues como tener esos sueños, ver imágenes de un pasado... Yo, lo que te quería pedir era..., era si es posible que ese amigo tuyo que hace regresiones me hiciera una a mí, y a ser posible, gratis.

Como lo ha soltado de un tirón, Mauro no tiene capacidad de reacción; Adalbert lo interpreta como si su amiga hubiera metido la pata, así que le da un codazo e interviene:

—Bueno... —Pero no sabe qué más decir y se calla.

Se hace un silencio extraño; el profesor ha salido de la sala sin abrir la boca y los chicos han tomado asiento.

—¡Te has pasado, colega! —la regaña Adalbert.

—Lo sé —responde Duna inquieta—. Se me ha escapado, lo siento.

Mauro vuelve con una bandeja en la que hay una botella de agua, una de coca-cola y otra de zumo de naranja y tres vasos. La deja encima de la mesa del ordenador y con tono festivo dice:

—Vaya, vaya, así que a ti te gustaría hacer una regresión, ¿eh?

Los dos chicos respiran aliviados. Bueno, el profe no está enfadado.

—¡Huy, ya lo creo! —contesta Duna—. Desde que era pequeña, pero mi padre me decía que esperase a ser mayor, y ahora que lo soy y tengo la oportunidad, quiero hacerla. Porque ese amigo tuyo es de confianza, ¿no? — Se sirve un vaso de coca-cola y se calla que no puede esperar a cumplir los dieciocho para que Anamura se la haga.

—De toda confianza —le asegura Mauro—, pero, dime, ¿hay algo en concreto que te empuje a vivir esa experiencia?

Duna mira a Adalbert, devuelve la mirada al profesor, y responde un poco sorprendida:

—Claro, ya te lo dije el día que fuimos a pasear en tu velero, que estoy segura de que lo conozco de otra vida —y señala con la cabeza a Adalbert, que se encoge imperceptiblemente en la silla—, como también estoy segura de que pasó algo y quiero saberlo para que no nos vuelva a fastidiar otra vez.

Mauro se queda unos instantes pensativo, se frota la barba y finalmente le pregunta:

—¿Por qué estás tan segura? Aparte de lo de las tiendas y la cosa familiar, claro.

Duna se lleva la mano a la boca del estómago y afirma:

—Porque lo siento aquí.

Mauro se levanta e inspira profundamente, de pronto le ha faltado el aire. Se acerca a la balconada y mira a través de los cristales. La situación se ha invertido de tal manera que teme perder el control. Calma, Mauro, calma, se dice a sí mismo. Da la espalda a los cristales y se apoya en el batiente; mira a Adalbert y le pregunta:

—¿A ti te pasa lo mismo?

Adalbert fija la mirada en la punta de las zapatillas antes de responder:

—No sé... Estoy muy bien con ella —la mira de reojo—. Duna es especial, pero esa sensación que ella tiene yo no... yo no la siento.

Duna se muerde el labio inferior; el estómago le ha dado una sacudida. Mauro se frota la barba mirando hacia el suelo. El silencio vuelve a envolverlos, omnipresente, los chicos se miran entre ellos, a hurtadillas, algo pasa, pero ¿qué? Observan cómo el profesor va hacia el plano de Tossa y cómo se queda de espaldas a ellos mirándolo y aprovechan para interrogarse, con gestos, ¿qué pasa? De pronto el profesor se da la vuelta y clava los ojos en Duna y le pregunta:

—¿Tienes esa sensación conmigo?

—¿Qué quieres decir? —se sorprende Duna.

—La sensación de conocerme de antes. —El tono de voz del profesor es muy oscuro, casi ronco.

—No —la respuesta de Duna ha sido muy rápida, y la contrapregunta que hace el profesor también, pero ahora dirigida a Adalbert:

—¿Y tú?

La interpelación lo pilla por sorpresa y el chico pega un pequeño salto en la silla. Él..., él... ¿él, qué?

—No lo sé, tendría que pensarlo.

—Eso no se piensa, se siente —dice con sequedad el profesor—. ¿Te importaría pensarlo ahora?

El tono es casi de orden y a Adalbert le viene el deseo de mandarlo a tomar viento, pero cierra los ojos y hace como si pensara. Al cabo de unos instantes los vuelve a abrir y, que se fastidie, afirma:

—No siento nada.

Mauro regresa a la silla, se sienta, cruza las piernas, y se queda un buen rato mesándose la barba. Los chicos no se atreven a interrumpirle. Mauro se siente zarandeado como si estuviera en el carrito de una montaña rusa, sin el menor control el carrito sube y baja, sube y baja, la cabeza le da vueltas, y la habitación también, y los chicos que no lo pierden de vista, también, todo gira a su alrededor y entre las vueltas se mezcla la imagen del chico de la flauta, las manos repletas de monedas, los ojos almendrados de la mujer... Se tapa la cara con las manos. «Te lo vas a cargar todo, Mauro, has logrado llegar hasta aquí y ahora lo vas a estropear», lo avisa una vocecita desde algún sitio, pero la vorágine arrasa con todo, incluso con la vocecita, y cuando se destapa la cara y deja las manos encima de las rodillas, ya sabe que no hay marcha atrás.

—De acuerdo... —empieza a decir, y es perfectamente consciente de la mirada inquieta con que lo observan los chicos—, os diré la verdad, confío en vosotros.

Duna se bebe de golpe el vaso de coca-cola y Adalbert traga saliva. Los dos se preguntan lo mismo sin saberlo, ¿a qué verdad se refiere?

Mauro se inclina hacia ellos:

—Tengo razones fundamentadas para creer que tengo un lazo del pasado con uno de vosotros dos. —Mira a Adalbert—. El amigo de la historia que te conté, en realidad era yo. No sé por qué extraña razón me he visto impulsado toda la vida a buscarte a ti, Adalbert, o a ti, guapa, y a buscar también un botín importante y, cuando lo encuentre, dar la mitad a quien sea de los dos... —Hace una pausa y añade—: Uzalard.

Los dos chicos se han quedado helados. Adalbert parpadea varias veces y a Duna empiezan a teñírsele de rosa las mejillas y a palidecer la punta de la nariz. Es Adalbert el primero en murmurar:

—¡Órale, la chingada de su madre!

—¡Hostia, qué fuerte! —exclama Duna—. Pero..., pero... ¿quién es ese Uza-noséqué y cómo puedes saber quién de los dos es?

Mauro continúa en la misma posición, espionando minuciosamente la reacción de los chicos:

—Uzalard es un chico que vivió en Tossa de Mar a finales del siglo xvii; en cuanto a cuál de los dos pueda serlo, os propongo que ambos hagáis la regresión y seguro que lo averiguaremos.

—¡Ufff! —Adalbert se ha levantado y empieza a dar vueltas por el pequeño estudio pasándose las manos por el pelo y haciéndose una coleta. No dice nada más que «¡Ufff, uff...!».

Por su parte Duna se ha quedado clavada en la silla, mirando el suelo, pensando y mordiéndose los labios. Mauro respira hondo. Ya está, para bien o para mal, ya está hecho. Se sirve un vaso de agua y se lo toma de un trago. Ahora es Duna quien se ha levantado y se planta delante del mapa de Tossa.

—El botín está ahí. —Oye que dice el profesor detrás de ella—. Enterrado en algún lugar de sus casi cuarenta kilómetros cuadrados.

Duna recorre con los ojos el amplio territorio de bosque de Tossa:

—Pero es muy difícil que en la regresión salga el lugar exacto, ¿no?

Mauro se levanta y se acerca a su lado, observando también el plano.

—Yo no lo he conseguido, pero el amigo que me ayuda, y que os hará las regresiones, es de la opinión de que si dos personas tienen que reencontrarse, la información que llevan las almas está repartida entre ellas, así que yo he aportado la obsesión para llegar hasta aquí y tú o Adalbert aportaréis el emplazamiento exacto.

El chico los está escuchando desde la pared del balcón, respira fuerte y hondo, y dice:

—Pero, todo eso... es muy raro, yo no sé si creérmelo.

Mauro se da la vuelta y, muy serio, dice:

—No necesitas creértelo, sólo hacerlo. Bien, ¿estáis dispuestos a hacer la regresión?

—¡Yo sí! —salta Duna—. Cuando quieras y donde quieras.

—Yo también. —Y Adalbert mira a Duna y le sonrío. A Duna se le ilumina el rostro y los hoyuelos de la cara se le hacen más profundos.

En ese momento suena el timbre del portero automático. Instintivamente Mauro mira el reloj de pulsera. ¿Quién será? No espera a nadie.

—Alguien que se habrá equivocado de piso —dice. Y no se mueve.

Pero el timbre vuelve a sonar, insistente, y Mauro decide alejar al intruso.

—¡Se equivoca! —casi grita irritado por el auricular.

—Mauro, soy Fernando.

Ahora es a Mauro a quien se le ilumina la cara. Mientras pulsa el botón del portero automático, dice a los chicos:

—Ha habido suerte, es el amigo de las regresiones. Ahora podemos concretar la fecha.

Y va a abrir la puerta. Adalbert aprovecha para acercarse a Duna y cuchichearle:

—¿Sabes?, me importa un pito esa historia, pero quiero hacer la regresión por ti, por nosotros.

Y antes de que Duna tenga tiempo de reaccionar, se inclina y le da un beso ligero como el vuelo de una mariposa en los labios, e inmediatamente se incorpora con cara de no haber roto nunca un plato. A Duna le da la risa tonta y querría estar lejos de allí, abrazarlo y reír juntos, pero el profe ha vuelto acompañado de un hombre alto, calvo, cubierto por un impermeable gris y un paraguas que chorrea agua por todas partes, y que a Duna le resulta vagamente familiar.

—Buenas tardes —saluda el recién llegado—. Mauro, ¿dónde dejo esto? Te estoy poniendo la casa perdida.

—¡Ah, sí, dame! —Y Mauro, excitado, toma el paraguas y lo lleva al lavabo.

—Fernando —se presenta él mismo alargando la mano a los chicos—. Encantado de conoceros.

—Hola —dice Adalbert estrechándole la mano.

—Hola —repite Duna.

—Bueno... —Fernando vacila, su amigo le ha avanzado que se lo ha dicho a los chicos y sólo sabe que ha ido bien, pero ¿a qué se refería con «ha ido bien»? Decide coger la silla de la mesa del ordenador y sentarse—. Mauro os ha puesto en antecedentes, ¿verdad?

Adalbert y Duna asienten con la cabeza.

—... y también os habrá dicho que es necesario el permiso de vuestros padres...

Mauro no puede evitar que se le escape un gesto de contrariedad que no pasa desapercibido a ninguno de los dos chicos, que lo miran, se miran entre

ellos y acaban mirando a Fernando.

—No, no nos lo ha dicho. —Es Duna quien responde, un poco agresiva, porque, ¿no es mala suerte encontrarse con otro pelma que le sale también con la chorrada de la edad?

—Pues sí, sois menores de edad, por lo tanto, una de dos, o tenéis el permiso de los padres o esperamos un par de años.

—¡No jodas, Fernando! —levanta la voz Mauro—. Creo que exageras.

—Te lo dije muy claro, Mauro. —Fernando no se inmuta—. Yo no veo ningún problema —mira alternativamente a uno y a otra—, si queréis yo mismo hablo con vuestros padres. Si son personas razonables no creo que pongan ningún inconveniente. Porque son razonables, ¿verdad?

Duna piensa un momento y asiente:

—Sí, mi madre es muy razonable y, además, conoce estos temas —vacila—, pero siempre me ha dicho que tengo que esperar a los dieciocho.

—Así, además de razonable es sensata —dice Fernando, circunspecto—. ¿Y tú, chico?

Adalbert frunce los labios y mueve la cabeza. No tiene ni idea de cómo puede recibir mamá una noticia así, pero ni idea. En casa nunca se ha hablado de eso. Opta por encogerse de hombros y ser sincero:

—Para las cosas normales, sí, es normal, pero para eso, pues no lo sé. Pero —él lo tiene que preguntar para estar más tranquilo—, esto, la regresión esa es algo seguro, ¿no?

—Es segura —afirma Fernando, y mira a Mauro—: Adelante.

Mauro se frota las manos, reflexiona durante unos segundos y dice:

—Mira, si tú no tienes inconveniente podríamos invitar a los chicos y a sus padres a la masía el próximo sábado, allí les explicamos el tema y, si están de acuerdo, les haces la regresión. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —responde Fernando—, pero el sábado tengo que hacer los recados que tenía previstos hacer hoy —y levanta la ceja significativamente—, podemos concretarlo para el siguiente.

—A mí me parece mejor —interviene Adalbert, que ya se siente bastante aturdido.

—A mí no, ¿no podrías hacerlo al revés, o sea, hacer los recados el otro sábado? —propone Duna.

Fernando sonrío:

—Yo sí, bonita, pero dudo que mi esposa estuviera de acuerdo.

Duna frunce las cejas, mira a Mauro, mira a Fernando, mira a Adalbert y dice:

—Bueno, pues entonces nosotros ya podemos marcharnos, ¿no? —Y se levanta. De pronto le ha entrado la urgencia. Arde por estar a solas con Adal y, ¡uf! hablar de todo eso.

Adalbert también se levanta y alarga la mano a Fernando:

—Adiós.

En un momento Duna y Adalbert han desaparecido tras la puerta. Entonces Mauro no puede evitar soltar un suspiro profundo y dejarse caer en la silla con brazos, visiblemente agotado. Fernando lo observa con la lata de cerveza que ha ido a buscar a la nevera en la mano.

—Te has salido con la tuya —le dice en tono severo.

—Sí... —asiente Mauro pasándose la mano por el pelo—. Pero no veas qué tensión se me ha originado aquí. —Se señala el centro del pecho—. Por unos momentos he temido que me diera un infarto. No sé qué me ha pasado; ha sido muy intenso.

—Pues reserva fuerzas y nervios; ¿les has dicho algo del botín?

—Sí, y que daría la mitad a quien demostrase ser Uzalard.

Fernando mueve la cabeza y bebe un sorbo de la lata:

—¡Estás loco! Vendes la leche antes de comprar la vaca. ¿Qué pasará si, primero, ninguno de los dos es quien buscamos? Segundo, lo es pero no obtenemos información del lugar donde está enterrado el botín. Tercero, ¿y si no existe tesoro ni existe Uzalard?

Mauro se lo queda mirando mientras la indignación lo invade:

—¿Me estás diciendo que has alimentado durante todo ese tiempo mi obsesión para ahora echarme atrás?

Fernando vuelve a mover la cabeza, parece preocupado:

—No me echo atrás, lo que pasa es que nunca me había encontrado con que una historia del pasado pudiera materializarse en el presente. Teorías sí conozco, tengo un saco lleno de teorías, pero en la práctica, de verdad, no, y me preocupa por la dimensión que está alcanzando, me preocupa tener que implicar a los padres, y me preocupa, sobre todo, que si no encontramos el tesoro, que es lo más seguro, nos caiga encima una demanda por estafa o por coerción a menores.

Mauro se lo queda mirando.

—¿Y todo eso no podías habérmelo dicho al principio, cabrón?

—¿Me hubieras escuchado? —replica rápido Fernando.

11. ¿CÓMO SE CUENTA «ESO» EN CASA?

Adalbert sale al patio convencido de que ha clavado el examen de mates; menuda suerte que el tema que le ha tocado fuera el único que se sabía. Ha sido fácil, como si hubiese conectado al cerebro un extremo de un cable USB y el otro extremo a la hoja de examen, y la información, fiuuuu... ha circulado de un lado a otro y listo. Ojalá fuera tan fácil hablar con mamá, conectarse los dos, pasarse los datos y fuera.

El cielo resigna lluvia, pero Adalbert no se fija. Tampoco se fija en que va hacia «el nicho» de los setos, y se deja caer al suelo con el bocadillo de palmo y medio envuelto en papel de aluminio entre las manos. Por muchas vueltas que le da no sabe cómo explicar lo que tiene que contarle a mamá. Si hiciera sol habría captado la presencia de *Bizcocho Martín*, porque su sombra lo hubiera delatado, pero han sido el empujón y las palabras que le dedica el compañero los que lo sacan de sus pensamientos.

—Lárgate de ahí, tío. Éste es mi sitio.

Adalbert levanta la cabeza y se lo queda mirando. ¡Sólo le faltaba ése ahora! Le sostiene la mirada y le responde:

—No entiendo ni madres, carnal, se me hace que te equivocaste de güey.

Bizcocho Murtin parpadea desconcertado. ¿Qué le ha dicho? ¿En qué habla éste ahora? Sea lo que sea no está dispuesto a que nadie le dispute su autoridad, de modo que deja caer una mano sobre la espalda de Adalbert y lo habría agarrado con fuerza si el chico no se hubiera levantado de un brinco y no le hubiera apartado la mano rápido y con brusquedad antes de que lo tocara, añadiendo:

—¡Órale, cabrón, que me recaee de madres que me chingues, pendejo! ¿Neta, fresita?

Duna llega tan inmersa en la precipitación que ni percibe que los dos chicos están a punto de liarse como dos gallos.

—Ya he acabado, venga, vémonos.

Adalbert da la espalda a su compañero, siempre funciona lo de hablar como un quinqui mexicano, como no lo rascan... Al lado de Duna anda

rápido hacia el vestíbulo del instituto en el momento en que suena el timbre que anuncia la hora de salida.

Se atrincheran en la mesa del bar de la esquina. A Duna el examen no le ha ido bien, pero no es el examen lo que la preocupa, sino cómo convencer a su madre para ir a la masía. Lleva dándole vueltas desde el sábado, y ayer, martes, encontró un resquicio para apuntarlo, pero nada, ni hablar.

—Pero ¿qué le dijiste? —le pregunta Adalbert desenvolviendo el bocadillo.

—¿Te digo la verdad? ¡Pues nada! —Y muerde con ganas su *baguette*.

Comen en silencio. Nada está saliendo como ellos esperaban. Cuando el sábado por la noche se marcharon de casa del profesor les pareció que andaban sobre nubes; se interrumpían, se reían al unísono excitados, contentos... Todo parecía muy fácil, sólo tenían que decirles a sus madres que el profe los había invitado a una barbacoa en la masía de un amigo, y nada más, bueno, nada más, no, tenían que explicar el porqué de la invitación, pero eso era fácil, cuando supieran que cabía la posibilidad de ganar una porrada de dinero abrirían las orejas como antenas, pero no.

—Es que... no sé... no me atrevo a decirlo... —empieza a decir Duna con la boca llena—. Es una sensación rara; allí, en casa del profe, todo me pareció, no sé, muy normal, como si todo lo que dijera fuera muy lógico, pero después, en casa, cuando pensaba en cómo se lo contaría a mamá... — Suspira, se calla y continúa masticando.

—A mí me pasó lo mismo. —Adalbert toma un sorbo de coca-cola—. Una vez en casa me sentí ridículo. No le he dicho nada todavía.

Hay un rato de silencio hasta que Adalbert propone:

—Y ¿por qué no lo hacemos juntos? Yo te acompaño a decírselo a tu madre y tú me acompañas a hablar con la mía.

Duna hace una mueca:

—Porque la que se sentiría ridícula sería yo. ¡Parecemos niños pequeños, joder! ¡Nunca me había pasado esto!

El rato de silencio ahora es tan largo que les da tiempo para terminarse los bocadillos, vaciar las latas y levantarse para ir a pagar a la barra. A la salida Adalbert murmura:

—Y hoy, en clase de música, seguro que el profe nos pregunta algo. ¡Uf, qué rollo!

Duna se detiene en medio de la acera.

—¡No vamos! —decide.

Adalbert frunce las cejas.

- No me gusta, parecerá que nos estamos escaqueando.
—No lo parece, ¿es que te propongo que nos escaqueemos! —salta Duna.
Adalbert vacila y acaba repitiendo:
—Que no me gusta. Le contamos una bola y ganamos tiempo, ¿ok?
—¡Ok!

Adalbert y Duna han pasado una semana que, si por ellos fuera, borrarían del calendario. Entre los exámenes, de los que han medio cateado casi todos, el profesor, que no los ha dejado vivir, y la tensión de esperar el momento oportuno para hablar con las madres respectivas y, llegado ese momento, no atreverse, han llegado al sábado hechos polvo. Como guinda del pastel, Duna no ha podido escaparse el fin de semana: han llegado unos encargos que la han teñido ocupada sábado y domingo volcando películas en el disco duro sin parar con su madre al lado editando, así que tienen que tragarse la tensión cada uno por su lado.

El domingo por la mañana Velia ya no tiene más remedio que aceptar que su hijo tiene mal aspecto; las oscuras ojeras debajo de los ojos, la palidez del rostro y el aire de abatimiento que arrastra la hacen sentirse culpable; sabe que muchas noches habla con su padre por correo electrónico y que está ahorrando para comprarse una *webcam* y así poder verlo; no le cabe la menor duda: el malestar del hijo no es otra cosa que la consecuencia de su decisión de separarse.

Ahora que han terminado de desayunar decide hablarle, pero no sabe cómo abordarlo, teme que Adalbert se le cierre en banda o, lo que aún es peor: que le reproche que lo deje sin padre. Lo observa de reojo. Adalbert está removiendo la taza del café con leche sin darse cuenta de que está vacía, con la mirada ausente, clavada en la ventana. Velia suspira tenuemente, toma aire y dice:

—¿Qué tal los exámenes? Te veo preocupado...

Adalbert se toma unos segundos para responder:

—Pssst..., espero salvar alguno, esta vez los profes se han encabronado y nos han chingao a todos.

Pausa entre ambos; silencio.

—Esto, mamá...

—Mira, Adal...

La coincidencia en hablar los dos a la vez les provoca una sonrisa, y los destensa un poco. Es Adalbert quien se adelanta, sin mirarla:

—Nada, que quería decirte que... —su madre lo mira expectante—, que... me han invitado el fin de semana próximo —vuelve levemente la cabeza, la mira de reajo y lo suelta de carrerilla—, a una barbacoa en la masía de un amigo del profe de música.

Velia se inclina hacia atrás, no esperaba eso y se sorprende. ¿Una barbacoa? ¿El profe de música? ¿A la masía de un amigo? ¡Huy, huy, huy...!

—Espera, espera, ¿qué me estás diciendo? Y ¿qué relación tienes tú con el profe y su amigo?

Adalbert traga saliva. No lo podría haber planteado peor. ¡Será imbécil! Carraspea antes de responder:

—Bueno, es el profe nuevo, es muy enrollado y tiene un clavecín y también un amigo que hace, que hace... —la está liando, lo ve por las caras que pone mamá—, bueno, que hace unos experimentos...

Velia no espera a que acabe para levantarse de un salto y plantársele delante:

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿En qué te has metido? Venga, dímelo, ¡dímelo!

Y lo sacude por los hombros, asustada. Lo veía venir, tarde o temprano pasaría. Adalbert es muy guapo, y el mundo está lleno de desaprensivos, de degenerados, de...

—¿Qué te has tomado? —Lo continúa sacudiendo y Adalbert ya no sabe cómo seguir, tiene la sensación de haberse metido él solo de cabeza en un pozo y ahora no puede salir—. ¿Qué has hecho? Venga, ¡dímelo!

Como puede, Adalbert le coge las manos por las muñecas y consigue apartarla de él, también se pone en pie, temblando, quizá de los nervios, quizá por la tensión.

—¡Que no he hecho nada ni me he metido nada, joder! —grita.

—A mí no me levantes la voz, ¡eh!, que soy tu madre. Ahora mismo te sientas y me lo cuentas todo.

Velia se ha vuelto a sentar en el sofá y señala a su lado, haciendo lo imposible para que la voz no se le rompa. Pero Adalbert permanece en pie, entre la butaca y el mueble donde tienen el televisor, frotándose las manos en los tejanos, huraño.

—Y tú no me hables así —protesta—. No he hecho nada malo. ¡No sé de qué te quejas!

—Pues si no has hecho nada malo, ven, y cuéntamelo.

De mala gana Adalbert se sienta en la butaca y se frota las manos.

—Es que... es que no sé cómo explicártelo...

Velia se muerde los labios y hace un esfuerzo de contención.

—... porque no lo entenderás...

Y ahora traga saliva, ¡desde luego que lo entenderá! ¿Qué hijo de puta lo ha engañado? Un pederasta, ¡seguro! ¡Y vete a saber qué se ha metido! Dios quiera que no sea heroína. Pero continúa callada.

—... es que es muy raro...

Ya no puede más; muerde las palabras:

—Me estás poniendo de los nervios. —Y mientras golpea el brazo del sofá grita—: ¿Quieres contármelo de una puñetera vez?

Adalbert se ve acorralado. Peor no puede hacerlo, peor ya no puede ir. ¡Allá va! Toma aire y lo suelta:

—El profe cree que hay un botín enterrado no sé dónde de Tossa de Mar, es mucha pasta. Su amigo lo ayude a buscarlo y cree que..., que es como en las pelis de Indiana Jones, que hay que buscar pistas y cosas de ésas, entonces dice que él tiene una parte y Duna o yo tenemos la otra. —Y se la queda mirando a ver qué cara pone.

Y Velia pasa de la tensión a la sorpresa, de la sorpresa a la risa, de la risa al descanso, Adalbert no entiende nada. Pero ¿qué le ha dado ahora a mamá?, pero también se siente aliviado, y añade:

—Y la invitación esa también va para ti, y para Duna y su madre, quiere que vengáis para explicároslo.

—¿Para explicarnos eso del botín? Pero ¿va en serio lo que me estás diciendo, Adal?

El chico se remueve en el sillón. ¡Caray!, parecía tan sencillo en casa del profe.

—Sí, ya sé que es muy raro, pero es lo que hay. Cuando te lo cuente él lo verás diferente, seguro.

Velia va hacia la ventana, la abre, es un domingo lleno de sol y el aire es tibio, el hijo no le ha reprochado nada y en resumidas cuentas parece una aventurita de las que se montaba Adal cuando era pequeño. Sonríe al aire libre y continúa sonriendo cuando se da la vuelta y le dice:

—¿Sabes lo que te digo? Que hace un día precioso. ¿Qué te parece si cogemos el coche y nos vamos a la Vila Olímpica a tomar una paella y me sigues contando todo esto?

A media tarde Duna se ha encerrado en su habitación aprovechando el margen de tiempo que le da el volcado del material para escuchar con suma atención lo que un Adalbert excitado y contentísimo le chilla por el móvil.

—Y ha dicho que sí, tía, que vendrá, que tiene mucha curiosidad. Venga, tía, ahora te toca a ti, suéltaselo a tu madre como quieras, porque las madres son muy raras y salen por donde no te esperas. Y te dejo, que la mía me está esperando, te llamo a la vuelta. ¡Nos vemos!

Duna ha regresado al estudio de su madre con las mejillas encendidas. Sí que son raras las madres, nunca sabes por dónde van a salir. Cuando se sienta frente al ordenador mira de reojo a la suya, que está en la mesa de al lado atenta a la pantalla del ordenador; tiene que aprovechar que están juntas, de hoy no pasa, o, mejor dicho, de ese momento no pasa. Tose levemente, se levanta y ostentosamente se planta delante de la estantería con la cabeza ladeada leyendo con mucha atención los lomos de las carpetas de su padre. La estrategia funciona, porque al cabo de un momento su madre le pregunta:

—¿Buscas algo, Duna?

—No..., bueno, miraba lo que hacía con papá.

Silencio. A hurtadillas Duna espía a su madre, al verla de nuevo atenta a la pantalla, alarga la mano y coge una.

—Devuélvela luego a su sitio.

—Sí, mami.

La devuelve ya, la estrategia ha fallado. ¡Qué rollo! Vuelve a la mesa y se sienta, contempla a su madre de espaldas a ella. Ahora no puede hablarle, la distraería, tendrá que aprovechar cuando guarde el archivo. Con los brazos doblados espera a que la grabadora acabe de preparar el DVD para empezar a grabar, se le escapa un suspiro sonoro, la madre vuelve la cabeza, la mira y hace girar la silla para quedar cara a cara.

—Vale, Duna, hablemos.

Duna pega un respingo, la ha pillado por sorpresa. ¿Hablar, ahora, ya?

—¿Hablar de qué, mami? —pregunta para ganar tiempo. ¿Qué tripa se le habrá roto a mamá?

—De lo que te pasa —responde su madre—. Porque algo llevas en la mente, has pasado una semanita, hija, que parece que te deba y no te pague, y que yo sepa, estoy al corriente de pagos contigo.

Duna piensa a toda velocidad. ¡Es el momento, es el momento!, pero ahora tiene miedo de pifiarla, tiene que ser hábil y certera. Carraspea para arañar unos segundos más y dice:

—Nada, mami, no te preocupes, son los exámenes, cada vez son más difíciles...

—Pero ibas preparada, ¿no?

—Sí, sí, claro. —La verdad es que no ha tenido el tiempo ni la cabeza clara para abrir un solo libro, pero cualquiera se lo dice.

—¿Y qué más? —insiste la madre.

¡Caray! ¡Cómo la conoce su madre! Se mueve inquieta en la silla.

—Pues, la verdad es que... —¿se lo dice, no se lo dice...?— ¿por qué no me dejas hacer una regresión hasta que cumpla los dieciocho?

—Porque era lo que decía tu padre, yo no entiendo de esas cosas. ¿Por qué me lo preguntas? —La madre no espera respuesta, ya lo ha deducido—. ¡Ah, ya sé! Estás dando la paliza a Anamura para que te la haga, ¿o no?

Duna sonríe angelicalmente:

—¿Si me la hiciera Anamura me dejarías?

—Ay, hija, no lo sé. ¿Y... —vuelve la cabeza para echar un vistazo a la pantalla, calcula que tiene para unos diez minutos y vuelve a mirar a su hija— eso es todo?

—No, sí, bueno, ahora que lo pienso —dice como si acabara de acordarse—, ¿te hablé el otro día de aquella barbacoa a la que nos habían invitado?... —Antes de que abra la boca, coge velocidad—: Conocí a unos amigos de Adal que hacen reuniones como las que hacía papá con Anamura y Luis, ¿te acuerdas?, y como yo le dije que tú y yo estábamos en el ajo, y que a mí estos temas me entusiasman, pues nos han invitado.

La madre suspira y automáticamente mira el calendario de la pared y calcula que tendrá el trabajo casi acabado, quizá incluso entregado. Aun así, ¡qué pereza le da ir...!

Duna se da cuenta de que tiene el consentimiento de su madre en la punta de los dedos y decide darle otra vuelta de tuerca para asegurarlo.

—Va, mami, plis, porfa, sispli... A mí me gustaría mucho... —Ve como su madre vacila, sabe que hacerla salir de casa es una proeza, y decide jugar el as de oros—. Desde que murió papá no he ido a más reuniones de ésas...

¡Diana! ¡Ha hecho diana! ¡Es un genio! Internamente se cuelga tres medallas y se da besitos en las mejillas. Su madre ha esbozado una sonrisa tenue:

—Echas de menos a papá, ¿verdad? Yo también.

Duna se tambalea. ¡Ey, ey, eso no se vale! Que no le dé la llorera ahora, que a ella le impresiona mucho ver triste a mamá, a ver si la ha cagado diciendo eso, y se apresura:

—Sí, pero estoy muy bien contigo, de verdad, eres una mamá fantástica. Pero tengo mucha ilu por esa comida, nos lo pasaremos divinamente, ya lo

verás. Conocerás a la madre de Adal y prepararemos carne a la brasa, a ti te gusta mucho la carne a la brasa, y...

La madre se ríe y vuelve a girar la silla hacia la mesa:

—¡Huy, huy, para el carro, que me mareo sólo de pensar en hacer tantas cosas a la vez! Vamos, di que sí, que de acuerdo.

Duna se aguanta las ganas de chillar y de palmotear y hace como si se concentrara en el teclado. Al cabo de un momento su madre le pregunta:

—¿Dónde es y cómo iremos?

—Creo que es una masía en el valle de Bianya, e iremos con un profe del insti, amigo de esa gente. Esta semana quedamos.

Por la noche, habiéndose asegurado de que mamá estaba en la cocina y no podía oírla, Duna ha llamado a Adalbert y entre risas se han felicitado mutuamente. Sólo al terminar, justo cuando iba a colgar, Adalbert le ha dicho que faltaba un pequeño trámite para asegurar la presencia de su madre el próximo sábado: mamá quiere conocer y hablar antes con el profe, así que el martes irá a buscarlo al insti e irán al bar. A Duna casi se le para el corazón del susto. Ahora sí que la han hecho buena. ¡Mecachis con los adultos! ¿Por qué serán tan recontra complicados?

La discusión entre Adalbert y Duna de hoy lunes, después de almorzar, en la plaza de la Inmaculada ha sido monumental; afortunadamente para ellos los únicos asistentes han sido unos jubilados que echaban la siesta en los bancos, y la mitad de ellos, sordos. La chispa que ha encendido las llamas ha sido el momento en que Adalbert le ha contado lo que le había dicho a su madre. Duna se subía por las palmeras de la plaza y le ha llamado de todo menos guapo. Adalbert ha aguantado el embate con la conciencia de que se lo merecía, por burro, por tener poca mano izquierda, por no saberse expresar; en el fondo le agradece que ponga palabras a lo que él mismo cree. Después, con una Duna que se ha despachado a gusto, se han pasado el rato que les quedaba hasta volver a clase discutiendo sobre qué pasará cuando la madre de Adal y el profe hablen. El chico es de la opinión de que el profe convencerá a su madre, Duna opina que la madre se romperá el culo de tanto reír, cosa que, insiste, no hubiera pasado si se hubiera encontrado con todos en la masía, porque allí, para no quedar mal, ninguna de las dos madres hubiera abierto la boca.

Se han separado con mal sabor de boca y sabiendo que no volverán a verse hasta el día siguiente, porque Duna tiene ensayo por la tarde, y aunque ahora la obra le importe menos que nada, no quiere dejar a la gente colgada. Adalbert es quien lleva la peor parte; tener que decirle al profe que su madre quiere hablar con él lo pone malo, y que, además, mamá lo vaya a buscar al insti, lo mata. ¿Qué pensará el profe de él? Sin duda que es un mocoso agarrado a las faldas de su madre: ¡qué vergüenza! Pero no ha conseguido hacerla cambiar de opinión; mamá estuvo simpatiquísima durante todo el almuerzo, pero luego se puso en plan mula: «No tengo inconveniente en ir a esa barbacoa, pero antes quiero conocer a tu profesor de música».

12.

LOS OJOS ALMENDRADOS DEL COLOR DE LA HORA BRUJA

Mauro mira por enésima vez el reloj de pulsera, aún faltan diez minutos para la reunión con la madre de Adalbert y no puede evitar estar nervioso, mucho. Es la última oportunidad de resolver su contencioso particular y el miedo al fracaso le estrangula y le cierra el estómago; desde que el chico le habló de esta cita con su madre, sólo toma zumos, no le entra nada más.

Pero esta vez es diferente, se ha ido repitiendo cada mañana para reunir la fuerza suficiente que le permita arrastrarse fuera de la cama, Es diferente porque cuenta con la inestimable ayuda de su amigo Fernando; su serenidad y la visión cuadriculada del hombre de negocios que continúa siendo, pese a su tendencia budista, es el puntal de este momento para evitar que él se desborde y lo mande todo a paseo.

Es diferente, sí, se lo dice y se lo repite, pero por muy bien preparado que lo lleven Fernando y él, el momento de hablar con la madre del chico le produce auténtico pánico. Esta mañana, mientras se preparaba el zumo de naranja lo pensaba, es como el pánico escénico que ha visto sufrir a tantos cantantes noveles: el temblor, el sudor frío, la convicción de que la voz quedará apresada en la garganta; es la imposibilidad, por mucho que se esfuerce, de razonar de manera natural, de exponer los argumentos con fluidez; es la angustia de sentirse como dentro de una burbuja que alguien sacude desde fuera con tanta violencia que no hay manera de atar ninguna idea ni palabra coherente; es la irrupción tan extrema de las emociones que la contención resulta imposible cuando la oleada invade el cerebro y provoca el cortocircuito de las conexiones nerviosas y funde, anula la razón. Ése es su temor, no ser capaz de exponer con frialdad y serenidad unos argumentos lo suficientemente convincentes para que la madre de Adalbert confíe y acepte subir el sábado a Bianya.

Cuando faltan cinco minutos para las seis de la tarde Mauro sale del instituto y se dirige al bar de la esquina. ¿Cómo será la madre de Adalbert? Quieran los dioses que se trate de una mujer culta e inteligente porque si lo fuera le sería, teóricamente, más fácil explicarle que no se trata de ningún interés sexual. No tiene que apartarse en ningún momento de la línea marcada por Fernando; su amigo le ha insistido en que lo presente como una simple transacción económica, que no entre en los terrenos pantanosos de la espiritualidad y de un hipotético pasado y que no dé demasiados detalles; los detalles ya los explicará él el sábado en la masía.

A cuatro pasos del bar se detiene e inspira profundamente un par de veces para serenarse, el pulso le golpea como si estuviera a treinta y nueve de fiebre. Calma, Mauro, calma, se repito una y otra vez, todo irá bien, no es peor que el primer concierto, o que la entrega de los Grammy, calma...

A las seis en punto empuja la puerta y entra en el bar. Un rápido barrido le permite ver a Adalbert sentado a la mesa del fondo, de cara a la puerta, haciéndole señas con la mano. Delante del chico, por lo tanto, de espaldas a él, está sentada la que deduce que es su madre. Mauro vuelve a tomar aire y se dirige con decisión hacia la mesa, se detiene al lado de la mujer y con el tono más sereno que es capaz de esgrimir, saluda:

—Buenas tardes, Mauro Claris. —Y extiende la mano y ve, sólo ve, unos ojos almendrados del color de la hora bruja que se amplían y se desparraman hasta llenarle toda la retina y no es consciente de que se tambalea, de que se pasa las manos por los ojos, de que Adalbert, asustado, se ha levantado para sujetarlo por el brazo y hacer que se siente, de que ha llamado al camarero para que traiga un vaso de agua que la madre coge y le acerca a los labios. No es consciente de que las emociones se le han anudado de tal manera dentro del pecho que lo han lanzado aun vértigo insospechado de brumas de la hora bruja donde un rostro de mujer le sonrío y mueve los labios y él quiere escuchar sus palabras y se acerca, se acerca y la imagen desaparece, y...

Desconcertado, abre los ojos. ¿Dónde está? Frente a él los ojos almendrados del color de la hora bruja lo miran con inquietud, los ojos forman parte de un rostro de forma ovalada, de piel sonrosada, nariz recta y cejas bien arqueadas, arropado por bucles de cabello de color miel con mechadas doradas. Los labios se mueven, él quiere escuchar sus palabras y se acerca, oye:

—¿Quiere que llamemos a una ambulancia?

Mueve la cabeza diciendo que no, inspira aire con fuerza y aunque el centro del pecho le hierve se ve capaz de hablar:

—No... no es necesario... —Y se frota el pecho.

—¿Tiene la tensión baja? —Le llega de lejos la voz de la mujer. ¿La tensión? Sí, debe de ser eso, demasiados días tomando sólo zumos.

—Puede ser... —Hace un esfuerzo y se endereza en el asiento, mira a su entorno y tropieza con la mirada de Adalbert, fija en él. Esboza una sonrisa que, tras volver la cabeza, hace extensiva a la madre, que, quizá por contagio, también sonríe:

—Tendrá que tomar miel, sube la tensión.

La sonrisa de la mujer le ilumina el rostro como si el sol de media tarde hubiera entrado e inundado el bar. Inspira hondo, el aire le llega ya a los pulmones casi con normalidad. ¡Dios mío! Tiene que controlarse. Con esfuerzo murmura:

—Lo tendré en cuenta. Perdone el incidente. También debe de ser cansancio, llevo unos días muy estresado.

—Todos andamos con estrés —dice con suavidad la mujer—. Permítame que me presente, Velia Fuhrman.

Adalbert, mudo, todo él es una antena y ojos. Ve cómo se dan la mano y ve que el profe retiene por unos segundos la mano de mamá, quien, un poco confundida, se apresura a retirarla.

—Bueno... —Mauro carraspea y vuelve a sonreír—, ha sido una entrada bastante lamentable para conseguir que acepte mi invitación.

Velia responde a la sonrisa:

—Si las razones que me da me satisfacen, será un placer aceptar.

Mauro amplía la sonrisa, levanta la mano para llamar al camarero y pide un té con limón. Adalbert aprovecha para repetir cruasanes y otra lata de coca-cola. El chico lleva en el bolsillo el minidisc que Duna le ha dado con la orden concreta de ponerlo en marcha en cuanto llegara el profe. Su amiga quiere saber de qué hablan. El camarero trae los cruasanes y la lata del refresco; de un bocado se come casi la mitad de uno mientras con cuidado de no ser visto se saca el aparato del bolsillo y acciona la tecla de grabar. El micrófono es muy sensible, le ha dicho Duna, sólo tiene que ponerlo tan cerca como pueda. En un par de bocados más se acaba los cruasanes. Por lo que parece, el profe y mamá se han caído bien, deduce al verlos hablar y reír como si fueran colegas, y él está de los nervios. ¡Uf, qué incomodidad!, esto no hay quien lo aguante... Pero si quiere largarse tiene que espabilar. El bolso de mamá está encima de la mesa, sólo tiene que alargar la mano. Tan

disimuladamente como puede poner el minidisc encima de la mesa y lo tapa con la otra mano; sin perder de vista a su madre lo levanta y lo mete dentro del bolso, mamá está distraída, perfecto; deja el aparato entre la agenda, que reconoce por el tacto y la bolsita donde lleva los *kleenex*; deja el micrófono colgando por el lado donde él está, así no lo verán. Toma aire y se levanta.

—Salgo un momento...

Velia levanta los ojos y lo mira sorprendida. No sabía que iba a marcharse. Antes de que su madre abra la boca Adalbert ya se ha alejado de la mesa añadiendo:

—Vuelvo en media hora. ¡Ta luego!

Y desaparece detrás de la puerta. Una vez en la calle se apresura a llegar a la esquina y arranca a correr por Obispo Castelltort; no respira tranquilo hasta que llega a la plaza de la Inmaculada y se deja caer en el banco donde ha quedado con Duna. Mientras la espera saca los auriculares y el mp3, escoge la canción y la conecta. Al cabo de unos instantes la voz de Ubago lo transporta, «... su vida ha dado un giro, ya nada es lo mismo, pero nadie dijo miedo...», y cierra los ojos.

—¡Hola, Adal!

Le llega el aroma a Duna antes que su voz, abre los ojos, mira automáticamente la hora y se levanta de un salto. Sólo han pasado diez minutos. Duna se ríe sentada ya en el banco y él toma asiento a su lado.

—¡Uf, tía, me has asustado! —Y le da la buena noticia: parece que el profe y mamá se han caído de poca madre.

—¡Qué bien! —suspira Duna—. Ojalá haya buen rollo y podamos ir el sábado. Oye, Adal, he estado pensando...

Adalbert observa que se muerde los labios y que mira distraída los columpios de la plaza; espera, sabe que cuando Duna hace ese gesto es que tiene algo importante que decirle; no anda equivocado.

—... es por lo de la pasta de la que habló el profe. He decidido que —vuelve la cabeza y lo mira a los ojos— si el Usa-no-sé-qué que busca el profe soy yo, te daré la mitad de mi parte.

Ahora es Adalbert quien deja que la mirada se deslice hacia los columpios. Él también lo había pensado, pero justo en dirección contraria: él no le daría ni un euro.

—Vamos, dime qué piensas —lo insta Duna—. ¿Tú no harás lo mismo?

Adalbert duda. Si le dice la verdad se enfadará.

—¡Uf!, qué lento eres, tío —vuelve a suspirar Duna—. Seguro que ni se te había ocurrido. —Sonríe de pronto, dobla una pierna y se sienta encima

para quedar frente a él—. ¿Sabes?, he pensado en el montón de cosas que haría si tuviera ese dinero...

Adalbert no lo puede evitar, se le escapa de la boca:

—Te irías a vivir a Barcelona, ¿no? Yo no quiero que te vayas, no quiero que nos separemos.

Duna inclina la cabeza, alarga la mano y apresa la de él:

—Yo tampoco, tonto, es lo que he pensado. Si tuviéramos la pasta, la juntaríamos y nos iríamos a vivir a Barcelona, tú y yo, ¿qué te parece?

Adalbert se la queda mirando sorprendido. ¡Qué buena idea! Eso sí que no se le había ocurrido. Duna continúa, entusiasmada:

—Nos buscamos un piso con terraza, no, mejor un ático que dé al mar, en Vila Olímpica o en Diagonal Mar, nos cambiamos de insti y, hala, vivimos allí. ¿Qué te parece?

Adalbert mira los columpios y ve el mar desde la terraza del ático; en la línea del horizonte el agua se confunde con el cielo, un grupo de gaviotas revolotea a la caza de las presas y Duna está a su lado con un biquini minúsculo, él la coge por la cintura y despacio le besa el hombro dorado, la lame, tiene gusto a sal y a sol.

Cuando bajan de las nubes y aterrizan en la plaza de los columpios ya ha pasado una hora y media. Adalbert arranca a correr hacia el bar. ¡Mamá lo va a matar! Jadeando cruza la puerta y clava los ojos en la mesa del fondo y los ve exactamente igual que como los ha dejado. Respira hondo, se pasa las manos por el pelo y entra intentando dar aspecto de tranquilidad. Cuando pasa por detrás de su madre para sentarse a su lado, Velia levanta la cabeza, lo mira, le sonrío y le dice:

—Hola, ya terminábamos.

—¡Qué bien! —sonríe él tan angélicamente como sabe a pesar del redoble de tambor de su corazón—. ¿Y qué, luz verde? —Y mira al profesor.

Mauro asiente con la cabeza, por su expresión nadie diría que hace un rato ha sufrido un desvanecimiento.

—¡Luz verde! El sábado os paso a buscar a las diez y media.

—¡Ok! —dice Adalbert apoyándose en la mesa para tapar con el cuerpo el bolso de su madre y recuperar el mini— disc.

Velia se levanta y Mauro también, van juntos hacia la puerta. El profesor ha insistido en pagar él las consumiciones. Ya en la calle se despiden con un «¡Hasta el sábado!».

De nuevo en la plaza de los columpios, Duna apaga y vuelve a encender por tercera vez el minidisc, y nada, no hay ninguna pista grabada. Adalbert vuelve a repetir por tercera vez las acciones realizadas y Duna reconoce que son las correctas. ¡Jolines, qué mala suerte! ¡También es mala leche que este trasto haya fallado ahora precisamente!

—Pero ¡el sábado vamos a Bianya, que es lo que queríamos! —la anima Adalbert—, de modo que deja eso y continuemos hablando del ático. ¿Sabes?, a mí me gustaría tener un gato; siempre he pensado que si tuviera un gato le enseñaría a saltar por un aro, como Ángel Cristo con los leones, y también me compraría un colchón de agua, me parece que un colchón de agua tiene que ser una pasada y...

Mauro ha llegado a casa empapado de confusión y a la vez de un grado de emoción tan elevado que a duras penas ha logrado contener los sollozos durante el trayecto. Pero ¿cómo ha podido equivocarse tanto? ¡Por la Virgen de la Macarena que el error ha sido monumental! Tenía que suponer que cuando se encontrase frente al auténtico Uzalard el alma lo sacudiría. No necesitan hacer regresiones ni más tonterías, ahora ya sabe quién es Uzalard. Fernando tenía razón, se ha encarnado en un cuerpo de mujer. ¡Cómo ha perdido el tiempo todos esos años!, si hubiera sabido que era tan estúpidamente fácil... Hubiera tenido que confiar en el alma y dejarle espacio, dejar que reconociera a la persona que buscaba.

La mano le tiembla cuando coge el teléfono y marca el número de Fernando; el ansia de comunicarle su descubrimiento lo desborda.

—¿Diga?

—Fernando, no te lo vas a creer. Ya sé quién es Uzalard.

Unos segundos de silencio al otro lado del hilo y la voz de Fernando suena un poco distante:

—¿Quién?

—Es la madre del chico, sin la menor duda.

Igual que el agua se derrama de un estanque demasiado lleno, Mauro se vacía de sensaciones, intuiciones, imágenes... Fernando lo deja hablar sin interrumpirle y cuando el otro, agotado, calla, le dice:

—Mauro, estás muy excitado, y cuando existe ese grado de excitación las percepciones suelen alterarse. Soy del parecer de continuar en la línea que

decidimos, en todo caso, podemos plantearnos incluir a esa mujer en el conjunto de las regresiones.

—Hombre, Fernando, creo que me podrías dejar un margen...

—Sí, pero en todo caso pregúntate a quién quieres engañar, porque tal como me has hablado, más bien pareces un hombre enamorado. Yo puedo estar de acuerdo en que la madre del chico tenga unos ojos bellísimos y una sonrisa fascinante, y me alegro por ti, pero, sinceramente, que ahora me quieras dar el timo de la estampita, pues como que no, la verdad.

Mauro se separa el auricular de la oreja, lo mira y frena el impulso de tirarlo contra la pared. En lugar de eso, dice:

—Creo que estás malinterpretando...

El otro lo corta:

—Mauro, te seré franco. Me preocupa, y mucho, la dirección que pueda tomar el proyecto este sábado. Por lo tanto, quiero que sepas que lo estoy preparando minuciosamente y no estoy dispuesto a que lo echés a perder por una explosión emocional. Comprendo el estado en que te encuentras, por eso creo que tienes que dejarlo en mis manos. Tienes que darme confianza absoluta y al cien por cien si quieres que continuemos adelante.

Y calla. Mauro respira hondo un par de veces.

—¿Estás ahí? —Oye la voz del amigo.

Carraspea y responde:

—Sí. ¿Cuándo nos vemos para prepararlo?

—No, no puedo. Mañana a las siete de la mañana me marcho a Londres. El Dalai Lama dará unas conferencias y un amigo me ha conseguido una entrevista personal con él; hace muchos meses que lo estaba esperando. Vuelvo el viernes por la noche, de modo que os espero en la masía a las doce y media del sábado.

Mauro aprieta las mandíbulas. ¡Puto cabeza cuadrada! ¡Debe de tener antepasados alemanes!

—Adelántame qué harás, por lo menos —refunfuña.

—Después de estudiarlo por todos lados, me he decidido por un planteamiento empresarial. Por tu parte no quiero oír una sola palabra de espiritualidad, de reencarnación, de budismo, de espiritismo, ni de nada que se le parezca. Y he redactado un documento que las madres tendrán que firmar antes de hacer las regresiones. ¿Ha quedado claro?

Mauro no puede evitar que se le escape una risa amable. Jodido y recontrajodido Fernando, muy budista él, pero en el momento de los negocios, poderoso caballero es don dinero.

—De acuerdo, amigo —acepta—. Lo haremos como tú quieras. Por mi parte no tendrás ningún problema, al contrario. Que te vaya bien por Londres, y recuerdos al Dalai Lama de mi parte.

13.

UNA HIPÓTESIS DE UN MILLÓN DE EUROS

Bajo un sol radiante la Jumpy de Mauro avanza por el llano de Vic. Las madres se han caído bien, se lo dicen con las miradas Duna y Adalbert, que van en el asiento delantero, «de camioneros», han dicho riendo; las madres, detrás, a la expectativa y tanteándose. Duna no cesa de hacer bromas y de contar chistes, y Adalbert no se queda a la zaga. Mauro los escucha poniendo cara de póquer desde que los ha recogido, primero a Adalbert y Velia, luego a Duna y Clara.

A los chicos no se les escapa que sus madres están intrigadas, porque pese a haberlo intentado no han conseguido sacar el agua clara del porqué de la invitación. Sólo saben que antes de la barbacoa habrá una reunión donde se expondrá el motivo.

Desde su posición, detrás y a la derecha de la furgoneta, Velia puede reseguir el perfil de Mauro y la espalda de su hijo, al que casi no reconoce, tan entusiasmado, tan alegre. No puede por menos de reconocer que desde que va con esta niña ha cambiado mucho, y eso que, para ser sincera, la criaja esa no vale gran cosa, es monina, sí, y tiene un tipito esbelto, pero Adalbert es tan guapo que puede aspirar a otra cosa; pese a ello, parece que sólo tenga ojos para esa nena. Y no es que esté celosa, ¿eh?, se dice a sí misma, no, de ninguna manera son celos, sólo que le resulta extraño ver a Adalbert pendiente de otra persona que no sea ella. Antes, cuando iban juntos no se apartaba de su lado; y ahora, míralo, ahí delante perdiendo la cabeza por una mocosa de dieciséis años. ¡Huy!, y se vuelve para mirar por la ventanilla y contemplar el paisaje, aunque le llegan las risas y las voces, y se da cuenta de que tiene un peso en el estómago. Se aproxima un tiempo difícil, deduce, Ernesto la ha dejado por otra, Adal va detrás de esa chica, ¿y ella qué? ¿Qué hará ella tan sola? Devuelve la mirada al cristal frontal y tropieza con la mirada de Mauro, que la está observando por el retrovisor; como cogida en falta se vuelve instantáneamente hacia la ventanilla. Sólo le faltaba eso, ¡vaya papelón hizo el otro día con el profesor de música! Nunca había estado tan distraída mientras hablaba con alguien. Él, venga a hablar y hablar y ella

preguntándose cómo sería su esposa, cuánto tiempo debían de llevar juntos y cómo se comportaría él en la cama. Se fijó en sus manos; un hombre con unas manos como las de Mauro por fuerza tiene que ser cálido, tiene que hacer sentir a la mujer que son dos en el abrazo. Seguro que es separado o divorciado, la actual compañera será la segunda pareja, se lo preguntaría a Adal por la noche, ¡huy, no!, qué vergüenza preguntar eso a su hijo, anda ya, ¿qué pensaría de ella? Seguro que creería que ya estaba buscando el sustituto de su padre, y no, ¡no es eso, caramba! Simplemente, son cosas naturales de pensar. Todo el mundo lo piensa, no hay por qué rasgarse las vestiduras, pero tiene que reconocer que cuando volvió del bar después de conocer al profesor, no tenía la menor idea del motivo de la ida a Bianya. ¿Qué hubiera pensado el profesor si le hubiera dicho, «mira, perdona, ¿te importaría volver a repetírmelo? Tienes una voz tan seductora que me has distraído, y tienes una forma de hablar que...», ¡huy, no!, no hubiera sido capaz de decir algo así, antes muerta.

La saca de sus pensamientos el frenazo de la furgoneta, que aminora la velocidad hasta detenerse. Paran a desayunar, los chicos han hecho campaña solidaria porque, dicen, están muertos de hambre. Mauro ha buscado el mismo bar, El Rincón de Ángel, y al entrar no puede evitar que los ojos se le vayan a buscar los parterres de ciclámenes, ahora alfombrados de dalias y tulipanes. Qué lejos queda aquel día y, al mismo tiempo, qué cerca. Entonces se rompía los cascos para encontrar la manera de convencer a los chicos para hacer la regresión, y ahora se los rompe para encontrar la manera de que esta tarde sea ella quien acepte hacerla. En realidad todo eso es una carrera de obstáculos que nunca finalizan, concluye mientras toma el último sorbo de café sin perder de vista a Velia. Cómo se asemejan madre e hijo; el mismo óvalo, el mismo perfil y la misma sonrisa; a los dos se les ilumina la cara cuando sonríen, a los dos se les achinan los ojos. Qué mujer más bella es Velia, tiene algo que la hace especial, pero ¿por qué es especial o por qué el estómago se le mueve cuando la mira, o la oye hablar o la ve sonreír? ¡Menuda suerte tiene el capullo de su marido! Y qué fácil fue hablar con ella; la conversación se deslizó como si se conocieran de toda la vida, no le puso ningún problema ni la menor objeción, todo fue tan natural... Pero ¿tendrá razón el cabezota de Fernando en que su percepción está equivocada? Niega imperceptiblemente con la cabeza, no puede permitir que le distraiga nada que no sea lo que ahora van a hacer, y hay que continuar en la dirección marcada. Tiempo habrá, después, para embastar nuevos supuestos. Cuando se levanta para ir a pagar, la mirada se le escapa hacia los chicos, cómo mira

Duna a Adalbert, cómo mira Adalbert a Duna, se les escapa el amor por los poros, y el estómago se le pinza por un sentimiento que reconoce sin ambages que es envidia.

Cuando llegan a Ripoll y siguen ya hacia Sant Joan de les Abadesses las conversaciones han bajado el tono; los chicos ansian llegar, a los dos se los comen los nervios, sin embargo, se guardan muy mucho de decirlo. ¿Qué harán las madres cuando Mauro y Fernando empiecen a explicar los motivos reales del encuentro? ¿Y si se cabrean? ¿Y si les da por marcharse?

Al salir del túnel y asomarse al valle el silencio es casi total, por ello se oye claramente la voz de Velia cuando exclama:

—¡Qué maravilla de paisaje! ¿Podemos parar un instante?

Duna se muerde la lengua para que no se le escape: «¡Venga, no nos paremos ahora, por favor!», y a Mauro le tiembla la mano cuando apaga el contacto del motor.

Llegan a la masía a la una menos cuarto. Ya al pasar delante de la gasolinera y dar la vuelta a la rotonda la atención se ha dirigido a la casa cuando Mauro la ha señalado:

—Mirad, es aquélla.

Bajan de la furgoneta con la mirada repartida entre la casa, el antiguo granero reconvertido en una construcción que se asemeja a una casa nórdica, el bosque que se abre a la izquierda y que invita a ser visitado, y el propio entorno en el corazón del valle.

—Mi amigo llevó a cabo una importante obra de reconstrucción —explica Mauro a Velia y Clara, que miran la casa con admiración—. Toda esta parte era el corral —señala los bajos de la casa— y estaba destrozada. Aun así, la restauración es más evidente dentro. Ahora lo veréis.

Por su parte, Duna y Adalbert se han ido a curiosear lo que parece una capilla abierta en la roca, a la izquierda de la era, y Duna vuelve corriendo a buscar a su madre:

—Mami, ven, fíjate qué guay, hay una mesa de piedra y una fuente dentro. Anda, ven...

Pero Fernando ya está bajando la escalera seguido por *Chucho*, que mueve la cola con entusiasmo. Impecablemente trajeado de Armani y muy en su papel de perfecto anfitrión, se dirige en primer lugar a Velia:

—Bienvenida a la masía Mallol. Soy Fernando Zolda, es un placer.

- estrechándole la mano hace una elegante inclinación con la cabeza. Luego se vuelve hacia Clara y se dispone a saludarla de la misma

forma, pero se detiene y se la queda mirando. Clara también lo observa sorprendida, y casi a la vez exclaman:

—¡Luis! ¡Luis Fernando! Pero ¿qué haces tú aquí?

—¡Clara! ¡Qué alegría! ¡Y qué sorpresa!

Y se abrazan con auténtica alegría.

—¡Clara, cuánto tiempo! —vuelve a exclamar Fernando. Se vuelve y sin separar el brazo de la espada de Clara mira al resto de sus invitados y anuncia:

—Amigos, os presento a Clara, la esposa de quien fue uno de mis mejores amigos, Daniel Dantí.

Duna lo mira sin creérselo. ¡Ostras, ostras, ostras! Lo ha tenido delante de sus narices y no lo ha sabido reconocer. Eso mismo le dice su madre y Fernando casi a la vez:

—¿Y no lo reconociste?

—¿Y no te acordabas de mí?

Y Duna va diciendo que no con la cabeza. Pues no, era demasiado pequeña, además, entonces era Luis, ¡y a ella, qué le cuenta...! —Y se agacha para hacer carantoñas a *Chucho*, y de paso esconder las mejillas rojas como pimientos.

—En tu descargo, dime que yo tampoco te había reconocido, Duna —oye que le dice Luis, porque para ella es Luis, ¡qué caray!—, madre mía, cómo has crecido, si eras una cría así... —Y dice al amigo—: Hombre, Mauro, ¡y tú erre que erre con llamarla Dunia!

Mauro esboza una mueca de disculpa y a Adalbert se le escapa la risa, le hubiera encantado conocer a Duna de pilcatita, seguro que era insoportable.

Van yendo hacia la casa mientras Fernando cuenta a Clara las razones de su cambio de nombre:

—... fue al cambiar de vida, cuando nos vinimos aquí, *Luis Fernando* me remitía demasiado al despacho...

Mauro anda bendiciendo a todos los dioses del cielo y de la tierra. ¡Qué golpe de suerte! Eso facilitará las cosas. En el amplio vestíbulo los recibe Remedios, que abraza a Clara también con alegría y saluda al resto del grupo con su forma de hacer, acogedora, y todos se dirigen hacia la escalera que lleva al piso de arriba.

Velia se siente aliviada, no sabe bien por qué. Quizá que la otra madre conozca al anfitrión le da cierta tranquilidad; además, no puede por menos de reconocer que, de momento, todo parece muy serio y muy formal.

Para llevar a cabo el encuentro Fernando ha preparado la sala de arriba, que es la grande de la casa. Es una sala tipo *loft* que deja boquiabiertos a los

chicos, quienes coinciden sin decírselo en tomar nota mentalmente, sobre todo de las ventanas. Más que ventanas son paredes de cristal que permiten que la mirada fluya sin impedimentos hacia el bosque de abetos, robles, encinas y castaños.

El techo inclinado y con vigas y enteramente cubierto de madera y unos viejos baúles perfectamente restaurados estratégicamente colocados en las esquinas, gustan más a las madres, que lo comentan entre ellas en voz baja, y destacan la calidez y belleza estética de la estancia, y ello las ayuda a romper el poco hielo que quedaba entre ambas.

Velia no puede evitar acercarse a Fernando y confesarle:

—Sinceramente, te felicito por el acierto en la restauración.

Fernando sonrío satisfecho:

—Eso díselo a mi mujer. Volvió locos a los albañiles y ha recorrido todos los anticuarios de la comarca, pero ha valido la pena.

Clara siente la comezón de la envidia. Menuda suerte la de Remedios, tiene a su marido al lado y además, con dinero. ¡Ella sí que aprovecharía bien ese espacio, montaría un estudio de película! ¿Y si fuera verdad lo que la niña le ha dicho? ¿Y si de verdad existiera la posibilidad de rascar un puñado de euros?

En el centro de la sala hay una mesa antigua de roble donde caben más de ocho personas cómodamente sentadas, como hacen ahora los invitados a indicación de Fernando. Frente a la pared que da al granero hay instalada una pizarra portátil tipo Velleda y encima de la mesa, en la cabecera, una carpeta, un pliego de hojas en blanco y un par de rotuladores. Fernando toma asiento ahí, Mauro lo hace en la parte opuesta, y sin ponerse de acuerdo, las dos madres se colocan a un lado de la mesa y los chicos al otro. Encima de la mesa, tres centros con margaritas azules, lila y amarillas hacen de embajadores de la primavera dentro de la casa.

—Bien, podemos empezar.

La voz y el tono de Fernando, decidido, silencian los murmullos de los chicos y acaparan su atención; se ha puesto unas gafas muy estrechas y empieza a jugar con un rotulador mientras habla:

—En primer lugar, permitidme que os dé las gracias por vuestra asistencia a la reunión convocada para hoy, a la una del mediodía. Os hablo en nombre de Mauro Claris, aquí presente —automáticamente todos giran la cabeza para mirarlo—, para comunicaros una información que puede ser de vuestro interés. —Y los mira por encima de las gafas.

Duna da un leve codazo a Adalbert, como si le dijera, «¿de qué palo va éste, ahora?». Y Adalbert le responde con otro del tipo, «ya, se pasa un huevo». Fernando continúa:

—Por motivos que ahora no vienen al caso, tenemos la fundamentada sospecha de que en la parte alta de Tossa de Mar, en el bosque, hay enterrado un, llamémosle botín, de un valor que, si nuestros cálculos no fallan, es bastante elevado.

A Clara se le abren de par en par los ojos y Velia parpadea un par de veces. Fernando carraspea antes de proseguir:

—La localización exacta del lugar aún está por resolver y éste es el motivo por el cual habéis sido convocados.

Duna ya no puede más y salta:

—Pero ¿por qué no hablas normal y vas al grano y dices que es un caso de reencarnación?

Fernando tiene la misma sensación de alguien a quien le han quitado la silla y se ha caído al suelo. ¡Cono con la niña! ¡Continúa igual de impertinente que de pequeña! Velia ha levantado las dos cejas, más sorprendida, imposible:

—¿Reencarnación, dices? Pero... es una broma, ¿no? Fernando querría desaparecer; tantas horas para preparar la reunión y han bastado unos segundos para dinamitarla. A Adalbert le da la risa, Clara no sabe a quién mirar y Mauro interviene, grave:

—No, no es una broma. Con tu permiso, Fernando. Y en el tono pausado de quien sabe que ya no tiene nada más que perder, hace un resumen de los hechos, eludiendo, eso sí, las angustias, los fracasos, las sospechas y las dudas, para terminar en certezas:

—... y si hace quince días estaba convencido de que uno de los chicos era Uzalard, ahora, desde el martes —clava los ojos en Velia—, creo que Uzalard eres tú.

Duna y Adalbert se miran entre ellos, sorprendidos, y miran a Velia. Velia se ha quedado inmóvil, con la boca entreabierta y la mirada fija en Mauro, que se la aguanta, expectante; ¿le ha dado demasiada información de golpe?, ¿demasiada información que no sabe cómo manejar o asimilar? La pausa que ha hecho Mauro se amplía y se convierte en silencio, un largo silencio que los dos mantienen sin desviar la mirada, intentando cada uno ver más allá de las palabras y las miradas.

—Y ¿para qué buscas a Uzalard? —pregunta de pronto Velia en un tono tan brusco que sorprende a su hijo.

—Para darle la mitad del botín —responde Mauro con seguridad.

Nuevo silencio, Velia ha bajado la cabeza y juega con la hebilla del bolso que tiene en el regazo; hay un juego de miradas cruzadas entre los asistentes, en las que se mezcla la duda, la incredulidad, la impaciencia..., pero todos callan, por lo tanto las palabras de Velia se oyen con claridad cuando dice, con la mirada fija en Mauro:

—Se me hace muy difícil creerte... Yo no creo en la reencarnación, ni creo que haya nada más después de la muerte; tampoco creo que vayas de mala fe, sino que..., creo que todo es producto de una fantasía paranoica. ¿Te ha visitado algún psiquiatra?

A Mauro se le endurecen las facciones, se echa para atrás y se apoya en el respaldo de la silla. Muy seco responde:

—Está usted muy equivocada, señora.

Fernando ve la oportunidad de intervenir y la coge al vuelo:

—Si me permites, Velia, para llevar a cabo las pruebas que queremos realizar no es necesario creer en la reencarnación. El punto de partida de la hipótesis del botín enterrado es independiente del hecho que lo genera. Míralo como dos partes. —Lo representa gesticulando con las dos manos—. En una tenemos un punto de partida que tanto nos da que sea a causa de una supuesta reencarnación, como de un documento del siglo tal donde conste la referencia del botín, como de un informe del departamento equis del Gobierno, y en la otra parte tenemos la hipótesis del botín enterrado. ¿Me explico?

—Perfectamente —afirma Velia.

—Pues dejemos de lado el punto de partida y centrémonos en el botín. Hemos localizado el paraje, pero nos falta saber el emplazamiento exacto para poder llevar a cabo las tareas de excavación.

Velia se lo queda mirando:

—Y ¿tú crees realmente que puede haber un tesoro enterrado ahí?

Fernando apoya el codo en la mesa y se pellizca la barbilla:

—Los tesoros escondidos son una realidad que se refleja legalmente. La legislación vigente dispone que cualquier ciudadano que recupere un bien con valor histórico tiene que entregarlo al Departamento del Patrimonio del Gobierno y tiene derecho al veinte por ciento de su valor económico.

—¿Es el caso de los tesoros que se recuperan de los barcos hundidos?

Fernando asiente con la cabeza.

Velia hace una pausa y vuelve:

—Así, si no lo he entendido mal, en esta historia que —mira a Mauro— nos has contado también hay dos partes. Una, esa supuesta reencarnación y la

otra, la búsqueda de un bien antiguo.

—Así es —se adelanta Fernando—, una parte de cuyo valor será para la persona que, desde la teoría de Mauro, encarna la figura de Uzalard. La otra parte se dividirá en tres...

Mauro hace ademán de intervenir, pero Fernando lo fulmina con la mirada, y continúa:

—... una será para Mauro, otra para una asociación espiritista que aún está por decidir y una tercera para el Movimiento de Liberación del Tíbet. — Y se queda mirando a Mauro como diciéndole, «y ahora, delante de todos, atrévete a contradecirme».

Mauro baja la cabeza y calla. Clara decide intervenir:

—¿De qué importe hablamos?

—Nos movemos sobre una hipótesis de un millón...

—¿De pesetas? —se adelanta Clara.

—De euros.

Clara vacila, ¡Dios, qué bien le iría este dinero!

—¿Y tocaría la mitad del veinte por ciento de este importe, no? — murmura mientras intenta calcular mentalmente cuanto es el veinte por ciento de los ciento sesenta y cinco millones de pesetas. No, es la mitad de...

Mauro salta:

—Que lo comuniquemos a Patrimonio está por decidir aún.

Fernando replica:

—Todo se hará de forma legal.

Velia lo mira:

—Por supuesto, si no ¿cómo justificar el ingreso de tanto dinero?

Los chicos mueven la cabeza como si estuvieran en un partido de tenis. Ahora a un lado, ahora al otro. ¡Qué rollo! ¡Qué plastas son los mayores! Con las ganas que tiene Duna de hacer la regresión la pone frenética ver cómo pierden el tiempo con tantas chorradas. Da un codazo a Adalbert y levanta la voz:

—Venga, eso podéis discutirlo luego, ¿por qué no vamos al grano ya? Yo me ofrezco a ser la primera. —Todos los ojos convergen en ella.

—Ah, sí... —dice Clara—. La regresión... —Mira a Fernando—. ¿Tú crees que por la regresión se podrá saber algo del botín?

—En teoría sí. Es la única vía que tenemos.

—¿Alguien puede explicarme de qué se trata? —pregunta Velia, y Adalbert percibe en su voz un cierto tonillo de displicencia; él le ha estado

evitando todo el rato la mirada. Cuando se marchen le caerá una bronca fenomenal, ya se la ve encima.

—¡No es necesario! —salta Duna mirando a Fernando—. Me la haces a mí la primera y así lo verán. ¿Sí?

Fernando mira a Clara:

—¿Estás de acuerdo?

Clara vacila unos instantes y murmura:

—Sí.

Fernando se levanta y todos se ponen en pie.

—Pues vamos abajo.

Bajan la escalera, cruzan el vestíbulo y Fernando abre la puerta opuesta a la de su despacho. Es una habitación pequeña con una única ventana que tiene los postigos ajustados; el olor inconfundible del incienso flota en el aire.

Como único mobiliario hay una cama arrimada a la pared, una mesilla baja con una lámpara encima y un par de sillas.

—Mauro, acerca otro par de sillas —pide Fernando mientras entreabre un postigo y un fino ravo de sol lame la pared contraria a donde está la cama.

Duna, excitada, se ha sacado del bolsillo el minidisc, comprueba que funcione y se lo da a Adalbert:

—Ya está en marcha —susurra. Y le guiña el ojo.

Sin esperar a ser invitada va hacia la cama, se saca las zapatillas de deporte, se tiende boca arriba y cierra los ojos. Mauro se sienta al lado, en una de las sillas; Fernando espera a que los otros tomen asiento, un poco más retirados, y él, aún de pie, pregunta a Duna:

—Es la primera vez que la haces, ¿verdad?

—Sí.

—Pues bien, tanto a ti como a vosotras —mira a las madres, y luego a Adalbert—, como a ti, dejadme deciros cuatro palabras. Mediante relajación situaré a Duna en un estadio mental que le va a permitir conectar con episodios de vidas pasadas. No perderá la conciencia, pero ésta sí quedará relegada a un segundo plano. Verá imágenes y tendrá sensaciones y emociones. —Ahora se dirige directamente a Duna—. Es importante que tengas en cuenta que veas lo que veas y sientas lo que sientas, todo corresponde al pasado. Si en algún momento te sientes tan bien, tan a gusto que no volverías, te haré regresar de inmediato, porque éste es tu presente, tú ahora eres Duna Dantí, tienes dieciséis años y toda la vida por delante. ¿De acuerdo?

Duna asiente con la cabeza.

—Muy bien, pues ahora no pienses en nada, déjate llevar. Yo te hablaré y tú harás lo que yo te diga.

Toma asiento y mira a sus invitados:

—No hay riesgo, pero es importante el silencio, así como que diga lo que diga nadie intervenga. —Mira a Mauro y recalca—: Nadie... ¿Entendido? —Respira profundamente y esboza una sonrisa—. Bueno, Duna, dudo que nos hagas esperar demasiado, los jóvenes regresáis al pasado a una velocidad de vértigo. Bien, vamos allá.

Adalbert está impresionado, tanto, que se ha sentado lo más cerca posible de la puerta por si tiene que salir corriendo. Le cuesta esfuerzo tragar, el ahogo le cierra la garganta. Intenta concentrarse en Fernando, que en voz baja va repitiendo, no lo oye bien, no sé qué de la respiración. No sabría decir cuánto rato pasa porque hay unos silencios tan largos que no puede evitar cerrar los ojos y desconectar, por ello se sobresalta cuando, de pronto, oye la voz de Duna que dice:

—Está oscuro...

Adalbert aguanta la respiración.

—¿Porque es de noche o porque estás en un lugar cerrado? —Oye la voz de Fernando.

De nuevo el silencio, hasta que:

—... Es de noche, hace viento...

—Mírate los pies y dime qué llevas. —Es Fernando.

A Adalbert se le acelera el pulso.

—... Alpargatas, voy con falda, soy... soy una chica, me parece.

—¿Dónde estás?

—... No lo sé, está muy oscuro... ando hacia la derecha y..., y-, ¡ay!

—¿Qué te ha pasado? —Fernando.

Silencio.

—... He tropezado con algo, una barandilla o unos postes... parece un corral o algo así... estoy esperando...

—¿A qué esperas?

—... No... no lo sé... espero...

—¿Cómo te llamas?

—...

—¿Cómo te llamas?

—...

—¿Qué pasa?, ¿por qué no dices nada? —Fernando.

—... Alguien llama...

—¿Qué nombre dice?

—... No lo oigo bien, hace viento...

—Presta atención, escucha bien.

—... Alguien se acerca... me llama..., me llama Paula..., me dice que entre en casa, yo le digo que no. —Duna empieza a levantar la voz y a moverse inquieta en la cama—. No puedo entrar... lo estoy esperando...

—¿A quién esperas?

Silencio.

—¿A quién esperas? —repite Fernando.

—... A él, le espero, le he dicho que le esperaré siempre.

—¿Quién es él?

—...

—¿Sabes su nombre?

Duna hipa y se agita, Fernando se levanta y se sienta en la cama, y murmura, suave:

—Dime, ¿sabes su nombre? ¿Quién es?

Entonces Duna estalla en llanto y grita:

—¡... Uzalard no vuelve! No vuelve nunca más, nunca más, nunca más...

- grita, y llora, y quiere levantarse, y Fernando la sujeta y Clara corre hacia ella y también la coge y conmina asustada a Fernando:

—Haz que regrese, haz que regrese, ¿no ves cómo está?

- Velia, aterrada, continúa diciendo:

—Pero haced algo, esto es inmoral. ¡Pobre criatura!

Adalbert no dice nada, sólo la mira con los ojos muy abiertos. Mauro se mesa los cabellos y la barba, y Fernando, agachado al lado de Duna, le susurra algo al oído que tiene un efecto calmante porque, poco a poco, Duna se va sosegando hasta que abre los ojos; jadea aún, y se limpia los mocos y las lágrimas con el bajo de la camiseta. Entonces Fernando se levanta, se acerca a la ventana y abre el postigo. Todos respiran hondo sin apartar la mirada de Duna, que se ha quedado inmóvil mirando el techo, una lágrima se desliza por su mejilla y se pierde entre la melena desparramada en la almohada. De pronto se incorpora bruscamente, se echa atrás el pelo y mueve la cabeza buscando a Adalbert, y, cuando lo ve, le suelta:

—¿Lo ves? ¡Me dejaste colgada!

Nadie puede evitar que salte de la cama, se acerque al muchacho, que se pone en pie instintivamente, y empiece a golpearle el pecho, llorando y gritando:

—¡Yo te esperaba y me dejaste tirada! ¡Me dejaste tiradaaa!

Es su madre quien la sujeta con firmeza y la obliga a volver a la cama y sentarse, quien la mece como si fuera pequeña, quien la calma diciéndole:

—Calma, cariño, sólo es un pasado, calma, calma, mi niña... —Y le acaricia el pelo y las mejillas y le enjuga las lágrimas.

Adalbert tiembla como una hoja y su barbilla, aún más. Se sienta para no caerse. El minidisc ha rodado por el suelo sin que se diera cuenta.

Fernando y Mauro se miran, Velia irrumpe entre ellos:

—No quiero que mi hijo lo haga —dice en voz baja, hace una pausa y añade—: Pero yo sí. ¿Puedo?

Mauro hace ademán de hablar cuando Fernando se le adelanta asiéndolo del brazo:

—No creo que haya ningún problema, pero antes discúlpanos un momento. —Y se lleva al amigo al despacho mientras Clara acompaña a Duna a la salita, la que está al lado de la sala grande, seguidos por un conmocionado Adalbert.

Cuando Fernando cierra la puerta del despacho se vuelve hacia Mauro, grave:

—Mira, Mauro, si quieres que continuemos las sesiones tienes que hacerme un favor...

Mauro lo mira interrogante con las manos tensadas en los bolsillos de atrás de los tejanos.

—... Quedarte aquí —continúa su amigo—. Me resulta muy difícil concentrarme mientras siento tu energía y te siento a ti porfiando por intervenir.

—No puedes hacerme esto —responde Mauro, en voz baja, tenso—. Son demasiados años de espera. Tendrías que entenderlo.

—Yo puedo entender todo lo que tú quieras, pero las sesiones las hago yo y bajo mi responsabilidad y no estoy dispuesto a que estas personas corran el menor riesgo porque tú no seas capaz de controlar tu estado emocional. ¿Has visto la cara que llevas hoy?

Mauro se frota la barba mientras le da la espalda y se dirige a la ventana. El amigo insiste:

—Eres navegante, sabes lo que significa atravesar tempestades, por lo tanto, si ahora atravesas una tempestad emocional me haces el puto favor de

ponerte el arnés y atarte al palo mayor, como Ulises. ¡Ya me entiendes!

Al cabo de unos minutos de silencio Mauro se da la vuelta y se lo queda mirando.

—Tienes razón, me pondré el arnés y me trincaré al palo mayor, puedes estar seguro, pero quiero estar, tengo que estar —recalca.

Fernando se lo queda mirando en silencio, evaluando las posibilidades de contención que pueda tener su amigo.

—De acuerdo —acepta finalmente—. De todas formas, me parece que ya tenemos una pista bastante clara de quién es Uzalard, ¿no crees?

Mauro toma aire aparatosamente y se agarra a la última esperanza mientras toma asiento en el brazo de la butaca:

—La reacción de Dunia no será una simple fantasía adolescente, ¿verdad?

—Se llama Duna —lo corrige el amigo—, y no creo que se trate de ninguna fantasía. Lo que no entiendo es por qué insistes en creer que Velia pueda ser Uzalard.

Mauro tarda en responder y cuando lo hace Fernando advierte que tiene los ojos húmedos:

—Porque si no es Uzalard, sólo puede ser Violante, y, entonces, ¿qué?

Fernando sospecha por dónde va su amigo, aun así, espera a que sea él mismo quien lo exprese.

—Es la misma sonrisa de la mujer de las regresiones, los ojos que me persiguen en los sueños... —Mauro habla mirando al suelo, en un punto indefinido—, en todas las regresiones en las que aparece Violante, la intensidad del sentimiento que me provoca no tiene... —levanta la cabeza y lo mira—, es lo mismo que me sucedió hace unos días, cuando la conocí...

—Y bien... —murmura el amigo después de un largo silencio por parte de Mauro.

—Todo eso es un castigo... —balbucea Mauro devolviendo la mirada al suelo—. No sé qué pasó antes, pero no fue mía; ahora es una mujer casada...

Se levanta, se dirige hacia el amigo y le pone una mano encima del hombro:

—Tienes razón, Fernando, no te puedo garantizar que me mantenga sereno, de modo que me quedo aquí.

Fernando lo coge por el brazo y lo abraza:

—Te entiendo más de lo que piensas, pero, como te he dicho siempre, alguien tiene que mantener la cabeza fría en esta historia.

Deshace el abrazo y se dirige hacia la puerta; antes de abrirla lo detiene el comentario de Mauro:

—Pero, dime, ahora que la he reencontrado, ¿cómo podré vivir yo, sin ella?

Fernando se queda contemplando el pomo de la puerta y no sabe qué responder, así que abre y sale al vestíbulo. Tantea el bolsillo, su grabadora digital continúa ahí.

Velia, tendida en la cama, cierra los ojos. Fernando ha ajustado la puerta antes de empezar el ritual de desconexión del presente y el intento de conectarse con el episodio del pasado que le interesa. Tranquila, Velia obedece sus órdenes hasta que la profundidad de su respiración le indica que ya está preparada, así que conecta la grabadora y la deja encima de la cama, al lado del almohadón. Musita:

—Pide a tu guía que te lleve a un episodio que esté vinculado con la vida actual.

—...

El silencio se extiende como una niebla que flota por la habitación; es largo, muy largo, hasta que:

—Qué raro... —murmura Velia.

—¿Qué es raro? —se apresura a preguntar Fernando.

—Estoy ante un puente de piedra, visto faldas largas y alpargatas, pero sé que soy Velia y he venido aquí con tejanos.

—No has perdido la conciencia, sólo estás en un plano donde revives hechos que te ocurrieron años ha; ahora concéntrate y di me, ¿qué ves?

—... Es un puente, yo estoy en un extremo, como si fuera a atravesarlo.

—Atraviésalo.

—...

—¿Qué ves?

—... Hay gente a mi alrededor, todo es antiguo, hay mucha suciedad..., mal ambiente...

—Pide a tu guía que te permita ver dónde estás.

—... Es... es Londres, 1752...

Fernando mueve la cabeza, negando, aun así continúa:

—¿Cómo te llamas?

—... Mary, me llamo Mary, entro en una casa..., parece pobre... hay niños a mi alrededor..., soy la madre..., mi marido... mi marido está en la cárcel... salgo de la casa..., no tenemos comida... No... no veo nada, ahora todo es oscuro...

—Haz una inspiración profunda y pide a tu guía que te lleve a los episodios que se relacionen con el presente de la vida actual.

Vuelve a abrirse un espacio largo de silencio; Fernando, hablando quedamente va guiándola para que la conexión se produzca, pero no puede evitar que la tensión empiece a ganarlo. Han pasado quizá diez minutos cuando, finalmente, Velia vuelve a hablar:

—... Tengo un plato pequeño de piedras ante mí...

Fernando suspira levemente y espera. Velia continúa:

—... Estoy en una habitación..., parece muy pobre... hay una mesa de madera, encima está el plato con piedras... está oscuro...

—¿Estás sola?

—... No lo sé, muevo la cabeza... sí, veo una cara... es una mujer que parece joven pero viste como una vieja, me dice... me dice que..., no la entiendo bien, pero el gesto sí, tengo que mezclar las piedras...

—¿Lo haces?

—... Sí, las revuelvo, he venido porque... no sé con quién me quiero casar, no sé...

—Haz dos inspiraciones muy profundas y pide a tu guía que si esta escena es importante te permita ver dónde estás y te ayude a verla clara —susurra Fernando.

Velia obedece, al cabo de una larga pausa dice:

—... Es Tossa de Mar, 1653..., hay dos hombres jóvenes, son hermanos, mi madre me dice que me case con el más joven, el otro es un heredero.

Ahora es Fernando quien toma aliento profundamente y después:

—¿Tú con quién quieres casarte?

—... Con el de más edad, él no dice nada pero cuando me mira... pero es heredero. —Fernando percibe con claridad un acusado tono de tristeza en la voz.

—Y ¿por qué no quieres casarte con un heredero? —le pregunta.

—... Mi madre dice que no soy primogénita, que no me puedo casar... — Habla tan bajo que Fernando tiene dificultades para oírla.

—¿Por qué has ido a mezclar las piedras? —Se acerca él.

—... Para que me digan qué tengo que hacer.

—¿Y qué te dicen?

—...

Fernando se acerca hasta casi rozar los labios de Velia con la oreja, entonces oye:

—... Y que decida yo...

—¿Qué decides?

De nuevo, pausa larga.

—... Es un niño, mi marido está feliz...

—Y tú, ¿estás contenta?

—... Mucho, es un niño precioso, Martín dice que será el heredero, no puede ser, no entiendo por qué lo dice...

—¿Cómo te llamas, tú?

—... Vv... Viola... Violante...

De pronto la respiración se le agita...

—... No sé qué pasa, todo se desvanece...

Ahora es Fernando quien abre la pausa; guiar en una regresión es un duro ejercicio de contención, si le corta el hilo puede ser difícil reemprenderlo. Al cabo de un buen rato, vuelve:

—Pide a tu guía que te lleve a otro episodio que esté relacionado con estos hechos.

—...

—Haz tres respiraciones profundas y pide a tu guía que te lleve a otro episodio que esté relacionado con estos hechos —repite Fernando.

—...

—Haz tres respiraciones profundas y pide a tu guía que te lleve a otro episodio que esté relacionado con estos hechos —vuelve a repetir.

—...

—¿Dónde estás ahora? —prueba.

—... En la playa —angustiada—. Martín acaba de marcharse, han visto velas, busco a Gerardo, busco al niño, el niño, ¿dónde está el niño?

—¿Qué pasa con el niño? —la ayuda Fernando.

—... ¡El niño...! ¡Gerardo, el niño!

Con un movimiento casi imperceptible la puerta se abre y entra Mauro, que sin hacer el menor ruido se le sienta al lado. Fernando se tensa. Velia gime y murmura, pero no la entiende.

—¿Qué pasa con el niño? —repite Fernando.

No obtiene respuesta, sólo gemidos; sin avisarlo, Mauro interviene:

—Violante, soy Martín, ¿qué ha pasado?

—... Martín, oh, Martín...

—¿Qué ha pasado, Violante, dónde está Uzalard?

—... He muerto. —El cambio de tono de voz de Velia impresiona a los dos hombres. Es una voz honda, opaca, también serena—. Mi marido también ha muerto. Estoy viendo nuestros cuerpos. Hay fuego y gritos.

—¿Dónde está el niño?

—... Está asustado, rema hacia la cueva..., mi hijo —solloza—, no puedo abrazarlo, Martín, no me ve, no puedo hacer nada. —Las lágrimas se le deslizan por las mejillas.

—Yo me haré cargo de él, Violante. No le faltará nada.

—... Mi niño... —susurra Velia.

Mauro se abandona al deseo de alargar la mano y apretar la de Velia, y de decirle:

—Violante, te amo.

—...

Fernando le hace un gesto como diciéndole: «Lárgate ahora mismo». Mauro no se da cuenta, la emoción le reverbera desde el estómago al pecho y le sube por la garganta:

—Te amo... —silabea despacio, lamiendo cada palabra. Siente la presión de la mano de Fernando en el brazo, gira la cabeza y lo mira. Fernando le señala la puerta y lo empuja con brusquedad. Mauro vacila, se levanta y sale tambaleante. Tambaleante va hacia el despacho del amigo, llega hasta la ventana y deja caer la frente en el cristal. Todo él, desde la punta del cabello a la punta de los dedos del pie es puro trémulo; el llanto le nace en la boca del estómago, trepa por la garganta y revienta en la boca; son tan violentos los espasmos que poco a poco se da la vuelta, descansa la espalda en la ventana y se deja resbalar hasta quedar sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en las rodillas. Le duele hasta el llanto, como si cada sollozo le arrancase un pedazo del alma y lo escupiera mezclado con las lágrimas.

Mientras, Fernando decide dar por terminada la sesión, ya que Velia se ha encerrado en un mutismo que le preocupa, así que despacio la conduce a través del tiempo hasta restablecer la conexión con el presente. Entonces espera a que abra los ojos; cuando lo hace, le pregunta:

—¿Estás bien?

Velia toma aire y repasa el techo con la mirada antes de devolverla a Fernando y responder:

—Sí... —Se incorpora hasta quedar sentada en la cama, fatigada—. Es impresionante. En ningún momento he perdido la conciencia de quién era, pero a la vez, lo que vivía, sentía y veía también lo vivía yo...

Mira pensativa la ventana y se abre una larga pausa que Fernando respeta, atento.

—... Cuando estaba embarazada de Adal un día fui al colegio donde yo había ido de pequeña; tenía intención de reservar plaza. Recorrí el patio y

las aulas y me vi con la bata y las trenzas; reviví los nervios del día que recité delante de todos los padres una poesía que había escrito... —habla despacio, como si todavía estuviese ahí, con la mirada fija en Fernando—, fue una sensación extraña, era una niña rubita con trenzas y, a la vez, era una mujer que llevaba un hijo en el vientre... Ahora he sentido lo mismo, ¿cómo es posible?

Fernando cruza las manos encima de las piernas antes de contestar:

—Probablemente porque el tiempo no existe, así, cuando conseguimos sintonizar una frecuencia determinada nos es posible acceder a las impresiones que vivimos y recibimos con anterioridad.

Velia piensa bien antes de apuntar:

—¿Que vivimos...?

—Bueno, lo correcto sería decir que «vivió», que «recibió» nuestra alma. Para decirlo en términos actuales, el alma podría ser un chip que grabó vivencias y experiencias, de modo que si tenemos el *password* podemos acceder a la información que contiene.

Unos golpes discretos en la puerta les llaman la atención. Fernando se levanta y abre. Velia ve que se trata de Remedios y que hablan un momento en voz baja; suspira y se pone los zapatos. Remedios se marcha y Fernando se queda en la puerta esperando a Velia, que se acerca a él; antes de salir de la habitación Velia se lo queda mirando.

—Me gustaría continuar hablando contigo, pero lejos de aquí. ¿Es posible vernos entre semana?

—No hay problema. Llámame cuando quieras.

—Otra cosa... —Velia vacila—. No tengo inconveniente en que mi hijo haga la regresión.

—Te lo agradezco —dice Fernando. Se mete la mano en el bolsillo y saca la grabadora; se la enseña—: Tengo por costumbre grabar las sesiones. Si estás de acuerdo te haré una copia en cedé. El original lo guardo en mi archivo con un código. Es información confidencial. En caso contrario, ahora mismo la destruyo.

Velia se queda pensativa mirándolo a los ojos hasta que responde:

—Hazme una copia.

14.

ULAZARD

El comedor, en la planta baja, no tiene la amplitud de la sala de arriba, pero es muy acogedor, sobre todo por la presencia de la chimenea. La mesa está dispuesta como los días de fiesta; mantel de color verde, platos de cerámica, servilletas a juego. Remedios revisa que todo esté en su lugar y a punto; está satisfecha: ha hecho unas albóndigas con sepia que no tienen nada que envidiar a las de cualquier restaurante de cinco estrellas.

La atmósfera será espesa, se pronostica Fernando cuando sale al jardín a buscar a sus invitados. Es natural, la experiencia le demuestra que la primera vez que uno hace una regresión recibe una sacudida importante, tanto por lo que vive como por la contradicción que supone con las propias creencias. A él no le conllevó violencia porque ya tenía una formación del espíritu desde la doctrina del espiritualismo, quizá por ello reconoció al monje tibetano que lo guió en el primer viaje al pasado que hacer una regresión era, de alguna manera, un punto de encuentro entre Oriente y Occidente.

Fernando se dirige hacia el antiguo granero; alrededor de una mesa de piedra encuentra sentados a los invitados.

—Bien —se frota las manos e, intentando adoptar un tono festivo, sonrío—, como dicen en las películas, señoras, señor, la comida está servida. Nos esperan unas habitas tiernas al perfume de menta y unas albóndigas que harán sus delicias. Si me quieren acompañar... ¡Ah! Mauro me ha pedido que disculpe su ausencia. Volverá a la hora del café.

El primer plato discurre en silencio, inmerso cada uno en sus propios pensamientos, sobre todo Velia, que no levanta la cabeza del plato en ningún momento. Fernando ha dispuesto en la mesa una botella de Raimat tinto entre jarras de agua, e intenta empezar la conversación sin el menor éxito.

La cosa no cambia hasta entrar en el segundo plato, cuando, entre la frialdad del ambiente, Adalbert irrumpe de golpe:

—Después de comer haré yo la regresión, ¿no? —Y mira de reojo a Duna, que está jugando con una migaja de pan.

Velia, ahora sí, levanta la cabeza y le clava los ojos. Fernando responde rápido:

—Sí.

—Me mola —afirma Adalbert en tono seguro.

—Te puede impresionar —le advierte su madre.

Adalbert se encoge levemente de hombros. Por debajo de la mesa Duna le coge la mano.

Fernando interviene mirando a Velia:

—Es importante que la haga. Con su información completaremos el *puzzle*.

—¿Siempre es tan doloroso? —consulta ella.

—Depende de la historia personal de cada uno y también de los motivos por los que decide hacer la regresión. En la historia que hoy nos ocupa —echa una ojeada circular que los abarca a todos—, el dolor está presente porque se reviven episodios dolorosos, pero no hay que perder de vista que el dolor que revivimos es el dolor de antes, por lo tanto, es un dolor transitorio y que nos puede llevar a entender los hechos del presente... —Hace una pausa y mira a Velia—. Tu aportación llena vacíos en el rompecabezas de Mauro, así que, entre ello y las averiguaciones que él y yo hemos llevado a cabo de aquella época, creo que estamos en disposición de aventurar que los padres del tal Uzalard murieron en manos de sarracenos o bandoleros, que el tío se hizo cargo de él y que —mira a Adalbert, le sonrío y le guiña un ojo—, chaval, no te asustes si en la regresión te encuentras en alguna situación un tanto comprometida.

Arranca una sonrisa general y respira hondo, satisfecho.

—Es lo que debería suceder —continúa—. En aquella época las cosas iban así. —Mira a Duna—. Si Uzalard no acudió a la cita no fue por su voluntad. Ahora están las motos y los accidentes de tráfico, pero antes estaban los bandoleros, la peste y los sarracenos.

—Y ¿quién enterró el tesoro? —quiere saber Duna, sintiendo cómo la tibieza de la mano de Adalbert también la cobija por dentro.

—No ha quedado claro en ninguna regresión. Si tuviéramos aquí al amigo Mauro —señala al otro lado de la mesa—, él mismo nos lo corroboraría. Él se ha visto a sí mismo sosteniendo en las manos una arqueta y viendo fugazmente el contenido, que...

—¿Qué era? —le interrumpe Adalbert.

—Parecían monedas y joyas, pero las imágenes siempre han sido demasiado rápidas.

—¿Y después? —le insta el chico.

—Se ha visto con un pico y una pala, y aquí —chasquea los dedos— la imagen se pierde. Nosotros hemos formulado diferentes hipótesis; una es que debió de enterrar el tesoro y poco después lo mataron; otra, que mientras lo enterraba, alguien que lo había seguido, lo mató y le robó el botín.

Para Duna la curiosidad gana terreno al trastorno que le ha provocado la regresión, e interviene:

—Pero ¡si fuera así, aunque encontrásemos el sitio quizá no hubiese nada...!

—Es una posibilidad que contemplamos —asegura Fernando—. Para ser francos, estamos persiguiendo una quimera, un sueño.

—Hay una tercera posibilidad —salta Adalbert—, que como teme Astérix, se le cayera el cielo encima y lo aplastase con botín y todo.

Todos se echan a reír. El ambiente se ha distendido, comprueba Fernando, contento. Ahora sólo falta que Mauro no estropee esta segunda parte.

Fernando decide hacer la regresión de Adalbert también en solitario, así, mientras el resto se dispone a dar un paseo por el bosque de abetos, robles y encinas, el chico y él se dirigen hacia la habitación pequeña. Están a punto de entrar cuando llega Mauro.

—Ve a tumbarte en la cama, muchacho —le dice Fernando—. Vuelvo en un instante.

Adalbert obedece y Fernando sujeta a Mauro por el brazo y lo lleva hacia el extremo del vestíbulo.

—¿Cómo estás? —le pregunta, mirándole preocupado las ojeras hinchadas y el aspecto desencajado del rostro.

—Bien, mejor. ¿Puedo entrar? —Y Mauro señala con la cabeza la habitación pequeña.

—No, es mejor para ti. Y, por favor, esta vez no entres por sorpresa.

—De acuerdo. ¿Dónde están los otros?

—En el bosque.

Mauro respira hondo y empuja suavemente al amigo:

—Anda, ve, y que los dioses os guíen.

Y le da la espalda. Fernando aguarda, cuando lo ve dirigirse hacia el despacho se tranquiliza, va hacia la pequeña habitación y entra.

Adalbert está sentado en la cama comprobando que el minidisc de Duna funcione. Fernando acerca la silla y en el tono festivo de antes dice:

—Bueno, chico, tú tranquilo, ¿eh?, que sólo son imágenes y sensaciones. Es como ver una película...

Adalbert apunta:

—¿Es como la realidad virtual? Ya sabes, como un juego de la PlayStation donde el jugador interviene en la pantalla.

Fernando se echa a reír. ¡Mecachis con los jóvenes! ¡Qué rápidos y vivos son!

—Eso mismo, de modo que tranquilo. —A partir de ahora ya sabe cómo explicar qué es una regresión sin dar tantos rodeos.

Adalbert se saca las zapatillas de deporte, se tiende en la cama, pone el minidisc al lado de la almohada, pulsa *rec* y cierra los ojos.

Empieza de nuevo el ritual. Adalbert va siguiendo al pie de la letra las instrucciones que recibe en voz baja, expresamente cadenciosa, y acompasa la respiración; como Duna, no tarda en conectar, así, a la primera pregunta de Fernando:

—¿Puedes ver dónde estás?

Responde:

—... Veo el culo de una gallina.

Fernando alza una ceja y continúa:

—¿Qué haces con la gallina?

—... La empujo... está encima de un palo, es tonta, piensa que sabe volar..., hay más gallinas, buscan no sé qué en el suelo.

—Y ¿tú qué haces?

—... Cojo huevos... no llego a una especie de gancho que hay en la pared...

—De acuerdo, ahora haz tres inspiraciones profundas y pide a tu guía que te lleve a un episodio que esté relacionado con la existencia actual.

Pausa.

—... en dos vueltas...

—¿Qué dices?

—... Hay un gato negro... y una vieja... me dice no sé qué de dos vueltas... hay algo... son dos niños... son amigos míos, tienen miedo, yo también tengo miedo...

—¿De qué tienes miedo?

—... Hay humo... estoy mareado... me dice no sé qué de las raíces... me quiero ir pero las piernas... Paula... Paula, me mira... —La respiración

empieza a agitarse—. Estamos en el mar... tiene el pelo rojo. ¡Joder!

La exclamación ha sido tan contundente que Fernando se inclina hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, no lo entiendo, pero el otro día vi esta misma imagen, estaba con Duna en mi habitación...

Fernando advierte que ha salido del plano donde estaba.

—Luego lo analizamos, ahora continúa, haz tres respiraciones profundas y pide a tu guía que te devuelva al episodio donde estabas si es importante para tu presente.

—...

—... Me duelen las manos... —Empieza a moverlas como si apretara pelotitas de goma—. Mucho... estoy en una barca... llevo los remos... me duelen las manos... —respira agitadamente—, hay humo y gritos, veo fuego a lo lejos, tengo mucho miedo... tengo que ir a... a... a esconderme...

Fernando aguarda, no quiere interrumpirlo. Hay un largo silencio hasta que oye de nuevo:

—... Hay alguien, todo está oculto por la niebla...

—¿Conoces a quien está contigo?

La pausa es larga.

—... Es mi tío..., me dice que mis padres han muerto —habla tan bajo que Fernando tiene que agacharse hasta él para oírlo—, que venderá las gallinas...

Fernando no puede evitar que lo inunde una sensación que todavía no puede describir, sólo tiene la conciencia de estar viviendo una experiencia única.

—... He conseguido una flauta, pero mi tío me la ha escondido. No quiere que toque.

Ha de mantener la calma, se dice y se repite, es clave. No se puede dejar llevar por las emociones. Él, no.

—... ¡Uf, cuánta mierda!, ¡qué asco!, ¡todo está lleno de telarañas y de cagadas!

—¿Qué buscas? —intenta ayudarlo.

—... Estoy buscando... no lo sé... Todo está tan lleno...

—¿Has encontrado lo que buscabas?

—...

—¿Qué buscas? —insiste.

—... ¡Fuaaa!, si mi tío supiera que he revuelto por aquí...

—¿Cómo te llamas? —Pondría la mano en el fuego, es Uzalard, pero tiene que quedar constancia en la grabación.

—...

—¿Sabes tu nombre? —insiste.

—... soy el heredero Moré... —El tono de voz es tan grave que un escalofrío lo sacude de arriba abajo; continúa atento a las palabras de Adalbert:

—... Estoy con una chica, se llama Paula y está llorando.

—¿Por qué llora Paula? —hace el esfuerzo de preguntar Fernando.

—... Porque yo me voy.

—¿Adónde te vas?

—... Al monasterio... tío me encierra...

—¿Tú estás de acuerdo?

—... Yo me voy a Barcelona con Paula.

—¿Y te vas? ¿Llegáis a Barcelona?

¡Vaya sorpresa! Eso puede cambiar la historia. Quizás el muchacho se marchara y el tío... Decide tirar del hilo:

—¿Dónde estás? ¿En Barcelona?

—...

—¿Dónde estás, Uzalard? ¿En Barcelona?

—... Con mi tío a enterrar el cofre.

Fernando casi se le echa encima y aguanta la respiración.

—¿Vais a enterrar un cofre? ¿Dónde?

—... Mi tío dice que si lo matan vaya a buscarlo...

Fernando traga saliva.

—¿Adónde vais, Uzalard?

—... Mi tío maneja el carro.

—¿Conoces el camino?

—... No..., sí, vamos hacia arriba.

Fernando hace la pregunta muy despacio:

—¿Tiene nombre el lugar donde estáis?

—...

Fernando recurre a todo su temple para mantener la calma:

—Uzalard, ¿adónde lleva ese camino?, ¿hacia dónde va?

—... Al santuario... el fraile me enseña a hacer música. Hace rato que Mauro ha entrado en la habitación sin que Fernando se dé cuenta, está pegado a la pared clavándose las uñas en las manos para obligarse a no intervenir.

—... Mi tío está contento, dice que me quiere... —¿Dónde estáis?

—... Mi tío dice que en la cueva enterraremos el cofre, que es un lugar seguro...

—Uzalard, mira a tu alrededor y dime qué ves... —... Árboles... rocas... arbustos...

—¿Qué tipo de árboles son?

—... No lo sé... son árboles...

—¿Qué hacéis? ¿Dónde estáis ahora?

—...

—Uzalard, ¿qué hacéis?

Adalbert se agita en la cama, gime, se lleva la mano al pecho, respira con dificultad.

—¿Qué pasa, Uzalard, qué pasa?

—... Hay luz, mucha luz...

—¿Estáis fuera de la cueva?

—... Hay mucha luz...

—¿Habéis enterrado el cofre?

—... Hay mucha luz... —Y se revuelve inquieto. Fernando suspira e intenta continuar tirando del hilo, pero la respuesta siempre es la misma:

—... Hay mucha luz...

No sacará nada en claro, así que decide devolverlo al presente:

—De acuerdo, pues bien. Pide a tu guía...

La vuelta a Terrassa la hacen envueltos por el silencio; Mauro concentrado en la carretera; Duna y Adalbert en los asientos de delante con las manos cogidas y medio dormidos apoyados la una en el otro; detrás, como a la ida, Clara y Velia. Clara, desilusionada; Velia, tan desconcertada que no es capaz de pensar en nada que no sea ducharse y dormir.

Al llegar a casa Adalbert se acerca a la nevera al encuentro de algo para tomar, Velia se va directa a la ducha y cuando ya está en la cama a punto de dormirse Adalbert entra en la habitación mordiendo media *baguette* y con cuatro Actimels en la mano. Se sienta en el borde de la cama.

—¡Qué fuerte!, ¿eh, mamá? —dice con la boca llena.

Velia asiente con los ojos cerrados. Quiere dormir, sólo dormir.

—Esto, mamá, una cosa... Mañana tengo examen y no he pegado golpe...

—Ay, Adal, cariño, lo hablamos mañana. —Los ojos se le cierran sin remedio.

Adalbert se levanta, se inclina y le da un beso muy suave en la mejilla y le murmura bajito:

—Qué suerte que seas mi madre. Te quiero. —Y sale de la habitación sin hacer ruido.

15.

ADALBERT Y DUNA COGEN LAS RIENDAS

Ésa ha sido una semana rara, después de los hechos vividos el sábado en mas Mallol. Cada uno la ha vivido de forma diferente, como también es diferente la manera de digerirla.

Para Duna la realidad se ha partido en dos; le dice a Adalbert que es como tener dos aparatos de música funcionando a la vez al mismo volumen y con dos músicas diferentes. Es tan real lo que vivió como lo es ir al instituto; aunque, si quiere afinarlo más, dice que el insti, los compañeros, los profes, la calle, las tiendas, están unos decibelios más bajos; en primer plano tiene las imágenes y las sensaciones y, sobre todo, el hachazo en el centro del pecho cuando bramaba que Uzalard no había vuelto. Sin embargo, casi no habla de ello. Según le dice su madre, le viene grande, quizá por ese motivo su padre insistía en que esperara a cumplir los dieciocho, también le dice que estas sensaciones hay que dejarlas reposar. Una semana después, Duna ya ha medio aparcado la experiencia y empieza a angustiarse, ahora tiene en primer plano y a todo volumen el comentario que hizo Fernando al despedirlos en la puerta de la masía: «Bueno, en realidad, por lo que se refiere a la localización del posible botín estamos donde estábamos. Por lo tanto, habiéndolo intentado todo hemos llegado al final y aquí nos quedamos». Sin embargo, ella no está de acuerdo en renunciar, y Adalbert tampoco, pero ¿qué pueden hacer?

Adalbert lo vive de forma similar a Duna. Él ahora tiene dos prioridades ante los ojos, una es hacer el amor con Duna; la otra es encontrar el puñetero botín e irse a vivir a Barcelona, el resto le importa un pimiento.

Clara se olvidó del tema, así que el lunes abrió la puerta de su estudio y vio la montaña de trabajo que la esperaba en la mesa. Velia, no. Velia comparte con Duna, sin saberlo, la misma sensación de partición de la realidad, pero más acentuada. Ahora, la realidad presente es en blanco y negro mientras que las imágenes del pasado son en colores. ¿Por qué? ¿Por qué todo ha pasado a un segundo plano? ¿Por qué le da igual que Ernesto le haya pedido el divorcio? Sólo quince días atrás esta petición le hubiera supuesto el fin del mundo, mientras que ahora ni siquiera le perturba el sueño, ¿por qué?

¿Por qué tiene presente a Mauro a todas las horas del día y de la noche? ¿Por qué sueña con sus manos? ¿Por qué cuando hace una semana Mauro la llamó para saber cómo estaba se comportó como una adolescente? ¿Por qué le temblaba la voz? ¿Por qué cada día tiene la intención de llamar a Fernando y quedar y continúa dejándolo para el día siguiente? ¿Por qué Mauro se le ha metido en la sangre? ¿Quién le dijo «Te amo, Violante»? ¿Mauro asiéndole la mano o el hombre que vio en la regresión? ¿Eran imágenes reales o producto de la imaginación? ¿Por qué Mauro le provoca este descalabro?

Hoy jueves, una semana y media después de hacer la regresión y ante un plato de patatas bravas en el *frankfurt* del barrio, Duna está que se sube por las paredes y le dice a Adalbert que está harta y que llama a Luis Fernando. ¿Vale que le dio su número de móvil? ¿Vale que le dijo que podía llamarlo cuando quisiese? Pues, ¡ahora mismo! Y le llama, y le vuelve a preguntar si seguro-seguro que no queda ninguna otra pista para seguir.

Gracias a la llamada se enteran de que Mauro está técnicamente *out*, según precisa Fernando. Les dice que ha tirado la toalla, que no quiere oír hablar de nada ni nadie que haga referencia a pasados; que ha dejado el piso de Terrassa y que se ha vuelto a la Garriga, que coge el teléfono cuando le place y que no devuelve ninguna llamada. Que ha desaparecido ya lo sabían: esa mañana en el instituto les han dicho que el profesor de música ha cogido la baja por enfermedad y que el sustituto vendrá el próximo martes. En cuanto al tema del botín, efectivamente, no hay solución de continuidad. La búsqueda ha finalizado.

—¡Qué rollo! —suspira Adalbert mientras moja pan en el plato de las patatas, de las que no queda ni rastro—. Los mayores son la hostia, nos montan la película y después se echan para atrás por cuatro pendejadas. ¿Sabes qué te digo?

Sin esperar respuesta coge el móvil y marca el número de Mauro. Cuando la llamada se agota, vuelve a marcar. Insiste tres veces, ninguna obtiene respuesta. ¡Que desilusión! ¡Qué putada! ¡Este tío es imbécil!

De jueves a sábado Adalbert ha ido acumulando gas y ahora es él quien se sube por las paredes. ¡También es mala leche no haber conseguido encontrar el puto botín! Le revienta de mala manera tener que renunciar a vivir con Duna, al ático y a ver el mar desde la terraza, al colchón de agua, a cambiarse

el ordenador, al gato... Porque él siempre ha querido tener un gato y sus padres siempre se han opuesto con la excusa de su asma. ¡Mentira! Él no tiene alergia a los gatos, es mamá quien teme que el gato le arañe el sofá y las cortinas. ¡Está harto de tantas chingadas! ¡Con lo bien que se lo habían montado y ahora, por esta burrada, tienen que jorobarse!

Hoy sábado, quince días después de haber ido a Bianya, Adalbert y Duna han quedado para ir juntos a Barcelona a comprar cedés a Discos Balada. Les parece que si se mueven piensan menos en lo que han perdido.

Aun así, mientras con los dedos hace correr ágiles los cedés dispuestos en hileras en los cajetines del establecimiento de discos, Adalbert no puede evitar pensar de nuevo en ello, ¡es que mira que es mala leche! Ha encontrado el cedé que buscaba, el «Mind, Body & Soul» de la Stone, dándole la vuelta se asegura de que la catorce es *Sleep Like a Child*. Con él en la mano se dirige a la sección de música clásica mientras ojea la sala para localizar a Duna y comprobar que sigue rebuscando en los de ocasión. De nuevo los dedos vuelan entre los cedés, es una tentación demasiado grande. De pronto decide no gastar más y va a buscar a Duna.

Ya en la calle y cogidos de la mano, el viento de levante que sopla este primer sábado de junio les enreda el pelo. La primera idea al salir de la tienda era ir de vuelta a la estación para regresar a Terrassa, pero Duna propone ir a tomar algo al Pans&Company de la calle Pelayo. Una vez sentados, Adalbert vuelve a la carga:

—Oye, Duna, sobre aquello... Tú que sabes de esas cosas, ¿estás segura de que no hay otro camino para explorar?

Duna mete el dedo en el vaso de plástico, lo saca y lo sacude en la cara del chico:

—Que te lo he dicho mil veces, pelma. ¡Que no!

—¿Y... —Adalbert se agarra a lo que se le ha ocurrido esa mañana mientras se duchaba—: si buscaras entre los papeles de tu padre no encontrarías nada?

Esta pregunta sí tiene la virtud de atrapar la atención de Duna, que se queda quieta, mirándolo.

—¡Hostiiii...!, no se me había ocurrido. Ahora recuerdo que papá siempre decía que la tarea de los investigadores era encontrar caminos allí donde no los había, y su obligación, dibujarlos para continuar andando. ¡Corre, vamos!

El trayecto hacia Terrassa se les hace eterno, pese a que por el camino han trazado no saben cuántas posibilidades. Adalbert la ha estado presionando

para que intentara recordar todo lo que pudiese hasta que Duna lo ha amenazado con cambiarse de asiento.

Clara no está en el piso cuando los chicos irrumpen como si sufrieran las consecuencias de un ataque agudo de salmonela y van directos al estudio. De un par de manotazos Duna coge los tres archivadores donde guardan los trabajos de su padre, se sienta en el suelo y va pasando *dossiers* de plástico. Adalbert, sentado a su lado, ve gráficos, anotaciones..., la ve detenerse, de uno de los *dossiers* saca un pliego y se lo queda mirando mientras murmura:

—Las coordenadas..., joder, las coordenadas... —Se muerde el labio inferior y Adalbert se aguanta las ganas de hablarle—. Papá trabajaba en las coordenadas cuando murió, decía que lo que estaba descubriendo era muy importante... —Vuelve la cabeza y lo mira—. Pero ahora papá no está...

Adalbert deja de respirar. Por favor, que le venga una idea a Duna, por favor... Duna se ha quedado pensativa, con la mirada fija en los bajos de la estantería. De pronto se le ilumina la cara y grita:

—¡Anamura! ¡Ella trabajaba con papá! ¡Ella tiene que saberlo!

Deja las carpetas en el suelo, se levanta de un salto y coge el teléfono de la mesa donde está el ordenador. Marca el número.

—¿Anamura? Hola, soy yo —muy excitada—. Oye, ¿verdad que papá y tú...?

Anamura le ha dicho que tenía un compromiso para esa tarde, que le iba fatal quedar, que si..., ahora bien, cuando Duna pone la directa no hay fuerza capaz de detenerla ni argumentos que valgan, así que a las seis de ese mismo sábado, una Anamura resignada les abre la puerta y se prepara para escucharlos con santa paciencia.

Pisándose el uno a la otra se lo explican todo, poniendo Duna el acento en *su* regresión, como si le dijera: «Anda, joróbate, ya la he hecho, ¿lo ves?». Anamura no percibe el tono acusador, porque estimulada en su faceta de investigadora llega a la conclusión de que ha valido la pena anular los compromisos familiares y se muestra más que dispuesta a colaborar, pero:

—¿Cómo? —les pregunta cuando los chicos se callan—. ¿Tienes alguna idea, Duna?

Duna arquea las cejas:

—Eso te toca a ti, eres la astróloga, ¿no?

Anamura se frota la mejilla mientras repasa con los ojos los libros de su despacho intentando recordar. Las coordenadas... Sí, con Daniel habían

hablado muchas horas de las coordenadas que establecen los planetas en su recorrido y de los puntos medios. La teoría del amigo era que si sumaba la combinación de algunos planetas a las coordenadas el resultado era un punto de información. Muy bien, pero ¿y...?

—Es que no sé, francamente, qué quieres decir —empieza a apuntar una más que dudosa Anamura—. Yo no hago lecturas predictivas, ya lo sabes... No sé...

Duna se impacienta. ¡Qué coñazo son los adultos! Se les tiene que dar todo masticado:

—¡Caray, pues está muy claro! Lo que nosotros necesitamos es una coordenada —lo repite deletreando para asegurarse de que la otra capta—, co-or-de-na-da, o sea, veinticuatro grados norte, treinta y seis oeste, o algo así, es un ejemplo, para poder ir, cavar la tierra, encontrar el botín y llevárnoslo. ¡No es tan difícil, hostia!

Anamura se la queda mirando y se echa a reír:

—Dicho así, claro, es muy fácil, pero entonces, ¿por qué no lo haces tú, guapa?

Duna responde, picada:

—Si lo supiera hacer no estaría aquí. ¿No te parece? —La nariz se le empieza a blanquear y las mejillas a sonrosársele. Anamura reconoce los síntomas y entiende que tiene motivos para estar nerviosa, por lo tanto, conciliadora, propone:

—Mira, hacemos una cosa. Déjame los datos de este tal Mauro; los tuyos, Adalbert, ya los tengo, y veré qué puedo hacer. —Duna empieza a poner caras—. Tengo de refrescarlo, bonita, coger apuntes de aquella época, estudiar posibilidades...

—Lástima que no me apuntara sus datos el sábado aquel, en la furgoneta —se lamenta Duna—, aun así no nos dijo ni el lugar ni la hora. ¿Quieres que te deje los apuntes de papá? —Levanta del suelo la bolsa de papel donde lleva las carpetas que ha cogido de casa.

—No, no los necesito. Te prometo que te diré algo.

—Será prontito, ¿no? —interviene Adalbert, impaciente.

—Tan pronto como me sea posible —asegura Anamura en tono sereno, intentando transmitir tranquilidad—. Pero necesito los datos del profesor. ¿Cuándo los tendréis?

Duna y Adalbert se miran. Adalbert se anticipa, no necesita que Duna se lo diga para meterse la mano en el bolsillo, sacar el móvil y marcar su número; le sale el contestador, vacila y dice:

—¿Profe...? Soy Adalbert, mira... que se nos ha ocurrido una idea y necesito que me digas cuándo naciste. Te llamo luego. —Corta la comunicación y hace una mueca—: Igual no lo escucha, pero... —Se levanta—. Vamos a su casa —lo dice muy decidido.

Duna mira la hora en el reloj de la chimenea:

—Son las seis y media. Y no sabemos dónde vive; se largó, ¿te acuerdas?

Adalbert ya está en la puerta:

—Algo se nos ocurrirá. Hasta luego, Anamura, cuando los tengamos te los enviamos en un SMS. ¡Venga, Duna, corre!

Cogen el metro para ir más rápido. Adalbert parece no recordar que tiene fobia a los espacios cerrados, ya que angulea entre túneles y vagones como si los conociera de toda la vida. Las diversas llamadas que hacen aprovechando los momentos que el aparato tiene cobertura acaparan su atención. Es Fernando quien les da la dirección de la Garriga y quien les dice cómo llegar después de advertirles que la casa está muy alejada de la estación; luego se interesa por los motivos por los que quieren verlo y Duna le promete que por la noche lo llamará y se lo contará.

La ida en tren la hacen más callados, les ha sobrevenido un cansancio repentino que ni las bolsas de patatas fritas ni el puñado de chocolatinas que han comprado en la estación les ayudan a remontar. Es como si toda la tensión y la ilusión que les ha despertado la posibilidad de las coordenadas se oscureciera o bajara de volumen a medida que transcurren las horas. O quizá no sea eso:

—A lo mejor nosotros lo vemos muy claro mientras que ahora dependemos de Anamura y del profe... —suspira Duna—. ¡Uf!, qué rollo depender de los mayores... ¿En qué piensas, Adal?

—¿Y si el profe no está en casa? Es muy raro que tenga el móvil desconectado, a mí me dijo que lo tenía siempre en marcha.

Duna se lo piensa un momento y murmura:

—Hosti, mira que si es verdad que en el pasado fue tu tío... —Y se echa a reír.

Adalbert levanta las cejas y encoge levemente los hombros:

—¡Pues menudo tío! Me quería encerrar en un monasterio. ¡Que le den morcilla! —También se ríe—. Y ¿sabes qué te digo? Que el tío me revienta, lo único que sabe hacer es dar órdenes y más órdenes. Me dan unas ganas de mandarlo a tomar por el culo... —Y le coge la mano.

Cuando bajan en la estación de la Garriga la adrenalina vuelve a subir los decibelios. Fernando les ha dicho que sigan la calle de la estación a la

izquierda, todo recto hasta la cuarta bocacalle, entonces a la derecha. Encontrarán un paseo, a la izquierda, de nuevo recto hasta que pasen frente al casino...

Llevan andado un buen trecho cuando llegan frente a un edificio que les parece que:

—¿Será eso el casino? —duda Duna.

—Sí, mira, ahí lo pone. —Y el chico señala un rótulo hecho con piezas de cerámica.

—Pues ya falta poco.

Los nervios ponen gasolina a sus pies y al poco rato, cuando la campana de la iglesia del pueblo toca las ocho de la tarde, se encuentran plantados frente al número 17 de la avenida Onze de Setembro. Es una casa de dos pisos que tiene la ventana de arriba iluminada.

—El profe está en casa, o sea, que no nos haga la pirula porque de aquí no nos movemos hasta que nos abra, ¿ok, Adal? —rezonga ella.

—Ok, Duna. —Y Adalbert presiona con seguridad el timbre. Una vez. Nada. Dos veces. Nada. Tres, y deja el dedo apoyado un buen rato, en realidad hasta que se abre la ventana de arriba y Mauro asoma la cabeza:

—¿Quién coño es? —grita.

—¡Somos nosotros, profe! —se apresura a exclamar Duna.

Le ven la cara de sorpresa, el gesto de la mano indicándoles que esperen, y la puerta que se abre. A primera vista no lo hubiesen reconocido, ese hombre despeinado, con barba descuidada de varios días, ojos hinchados y mejillas colgando, no les recuerda para nada al profesor de música que ellos conocieron, por ello entran en la casa con cierta aprensión, incómodos. La casa huele a basura y a dormitorio cerrado; Mauro les hace cruzar un corto pasillo, pasar frente a la cocina, donde ven de reojo bolsas de plástico acumuladas en el suelo y atravesar el comedor hasta salir al pequeño jardín. Les señala con la mano las sillas blancas con brazos que rodean una mesa del mismo color y él se deja caer en la más cercana a la puerta. Sobre la mesa ven latas vacías de cerveza.

—¿Qué queréis, chicos? —les pregunta sin el menor interés.

Adalbert vacila y Duna se muerde los labios. ¡Qué mal rollo!

—Esto... —empieza Adalbert—. Se nos ha ocurrido una idea.

—Qué bien, ponle un marco y cuélgala en la pared —le responde Mauro en un tono tan desagradable que Adalbert se corta.

Pasan unos instantes durante los cuales Mauro parece atraído por las cabriolas que hace una avioneta que les sobrevuela. De pronto suelta:

—El putito Fernando tenía razón, es un maldito cabeza cuadrada, pero mal que me pese tengo que darle la razón, *chapean*, amigo Fernando. —Se levanta, hace un saludo versallesco y vuelve a sentarse, cruzando las piernas, clavando el codo en el brazo de la silla, apoyando la barbilla en la mano. Los chicos esperan quietos y en silencio. ¿Estará bebido?, se preguntan. Mauro continúa su soliloquio a trompicones:

—¿Sabéis? El muy gilipollas me decía: «El problema no será encontrar al chaval, el problema será qué harás cuando lo encuentres», y tenía razón, sí, señor. —Pausa larga que rompe cuando mira fijamente a Adalbert—. ¿Qué tal, Uzalard?, sólo me ha llevado trescientos años reencontrarte, pero no tienes mal aspecto...

Adalbert se hunde en la silla.

—... y así que tú eres Paula, vaya, vaya. —Duna se mueve impaciente, si continúa con este rollo perderán el tren—. A ti no te tenía presente, por eso no salías en las regresiones. Ah, picaro, picaro, qué callado te lo tenías...

—Mira, perdona... —le interrumpe Duna—, pero nosotros...

—Ése es el problema —la corta Mauro—, el *nosotros*, porque ahora se supone que nos hemos reencontrado, ¿verdad? ¡Cojonudo, de puta madre! Y ¿qué hago yo? Toda la angustia vivida, tantos años de búsqueda... —la voz se le va oscureciendo a medida que los ojos se le llenan de lágrimas—, ¿para qué, si ahora todos somos extraños entre nosotros?

A Duna se le acaba la paciencia y pone la directa:

—Mira, a mí me duele que estés tan triste, ¿vale?, pero nosotros hemos tenido una idea para encontrar el botín, por lo tanto, haz el favor de colaborar y escucharnos, ¿vale?

Mauro se la queda mirando sin tomarse la molestia de limpiarse las lágrimas que se le enredan en los pelos de la barba.

—Necesitamos saber los datos de tu nacimiento —continúa embalada Duna.

—¿Para qué?

—Si nos sale bien, ya te lo diremos.

—Yo ya no tengo interés en encontrar nada. Tanto me da. Encontrar, ¿qué? ¿Un agujero vacío? ¿Una urbanización llena de alemanes? Ya no me creo nada.

Si la pincharan en el trasero Duna no saltaría como lo hace:

—Pero ¿tú qué te has creído?

Adalbert la mira alarmado. ¡Se está pasando diez pueblos! ¡El profe los va a echar a patadas! Pero Duna tiene la punta de la nariz cada vez más blanca y

sabe que ahora mismo ya es imparable. Efectivamente:

—Tú empezaste todo esto y ya no puedes echarte atrás. ¡Vaya, pero qué morro! ¡Pues haberte quedado en casa! O sea, que nos llenas de ilusión y luego por una chorrada te quedas hecho una mierda. Pues, ¡como que no! Ahora mismo me das los datos de tu nacimiento, o... o...

—Duna, ¡tranqui! —interviene Adalbert, que alarmado ve cómo Mauro se va incorporando poco a poco en la silla, ya se ve encima el bofetón o el puntapié en el trasero, por lo que se apresura a añadir:

—Nosotros hemos hecho planes, ¿sabes?, queremos ir a vivir a Barcelona y comprarnos un ático frente al mar, para eso necesitamos el dinero.

Mauro se inclina hacia Adalbert y bajito, como si no quisiera que Duna lo oyera, le pregunta:

—Perdona, pero ¿qué edad tenéis?

Adalbert se endereza y responde distante:

—Dieciséis años.

En el mismo tono, Mauro inquiriere:

—¿Y vuestras madres qué dicen?

Adalbert se corta. ¡Hostia, no habían caído en eso! Mira de reojo a Duna, que pone cara de estar pensando exactamente lo mismo, y responde tan serio como puede:

—Están encantadas.

Mauro se inclina hacia atrás y estalla en una carcajada que ofende profundamente a los chicos y que les provoca la impresión de que todo el pueblo la oye.

—Eres un mentiroso. —Y le da un golpecito en la pierna, todavía riendo—. Pero, muy bien, veo que para ti no pasan los siglos, eres de ideas fijas. Sí, hijo, tú, a Barcelona, pues bien hecho, chaval, eres de los que llegará a donde quiera. A ver, Duna, guapa, deja a un lado tu impertinencia, deja de chillarme y explícame la magnífica idea. Tengo que saber dónde me meto si queréis que colabore.

Duna mira la hora en su reloj:

—Vale, pero rápido, porque el tren pasa a las nueve y cinco y tenemos que hacer transbordo en...

Mauro mueve la mano como si ahuyentara moscas:

—Olvídate del tren, yo os acompañaré. Venga, a ver esa idea... Por cierto, Uzalard, para tu madre tampoco pasan los siglos. ¿Qué tal anda con tu padre?

16.

EN EL DESPACHO DE ANAMURA

Sólo ha pasado una semana cuando Anamura vuelve a abrir la puerta de su despacho a Adalbert y a Duna; en esta ocasión, sin embargo, hay diferencias sustanciales: Mauro acompaña a los chicos y Fernando los recibe al lado de Anamura y hace las presentaciones.

El despacho ha sido habilitado para el encuentro. Así, encima de la mesa de Anamura hay un proyector junto al ordenador, y la chimenea ha desaparecido bajo una pantalla blanca de un metro y medio aproximadamente, con patas metálicas en forma de trípode, como observan tanto Duna como Adalbert. Las sillas han sido dispuestas de espaldas a los balcones y éstos tienen los postigos ajustados, de modo que el despacho está iluminado sólo por la lámpara de encima de la mesa y la de pie, al lado de la butaca.

—Menudo montaje habéis hecho —dice en tono jovial Mauro que hoy viste impecable—. Me parece que reconozco los aparatos, ¿eh, Fernando? Caray, si incluso has traído la pantalla.

Fernando sonrío:

—Pues espera a ver la presentación. Se ha lucido la compañera.

Anamura toma asiento en su mesa; al lado del ordenador hay una carpeta que abre, llena de papeles y gráficos. En tono vacilante empieza a explicar:

—Bueno, después de hablar con vosotros —mira a Duna y Adalbert—, hice algunas pruebas y, cuando tuve tus datos, Mauro, eché una carta compuesta entre tú y Adalbert y me centré en una serie de aspectos que me han llevado a elaborar una hipótesis que me parece bastante posible, pero me he quedado atascada, por eso os he convocado, a ver si entre todos encontramos el hilo de Ariadna que nos lleve a través del laberinto al Minotauro.

Y sonrío a los chicos, que le devuelven la sonrisa mientras tanto el uno como la otra intentan hacer memoria de qué es eso del hilo, del laberinto y del puñetero Minotauro.

Fernando pregunta:

—¿Desde qué parámetro has partido?

—De Plutón. Si Plutón simboliza el alma, la clave la tiene él o está íntimamente relacionado. Después he continuado el hilo; me he movido entre Quirón, por su relación con el destino y los Nodulos, finalmente me he decantado por estudiar la relación entre Plutón y los Nodulos.

—¿Por...? —la insta Fernando.

—Si estamos intentando establecer una relación entre un pasado y un presente, creo que son los Nodulos los que nos pueden dar información — responde Anamura.

Se abre un silencio; con la mirada fija en el suelo, Fernando repasa mentalmente el recorrido expuesto por su amiga. Duna y Adalbert no se atreven a cogerse de la mano ante todos pese a que se mueren de ganas. Mauro se acaricia pensativo la barba; aunque no quiera, la llama de la esperanza se le volvió a encender el sábado por la noche.

—Me parece un buen planteamiento —dice Fernando, finalmente—. ¿Cuál es la hipótesis?

—Pon en marcha el proyector y lo veremos sobre las imágenes — responde Anamura.

Fernando saca del bolsillo un minúsculo mando a distancia y roza una tecla. La pantalla blanca recibe la luz del aparato y al cabo de unos instantes la carta compuesta de Mauro y Adalbert aparece ante todos.

A los chicos, el gráfico que representa la carta no les dice nada, tampoco a Mauro, pero Anamura y Fernando lo miran con toda su atención.

—Tú dirás —propone Fernando.

—Pues bien, mi hipótesis es que el punto de intersección entre los Nodulos y Plutón nos marca una coordenada. Si ponemos esta carta encima del mapa de Tossa, la coordenada resultante coincidirá con una latitud norte y una del este. En ese punto puede estar enterrado el tesoro.

Se hace un silencio tan espeso que casi se puede oír el retumbar del badajo de campana que les ha provocado las últimas palabras de la astróloga. De pronto, Duna aplaude, excitada:

—¡Muy bien! ¡Ya lo tenemos! ¡Eres un genio, Anamura!

—¡Espera! —La astróloga le echa un jarro de agua fría—. Yo no estoy tan segura. Veámoslo en el mapa.

Teclea unos instantes y aparece en la pantalla un ortofotomapa de Tossa de Mar. La carta compuesta tiene el fondo transparente, con lo cual queda superpuesta al mapa.

—El punto de partida me parece bien —dice Fernando—. Pero...

—Pero si sacamos a Plutón y establecemos el punto medio entre los Nodulos tendremos la misma coordenada —añade Anamura—, ¿verdad? Pues es ahí donde me he quedado varada.

—¿Me podéis situar, por favor? —pide Mauro, nervioso—. Quizás pudiera aportar algo...

—Los Nodulos son estos símbolos de aquí. —Fernando los señala con un puntero láser—. Están siempre en oposición, por lo tanto, a una distancia de ciento ochenta grados entre sí. Plutón los cuadra en el punto medio, o sea, a los noventa grados. Cualquier planeta que los cuadre siempre lo hará a los noventa grados, de modo que nos queda la hipótesis a medias de si podemos sustituir Plutón por cualquier otro planeta.

—Efectivamente —suspira Anamura—. Y si podemos prescindir de Plutón es que no vamos bien.

Vuelve a reinar el silencio hasta que Fernando propone:

—Volvámoslo a formular, pero paso a paso. Me parece una idea acertada lo de concordar los dos mapas, ahora bien, ¿por qué punto los anclas?

—Ya que son dos mapas —dice Anamura—, yo lo haría por el elemento que tienen en común, que es el norte, de modo que haría coincidir el norte del mapa de Tossa con el norte de la compuesta, que en este caso está representado por el Medio Cielo.

Sin esperar respuesta, la astróloga pone la mano encima del ratón y todos pueden ver cómo la carta compuesta va rotando despacio hacia la derecha hasta que el símbolo representado por MC se alinea con el símbolo que en el mapa de Tossa indica el norte.

—Si mantenemos la tesis de que Plutón es quien tiene la clave... —Anamura entrecierra los ojos, escaneando la mente para encontrar un hilo que la lleve al paso siguiente—, ahora lo tenemos prácticamente encima de la costa... No creo que vayamos bien.

Gira la cabeza y mira a Adalbert:

—Dices que en la regresión estabais en el bosque, ¿no?

Es Mauro quien responde, muy rápido:

—Sí, tanto él como yo vimos un paraje muy silvestre.

—Pues entonces no puede ser el mar —deduce Fernando—. Nos falta un paso más, pero... ¿cuál?

Se vuelve a hacer el silencio; ya hace rato que Adalbert cobija entre sus manos la de Duna, ha decidido que si alguien se fija, que se fastidie.

—Se me ocurre una idea —dice de pronto Fernando—. ¿Puedes hacer más pequeño el mapa astral, Anamura?

—Sí, claro —responde la amiga, y todos ven cómo el puntero va hacia el tirante derecho de la imagen y mientras lo arrastra hacia el interior ésta se va minimizando.

—Fijaos —empieza Fernando—, la perpendicular del norte no ha sufrido la menor variación, sin embargo, ahora Plutón ha «subido» hacia la montaña.

Hay unos minutos largos de silencio hasta que Anamura grita excitada:

—¡Vamos bien, Fernando, vamos bien! Hemos concordado los mapas por lo que afecta a los respectivos nortes, pero ahora tendríamos que hacerlo según la escala. A ver, el mapa está a... —amplía el recuadro donde consta la escala del mapa orográfico—: a uno veinticinco mil, por lo tanto, si damos al mapa astral el mismo valor... Pero —se pasa la mano por la mejilla—, ¿cómo?

—¿Puedes hacerlo? —la interroga Mauro, impaciente. Fernando le pregunta:

—¿Con qué programa lo has editado?

—Con el *Freehand* versión diez —vacila—, pero no sé cómo hacer eso...

Fernando se levanta y se acerca a la mesa:

—Lo conozco. Déjame probar.

Adalbert y Duna se miran con la misma idea bailándoles en los ojos y piden a Anamura:

—Mientras... ¿tienes algo para merendar? —hace de portavoz Duna.

Anamura deja su sitio al amigo y yendo hacia la puerta del despacho les responde:

—Lo tenía previsto. Venid conmigo.

Encima de la mesa de la cocina, cubierto con una servilleta hay un embutido que Duna descubre con un chillido de alegría:

—¡Salchichón! ¿Puedo?

Anamura se ríe:

—Todo para ti. Todavía me acuerdo. —Mira a Adalbert mientras parte una *baguette* por la mitad—. Se lo daba a escondidas de su padre porque me reñía, decía que comía tanto que luego se le indigestaba. ¿Tú qué quieres, Adal? Tengo jamón ibérico, longaniza...

—Longaniza, gracias —responde el chico.

—Sentaos. —Alrededor de la mesa hay dos bancos donde toman asiento los chicos.

Anamura los mira de reojo mientras unta el pan con tomate. Preferiría estar sola con Duna, hablar con ella en la intimidad. Desde aquel sábado que hablaron por teléfono no supo más de ella hasta hace una semana, cuando la

abordó de aquella manera. Ésa es Duna, «Duna-urgencias», la llamaban cuando era pequeña. Los oye cuchichear y reírse en voz baja. ¡Cuánta complicidad hay entre ellos, cuánta ilusión! Sea lo que sea lo que el chico tiene que vivir, con Duna al lado y tan enamorado como está, quizá ni se entere. Los jóvenes son así, permeables, entusiastas... Suspira, ¡ay, quién pudiera volver a ser joven! Les acerca los platos con los bocadillos y les dice:

—Es un caso muy interesante, estoy encantada de trabajar en él.

Duna muerde el pan antes de preguntar, con la boca llena:

—¿Tú crees que encontraremos el lugar exacto?

—Por nuestra parte, si correlacionamos bien los pasos, tendríamos que encontrarlo. Donde está la incógnita es en la base sobre la cual la sustentamos. Partimos de la hipótesis de que cada mapa astral contiene una serie de datos. Si unimos las cartas de dos personas, unimos sus datos, y cuando hacemos la compuesta extraemos la fórmula completa. Si la deducción es correcta y tanto Mauro como tú, Adal, sois las personas que en el pasado protagonizaron los hechos que me narrasteis y, a la vez, Mauro nació con esta obsesión que cual faro le ha ido iluminando el camino para llegar hasta aquí, hay que creer que la fórmula está, lo único que hay que hacer es encontrarla.

—¿Y no se puede hacer así, a la brava, a golpe de intuición...? — pregunta Adalbert.

Anamura se encoge levemente de hombros:

—No lo sé, hay personas sensitivas que con un péndulo o cualquier otro medio probablemente ya lo hubiesen encontrado, pero yo me he movido siempre en el terreno empírico, y te diré una cosa, Duna —la mira atentamente—: el más riguroso y científico de los tres era tu padre; no dejaba pasar ni una.

Duna se deja abrazar por una cálida sensación de orgullo y se traga el último pedazo de bocadillo en el mismo momento en que Mauro asoma la cabeza por la puerta:

—Ya podéis venir.

Cuando entran en el despacho el mapa astral se superpone al mapa orográfico en casi las mismas dimensiones.

—Lo he escalado al milímetro —dice un Fernando satisfecho.

Los chicos y Anamura vuelven a sentarse; ellos, expectantes.

—Volvamos de nuevo —empieza Anamura—. Tenemos los dos parámetros, los nortes y la escala, y tenemos a Plutón rozando la arena del mar...

Se abre un compás de espera que a estas alturas ya les tensa los nervios en demasía. Pasan cinco minutos, pasan diez, Fernando y Anamura con la mirada clavada en la pantalla no pierden la concentración; Mauro hace esfuerzos para no resoplar de forma demasiado evidente. De pronto:

—¡Claro...! —El tono de voz de Anamura es más de sorpresa que de alegría, como si ella misma, por mucho que un rato antes lo dijera, no se lo acabara de creer, porque repite—: ¡Claro! ¡Ostras, ya lo tengo!

—¿Qué tienes? —la urge Fernando, impaciente.

—Hay un autor norteamericano, creo que es Jeff Green, que mantiene la tesis de que la casa opuesta a Plutón es la que señala el área y el conjunto de experiencias que el alma ha venido a aprender; si partimos de esta teoría hay que ir al punto opuesto...

—Te sigo, Anamura, continúa. —Fernando se ha sentado al borde de la silla.

—¿En qué grado está Plutón? —pregunta ella.

—A siete grados cincuenta décimas con cuarenta y tres de libra — murmura Fernando despacio.

Anamura respira hondo antes de contestar:

—Pues, o mucho me equivoco o el punto que buscamos está en el cruce de las altitudes que corresponden al grado siete, cincuenta décimas con cuarenta y tres de aries, o sea —mira con atención el mapa de Tossa—, en algún lugar del monte de ses Cadiretes. —Y descansa la espalda en el respaldo de la silla.

Mauro mira a Fernando:

—Ahí no hay urbanizaciones, está encima del santuario de Sant Grau, en plena montaña.

Un suspiro general precede un arrebato entusiasta por parte de Duna y coreado por Adalbert:

—¡De puta madre! ¡Lo hemos conseguido!

—¡De poca madre! ¡Órale güey!

Fernando se pasa la mano por la calva y se levanta para abrir los balcones. Mauro también se ha puesto en pie, incapaz de permanecer quieto; la única que se mantiene inmóvil, como si la hubiesen golpeado, es Anamura.

—Fernando —se le acerca Mauro—. ¿Es fiable?

Fernando abre de par en par los ventanales y sale al balcón; el sol de media tarde empieza a sombrear las fachadas de los edificios; se apoya en la baranda de piedra y cruza los brazos antes de responderle:

—Chico, tú has visto el camino deductivo que hemos seguido. Hemos extraído una coordenada que me arriesgo a definirte como lógica, ahora bien, no te puedo garantizar que el punto de partida no sea erróneo.

Mauro se mesa la barba y se sujeta a la barandilla; mira de reojo hacia el interior del despacho con las cejas fruncidas, los chicos están armando un buen alboroto. En voz baja le pregunta:

—¿Qué te dice tu intuición?

El otro le responde:

—Mira, Mauro, nos movemos en terreno desconocido por mucho que intentemos enfocar el tema desde parámetros empíricos; por lo tanto, lo único que puedo hacer es repetirte lo mismo que te he ido diciendo: si con las pistas que hemos ido obteniendo hemos llegado hasta aquí, es que algo hay, o no lo hemos hecho tan mal, ¿no te parece?

Mauro aprieta los labios y mueve la cabeza:

—Sólo me pregunto si podré resistir otra decepción...

Fernando le pone la mano en la espalda y mirándolo fijamente a los ojos le dice:

—Ya que has llegado hasta aquí y nos has liado a todos, me haces el puto favor de continuar, porque si este dato es erróneo continuaremos buscándolo hasta que lo encontremos o te juro que entonces seré yo quien te persiga toda la eternidad para romperte la cara, ¿de acuerdo?

Mauro se lo queda mirando y asiente con la cabeza:

—Eres muy capaz. ¡Menudo budista de pacotilla estás hecho! Bueno, por lo que parece necesitaremos un GPS, ¿no?

17. LAS INTUICIONES DE ADALBERT

La posibilidad de abrir una nueva puerta que les permita continuar en la búsqueda del botín ha provocado el mismo efecto que tiene encender la luz en una habitación a oscuras, en todos sin excepción; por razones diferentes en cada uno.

En Mauro, por el deseo ya incontrolable de terminar de una vez por todas con esta historia; para silenciar el zumbido del motor interno que día y noche le acompaña; para estabilizar su vida y poder dedicarse desde la serenidad a componer, a vivir, a intentar ser feliz. Sólo una sombra se abre paso entre el deseo de terminar y el zumbido del motor de avión: la presencia de Velia, que regresa a él una y otra vez con cada respiración que alienta y le deja regusto de dolor en la boca del estómago. Aun así se esfuerza por alejarla de su mente porque no quiere pensar en el pasado. Violante pertenece a otra vida, no puede dejarse atrapar de nuevo por la misma telaraña que ahora lucha por romper. El objetivo es cerrar aquella historia y empezar de nuevo.

Para Velia es un desconcierto más que se suma al enhebrado de desconciertos que vive desde hace un mes; no sabe qué ha pasado, es como si, de pronto y sin saber cómo, la sintonía de una cadena de televisión hubiera interferido en su vida de cada día, ya que las imágenes que ve no son las conocidas, ni tampoco lo son las palabras ni las ideas. Son ideas nuevas que colisionan con las de siempre y que le provocan una inquietante sensación de amenaza. Si ahora pudiera se abriría el cerebro y se arrancararía lo que ha visto en la regresión, lo que ha sentido y lo que ha pensado, porque lo que ha visto, lo que ha sentido y lo que ha pensado se da de bofetadas con lo que vivía, sentía y pensaba antes. Incluso antes de que Adalbert, excitadísimo, le explique que van a reemprender la búsqueda porque tienen una pista *supersegura*, se halla continuamente absorta en pensamientos que le inundan la mente sin pedirle permiso, pensamientos que no tienen nada que ver con lo que esté haciendo. Ayer mismo estaba en la panadería atendiendo a una clienta que le pedía media libra de pan de azúcar, cogió la pieza entera y se la quedó mirando fijamente, pero ¿qué veía? Pues el rostro de Mauro que le

sonreía y le decía algo, ¿qué?, la voz de la clienta preguntándole si tenía algún problema la devolvió a la tienda. En el semáforo de la Rambla de Egara, a la altura del Mercado, la asaltó de improviso la pregunta que aún ahora le provoca sofocos. ¿Quién le dijo «te amo»? ¿Mauro o aquel Martín de la regresión? Este mediodía, al sacar la bandeja de coliflor con bechamel del horno, se ha encontrado plantada en medio de la cocina sosteniendo la bandeja y murmurando, «¿Pero he estado enamorada de verdad de Ernesto?», porque si compara la intensidad del sentimiento que ahora vive con el que sentía por Ernesto, sería como si ahora escuchara música con un equipo de alta fidelidad y antes lo hiciera con un transistor. Pero ¿ahora qué? Mauro tiene pareja, sin duda alguna, y ella... ¿Ella qué? ¡Dios, menudo lío!

A Clara la noticia le ha producido irritación. Si bien durante la reunión en la masía de Bianya cobijó la esperanza de que fuera Duna la afortunada para juntar así un puñado de euros, una vez identificaron a Adalbert con el que buscaban se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que continuar trabajando como hasta entonces si aspiraba a comprarse un local y montar la productora de vídeos domésticos de cara al público. Lo cierto es que si lo meditase dos minutos, y no piensa hacerlo, atareada como anda entre vídeos y DVD, todo ello le parece una solemne tontería propia de personas desocupadas o que se ganan las lentejas bien descansadas, que ya lo dicen, que quien no tiene nada que hacer, espanta moscas con el rabo; o si no, mira a Anamura, la señora abogada ya se lo puede permitir, ya; y el otro, Luis Fernando, que se jubiló anticipadamente con el riñon bien cubierto, ¡así ya se puede jugar a la aventura de buscar tesoros, ya! Y el tal Mauro, ¿qué? Según le dijo la niña, gana lo que quiere escribiendo canciones para el famoseo, así cualquiera, sentencia Clara con firmeza a la imagen que tiene ahora en pantalla. Se pasa las manos por el pelo y vuelve a concentrarse en el teclado. No quiere pensar porque se pone nerviosa.

Duna se pasa toda la clase en las nubes, y no cesa de moverse inquieta en la silla; de vez en cuando se vuelve para guiñarle el ojo a Adalbert, quien le guiña otro o le manda un beso tan disimuladamente como puede. Tiene el convencimiento profundo y absoluto de que han encontrado la localización del tesoro; tan segura está que esta misma mañana camino del instituto ha comprado la revista *Primera mano* para ver anuncios de pisos. Desde el sábado sueña noche tras noche con el piso; con Adalbert ya se ha peleado un sinnúmero de veces por el color de las paredes, a ella le gusta el color

melocotón y bien liso y Adalbert dice que ha visto en una revista que el color pistacho queda de coña y, además, pintado con esponja.

Después del comentario que les hizo Mauro el día que fueron a verlo a la Garriga, han decidido de común acuerdo no decir aún nada a sus madres. Cuando les pongan el dinero en las manos estarán tan contentas que no podrán oponerse; aunque sería mejor que ya tuviesen el piso apalabrado y también el local para la productora de vídeos, así, dedujo Duna cuando lo hablaron, «para no hacernos quedar mal, no se atreverán a decir que no». Ahora la chica está que no vive y no pesca nada de lo que dice la profesora de matemáticas, pendiente como está de salir al recreo y consultar el móvil, esperando ver el mensaje de Mauro o de Fernando confirmando que han encontrado el emplazamiento que buscan y marcando el día que irán a desenterrar el tesoro. Porque ella también irá, claro que irá. ¡No se quedará en Terrassa mordiéndose las uñas de nervios! Allí donde vaya Adalbert irá ella, ¡faltaría más! Y vuelve a darse la vuelta y a guiñarle el ojo.

Adalbert finge seguir la clase pero tiene la cabeza en el colchón de agua. Al final ha decidido esperar a hacer el amor con Duna para hacerlo en el ático, en el colchón de agua; encenderá velas y bajará las persianas, pondrá el cedé de Ubago muy bajito y empezará a besarla, primero por el cuello... Se remueve inquieto en la silla, ¡como alguien se dé cuenta de que está empalmado!... Ve a Duna volviendo la cabeza y guiñándole el ojo, él se esfuerza por sonreír y soplarle un beso. Tendría que ir al baño, pero si ahora se levanta todo el mundo se dará cuenta. Fija los ojos en el libro de matemáticas y se esfuerza por concentrarse.

Después de comer, Adalbert se tumba en la cama, ya relajado; mira distraído la hora en el reloj de pared, las seis menos cuarto. El sol de media tarde entra en la habitación filtrado por la cortina de loneta amarilla y la tiñe en tonos cálidos; la observa con los ojos medio cerrados y llega a la conclusión de que pintarán media habitación de color melocotón y la otra media de color pistacho. Su habitación ya es otra habitación desde que llegó Duna. Ahora toda ella está impregnada de su presencia, de su olor, aunque hayan pasado tantos días. Nada es igual desde entonces. Le da pereza moverse, así que alarga la mano para coger el mando a distancia del equipo de música y pulsa *play*. Las notas de *¿Qué pides tú?* corren hacia él y lo abrazan; él se deja abrazar. Se adormece de lo a gusto que se encuentra, hasta que recuerda que hay algo que quería hacer cuando tuviera un rato largo, vuelve a mirar el

reloj, casi las seis; ahora tiene el rato largo porque Duna se pasará la tarde trabajando; se da la vuelta en la cama para coger el portacédés donde guarda los especiales y extrae el que le dio ella cuando le grabó la interpretación de su carta astral. Se incorpora y se sienta en la cama para colocar el cede en el aparato, de pronto le han entrado las prisas. Tiene ganas de escucharla, no lo ha hecho desde aquel sábado en casa de Anamura. Qué lejos queda aquel día. Hace días que le ronda por la cabeza lo que le dijo acerca de tomar decisiones. Sonríe, ¡en ello está! Pulsa *play* y vuelve a tenderse con las manos detrás de la cabeza.

«Por tu profesión lucharás y harás lo que haga falta; tu trabajo tendrá siempre un toque muy inspirado, muy artístico y muy renovador. ¿Has pensado en lo que te gustaría ser?». «Sí, abogado». «¡Hala! Pero ¿qué dices?».

El chico sonríe al oír a Duna.

«Seré abogado de empresas». «Pero ¿no te gusta tanto la música?». «La música es un *hobby*, un pasatiempo, ¿lo entiendes? Para trabajar, para ganar pasta, seré abogado, te guste o no te guste».

Se rasca la frente. Pues ahora ya no lo tiene tan claro, el profe de música gana en un mes lo mismo que un abogado en un año.

«... y que quedó interrumpido, a medio camino, en un pasado...». «¿Y mi alma qué ha venido a hacer?» «... Pues conocer el dolor y las crisis y entender que forman parte de la vida...».

Sube el volumen.

«... A veces, para ahorrarnos sufrir o hacer sufrir a los demás a causa de nuestras decisiones, hacemos cosas que no deseamos...».

Papá se reía de él cuando era pequeño y le decía que quería ser músico, él no quiere que papá se ría, quiere que esté orgulloso de él.

«... Te decía que en una vida pasada lo que era el trabajo o la profesión quedó interrumpida, por lo tanto, en esta vida llegarás al punto donde se detuvo y revivirás la misma situación para que puedas afrontar los hechos que interrumpieron la anterior y enlazar con el camino natural, es decir, continuar con el trabajo que querías hacer». «¿Y cómo sabré yo que es la misma situación?». «No lo sabrás, la única pista será lo que sientas aquí... Si tú sigues lo que sientes aquí atravesarás la situación, llegarás al otro lado, enlazarás con el camino natural y continuarás con lo que hacías o querías hacer».

Adalbert se incorpora de golpe, pulsa el *stop*, rebobina y *play*: «... donde se detuvo y revivirás la misma situación para que puedas afrontar los hechos

que interrumpieron la anterior y enlazar con el camino natural, es decir, continuar...».

Vuelve a repetir la misma acción: «... donde se detuvo y revivirás la misma situación para que puedas»..., «... revivirás la misma situación»..., «... revivirás la misma situación», «revivirás la misma situación...».

Las palabras le resuenan amplificadas en el cerebro y con un eco que reverbera, «revivirás la misma situación». Se deja caer en la cama con los brazos abiertos como si le hubieran clavado una estaca en medio del pecho. Y como si hubiera abierto una puerta que había estado mal cerrada regresan a él las imágenes que vio en la regresión y que se sintió incapaz de contar ni siquiera a Duna. Así que se ve caminando casi a oscuras por una cueva de techo bajo, lleva algo en la mano, como una vela grande, ve raíces frente a sí, se ve levantando la cabeza y ve cómo el techo se abre y abre la boca y no puede decir nada porque está tendido en el suelo partido en dos y sin saber cómo se encuentra andando hacia una luz muy blanca, blanca, blanca...

Respira con dificultad, tanta que se da la vuelta y se pone boca abajo, las lágrimas empiezan a mojar la colcha. «Revivirás la misma situación». Murió aplastado en la cueva, ahora ya lo sabe, y ahora volverá a entrar y el techo volverá a caérsele encima. Es su destino, ya está escrito, no puede hacer nada para evitarlo.

Se pasa mucho rato inmóvil en la cama, acurrucado, abrazado a sí mismo, sollozando. La habitación da vueltas a su alrededor, por eso ha cerrado los ojos. De pronto recuerda a Duna, ¡oh, no! ¡Oh, no! Levanta la mano, la cierra con rabia y empieza a golpear el almohadón, ¡no!, ¡no!, ¡no! No quiere morir. Ahora no. ¡Quiere vivir! ¡Quiere ir al ático de Barcelona y vivir con Duna! ¡Quiere ser músico y reír con Duna! Se levanta de pronto apartándose las lágrimas con violencia y de pie en medio de la habitación mira la mesa con el ordenador, los estantes de los Astérix y los cedés, el equipo de música, las fotografías colgadas en las paredes...

—¡Nooo! —aulla como una bestia herida—. ¡No! ¡No! ¡No! ¡Quiero viviiiiir...!

Y los cedés acaban por el suelo a manotazos, y los libros, y la mochila, y la ropa del armario, y los muebles reciben patadas, empujones y puñetazos hasta que Adalbert se detiene, agotado, y andando tambaleante como si estuviera borracho, va hacia el lavabo, mete la cabeza bajo la ducha y se pasa así un buen rato, dejando que el agua fría lo atempere.

Vuelve a la habitación secándose con la toalla. Contempla el desorden que ha provocado. Mamá no tiene que verlo, mamá no tiene que enterarse. Se

calma de pronto, tanto, que parece que sea a cámara lenta cómo recoge los cedés y los devuelve a su sitio, cómo coge los libros y los pone en las estanterías, cómo recupera los portalápices y los papeles de la mesa y los deja donde estaban, cómo alisa la colcha y endereza la mochila y cuelga de nuevo la ropa en el armario. Después se sienta delante del ordenador, solemne; mientras el agua le enfriaba el espíritu ha decidido escribir una despedida a Duna, no puede hacer como hizo antes, no puede dejarla colgada.

Temblándole la mano pulsa los botones de encendido de la torre y la pantalla, cuando el XP ha arrancado abre un documento nuevo de word y empieza a teclear:

«Querida Duna».

No, no puede empezar así, no parece él, ni parece ella, pero ¿cómo empezar, entonces?

«Vida mía».

Tampoco. Es ridículo, nunca le ha dicho una cosa así.

«Hola, pilcatita, me gustas cuando sonrías porque se te hacen dos hoyuelos en las mejillas...».

Peor, ¡hostia!, no tiene palabras para decirle que está rabioso, que él no quiere dejarla, que es imbécil porque tendrían que haber hecho el amor ya, que la ama con locura, que sólo vive para estar con ella y que todo el resto le importa una mierda, pero... ¿cómo se dice todo esto?

Le tiembla el labio y la barbilla. De pronto se levanta, coge el cedé de Ubago y casi arranca el librito que va inserto en la tapa. Pasa las hojas con rapidez hasta que encuentra *Sin miedo a nada*. Duda, quizá no esté demasiado bien eso de copiar, pero tal vez a Ubago no le moleste; escribe:

Pilcatita, esto es lo que te diría si supiera hacerlo:

Y despacio, copia:

*«Me muero por abrazarte
y que me abrases tan fuerte,
me muero por divertirme
y que me beses cuando despierte
acomodado en tu pecho,
hasta que el sol aparezca.
Me muero por conocerte,
saber qué es lo que piensas,
abrir todas tus puertas*

*y vencer esas tormentas que nos quieran abatir
centrar en tus ojos mi mirada,
cantar contigo al alba
besarnos hasta desgastarnos nuestros labios
y ver en tu rostro cada día
crecer esa semilla,
crear, soñar, dejar todo surgir
aparcando el miedo a vivir».*

*Te amo, te amo mucho, te amo muchísimo. Ojalá nos
volvamos a encontrar en otra vida, te juro que te buscaré, por
favor, por favor, no me olvides. ¿Me esperarás?*

Te amo.

Adalbert Lechuga Fuhrman

*Posdata: Te dejo mi flauta. Cuídala, por favor. También
mis CD. Te amo. Te amo muchísimo.*

Vacila y, finalmente, se atreve a escribirlo:

Me hubiera gustado mucho hacer el amor contigo. Adiós.

Sin volverla a leer la imprime, busca un sobre dentro del cajón y escribe a mano, con rotulador negro: «PARA DUNA». Con gesto grave pliega la hoja y la introduce en el sobre. Se queda unos segundos quieto, también tendría que despedirse de papá y mamá. Guarda la carta para Duna en un archivo y abre otro documento nuevo. A los papás es más fácil escribirles. De pronto le ataca la urgencia de oír la voz de papá, alarga la mano, precipitado, y marca su número de móvil.

—Hola, mijo, ¿qué me cuentas?

—Hola, viejo, nada... sólo..., sólo... que te quiero mucho, viejo, te extraño y te mando un abrazo bien fuerte...

—Yo también te extraño, mijo, he pensado que cuando acabes el curso te vienes para acá. Tu abue y toda la raza quieren verte.

Adalbert traga saliva; tiene un nudo tan trabado dentro del pecho de cosas que querría decir que no le sale ni una, así que murmura:

—Sí, claro... —De entre toda la maraña se descuelga una que le cae de la boca—. Ah, oye, viejo, ¿sabes que con la música se puede ganar mucha pasta?

—Bueno, bueno, hay muchas fantasías por ahí... ¿Cómo está mamá?

—Bien... oye, viejo, que quiero ser músico —lo ha dicho así, todo seguido, porque le ha salido solo.

—Bien, mijo, que te guste la música, a mí también me gustaba a tu edad, pero antes el título, ya sabes. Y te dejo, mijo, que me agarras en una reunión. Te mando un abrazo y un beso bien fuerte.

—Yo también viejo. Te quiero.

—Y yo a ti. Dale un beso a mamá.

—Sí... adiós, papá, te quiero.

Cuelga, y se pasa la mano por los ojos. A mamá, ya buscará la manera de decirle adiós.

18.

AL ENCUENTRO DEL PASADO

Esta semana, la primera de junio, está siendo de intensa actividad por parte de Mauro y Fernando. Los datos que obtuvieron en la reunión de casa de Anamura los han trasladado a los mapas de papel y los han comprobado varias veces. El grado siete, cincuenta décimas con cuarenta y tres de aries, corresponde al cruce de cuarenta y dos grados norte, por cero dos grados, este, al sur del monte de ses Cadiretes.

Cuando los chicos supieron que los datos respondían a expectativas que se habían hecho, querían ir el mismo día, pero Fernando les pidió calma. Hay que hacer, antes que nada, un estudio del terreno, les dijo, comprobar si la furgoneta puede llegar al pie de donde tendrán que excavar, y listar las herramientas necesarias. Los chicos aceptaron dominar la impaciencia no sin antes hacerle prometer que, bajo ninguna excusa, excavarían por su cuenta.

Y hoy, jueves, emprenden el camino Mauro y Fernando en el Land Cruise, en previsión de las dificultades de terreno que puedan hallar. Si todo sale como esperan, el sábado subirán todos.

En el bar Can Josep, de Tossa, donde se detienen a tomar un café, les informan que para ir al monte de ses Cadiretes tienen que coger la carretera de Tossa a Sant Feliu, al poco de pasar el desvío de la cala Salions encontrarán a la izquierda el camino para subir al santuario de Sant Grau, está señalizado. Ya en el santuario, deben continuar en dirección a Llagostera, entonces, atención, porque hay un desvío, también a la izquierda, una pequeña isla de la que parten dos caminos; no, no está indicado, ahora bien, la reconocerán porque en los márgenes hay aceras de piedra medio destruidas por los arbustos, y el que sube hacia la montaña es un camino de cabras. Sí, en un 4×4 podrán subir.

Cuando llegan al pie del camino de cabras Mauro se decide a poner en marcha el GPS donde ha introducido las coordenadas. Hasta ese momento se ha negado sin saber explicar el porqué a su amigo. No puede evitar que la mano le tiemble cuando consulta la pantalla del aparato: según le indica están a menos de un kilómetro del emplazamiento que buscan. Toma aire con

fuerza y mira hacia delante, hacia el bosque alto donde los pinos y las encinas se confunden en perfecto maridaje con brezos sorprendentemente altos, de ramas ligeras que se balancean con lasitud sin el menor ruido en brazos del viento de ponente que sopla con suavidad.

—¿Qué?, ¿vamos? —afirma Mauro, más que pregunta—. Mejor a pie. Lo encontraremos más fácilmente, luego venimos a por el coche.

Sin esperar respuesta echa a andar. Los primeros cuarenta metros del camino son, efectivamente, tan de cabras, que duda de que el todoterreno sea capaz de salvar baches de tal magnitud; pero superado ese tramo y después de un recodo muy pronunciado se transforma en un camino que tiene más apariencia de camino de ronda que de bosque pese a estar escoltado por pinos, encinas y brezos. Los dos amigos andan en silencio, Mauro expresamente concentrado en el GPS, Fernando, en tomar referencias de por dónde pasan; cuando llevan recorridos un centenar de metros llegan a una encrucijada formada por otro camino que corta en perpendicular el que transitan. Es un camino de carros que permitiría el paso de un vehículo grande si no fuera porque en su parte central se levanta cada diez pasos un tronco cortado por la mitad y que tiene pegada una plancha metálica con un número pintado. A mano derecha, sube directamente hacia la cima; a la izquierda, baja siguiendo un desnivel considerable.

—Estos troncos deben de ser los antiguos postes de electricidad —deduce Fernando—. Mira. —Y señala las torres metálicas que repuntean el sendero a ambos lados.

—¿Crees que por ahí subiría el todoterreno? —indaga Mauro, calculando el espacio que queda entre los brezos de los márgenes y los troncos cortados.

Fernando ladea la cabeza, dubitativo:

—Desde aquí hasta allí —indica un grupo de piedras apiñadas casi en la cima— creo que sí, el problema podemos tenerlo al llegar a las rocas, el camino se estrecha, ¿lo ves?

—Veámoslo de cerca —dice decidido Mauro, y empieza a subir.

Al llegar a la cima se encuentran en una explanada que a la derecha tiene un depósito de cemento y una caseta de electricidad; a la izquierda, un camino de tierra donde pueden circular dos coches a la vez y que continúa hasta perderse en un recodo. El GPS les informa de que se hallan a doscientos metros del objetivo.

Mauro suda, y procurando que la voz no le traicione, propone:

—¿Derecha o izquierda?

—Derecha —dice Fernando, seguro.

Andan hasta el depósito de cemento. Hay que subir hasta el techo para atravesarlo. Desde lo alto ven a los lejos el mar, azul brillante, y las copas de los pinos meciéndose frente a él. Al otro lado del depósito arranca un camino estrecho cuajado de piedras que llevan a un sendero más ancho.

—Nos hemos alejado veinte metros —informa Mauro—. Es hacia el otro lado.

Deshacen el camino y se dirigen hacia el de la izquierda. Ciento cincuenta metros. Pese a la amplitud del camino el follaje de las copas de los pinos es tan espeso que apenas permite el paso de los rayos del sol que ya trepa hacia lo alto del cielo con ímpetu y calentando con ganas, como avisando que éste será un verano caluroso. Cien metros. Fernando, a su lado, mantiene la marcha y el silencio. Mauro se esfuerza por tener la mente vacía; vacía de pensamientos, vacía de sensaciones, sólo camina. Noventa metros. Ochenta metros. Sólo ochenta metros lo separan del objetivo. Han sido necesarios casi veinticinco años para llegar hasta ahí. Setenta metros. No quiere pensar. No tiene que pensar. Sesenta metros. La pinaza cruje bajo la suela de las zapatillas. Entre los troncos de los pinos resaltan los troncos de las encinas, la mayoría con la mitad del tronco pelado hasta la cepa, como los perros que se pelan en verano. Él no rasuraba a *Silver*, sólo le sacaba las pulgas y las garrapatas que se le agarraban a la piel cuando lo acompañaba por el jardín a buscar tesoros. Tendría que estar allí *Silver*, merecería estar allí, se lo ganó a pulso. Cincuenta metros. Le viene el deseo de estrellar el GPS contra las rocas que se ocultan entre los arbustos y echar a correr; si estuviera solo lo haría. Cuarenta metros. Total, para nada. Velia es una mujer casada, y parece feliz, no tiene nada que hacer y se jugaría el cuello a que le cae mal al chico. Demasiados problemas, y él ya está más que harto de problemas. Treinta metros. Lo tiene en la punta de los dedos y huiría bien lejos. No lo entiende, no se entiende a sí mismo. Veinte metros. Los ojos fijos en la pantalla. Dieciocho, diecisiete, no se da cuenta de que los verbaliza en voz alta, «dieciséis, quince, catorce», modera el paso, «trece, doce», da pasos de un metro, «once, diez», el pie casi bailando en el aire, «nueve, ocho, siete...». Levanta los ojos y tropieza con la mirada de Fernando, que se había adelantado unos metros, a la derecha del camino, con las manos en los bolsillos. «Seis, cinco, cuatro», se acerca a Fernando, «tres... d...» llega al lado de Fernando, quien se limita a decirle:

—Es aquí.

Mauro echa una ojeada circular que abraza una cepa de tres encinas juntas y un conjunto de rocas que parecen dispuestas por la mano del hombre, no por

capricho de la naturaleza.

—Tendría que haberlo supuesto... —reflexiona en voz alta Fernando, que se acerca a la roca, más alta que él, y la roza con suavidad.

Mauro observa que tal como están aparejadas las rocas tienen apariencia de cabaña con el techo plano y pregunta en voz baja, no sabe por qué:

—¿Es un dolmen?

Fernando piensa la respuesta:

—No lo creo, más bien me inclino a pensar... —ágil trepa por las rocas hasta alcanzar el techo de la piedra plana donde permanece en pie; desde la perspectiva de Mauro, esa piedra tiene un saliente que le da forma de visera... que es un monumento megalítico; sospecho que esta piedra plana hacía las funciones de altar... —Salta al suelo y se sacude la tierra de las manos—: Chico, aquí hay una energía enorme... Bueno, y el lugar para entrar...

Rodea la cepa de tres encinas, observa el vértice que forma el extremo de la roca plana, con la cepa y una tercera piedra que tiene forma de lápida y se arrodilla en el suelo.

Mauro está consultando la pantalla del GPS y pensando en qué dirección hay que recorrer el último tramo que falta. Fernando continúa su reflexión:

—Si no fuera por mis prejuicios, ahora me iría bien un péndulo...

Mauro se impacienta, la tensión le contractura las cervicales:

—Déjate de tonterías y estate por la labor.

—No necesitas mirar la pantalla, yo te diré dónde está, si es que está, el supuesto botín. Allí lo tienes. —Señala el centro del monumento.

Mauro mira en dirección al lugar indicado y vuelve la cabeza para mirar a su amigo:

—¿Por qué estás tan seguro? —El corazón le late con tanta fuer/a que le duele.

—Por deducción —afirma Fernando—. Observa. Si tú tuvieras que enterrar algo ahí, ¿dónde lo harías?

Mauro se encoge levemente de hombros, Fernando prosigue:

—Si mi conocimiento de culturas antiguas no me traiciona, diría que bajo el centro del monumento hay una cueva formada por la base de las mismas piedras. Es una cueva natural y capaz de mantenerse durante siglos; sólo hay que tener en cuenta que este mismo monumento debe de tener unos tres o cinco mil años. ¡Te aseguraste bien, Mauro! El lugar donde excavaremos será ahí, detrás de las encinas. Me juego mis corbatas a que encontraremos un pozo o un pasadizo. Hay una vibración diferente. ¡Nada, chico, que lo hemos encontrado!

El tono de voz de Fernando es tan festivo que Mauro se lo queda mirando, desconfiado:

—No crees que haya algo ahí dentro, ¿verdad?

Fernando tarda en dar la respuesta, y cuando lo hace ha cambiado el tono:

—¿Quieres que sea sincero?

—Quiero.

—Pues no... —Echa un vistazo a su alrededor—. Que en algún lugar de este macizo haya un botín enterrado, pues sí, pero que sea aquí... —señala el centro del monumento—, no; creo que tendremos que realizar muchos más cálculos antes de encontrarlo.

Mauro tarda unos segundos en responder:

—No habrá más cálculos. Aquí se pone el punto y final.

Y toma asiento en el saliente de una piedra. Fernando hace lo mismo en el extremo de la misma roca:

—¿Abandonas? —No hay reproche en el tono de voz, más bien comprensión.

—Yo también te seré sincero, Fernando. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero he llegado a mis límites. —Respira hondo—. Aquí digo ¡basta! Te confieso que tengo billete reservado para Miami; me voy en San Juan. Me quedará una buena temporada. Ahí hay un hormiguero de cantantes y productores, creo que puede ser una experiencia interesante y ya es hora de que enderece mi vida.

Fernando levanta la mirada, repasa los contornos de la piedra con forma de visera, contempla las espesas copas de las encinas y la devuelve a su amigo:

—¿No estarás sufriendo el síndrome del éxito?

Mauro calla.

—¿No sabes qué quiero decir? —continúa el amigo—. Es el vértigo que supone alcanzar aquello por lo que uno ha estado luchando encarnizadamente durante muchos años... —Hace una pausa para dejar espacio a Mauro; al ver que se mantiene en silencio, prosigue—: Y cuando lo tienes en la punta de los dedos te inmoviliza el ataque de pánico, porque en realidad estás preparado para luchar y estás acostumbrado a sufrir, el dolor forma parte de ti como una segunda naturaleza, pero no estás preparado para disfrutar. Dime, Mauro Claris... —se le acerca hasta que le huele el aliento—: ¿te ves capaz de vivir siendo feliz?, ¿de disfrutar de las cosas vulgares e insignificantes de cada día sin el zumbido de aviones dentro de ti, sin búsquedas ni angustias...? Dime, ¿cómo se debe vivir la paz interna?

Mauro se inclina hacia atrás, se levanta, da unos pasos por delante del monumento megalítico.

—¡Yo qué sé cómo se vive la paz! —grita al final—. ¡No me marees con teorías de predicador!

—Lo que quieres hacer es huir —continúa serenamente Fernando sin moverse de la roca—. Desde el punto de vista espiritual tienes que quemar el karma; desde el punto de vista personal, has hecho un largo recorrido y tienes que finalizarlo o no saldrás nunca de este infierno. Te lo debes a ti mismo, y se lo debes al chaval, a su madre, a todos.

Mauro vuelve a sentarse cogiéndose la cabeza con las manos. De pronto dice, sin mirarlo:

—¿Estás seguro de que no saldré del fuego para caer en las brasas?

Fernando permanece en silencio intentando entender qué quiere decir su amigo. Al rato le parece intuir por dónde va:

—¿Qué harías si encontrásemos el botín?

Silencio por parte de Mauro.

—¡Eso es lo que realmente está detrás de tu actitud...! —La voz de Fernando está teñida de una cierta sorpresa mezclada con perplejidad—. Eso es lo que te preocupa, encontrar el botín, porque... Pero ¿por qué?

Mauro calla. ¡El amigo podría meterse la lengua donde le cupiera! Sin embargo, Fernando está decidido a llegar hasta el final y tira del hilo:

—Creo que ya lo sé. El chico de la flauta, la mujer de ojos almendrados y el cofre en las manos han dado sentido a tu vida, han sido una presencia sutil que te ha acompañado siempre, allí donde ibas, pero si encuentras el botín no tendrás nada, porque el chico de la flauta será un chaval de carne y hueso, y la mujer de ojos almendrados será una mujer real que tiene marido... En el fondo te ha mantenido la idealización y ahora no te crees capaz de afrontar la pérdida de un mundo que te habías fabricado, porque no sabes qué hay después.

Mauro levanta la cabeza, tiene los ojos enrojecidos, cuando puede murmura, dolorido:

—¿Es necesario que me hables así?

—Sí —el tono de voz de Fernando es tan cálido que a Mauro le resulta desconocido—, tengo que hacerlo, soy tu amigo. Y también tengo que decirte que no tienes que sentir miedo. Si se cierra esa puerta es porque se abre otra; te lo digo por experiencia. Por esta razón es importante que la cierres, ¿quién sabe?, quizás detrás de la otra haya una nueva vida mejor que la que has vivido hasta ahora...

Al cabo de un momento eterno, durante el cual Mauro ha tenido ocasión de secarse los ojos y pasarse el pañuelo por la cara y la nuca, suspira:

—Mal que me pese, sospecho que debo darte la razón. Soy un cobarde... —Los ojos se le vuelven a humedecer—. Es que..., ¿sabes...? Me parece que me he enamorado como un adolescente. —Se muerde los labios y lo mira—. Pero ¿qué puedo hacer?

Fernando se siente invadido por una oleada de ternura hacia su amigo, lo ve tan desvalido, tan abrumado por un sentimiento que no sabe cómo manejar que se levanta y lo abraza, apretándolo fuerte:

—Continuar con el plan previsto y dar tiempo al tiempo, porque, entre otras razones... ¿Tú te ves capaz de decirles a los chicos que lo dejamos correr? ¿Les decimos que el sábado, en lugar de venir aquí, pueden irse al cine?...

Mauro no puede evitar esbozar una sonrisa y afirma, negando con la cabeza:

—No, ciertamente no. Qué duda cabe de que Duna me saltaría directamente a la yugular. Gracias, amigo, por todo. Pensaré en lo que me has dicho. Y ahora, ¿qué? ¿Buscamos un camino para subir con el coche?

Fernando le pone una mano en el hombro:

—A lo mejor tiro la piedra en dirección contraria, pero déjame decirte que Velia es una mujer por la que vale la pena afrontar situaciones difíciles.

—¿Qué quieres decir? —Sin darse cuenta Mauro se ha puesto rígido.

—Exactamente lo que he dicho. Ayer hablé con ella, del chico. Es una mujer con un encanto especial, tiene ángel. Y estate tranquilo, el sábado también estaré yo aquí y todo irá bien. Y ahora, sí, vamos a buscar el coche.

Durante casi una hora rastrean el terreno por caminos de carboneros, de boscanos e incluso por sendas entre rocas buscando la pista de tierra que llega hasta el monumento megalítico, pero la búsqueda resulta estéril. Sólo les queda una posibilidad: la subida entre los postes de electricidad, y lo prueban. El Land Cruise inicia el ascenso reptando como una araña, metiendo cada rueda en un surco diferente. Muy cerca ya de la cima Mauro baja para guiar al amigo. El vehículo se ha quedado encallado entre los brezos de la izquierda y el muro de rocas de la derecha.

—No pasas —le dice—. Tocas a ambos lados.

Fernando ojea el cimómetro y pregunta:

—¿Después el paso se abre o se estrecha?

—Se abre, éste es el cuello de la botella.

Fernando pone la primera con decisión y grita:

—¡Apártate!

Da gas, el ruido de las piedras segando el metal dura poco. El coche ha quedado bien marcado, ahora bien, han alcanzado el objetivo: podrán llegar hasta el pie del monumento.

El sábado se presenta con el cielo encapotado. El informe meteorológico anuncia lluvias intermitentes; de momento, por la autopista en dirección a Tossa de Mar, a las diez y media de la mañana, el tiempo se mantiene. Mauro conduce concentrado en el tráfico; en el interior del Land Cruise de Fernando el silencio es total; nada que ver con las bromas y risas de la ida al mas Mallol, hace ya casi un mes. Hoy Duna y Adalbert han preferido sentarse en los asientos de atrás, así que Velia se ha sentado al lado de Mauro.

En el último momento ha habido cambio de planes: ayer Fernando tuvo que acompañar a su mujer al hospital de Girona con cuatro costillas rotas: Remedios había resbalado en la cocina. Al conocer la noticia Mauro propuso aplazarlo, pero Fernando se opuso, «es mejor que vayáis, Mauro, yo estaré pendiente del móvil. Ve informándome y, tranquilo, todo irá bien».

Velia deja que la mirada pincele el paisaje; no quiere dejarse llevar por la tensión. Ya se enfadó lo suyo ayer con Adal cuando el chico le insistía en que se quedase en casa; ahora bien, cuando le dijo que ella no pintaba nada en esa expedición casi le suelta un bofetón. ¿Qué se ha creído? ¿Cómo que no pinta nada? ¿No fue él quien la lio en esa historia?, pues ahora que no vaya de hijo independiente. El recuerdo de la conversación aún la pone de malhumor, nunca había visto a Adal tan autoritario; sólo faltaría que ahora le saliera la vena machista, debe de ser por la herencia mexicana que lleva en la sangre; mueve la cabeza para alejarlo, ojalá tenga razón Fernando y, después de la experiencia que el chico está viviendo, madure.

Fernando fue muy explícito. Según él, los síntomas que le describió Velia acerca de su hijo obedecían todos a la misma causa:

—El chico debió de morir de forma traumática, probablemente con afección del aparato respiratorio. Lo que me dices de fobia a los espacios cerrados, episodios de ahogo y síntomas similares, me da la pista de que quizás le cortaron el cuello, o lo lanzaron por un precipicio, o murió aplastado por un carro o un caballo... Según mi experiencia, que, como puedes suponer, llevo documentada escrupulosamente, la relación entre muertos de esta índole y posteriores alteraciones psicológicas es tan estrecha que te diría que se tocan codo a codo. Y en lo que respecta a la extrema dependencia que ha

mostrado siempre hacia vosotros, así como el temor de que sufráis un accidente, creo que encontramos el antecedente en la, parece, prematura muerte de sus padres en el pasado. Éstas son impresiones que registra el alma y hasta que no son afrontadas y entendidas desde el presente y el consciente, alteran la vida de la persona.

Velia lo había escuchado en silencio, no podía evitar hallar una lógica en su razonamiento. Entonces le hizo la pregunta sobre lo que realmente la angustiaba:

—¿Y cómo crees que, con estas características, el chico puede asimilar lo que está viviendo? Me preocupa, y mucho, tanto la obsesión que muestra este tiempo, como la regresión... De momento los exámenes le están yendo fatal, tan mal que me temo que tendrá que repetir curso y a su padre, eso... —mover la cabeza— no le gustará nada, y a mí me resultará muy difícil explicárselo...

Fernando, empujado por el desamparo que le transmitía la madre del chico, la había cogido de la mano:

—No te preocupes, todo es positivo para él, sin rastro de duda. Es una situación dura, sí, lo sacude por dentro, pero —y sonrió— también está enamorado y ésa es su mejor medicina. Soy de la opinión de que una vez las aguas vuelvan a su cauce los síntomas que me has descrito empezarán a remitir, y dentro de un año no habrá quien lo conozca. Será un Adalbert nuevo, o, mejor dicho, el Adalbert de esta vida. La sombra de Uzalard que ahora lleva pegada a él ya habrá desaparecido.

El todoterreno avanza por la autopista casi sin moverse del carril izquierdo. Velia suspira, algo le dice que Fernando lleva razón. De momento tiene que reconocer que Adal parece menos infantil y es menos inseguro. Claro que con esta chiquita al lado, si quiere estar a su altura no le queda más remedio que ponerse las pilas; quizá sí que lo tenía demasiado cogido a sus faldas, pero si ahora lo pierde, ¿qué le quedará? Se da cuenta de que el vehículo aminora la marcha y observa que cogen la salida hacia Lloret. Se fija en las manos de Mauro en el volante y no puede evitar que el corazón le dé un vuelco, no lo puede evitar cada vez que le mira las manos, ni puede olvidar la imagen que vio en la regresión, ni la voz: «Violante, te amo». Espera a que el todoterreno pase por la cabina del *teletac* para preguntarle algo que hace días le revolotea por la cabeza:

—Mauro..., ¿desde cuándo crees en la reencarnación? Mauro echa una ojeada rutinaria al cartel que anuncia el desvío hacia Sant Feliu de Guíxols y Tossa de Mar antes de responder, en un tono que tiene un fondo de sorpresa:

—¿Creer en la reencarnación? Pues... si tengo que serte sincero te diré que nunca me lo he planteado.

Ahora es a Velia a quien la sorpresa pilla desprevenida, por lo que se apresura a esbozar una sonrisa escéptica:

—¿Quieres hacerme creer que...? —No sabe cómo preguntarlo, o quizás es Mauro quien se le adelanta mientras se encoge de hombros:

—Es que no tiene nada que ver... Bueno, lo que quiero decir que es que yo me encontré con ello, era muy joven y lo único que buscaba era que alguien me explicara qué me estaba pasando y me ayudara a salir de ese atolladero. A mí, tanto me da que sea por cuestiones de reencarnación o por influencia de los extraterrestres, no sé si me explico...

Velia deja que sus ojos resbalen por el espeso bosque de hayas entre las que serpentea la carretera antes de murmurar, casi para ella misma:

—Yo pensaba que esas cosas..., que había que creer en ellas...

Mauro le responde, rápido:

—Sí, como Fernando, para meterlo bajo la lente del microscopio y estudiarlo, discutirlo... ¡Ya! Mira, cuando lo vives no hay creencias que valgan. —Hay un regusto tan amargo en su voz que a Velia no le pasa desapercibido.

Se abre una larga pausa. Los chicos también están silenciosos, cogidos de la mano, Adalbert escuchando música con los auriculares puestos; esta mañana se ha metido en el bolsillo el inhalador, por si acaso. No montará ningún número, se lo ha exigido a sí mismo esta mañana, llegará hasta el final. Respira hondo, ya falta menos. Duna va calculando mentalmente cuánto dinero les puede quedar después de dar la entrada del ático frente al mar y comprar el local para la tienda de mamá.

Velia tiene en la punta de la lengua «la pregunta». La pregunta que desde que conoce a Mauro quiere hacerle pero no sabe cómo para que no se note, para no hacer evidente el interés; quizá sea ahora el momento, queda bien camuflada dentro de la conversación. Toma aire y se decide, haciendo todo lo posible para que el tono sea exactamente igual que el mantenido hasta ahora.

—Y... tu esposa, ¿también piensa como tú? —Ya está dicho y mira hacia delante, a la carretera.

—¿Mi esposa? —Mauro hace todo lo que está en su mano para hablar con naturalidad—. No tengo, estoy soltero y sin compromiso. No ha habido espacio para el amor durante estos años, o quizá... —se muerde la lengua para evitar que se le escape: «te estaba esperando a ti», pero se obliga a pronunciar—: no he encontrado a la mujer de quien enamorarme.

Ha enrojecido sin poderlo evitar, Velia no lo percibe, suficiente tiene con apaciguar y silenciar el latido del corazón, teme que Mauro lo oiga y quedar en evidencia. No se esperaba esta respuesta y ahora no sabe qué más añadir, pero algo tiene que decir, quiere decir, así que:

—Pero ¿en todos estos años no ha habido nadie que...? —Es una indiscreción que no puede evitar, tiene que saberlo, lo quiere saber.

Mauro tarda en responder:

—Sí, hubo alguien, pero... hace muchos años. Una punzada de celos le muerde el estómago; sin tiempo para reaccionar Velia se ve golpeada por un grito que le retumba en el oído:

—Tengo hambre. ¿Paramos a tomar algo? —Es Duna.

Mauro los lleva al mismo bar, a Can Josep, donde Fernando y él se detuvieron a tomar un café; de paso, les ha dicho, verán la parte antigua de Tossa, tan bonita. Por la calle, de camino al bar, envía un mensaje a Fernando. «Vamos a desayunar». Parece que Duna se haya despertado de pronto y acumula comentarios sobre las murallas, el castillo, la torre que se divisa delante del mar... Por el contrario, Adalbert anda callado, con las manos en los bolsillos, muy pegado a su madre. El bar les gusta, los chicos lo califican de *fashion* y piden bocadillos y refrescos antes de sentarse a la mesa que hay junto a la ventana. Mauro, una vez ha encargado un café cargado, va al baño. Acaba de desabrocharse la bragueta cuando entra Adalbert, que se coloca a su lado y se prepara para orinar, mientras sin mirarlo le dice:

—Moriremos en la cueva, se nos caerá el techo encima. Mauro se queda clavado, gira la cabeza y lo mira: —Pero ¿qué dices?

—Es lo que pasó antes. Lo vi en la regresión. Ahora volverá a pasar. Es nuestro destino.

A Mauro se le ha cortado la orina de tan sorprendido como se ha quedado. Hace una mueca que pretende que sea una sonrisa, pero no le sale la voz.

Adalbert lo mira fijamente a los ojos, ahora sí:

—Vamos a repetir lo que vivimos. El destino está escrito. Mauro mira sin ver, entre él y el chico se ha insertado una imagen, la mujer de ojos almendrados va del brazo de otro, una vieja le dice algo, ¿qué?, es importante, sabe que es importante, la mujer habla y él no la oye, ¿qué dice?, pero ¿qué coño dice?, la cueva, está en una cueva, lleva el cofre a..., la cueva, ¿la cueva? ¡La cueva! Ahora entiende lo que pasó en... Parpadea. ¡No puede ser!

—Fíjate bien. —Adalbert habla en tono tan grave y tan seguro que a Mauro le cuesta esfuerzo identificarlo con el chico indeciso y tímido que conoció—. Fernando no ha acudido a la cita, de modo que somos los cuatro de antes. Sólo te pido una cosa, ayúdame a evitar que mamá y Duna entren en la cueva.

A Mauro se le ha disparado el corazón, la cabeza se le va. Se apoya en el separador de porcelana.

—Dime que lo evitarás —le insiste Adalbert.

—No hay ningún riesgo —balbucea.

—¡Júramelo!

—Uzalard... —murmura.

—¡Júramelo! —repite casi amenazante Adalbert.

Mauro levanta la cabeza y se lo queda mirando, se entrelazan los ojos, las miradas. Se frota los ojos, ya no sabe si las imágenes que ve son reales o son... De muy adentro empieza a hervir una necesidad que acaba emergiendo espesa y a borbotones:

—No sé qué pasó, Uzalard, pero te pido perdón, siento que tengo que hacerlo, perdona, hijo... —Se le humedecen los ojos y no hace nada para limpiárselos.

Adalbert toma aire profundamente un par de veces, baja los ojos y mira al suelo, vuelve a levantarlos, los clava en los de Mauro y murmura:

—Ok. Y qué, ¿me lo juras? —Se frota las manos en los tejanos.

—Haré lo que pueda —acepta Mauro.

Sin añadir más palabras Adalbert le da la espalda. Impulsivamente Mauro extiende la mano y lo sujeta por el brazo, pero el chico pega un tirón y sale del servicio. Mauro se queda jadeando y con la tibieza de la piel del chico en la punta de los dedos.

Mauro ha dirigido el Land Cruise al camino de los postes.

—Tenemos que subir por ahí —señala.

Todos lo miran incrédulos.

—Pero ¿el coche pasará? —pregunta Velia.

—Sí, pero tendréis que guiarme cuando llegue a las rocas.

—Yo subo andando. —Y Adalbert salta del coche.

Desde que han salido del bar, Mauro le rehuye la mirada.

—Yo también. —Duna baja por su puerta.

Con las mochilas a la espalda los chicos inician la ascensión. Mauro espera a que lleguen a las rocas y cuando hace la maniobra de engarzar la primera, Velia le susurra:

—No volcaremos, ¿verdad?

—No, tranquila. Este trasto es como una garrapata. Ya lo verás.

El 4×4 empieza a reptar hacia arriba. Los bandazos del coche impulsan al uno sobre la otra de forma continua y ninguno de los dos hace gran cosa para evitarlo, así llegan al obstáculo. Los chicos se han apostado cada uno a un lado del camino y le van indicando hasta que queda encajado entre las rocas.

—¡Apartaos!

Pisa a fondo el pedal del gas, nuevas rascadas que se suman a las anteriores y el vehículo llega a la cima.

—¡Hala! —se sorprende Duna mirando las rayaduras de los laterales—. ¡Menudo cabreo cogerá Fernando cuando lo vea...!

Una vez en la explanada, Mauro indica que están a pocos metros del objetivo, allí, después del primer recodo, los chicos deciden seguir andando. Les gusta, dicen, ese entorno tan sombrío. Lo cierto es que Duna quiere quedarse a solas con Adalbert. Está tan contenta, tan feliz, que si por ella fuese echaría a saltar, a correr, a reír, a cantar, y no entiende por qué Adalbert anda tan serio, tan concentrado que parece enfurruñado. Y se lo pregunta:

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado, tío?

Adalbert intenta sonreír:

—Nada, que todo esto es una pasada, ¿eh, colega?

—¡Ya lo creo! —suspira Duna—. ¡Es fantástico! Tengo unas ganas de entrar ya, seguro que encontramos la cueva, y quizás encontremos, no sé, algo, y el cofre...

—Esto..., Duna, te quería decir algo —empieza Adalbert.

—¿Qué?

—Que... que prefiero que no entres...

—Pero ¿qué dices? —Duna se ha detenido en medio del camino. El Land Cruise los adelanta—. ¿Estás pirado, tío?

—Es que no quiero que entres, ahora imagina que pasara algo... y... y... —Adalbert no sabe cómo decirle lo que no quiere decir.

—Pero ¿qué quieres que pase, tonto? ¿De verdad piensas que voy a perderme la aventura? ¿Y piensas que voy a dejarte allí? ¡Pues como que no! ¿Pero de qué tienes miedo? —Se lo queda mirando inquisitiva—. ¡Ah, ya sé! Es rollo ese de los espacios cerrados y todo eso. Bueno, pues lo hacemos al

revés. Tú te quedas fuera y yo entro, busco el cofre y lo saco. Ya está. Y ahora venga, tira, que aquellos ya han habrán llegado hace horas.

Y echa a correr. Adalbert se recoloca la cinta de la mochila y aprieta el paso. Está preocupado. Lo tendrá difícil para convencer a Duna, suerte que con mamá será fácil.

También resulta difícil convencer a su madre. Después de una hora de picar el suelo y de sacar tierra han comprobado que, como había señalado Fernando, detrás de la cepa de las tres encinas hay un pozo. Ha bajado Mauro atado con una cuerda y ha descubierto que es un pasillo que parece conducir a la parte inferior del monumento. Ahí se ha originado el conflicto.

—Ni tú, mamá, ni tú, Duna, os movéis de aquí —ha sentenciado un Adalbert decidido—. Esto es cosa del profe y mía, y basta.

Velia se lo queda mirando sin parpadear, ¡le han cambiado el hijo! ¡Es Ernesto de joven! El mismo tono, la misma resolución. Pero ¿qué se ha creído este mocoso de dieciséis años? ¿Quién es él para darle órdenes? Ella bajará, sin la menor duda que bajará. Cuando va a contestarle se le adelanta Duna:

—¡Te estás rayando, tío! ¡Y te estás pasando treinta pueblos!

Adalbert sujeta la pala con las dos manos como si fuera un fusil, la balancea:

—Lo que he dicho. Vosotras os quedáis aquí vigilando el material, entramos el profe y yo, cogemos el botín y volvemos en seguida.

Duna va a saltar encima de Adalbert cuando Velia la retiene sujetándola por el brazo y es ella quien se le acerca, y quien le habla marcando las sílabas y poniendo el acento en la «a»:

—Tú puedes decir lo que te dé la gana, Adalbert, pero yo entro ahí, contigo, y saldré de ahí contigo. ¿Te ha quedado claro, Adalbert?

Madre e hijo se retan con la mirada durante unos instantes hasta que Adalbert dice en tono cansado:

—Te pido que respetes mi decisión, mamá. Quiero entrar solo con el profe.

Velia respira profundamente; fue ella quien lo educó en el respeto, y es norma familiar que cuando uno de los tres pide que se le respete una decisión, los otros cumplan. Ahora su hijo esgrime el respeto como arma para que ella no tenga más remedio que ceder. Vuelve a tomar aire y con autoridad responde:

—No, no lo respeto. Entro contigo y no se hable más. Adalbert vacila; mamá es mamá y sus órdenes todavía son órdenes. Duna, impresionada por la situación, aprovecha para asegurar:

—Y yo también bajo, ¿qué te has creído?

Adalbert se las queda mirando. Ellas no saben que el techo volverá a ceder y sepultará a quien pille adentro. Quizá sea lo que tenga que pasar, quizá esté escrito que los cuatro de la vida pasada terminen aquí la historia, juntos. Mira a Mauro recordándole que ha jurado ayudarlo, pero Mauro está en suspenso, sabe que nada de lo que diga convencerá a una madre decidida. De pronto Adalbert se reconoce a sí mismo que morir con Duna y mamá no es lo mismo que morir solo, por lo tanto, suelta la pala y acepta:

—Ok, ok, contra las dos no puedo. Venga, vamos ya.

—Un momento —dice Mauro. Y escribe un mensaje para Fernando. «Cueva localizada. Ahora entramos. Todo bien».

El aparato no responde. ¡Maldita sea! Aquí no hay cobertura. Se mete el móvil en el bolsillo acompañándolo de un reniego.

El primero en bajar es Mauro, que se hace cargo del par de picos y palas que le pasan los chicos. Cuando el material está dentro, baja Velia, a continuación, Duna y por último Adalbert, que antes de entrar en el pozo levanta los ojos y mira el cielo, empiezan a caer gotas. Qué suerte que papá tenga un nuevo amor, así no se quedará tan solo. Y se traga el miedo, la angustia y las ganas de echar a correr, y entra.

El túnel tiene una altura que los obliga a andar inclinados, es estrecho aunque apretándose caben dos personas a la vez. El recorrido es corto, en tres pasos llegan a la cavidad del interior de la roca en forma de cripta en la parte superior, lo que les permite enderezarse. Mauro, con el GPS en la mano, y en tono neutro confirma:

—Estamos en el punto cero. Tenemos que excavar aquí.

Sin esperar respuesta coge un pico y se pone a la labor. Duna coge el otro y lo acompaña; tiene tanta prisa por encontrar el tesoro que, por ella, sacaría la tierra con las uñas. Velia sostiene la linterna y les ilumina el suelo, distraída, angustiada, porque ve que Adalbert ya respira con dificultad, porque lo ve reseguir con la luz de la linterna el techo, y porque lo ve introducirse en un pasillo que en un primer momento no habían percibido, en ángulo de unos cuarenta y cinco grados respecto al que han venido ellos; como no vuelva en seguida irá a por él. Sin duda.

Sí, como comprueba Adalbert iluminándolo por los cuatro lados, parece un pasillo, y avanza por él, poco a poco, pese a que respirar le supone cada vez más un esfuerzo, pese a que el retumbe del corazón le martillea el pulso y la cabeza. Sigue avanzando, aunque el corredor gira bruscamente hacia la izquierda y se ha quedado solo, en la estrechez asfixiante de las dos paredes

que cada vez le parecen más juntas. Ya empieza a notarse el sudor frío. Sería más fácil si llevase a Duna de la mano, pero está tan entusiasmada cavando el suelo que cualquiera la distrae. Se hubiera tenido que mantener firme en su decisión y no dejarla entrar, ni a ella ni a mamá; pero quizá sea mejor así, si mueren juntos tal vez puedan volver a nacer juntos. Tropezaba con una piedra y casi se cae de narices al suelo. ¡Malditas rocas!

No puede avanzar más, la luz de la linterna le muestra que una cepa de árbol le detiene el paso. Enfoca el suelo y se da cuenta de que la roca con la que ha tropezado no parece una roca, se agacha, está llena de polvo, pero a medida que pasa la mano comprueba que, efectivamente, no parece material rocoso, más bien parece metal, parece, ¡hostia!, parece un cofre, está ladeado, lo empuja con fuerza y lo pone en pie. Sí, es un cofre, quizá de hierro. El corazón se le sale por la boca, se olvida de que cada vez le cuesta más que le entre aire en los pulmones. El cofre está atado con una especie de banda de cuero ancha... No sabe por qué pero mira la cepa, enfoca las raíces, tan podridas que se le deshacen como polvo en la mano cuando las toca, pero, medio de rodillas, medio agachado, se acerca, le parece haber visto algo debajo de... Nerviosamente, va apartando raíces y peda/os de piedra con la mano y se queda absorto mirando el esqueleto de una mano y de un brazo, aparta más raíces y más piedras, resiguiendo los huesos hasta que ve uno que le llama la atención. Lo coge y lo acerca a la luz, se lo pasa por el tejano para sacar el polvo. No, no es un hueso. Tiene los ojos humedecidos y no se da cuenta. Deja la linterna encendida en el suelo y se la queda mirando, es una flauta. La limpia con delicadeza con la punta de la camiseta y se la lleva a los labios, a las primeras notas y antes de cerrar los ojos se le ocurre mirar arriba y ve cómo el techo le cae encima. No tiene tiempo ni de llamar a Duna.

Fernando está muy nervioso. Tendría que haber acatado los consejos de su esposa y haber ido con sus amigos a ses Cadiretes. Nada, ni un puñetero mensaje desde el lacónico: «Hemos parado a desayunar». Es la una y media, tiempo más que de sobra para haber llegado al monumento y haber encontrado la forma de entrar. Remedios lo ha echado de la habitación y lo ha amenazado con volver a casa tal cual estaba si no se largaba hacia Tossa. Ahora, manos al volante del Audi de su mujer, intenta que la impaciencia no le lleve a saltarse ningún *stop*. Ha dejado de llover y el sol hace intentos por salir.

Algo ha pasado, seguro. Ha habido problemas. Mauro se habrá desbordado o el chico habrá sufrido un ataque de pánico o vete a saber qué. ¡Menudo disparate! Y él es el responsable, de lo que haya sucedido, será el culpable. Tendría que haber aceptado los razonamientos de Mauro y haberlo cancelado todo. Es el único que tiene perspectiva de todo este asunto, por lo tanto, le tocaba a él la responsabilidad de echar el freno.

Pasadas las dos de la tarde llega al claro del cruce de la carretera de Tossa a Llagostera. Deja el coche bien aparcado, por hábito, no porque le parezca que interrumpe el paso, y andando tan de prisa como puede se dirige al sendero de los postes. Lo sube como si tuviera veinte años, pero cuando llega a la cima, necesita detenerse y recuperar el aliento. Mira hacia el recodo y, resoplando, reemprende la marcha.

Lo primero que ve cuando da la vuelta al recodo es el Land Cruise aparcado a la derecha del camino y con la puerta de detrás abierta. El pulso y el corazón galopan enloquecidos a la vez, él también echa a correr para salvar los últimos metros pese a que le falta el resuello. No ve a nadie, algo ha pasado, ¿un accidente? Los brezos ocultan el monumento hasta que aparece ante él, entonces se detiene en seco. Sentados en la roca donde él y Mauro sostuvieron la charla, ve a Mauro y a Velia. Con esfuerzo, jadea:

—¿Qué ha pasado?

Mauro se sobresalta al verlo y su primer gesto es señalarle el suelo. Fernando mira y ve un cofre, se acerca muy despacio, como si de su interior fuera a saltarle un escorpión. Lo abre y parpadea incrédulo. Ve monedas, muchas de oro, y bolsitas de cuero.

—Creo que pasa del millón de euros con creces.

La voz de Mauro le llega cuando ya ha vertido en la mano el contenido de una de las bolsillas y contempla estupefacto los brillantes; levanta la cabeza y se lo queda mirando y de pronto estalla en una carcajada que tiene la virtud de librarlo de toda la tensión acumulada.

—Te ha fastidiado bien la vida, ¿eh, bribón? —Y mira a Velia y le da la impresión de que ha interrumpido algo entre ambos. Pero Mauro, que ya se había levantado, se le acerca y en voz baja le dice:

—Tendremos que decidir qué hacer... —parece abrumado—, dentro hemos encontrado también un par de esqueletos, supongo que son aquellos dos de antes...

Fernando se ha quedado sin palabras. Respira hondo varias veces hasta que es capaz de preguntar:

—¿Y los chicos? ¿Dónde están?

Es Velia quien responde sin moverse del sitio; le capta la voz extraña.

—Allí. —Señala al otro lado del camino, donde la vegetación es más espesa. Y añade—: Adal se nos ha desmayado en la cueva y nos ha dado un susto de muerte. Está muy impresionado, ha encontrado una flauta, está riendo, llorando...

Fernando mira hacia los chicos y devuelve la mirada a Mauro:

—Enhorabuena, amigo mío —le dice—, has cerrado un ciclo kármico. Se te ha terminado un tipo de problemas y ahora empezarán otros nuevos, pero los afrontarás de forma diferente, ¿verdad? Y a ti, Velia, déjame decirte que el muchacho ha sido muy valiente, ha vuelto al punto donde coinciden el pasado y el presente y ha atravesado el umbral, y con esto su pasado ha quedado definitivamente cerrado. Pero... —Está pálido, las piernas le flaquean, se tiene que sentar en la piedra para no caer—. Pero... tendremos que digerirlo...

Detrás de los arbustos y los brezos que los protegen de la mirada de los mayores, Adalbert y Duna discuten:

—Que te digo que tenemos que aprovechar hoy para decirle a tu madre que nos compramos un piso y nos vamos a vivir juntos. ¿Es que no ves que está muy aturdida? Y entre aturdida e impresionada ni se dará cuenta de lo que le decimos, pero de momento, ya lo habremos soltado.

Adalbert se ríe e intenta sujetarle las manos:

—Vamos, ¡vuelve a decirme lo que me has dicho cuando me he despertado!

Duna se sofoca:

—Ahora no, que me da vergüenza, ¡caray! Y presta atención a lo que te digo o mira, me enfado, ¿vale? ¡Con el susto que me has dado no tendría que dirigirte la palabra nunca más! ¡Eso no se hace, hombre!

Adalbert intenta darle un beso, pero Duna ya ha puesto la directa:

—¿Qué?, se lo decimos hoy, ¿ok?

—Ok, pero con una condición. Que lo primero que compremos sea el colchón de agua y el gato. ¿Ok?

Duna frunce las cejas hasta que exclama:

—¡Ok! ¡Oh, Adal, qué susto! ¡Y cómo te amo!

—¡Y yo! —Y se besan con ganas, con ilusión, con furia, hasta que Duna se suelta del abrazo y le dice:

—Oye, ¿no tienes hambre? Ah, mira, podemos aprovechar para decírselo mientras comemos, ¿no te parece?

—Mejor durante el postre, y sí, yo también me muero de hambre. Mira la flauta, es guapa, ¿eh? La pondremos en la sala de estar, que se vea bien. Y, oye, tía, estoy vivo, ¡órale güey! ¡De poca madre! ¡Estoy vivo, vivooo!

Y vuelven a abrazarse y a besarse mientras en lo alto del cielo el sol se ha abierto paso finalmente entre las nubes.

AGRADECIMIENTOS

Gracias David Moré, doctor en Historia y archivero del Archivo Histórico Municipal de Tossa de Mar, por la abundante información aportada y el tiempo dedicado. Gracias Mario Zucchitello, doctor en Filología Hispánica, director del citado Archivo y escritor, por haber rescatado del olvido a Uzalard, hijo de Sicardis de Montseny; y a los dos, gracias por la tarea de recuperación del patrimonio histórico de Tossa de Mar y de la Selva que lleváis a cabo con vuestros libros, que tan imprescindibles son para nosotros, los autores. Gracias también Gerard Horta, doctor en Antropología Social, por haber escrito con tanto rigor la historia del espiritualismo catalán y perpetuarla en tu obra *Cos i revolució*, y por las charlas que hemos tenido.

Gracias Anita Romero, de la peña de Terrassa, por localizarme los exteriores de Terrassa y las viviendas de los personajes, así como las fotografías que las ilustran. Gracias Josep Górriz, por abrirme las puertas del IES Blanxart, de Terrassa. Gracias Anna M.^a Masllorens, por «dejar» Mas Mallol a los personajes. Gracias Joan Viñets, de la Garriga, por el asesoramiento histórico sobre arrieros, carruajes y animales de montura. Gracias Jesús Ávila Granados, por el asesoramiento acerca de la indumentaria del siglo XVII. Gracias Ramón Lozano, por el paseo en tu velero y por asesorarme en navegación. Gracias Eulalia Monleón, por dejarme el GPS y el Land Cruise, y por conducirlo tú por el camino de cabras. Gracias colegas del Aula de Lletres, por hacerme de *sparrings*, vuestros análisis y sugerencias me han permitido mejorar la obra. Gracias Anna Mora, por inspirarme el nombre de *Anamura*.

Gracias Gloria Mitjans, por el vocabulario y la bibliografía náutica que me has aportado, por hacerme de *sparring* incansable y por las más de mil fotografías que configuran el *makitig of* de la novela.

A todos, de nuevo, gracias.

M. C.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).